Un Luto en Longbourn

Variaciones de Orgullo y Prejuicio

Catherine Bilson

Un Luto en Longbourn

Una variación de Orgullo y Prejuicio

Catherine Bilson

Shenanigans Press

Copyright en inglés 2024

Copyright en español 2024

Todos los derechos reservados.

No se puede reproducir, distribuir ni transmitir ninguna parte de esta publicación en ninguna forma ni por ningún medio, incluidos, entre otros, fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto según lo permita expresamente la Ley de Derechos de Autor de los Estados Unidos.

Las historias, los nombres, los personajes y los eventos representados en esta publicación son ficticios. Cualquier parecido con personas (vivas o muertas), lugares, edificios y productos reales es pura coincidencia y no intencional.

Tabla de contenido

1. Capítulo Uno
2. Capítulo Dos
3. Capítulo Tres
4. Capítulo Cuatro
5. Capítulo Cinco
6. Capítulo Seis
7. Capítulo Siete
8. Capítulo Ocho
9. Capítulo Nueve
10. Capítulo Diez
11. Capítulo Once
12. Capítulo Doce
13. Capítulo Trece
14. Capítulo Catorce
15. Capítulo Quince
16. Capítulo Dieciséis
17. Capítulo Diecisiete
18. Capítulo Dieciocho

19. Capítulo Diecinueve

20. Capítulo Veinte

21. Capítulo Veintiuno

22. Capítulo Veintidós

23. Capítulo Veintitrés

24. Capítulo Veinticuatro

Otros libros de la autora Catherine Bilson



Capítulo Uno

El Baile de Netherfield

—ESAS CHICAS SON UNA vergüenza —declaró Caroline Bingley a la señora Hurst, mirando con desprecio mientras Lydia y Kitty Bennet pasaban corriendo y chillando—. No puedo concebir por qué están en sociedad.

Hablaba en voz alta, obviamente sin importarle que Elizabeth estuviera cerca con Charlotte Lucas, perfectamente al alcance del oído.

—¡No digas nada, Lizzy! —Charlotte agarró la manga de Elizabeth—. ¡Recuerda que es nuestra anfitriona!

—Lo sé —Elizabeth, al igual que Charlotte, mantuvo su voz suave para que Caroline Bingley no las oyera—. Y, Charlotte, por una vez estoy de acuerdo con la señorita Bingley. Lydia y Kitty no deberían estar presentadas en sociedad.

Charlotte no respondió, y Elizabeth, al ver en ese momento a su padre pasar y al señor Collins dirigirse decididamente hacia ella, decidió escapar de uno en compañía del otro. Apresurándose al lado de su padre, colocó su mano en su brazo.

—¿Y cómo lo estás pasando, Lizzy? —preguntó el señor Bennet cordialmente, sonriéndole con cariño—. ¿Te sientas esta? Te vi bailando con el señor Darcy, hacéis buena pareja.

—Te complace bromear conmigo, papá —Elizabeth le sonrió, luego suspiró cuando Lydia y Kitty pasaron chillando de nuevo—. Papá...

—Sé perfectamente lo que quieres decir, Lizzy, y lamento que mi respuesta siga siendo no. Tu madre haría mi vida insoportable si enviara a Kitty y Lydia de vuelta al aula, por mucho que se beneficiaran de ello.

—Quizás no de vuelta al aula, papá, pero una mano más firme de tu parte... ¡Seguramente debes ver que su comportamiento pone a toda nuestra familia bajo una luz muy desafortunada! —Elizabeth vio al señor Darcy en ese momento, frunciendo el ceño profundamente mientras uno

de los oficiales que perseguía a Lydia casi chocaba con él. El joven se detuvo como si le hubieran disparado cuando la mirada temible del señor Darcy cayó sobre él, retrocediendo apresuradamente.

—Ya veremos, Lizzy —el señor Bennet llevó su mano libre para frotarse el pecho—. Por mi parte, me alegraré cuando termine la velada.

El baile terminó justo en ese momento y se encontraron cerca de Jane y el señor Bingley, quienes se acercaron para hablar con ellos.

—¿Se encuentra bien, señor Bennet? —preguntó el señor Bingley solícitamente—. Parece algo cansado. Quizás le gustaría examinar la biblioteca de Netherfield, aunque sea modesta comparada con la suya.

El señor Bennet se animó considerablemente, aunque continuó frotándose el pecho. —Estaría encantado, Bingley.

—Déjeme llamar a Peters para que lo guíe allí.

Elizabeth vio partir a su padre, complacida de que encontrara al menos algún entretenimiento de su agrado en la velada. Jane le cogió la mano y las dos compartieron una sonrisa antes de que Elizabeth volviera a ver al señor Collins.

—Oh, no —dijo en voz baja, pero Jane la escuchó y con una rápida mirada entendió la situación.

—Señor Bingley, aún no ha bailado con mi querida hermana —dijo dulcemente, colocando la mano de Elizabeth en la de él y alejándose elegantemente para interceptar al señor Collins—. Vaya, primo, ¿no está pasando una noche maravillosa? ¡Declaro que podría bailar toda la noche si hubiera suficientes parejas!

—Es demasiado buena conmigo —Elizabeth no pudo evitar decir.

—Su hermana es un ángel —dijo el señor Bingley en voz baja, y Elizabeth lo miró. Ambos sonrieron en perfecto acuerdo.



A la mañana siguiente, Darcy y Caroline hicieron todo lo posible por persuadir a Bingley de ir a Londres. Él aceptó, pero dijo que irían al día siguiente. Un día más no haría mucha diferencia, después de todo, y tenía la intención de ir a Longbourn para despedirse de Jane en persona. Una carta de Caroline sería demasiado impersonal, insistió, y Darcy finalmente suspiró y accedió. Y pensó para sí mismo que una última mirada a la señorita Elizabeth, una última contemplación de

esos hermosos ojos, antes de despedirse de ella por última vez, no haría ninguna diferencia. Ya sería bastante difícil olvidarla tal como estaban las cosas.

Los dos caballeros cabalgaron hacia Longbourn después del almuerzo, sospechando correctamente que habría muchos que se levantarían tarde en Longbourn esa mañana. Fueron recibidos en la puerta principal por Hill, quien hizo una reverencia y los condujo hacia el salón. Pero antes de llegar allí, la puerta del estudio del señor Bennet se abrió de golpe y Jane salió tambaleándose.

—Hill... oh, Hill, mi padre no se encuentra bien... ¡MAMÁ! —Y entonces vio a los dos hombres y, con el rostro blanco, se aferró al brazo de Bingley, toda esa serenidad y reserva despojadas en un instante y sus verdaderas emociones claras para que ellos las vieran—. Charles, oh Charles, ayúdame, no sé qué hacer —lo miró fijamente, sus ojos aterrorizados pero confiando en que de alguna manera él haría que todo estuviera bien.

Darcy no dudó. Pasó directamente junto a Jane y la paralizada señora Hill y entró en el estudio. El señor Bennet estaba desplomado en su sillón de lectura favorito, con el rostro gris. Y no respiraba. Una taza de té había sido colocada en la mesa junto a su codo, obviamente puesta allí por Jane antes de que realmente mirara a su padre.

Con solo tocar la mano del hombre, Darcy supo que era demasiado tarde. La piel de Bennet ya estaba fría. Había estado muerto durante varias horas, al menos. Girando, se movió de vuelta a la puerta para intentar bloquear la entrada, pero Elizabeth, la primera en responder a los gritos de Jane, ya estaba pasando por el umbral.

—No mires... —intentó protegerla lo mejor que pudo, pero con una mirada ella lo supo.

—Papá... —su voz era apenas un susurro, y se acercó a su padre, pasando bajo el brazo extendido de Darcy. Cayendo de rodillas a los pies del señor Bennet, tomó una mano fría entre las suyas y presionó su frente contra ella—. Oh, papá, ¿qué haré ahora?

Juzgando que Elizabeth no iba a entrar en histeria, Darcy se dirigió de vuelta al pasillo, donde Bingley hacía lo posible por consolar a una Jane angustiada. Darcy respondió a la mirada inquisitiva de Bingley con una sacudida de cabeza.

—Debemos enviar por el doctor... —dijo Jane entonces, y Darcy suspiró.

—Señorita Bennet... lo haremos. Pero me temo que es demasiado tarde.

La señora Bennet llegó entonces, entrando inmediatamente en el ataque de histeria más salvaje que Darcy había visto jamás, gritando sobre cómo todos serían echados de su hogar para morir de hambre en las cunetas. Collins bajó las escaleras y la señora Bennet se desmayó de inmediato, lo cual al menos redujo el nivel de ruido.

La casa se sumió en el caos. Jane y Elizabeth, aunque afligidas, al menos mantenían la calma. Tanto Darcy como Bingley vieron aumentado enormemente su desagrado por Collins, mientras este deambulaba pontificando con aire de suficiencia, diciendo que, por supuesto, sus queridas primas no deberían abandonar Longbourn, que todos deberían quedarse allí juntos y que, una vez terminado el periodo de luto, todas serían sus hermanas de todos modos cuando la señorita Elizabeth se convirtiera en su esposa.

—¿La señorita Elizabeth? —Darcy se volvió asombrado. Los tres hombres esperaban en el salón principal la llegada del vicario, ya que Collins no parecía deseoso de realizar ningún oficio clerical para su primo—. ¿*Usted* está comprometido con la señorita Elizabeth?

—Bueno —titubeó Collins—, existe un entendimiento. Su estimada tía, Lady Catherine de Bourgh, me envió aquí con el propósito expreso de elegir esposa entre mis primas, y aunque la señorita Bennet habría sido naturalmente mi primera elección, parece que su corazón ya está entregado a otro. —Hizo una ligera reverencia al señor Bingley, que parecía absolutamente asombrado.

Y con razón, pensó Darcy sombríamente, pues ¿acaso Caroline y él no habían hecho todo lo posible por convencer a Bingley de que Jane era indiferente a él, empujada por su insufrible madre? Aunque Bingley ya no lo creería ahora, no después de ver cómo Jane lo había mirado en el pasillo. Darcy no tenía la menor idea de que la fría y serena señorita Bennet fuera capaz de tal profundidad de emoción hasta ese momento.

Collins seguía parloteando, pero Darcy ya no lo escuchaba. Bennet no habría sido tan necio como para entregar a su hija a este idiota parlanchín, ni siquiera si Elizabeth hubiera estado de acuerdo, pensó. Pero Bennet estaba muerto, y la presión sobre Elizabeth sería increíble. ¿Qué opción tendría, realmente? Su familia estaba a punto de recluirse en el luto, y cuando salieran de él, sus opciones se limitarían a casarse con el señor Collins o ver a su familia sin hogar. Darcy no dudaba de que el adulador lameculos se volvería desagradable si se le contrariaba.

—Me temo que está equivocado, señor Collins —se encontró diciendo Darcy—. Porque anoche mismo, en el baile, cuando el señor Bennet y yo hablamos en privado en la biblioteca, le pedí permiso para cortejar formalmente a la señorita Elizabeth. —Por el rabillo del ojo vio a Bingley volverse para mirarlo, boquiabierto, pero siguió adelante—. El señor Bennet estuvo de acuerdo. Estoy bastante seguro de que me habría mencionado cualquier *entendimiento* entre usted y la señorita Elizabeth. —No había estado allí más que un minuto o dos con Bennet, y entre los dos no habían intercambiado más que media docena de palabras, pero no había testigos que dijeran lo contrario.

Collins se quedó atónito, balbuceando. —¿Qué... pero...? —fue todo lo que logró articular durante dos minutos completos, y luego se recompuso—. Pero, señor Darcy, ¡usted está comprometido con la señorita Anne de Bourgh!

—Ciertamente no lo estoy —respondió Darcy, alzando las cejas con desdén.

—Pero Lady Catherine dijo que ustedes tenían un entendimiento...

—Mi prima y yo tenemos muy claro que no nos casaremos. El entendimiento del que habla, señor Collins, existe únicamente en la mente de la única persona que desea esa unión: la propia Lady Catherine. Tal como sospecho que ocurre con el entendimiento entre usted y la señorita Elizabeth.

—Ciertamente no... La señora Bennet...

—La señora Bennet temía con razón que su esposo pudiera morir y dejarlas a todas dependiendo de su misericordia —interrumpió Bingley—. Hizo lo que cualquier madre que ama a sus hijas haría: lo mejor posible para verlas a todas cómodamente establecidas.

Collins se quedó de pie, parpadeando, mirando alternativamente a los dos. Pero Darcy ya podía ver esa mente furtiva trabajando, calculando cómo podría aún conseguir a Elizabeth.

—Collins, usted, por supuesto, a partir de hoy ya no depende de la buena voluntad de mi tía —dijo, haciendo lo posible por ser amable—. Pero permítame decirle que ella nunca habría aprobado a la señorita Elizabeth como pareja para usted. La señorita Elizabeth es demasiado independiente, demasiado propensa a decir lo que piensa. No sería en absoluto adecuada como esposa de un clérigo. —Tan pronto como habló, Darcy se dio cuenta de que debería haber omitido la última parte de la declaración.

—Pero no será la esposa de un clérigo... será la señora de Longbourn —dijo Collins triunfalmente—. Un puesto para el que no puede negar que está eminentemente calificada.

—No niego, señor, que esté bien capacitada para un puesto como señora de una propiedad. Yo tenía en mente Pemberley para ella.

Ante eso, no había respuesta viable que Collins pudiera dar. Darcy se volvió, evitando la mirada de Bingley, y se dirigió a la puerta. Había visto por la ventana al vicario caminando rápidamente por el camino de entrada.



Capítulo Dos

ERA MUCHO MÁS TARDE en el día cuando Darcy y Bingley finalmente dejaron Longbourn. Al acercarse la hora de la cena, ambos se dieron cuenta de que no había más que pudieran hacer. Todas las mujeres se habían recluido en el piso de arriba, Collins estaba en un estado de shock balbuceante, pero la formidable señora Hill se había recuperado y parecía tener todo bajo control.

—Por favor, dígale a la señorita Bennet que volveré mañana —le dijo Bingley a Hill—, y le ruego que, si puedo ofrecer alguna ayuda del personal de Netherfield, nos lo haga saber de inmediato.

Hill hizo una reverencia. —Es usted muy amable, señor, pero estoy segura de que nos las arreglaremos. Le informaré a la señorita Bennet.

Bingley se aseguró de que hubieran cabalgado lo suficientemente lejos de la casa antes de enfrentarse a Darcy. —Darcy, amigo mío, disculpa, pero *¿qué demonios fue eso?*

—No entiendo a qué te refieres, Charles —dijo Darcy fríamente, esperando disuadir a su amigo de hacer más preguntas, pero Bingley estaba justamente enojado.

—Pues pronto lo entenderás, porque tengo la intención de ser claro. No te entiendo en absoluto hoy, Darcy. Primero intentas disuadirme de cortejar a la señorita Bennet diciéndome que no es mi igual social, y luego admites que le habías pedido permiso al señor Bennet para cortejar a la señorita Elizabeth. Si la señorita Bennet no es *mi* igual, ¡entonces ciertamente la señorita Elizabeth no es la *tuya*!

Darcy hizo una mueca. Con una percepción poco común, Bingley había llegado al corazón de la paradoja. —Mis objeciones sobre la señorita Bennet se debían en gran parte al hecho de que no creía que realmente se preocupara por ti, Bingley —intentó conciliar—. Los comentarios sobre la desigualdad vinieron de tus hermanas.

—Entonces debes admitir que estabas equivocado, porque la forma en que me miró... —Bingley se quedó con una mirada soñadora—. Oh, sé que estaba angustiada, pero... y me llamó Charles...

—Admito que estaba equivocado —dijo Darcy con brusquedad—. Era evidente que la señorita Bennet te tiene verdadero afecto.

—No solo eso, Darcy —Bingley volvió al ataque—, sino que no tenía la más mínima idea de que estuvieras interesado en la señorita Elizabeth. Oh, sé que comentaste sobre sus *hermosos ojos* y Caroline estaba celosa, pero no pensamos que fueras en serio...

Darcy no dijo nada, y Bingley hizo una pausa por un momento. —*Vas* en serio, ¿verdad? ¿O lo dijiste para evitar que la señorita Elizabeth se comprometiera con ese cretino de Collins? Es un pensamiento desagradable, sin duda. ¿De verdad le pediste permiso al señor Bennet?

Darcy dudó por un momento. Podría confesar la verdad a Bingley, quien ya parecía haber entendido sus motivos. Bingley lo respaldaría y convencerían a Elizabeth para que siguiera el juego, al menos hasta que Collins pusiera sus miras en otra parte. La hermana del medio, la señorita Mary, probablemente sería mucho mejor para el tonto vicario. Y entonces Darcy podría retirarse con gracia y Elizabeth podría encontrar a alguien mejor adaptado a ella.

Pero si Darcy le decía a Bingley que realmente había solicitado al señor Bennet cortejar a Elizabeth, entonces Bingley, en todo honor, esperaría que él hiciera una propuesta antes de que terminara el período de luto de los Bennet. Es cierto que Elizabeth no parecía gustar mucho de él en este momento, pero todo eso se debía a las mentiras de Wickham, y *eso* podría arreglarse pronto. Los Bennet no estarían socializando con los oficiales por algún tiempo. De hecho, no deberían estar socializando con Bingley y él mismo, pero si se aceptaba que Darcy estaba cortejando a Elizabeth —y Bingley estaría cortejando a Jane, eso era seguro— entonces Darcy tendría una ventaja sobre Wickham por un buen tiempo.

—Sí —dijo finalmente, incapaz de mentir directamente a su amigo pero permitiendo que Bingley asumiera lo que quisiera—. Hablé con el señor Bennet anoche. —Espoleó su caballo a un trote —. ¡Será mejor que regresemos o tus hermanas se preguntarán qué nos ha pasado!

Mientras cabalgaban hacia Netherfield, Darcy se volvió hacia Bingley. —Charles, te agradecería que no mencionaras todavía que he entrado en un cortejo con la señorita Elizabeth.

—¿Estás evitando los inevitables berrinches de Caroline? —preguntó Bingley secamente—. ¿O es que piensas que es mejor que se lo digas tú mismo a la señorita Elizabeth?

—Ambas cosas —confesó Darcy.

—Ya me lo imaginaba. —Bingley no dijo más, pero Darcy sabía que mantendría la boca cerrada, al menos por el momento. ¡Ahora si tan solo Collins hiciera lo mismo!



Era muy tarde en la noche cuando Elizabeth y Jane finalmente se arrastraron a su cama. Al final había sido necesario llamar al médico para darle un sedante a la señora Bennet, y Kitty había necesitado una pequeña dosis también porque no podía dejar de llorar y se estaba enfermando. Lydia había sido horrible con Kitty, y al final incluso la dulce Jane perdió la paciencia y ordenó a Lydia que se fuera a su habitación.

Mary no se había visto en todo el día, escondida en su habitación leyendo sus libros en silencio, en un intento frenético de esconderse del mundo que se estaba volviendo loco a su alrededor. Elizabeth lamentaba no haber tenido tiempo más que para asomar la cabeza por la puerta y comprobar que Mary estuviera bien, pero los demás la necesitaban más.

¡Y luego el señor Collins! Elizabeth podría haberlo estrangulado con gusto. Ajeno al completo desorden de la casa, había reprendido a Hill y a la cocinera por no proporcionar más que una cena escasa. Sin importar que él fuera la única persona en la casa que tenía apetito. Y luego, después de comer su cena, envió un mensaje solicitando que Elizabeth se reuniera con él en la biblioteca, sin importarle que solo unas horas antes ella hubiera estado arrodillada allí a los pies de su padre muerto. Jane miró el rostro de Elizabeth y se puso de pie.

—Te acompañaré —declaró, y Elizabeth agradeció su apoyo.

—Gracias, señorita Bennet, pero requiero una palabra en privado con la señorita Elizabeth —dijo el señor Collins con desdén tan pronto como entraron en la biblioteca—, y en el futuro, por favor llamen antes de entrar a mi biblioteca.

—Le pido disculpas, señor Collins —dijo Jane, apretando con fuerza la mano de Elizabeth—, pero si la puerta estaba entreabierta, mi padre no requería que llamáramos. En el futuro, por supuesto, acataremos sus deseos. Para abordar su primer punto, aunque usted es ahora nuestro tutor y el cabeza de familia, sigue siendo un hombre soltero, y no es apropiado que ninguna de nosotras esté a solas con usted sin carabina. Dado que mi madre está indispuesta, Elizabeth y yo debemos ser carabinas la una de la otra.

—Señorita Bennet, hay momentos en los que es apropiado que el cabeza de familia hable en privado con uno de sus miembros, y este es uno de esos momentos. Esperará afuera.

—No lo haré, señor —Jane lo miró fijamente, con los ojos enrojecidos pero firmes, y el señor Collins fue el primero en desviar la mirada, pensando que quizás era mejor que la señorita

Bennet no estuviera disponible. Bajo ese exterior manso y suave, aparentemente había una columna vertebral de hierro fundido.

Elizabeth miraba a Jane con admiración. Nunca había visto a Jane tan enérgica y decidida. ¿Qué le habría pasado? Elizabeth misma se sentía débil y agotada, sin fuerzas para luchar. Se había dado cuenta esa misma tarde que sus opciones ahora eran nulas. Ahora no tenía más remedio que casarse con su odioso primo, y no dudaba que él exigiría que se casaran discretamente, probablemente incluso antes de que terminara el período de luto. Sospechaba que la había llamado aquí para decirle la fecha de la boda o algo igualmente desagradable, antes de que su padre fuera siquiera enterrado.

—Como desee —dijo finalmente el señor Collins—, pero exijo su silencio, señorita Bennet, en la conversación que está a punto de comenzar. Si desea ser carabina, que así sea, pero debería ser la mejor carabina posible, lo que significa que debe ser vista y no oída. Por favor, siéntese allí —señaló hacia una silla distante.

Jane miró una vez a Elizabeth, le apretó la mano y se deslizó serenamente hacia la silla. Elizabeth avanzó y se sentó en la silla frente a donde el señor Collins se encontraba sentado en el escritorio de su padre.

El señor Collins observó a la hermosa mujer frente a él. Aún encantadora, a pesar de sus mejillas surcadas por las lágrimas y su cabello desaliñado. Había estado inusualmente callada y dócil ese día, aunque supuso que el shock de perder a su padre podría haberle causado eso. La contempló a sus anchas mientras ella miraba sus manos, preguntándose cómo podría tenerla aún. Porque había deseado a Elizabeth desde el momento en que la vio. La había codiciado, anhelado presionarla fuertemente contra él y sentir esas suaves curvas femeninas. Pero la única forma en que podría tenerla ahora sería si ella rechazaba a Darcy, y estaría loca si lo hiciera. De alguna manera debía convencerla de que Darcy no era para ella.

Se aclaró la garganta y finalmente habló:

—Creo, Elizabeth, que de alguna manera has adquirido ideas por encima de tu posición.

Los ojos de Elizabeth se alzaron y miró al señor Collins con asombro.

—Disculpe, señor, no creo entenderle.

—¿No? Bueno, aunque se entiende que un gran partido *puede* estar en el futuro de su hermana —hizo un gesto con la mano en dirección a Jane—, seguramente su madre le ha dejado claro que sin la belleza de la señorita Bennet, sus opciones se reducen considerablemente.

Pequeño gusano odioso, pensó Elizabeth. *¿En serio me estás diciendo que porque no soy tan bonita como Jane, no tengo más opción que casarme contigo?*

—En efecto —dijo en voz alta—, mi madre me ha estado diciendo eso durante muchos años, pero siempre preferí creer a mi padre, quien decía que un hombre de buen juicio buscaría más que una cara bonita y elegiría a una mujer de carácter y entendimiento.

Collins balbuceó, desconcertado.

—Bueno, sí, por supuesto, Elizabeth —dijo finalmente, y Lizzy apretó los dientes, molesta porque ya ni siquiera se molestaba en darle la cortesía de un "señorita" antes de su nombre—. Es, de hecho, por eso que la elegí para mis propias atenciones. Pero ha llegado a mi conocimiento que ha estado alentando el interés de una esfera muy alejada de la suya, ¡de un caballero no solo muy por encima de usted en rango sino que también está comprometido para casarse con otra mujer!

Elizabeth simplemente lo miró, completamente confundida.

—Lo siento mucho, señor Collins —dijo finalmente—, pero no tengo la menor idea de a quién se refiere.

—¡No me mienta! —El señor Collins golpeó la mesa con la mano, e inmediatamente dijo "¡Ay!" y se la llevó al pecho—. Elizabeth, no mienta. ¡El mismo señor Darcy me dijo hoy que la está cortejando!

—¿Que él... qué... *¿el señor Darcy?*

Jane saltó de su asiento y corrió al lado de su hermana.

—¡Señor Collins, es suficiente! ¡Nuestro padre *murió* hoy! Elizabeth está cansada y confundida y no entiende sus preguntas. Mañana será lo suficientemente pronto para esta conversación.

—¡Siéntese, señorita Bennet!

—¡No lo haré, señor Collins! ¡Y si puede recordar llamarme señorita Bennet, puede recordar llamar a mi hermana señorita Elizabeth! Si desea golpearme por desobediencia, ¡adelante, no le tengo miedo! Pero me aseguraré de contarle a todos que estaba acosando y presionando a Lizzy antes de que nuestro padre fuera siquiera enterrado, ¡y veremos cómo es recibido en el vecindario, *Amo de Longbourn*! —Sus ojos azules chispearon con rabia desafiante mientras se interponía defensivamente entre él y Elizabeth.

Collins estaba a punto de gritarle a Jane, pero luego se congeló. Maldita sea, pero tenía razón. Los Bennet eran muy respetados en este vecindario, especialmente Jane y Elizabeth, y unas pocas palabras bien elegidas de Jane significarían que no sería recibido en ninguna parte. Especialmente si Bingley se casaba con ella y se convertía en la poderosa y adinerada señora de Netherfield.

—Concluiremos esta conversación mañana, *señorita* Elizabeth —dijo, dando un giro burlón a sus palabras—. Quizás su madre se sienta mejor y pueda ser su carabina.

Sobre mi cadáver, pensó Jane sombríamente, sacando a Elizabeth al pasillo y subiendo las escaleras. Solo que, cuando llegaron arriba, encontraron a Lydia regañando a Kitty y a su madre llorando de nuevo, y no hubo tiempo para detenerse y hablar sobre las increíbles palabras del señor Collins. Tendría que esperar.

Finalmente, horas después, se metieron en la cama, abrazándose. Primero lloraron, lágrimas calientes y saladas empapando sus almohadas, pero luego eventualmente se calmaron lo suficiente para hablar.

—Oh, Jane, ¿qué voy a hacer? —susurró Elizabeth—. No puedo soportar casarme con el señor Collins, y papá seguramente nunca me habría obligado, pero no veo cómo decir que no... es horrible y vengativo y nos echará a todas de nuestra casa. Mamá no lo sobreviviría, ¿y adónde iríamos todas?

—Bueno —dijo Jane con firmeza—, tú y yo conseguiremos buenos trabajos como institutrices de los hijos de alguna encantadora dama, y mamá iría con Lydia a quedarse con la tía Phillips, y sabes que nuestros tíos Gardiner recibirían a Mary y Kitty y las verían casadas con jóvenes decentes. No moriríamos de hambre en las cunetas, Lizzy, pase lo que pase.

Elizabeth sonrió en la oscuridad.

—Estás siendo muy valiente, querida Jane. Ese es el mejor escenario posible...

—No, creo que no —dijo Jane, y se alegró de que la habitación estuviera demasiado oscura para que Elizabeth viera su sonrojo—. Verás, Lizzy, antes, cuando acababa de ver a papá, salí corriendo al pasillo y me topé con el señor Bingley. Estaba tan alterada que no estoy muy segura de lo que dije, pero sé que me olvidé de las formalidades y lo llamé Charles. Fue tan amable que me hizo sentar, me frotó las manos y me dio su pañuelo. Y cuando recuperé el aliento por un momento, me miró de... bueno, de una manera en que nunca me había mirado antes. Y me dijo suavemente, mirándome fijamente: «Jane, querida mía, te cuidaré por siempre, si me lo permites».

Elizabeth contuvo el aliento con asombro.

—¿Acaso él... acaso te estaba *proponiendo matrimonio*?

—Bueno, no creo que realmente *pudiera* hacerlo en ese momento, ¿no crees? Y apenas había hablado cuando mamá entró chillando y todo fue un caos, pero un par de veces antes de irse lo vi mirándome y sonreía de una manera tan dulce y tranquilizadora... Creo que quería que yo supiera

que *tiene la intención* de proponérmelo cuando sea el momento adecuado. Tal vez incluso venía hoy a pedir el permiso de papá.

—¡Oh, Jane, me alegro tanto por ti! —Elizabeth la abrazó—. Vosotros dos os complementaréis tan bien, sois las dos personas más amables que he conocido.

Jane rio un poco, devolviéndole el abrazo.

—Espero no haber interpretado demasiado sus palabras, pero no creo que lo haya hecho.

—¡Solo lamento que tengas que soportar a Caroline Bingley como cuñada!

—Es bastante amable, Lizzy, y no ha sido más que buena conmigo.

—Quizás —dijo Elizabeth sin comprometerse—. Quizás sea solo a mí a quien no aprecia.

—Ah, pero las razones de su desagrado hacia ti son ahora demasiado evidentes, ¿no es así, Lizzy? Porque la señorita Bingley quiere casarse con el señor Darcy, y parece que él se interesa por ti, si el señor Collins está en lo cierto.

—Jane, ¡el señor Collins *no puede* estar en lo cierto! El señor Darcy y yo ciertamente no estamos cortejándonos... de hecho, ¡casi discutimos anoche por la infame manera en que ha tratado al señor Wickham!

—Lizzy, he estado pensando —dijo Jane lentamente después de que hubieran reflexionado en silencio durante unos momentos—. No creo que el señor Collins se haya equivocado. Creo que el señor Darcy realmente le dijo que te estaba cortejando.

—Pero ¿por qué demonios haría algo así? —siseó Elizabeth frustrada.

—¡Porque está enamorado de ti, tonta! —Jane rio suavemente, como si fuera lo más obvio del mundo—. Confieso que tengo ojos para poco más que Charles cuando nos vemos, pero Charlotte Lucas me ha contado cómo el señor Darcy se queda a un lado de la sala y te observa. Cómo pareces deleitarte en provocarlo y burlarte de él. Y vamos, Lizzy, no puedes negar que es un hombre apuesto.

—Es insoportablemente orgulloso, y el pobre señor Wickham...

—El señor Darcy es un gran hombre, Lizzy, con mucho de lo que estar orgulloso, y el señor Wickham siempre me ha parecido un poco extraño. Apenas te conoció y ya te estaba contando sus problemas, culpando al señor Darcy de todo ello. No puedo creer que Charles sea tan amigo de un hombre que se comportaría tan mal como Wickham afirma, ni tampoco creo que su hermana sea la chica orgullosa y grosera que Wickham dice, no cuando los Bingley han hablado tanto de ella. Todo lo que Caroline menciona son los logros de la señorita Darcy, pero entiendo por Charles que la chica solo tiene dieciséis años y es muy tímida.

Elizabeth quedó en silencio. Permaneció quieta, con la mente dando vueltas, tratando de reconciliar lo que Jane le estaba diciendo con lo que creía saber. Finalmente, se sumió en un sueño inquieto, despertando a menudo de sueños que no podía recordar claramente. Cada vez que volvía a la consciencia y recordaba que su padre se había ido, las lágrimas brotaban de nuevo en sus ojos, aunque intentaba llorar en silencio para no perturbar el sueño de Jane.



Capítulo Tres

DARCY Y BINGLEY REGRESARON a Netherfield para encontrar a Caroline con los sirvientes envueltos en un frenesí de empaquetado. Los dos hombres se miraron y Darcy sonrió ligeramente.

—Supongo que no iremos a Londres, ¿verdad, Bingley?

—Puedes ir si quieres, pero yo no voy a dejar a la señorita Bennet.

—Yo tampoco iré —dijo Darcy—, pero creo que es tu tarea informar a tus hermanas.

—*Ellas* podrían ir —dijo Bingley esperanzado.

—Probablemente sería mejor si lo hicieran —dijo Darcy, pensando con desagrado en lo que sucedería cuando Caroline Bingley se enterara de que supuestamente estaba cortejando a Elizabeth Bennet. La revelación no sería bien recibida, sospechaba, y cobardemente se preguntó si de alguna manera podría ingeniárselas para ocultarle la información.

Bingley suspiró y se dirigió hacia las escaleras. —Lo intentaré, Darcy, ¡pero no te prometo nada!

—Suficiente —murmuró Darcy entre dientes, dirigiéndose hacia la biblioteca. Tenía cartas que escribir, si no iba a ir a Londres como había planeado originalmente.



—Charles, estás siendo bastante ridículo —declaró Caroline Bingley, de pie en medio de su habitación dirigiendo las operaciones mientras sus doncellas se apresuraban a su alrededor—. ¿Por qué diablos no deberíamos ir a Londres, solo porque el señor Bennet ha muerto? ¡Ciertamente no voy a ponerme de luto por un hombre al que no conocí más que dos veces!

—El medio luto será suficiente, Caroline —dijo Charles, intentando apaciguarla.

—No será necesario porque nos vamos a Londres —dijo ella, con mucha calma.

—Puedes ir si lo deseas, estoy seguro de que serás bienvenida en la casa de la ciudad de Louisa y Gerald, pero yo me quedo aquí.

—Charles, *no* —exclamó ella, avanzando para tomar sus manos—. No puedo permitir que hagas esto. ¿Dónde está Darcy? Él te hará entrar en razón. Jane Bennet es una chica dulce, pero nunca podrá moverse en nuestros círculos. ¿Y no habías aceptado que ella solo estaba tratando de atraparte porque su horrible madre está desesperada por casar a las chicas? Incluso más ahora que el señor Bennet se ha ido, porque dependen de ese odioso tonto de primo... Supongo que se casará con Eliza... —Caroline sonrió satisfecha ante ese pensamiento.

—En primer lugar, Caroline, somos nosotros quienes no somos los iguales sociales de la señorita Bennet, ¿o habías olvidado que nuestro padre estaba en el comercio? En cuanto a tu segundo punto, estoy completamente convencido de que ella se preocupa profundamente por mí, muchas gracias. Y estoy perdidamente enamorado de ella. —Charles sonrió dichosamente—. Y en tercer lugar, no creo que el señor Collins se vaya a casar con la señorita Elizabeth. Ella lo detesta bastante, a menos que me equivoque, y en cualquier caso... —de repente recordó la petición de Darcy—. En cualquier caso, una vez que me case con la señorita Bennet, la señorita Elizabeth no tendrá que casarse simplemente para dar a su familia un techo sobre sus cabezas.

—¡Si crees que voy a compartir una casa con la señora Bennet, estás muy equivocado! —Caroline se irguió en toda su estatura y fulminó a Charles con la mirada.

Él le devolvió la mirada plácidamente. —Como desees, Caroline, pero cuando Jane sea mi esposa, si ella quiere que su madre y hermanas vivan con ella, no puedo negarles alojamiento más de lo que puedo negártelo a ti y a Louisa.

Caroline dio una patada en el suelo. —¡Estás siendo irracional! Charles, ¡estoy muy seriamente disgustada! —Salió furiosa de la habitación, ya gritando por Louisa. ¡La situación era intolerable! Aunque tenían entrada a la Casa Darcy por medio del conocimiento de Caroline con la señorita Darcy, Georgiana Darcy aún no había sido presentada en sociedad, y sin la presencia de Charles en Londres, el acceso de Caroline a los eventos que frecuentaban los círculos superiores de la alta sociedad —y específicamente el señor Darcy— se vería severamente limitado.

Caroline se disgustó aún más cuando, de camino a la suite de los Hurst, se encontró con el ayuda de cámara de Darcy instruyendo a uno de los lacayos para que guardara los baúles de Darcy, ya

que el Señor no iría a Londres al día siguiente. Furiosa, Caroline le dijo fríamente al ayuda de cámara que agradecería que el señor Darcy le concediera unos momentos antes de la cena.

El señor Hicks frunció los labios y observó a la señorita Bingley alejarse marchando por el pasillo, preguntándose si debería transmitir las palabras a su señor en el tono exacto en que la pequeña advenediza las había pronunciado. Hicks era un dotado imitador y en ocasiones anteriores había divertido a su señor con imitaciones de los manierismos de la señorita Bingley.

Los labios de Darcy se crisparon cuando su ayuda de cámara le transmitió el mensaje en una imitación perfecta de la señorita Bingley en su momento más altivo. Esperaba que Bingley no lo hubiera metido ya en problemas. Agradeció a Hicks, terminó de vestirse para la cena y se dirigió abajo.

Caroline caminaba furiosamente de un lado a otro cuando Darcy entró en el salón donde el grupo solía reunirse antes de la cena, sus faldas susurrando a su alrededor. Darcy estuvo tentado de cerrar los ojos ante el virulento tono naranja que ella había elegido para su vestido de noche hoy. Por qué la mujer pensaba que el naranja le sentaba bien, o que era de hecho elegante, estaba más allá de su comprensión. Quizás una de las altivas damas de la alta sociedad le había jugado una mala pasada. De hecho, ahora que lo pensaba, no estaría más allá de su tía Lady Matlock, si Caroline hubiera sido particularmente entrometida en la última ocasión en que se encontraron.

Caroline inmediatamente comenzó a reprender a Darcy por permitir que Bingley cambiara de opinión, al mismo tiempo que le suplicaba que cambiara la suya y viniera a Londres.

—Lamento no poder complacerla, señorita Bingley. —Le hizo una leve reverencia, caminó hacia el aparador y se sirvió una copa de vino.

—Pero *¿por qué?* —Caroline casi gritó—. ¿Qué ha cambiado para *nosotros* desde esta mañana? Estoy de acuerdo en que es muy trágico que el señor Bennet haya muerto —lo dijo casi como una ocurrencia tardía, y en un tono que ni remotamente sonaba arrepentido—, pero el hecho es que la familia Bennet está a punto de estar recluida en luto, y la mitad del vecindario con ellos. Habrá poco que socializar, y seguramente usted se aburrirá mortalmente. Si Charles está decidido a seguir este loco curso de perseguir a Jane Bennet, ¡no necesita quedarse meramente para hacerle compañía!

—Señorita Bingley —dijo Darcy en voz baja y no sin amabilidad—, creo que debe aceptar que tan pronto como su período de luto lo permita, la señorita Bennet se convertirá en un miembro de su familia.

La boca de Caroline se torció como si acabara de morder un limón. Se dejó caer malhumorada en un sofá y suspiró dramáticamente.

En ese momento los Hurst entraron y Darcy trató de no suspirar de alivio. Aunque no podía llamarse particularmente amigo de Gerald Hurst, justo entonces la presencia del otro hombre proporcionaba una bienvenida escapatoria. Llevando a Hurst aparte, Darcy se tomó unos momentos para informarle brevemente del cambio de planes mientras Caroline exponía sus penas a su hermana.

—...así que tendremos que cambiar nuestros planes y quedarnos aquí —se lamentó Caroline.

—No —dijo Louisa fríamente.

—¿Qué? ¡Pero debemos hacerlo! —Caroline miró a su alrededor, bajó la voz y dijo furtivamente —: ¡No voy a dejar al señor Darcy aquí con Eliza Bennet! Darcy irá con Charles a Longbourn todo el tiempo si no estamos aquí para entretenerlo, y Charles me dijo que es poco probable que Eliza se case con el señor Collins después de todo.

—No me quedaré aquí ni un día más, y punto —Louisa rara vez se enfrentaba a su hermana, pero lo hizo ahora—. Y *tú* necesitas aceptar la realidad. Con o sin Eliza Bennet, si el señor Darcy tuviera algún interés romántico en ti, lo habría dejado claro a estas alturas. Y Caroline, si no va a enamorarse de ti, no tiene necesidad de casarse contigo. Si quisiera casarse por dinero, hay muchas chicas con diez veces tu fortuna que saltarían ante la oportunidad de ser la señora de Pemberley, sin mencionar a su prima de Bourgh que, ¿debo recordarte?, ¡heredará Rosings!

Caroline se quedó sentada, mirando a su hermana y poniéndose cada vez más roja de ira y humillación. Por fin dijo, lo suficientemente alto como para ser oída por toda la sala:

—Deben disculparme. Me ha dado dolor de cabeza —se levantó y salió furiosa, pasando junto a Bingley en la puerta.

Darcy, que tenía un oído extremadamente agudo, había escuchado cada palabra dicha por ambas hermanas, especialmente porque Louisa no había hecho ningún esfuerzo particular por bajar la voz.

—Vaya, Louisa, bien dicho —Hurst rompió el incómodo silencio.

Louisa pareció avergonzada y finalmente se encogió de hombros.

—Quizás fui dura, pero creo que fue más amable que lo escuchara de mí que de usted, ¿no es así, señor Darcy?

—Así es, señora Hurst —y le hizo una profunda reverencia—. Estoy en deuda con usted.

—Lo estará aún más cuando me la lleve a Londres con nosotros —dijo Louisa con picardía—, porque aún no le he señalado que es insostenible que se quede aquí con usted y Charles sin mi chaperona.

—Ciertamente que no —gruñó Hurst, apurando su copa de vino—. No sería apropiado en absoluto. ¿Estás decidido a casarte con la joven Bennet entonces, Charles?

—Sí —dijo Charles, con la cabeza en alto—. Estoy completamente decidido, tan pronto como sea posible. Puede que incluso tenga que apelar a tu tío, Gerald.

Darcy sintió que alzaba las cejas. La única conexión importante de Gerald Hurst era que su tío era el Obispo de Winchester. Bingley solo podía estar hablando de una licencia especial.

—Estoy seguro de que mi tío estaría encantado de hablar con el Arzobispo por ti, Charles. Hazme saber lo que decidas y le escribiré por ti. Ahora, ¿podemos comer, por favor? Me muero de hambre —Hurst ofreció su brazo a Louisa, y procedieron al comedor, donde el lugar de Caroline había sido rápidamente retirado.



Caroline Bingley se dirigió a su dormitorio, donde procedió a tener el berrinche más poco femenino de su vida. Arrojó todo lo que estaba a su alcance, primero a las criadas, y luego, cuando huyeron, a las paredes, mientras chillaba a todo pulmón. Fue afortunado para todos los involucrados que Netherfield fuera una casa grande y su dormitorio estuviera a una buena distancia del comedor.

Hicks, el único sirviente de la casa que no estaba empleado por los Bingley, fue el único que se atrevió a acercarse a su puerta, donde escuchó en silencio atónito la diatriba, gritada en un lenguaje que solo podría haberse aprendido en las tabernas más sórdidas del muelle. Escuchó con el ceño fruncido mientras la señorita Bingley finalmente se calmaba, esperando una tormenta de lágrimas, pero al final lo que escuchó fue:

—Te lo haré pagar, Eliza Bennet. Si no voy a ser la señora de Pemberley, ¡me aseguraré de que tú tampoco lo seas! —juró en voz baja, enojada y seria. Hicks se alejó silenciosamente de la puerta y apenas logró doblar la esquina antes de que la puerta se abriera de golpe y Caroline gritara llamando a su doncella.

—Vete, o será peor para ti —le dijo Hicks a la doncella de ojos asustados, que se escondía tras la esquina. Ella pasó corriendo junto a él con una mirada aterrorizada.

—Espero que me perdone la presunción, señor —dijo Hicks mientras ayudaba a Darcy a quitarse la chaqueta esa noche—, pero ¿puedo hacerle una pregunta?

—Hicks, puedes preguntarme lo que quieras —Darcy sonrió al ayuda de cámara, que había sido lacayo en Pemberley cuando Darcy aún llevaba pantalones cortos—. Yo puedo elegir no responder.

—Por supuesto, señor. Bien, entonces, ¿parte de la razón por la que no va a Londres es una residente de este vecindario, cuyas iniciales podrían o no ser E.B.?

Darcy guardó silencio por un largo momento.

—¿Por qué lo preguntas, Hicks?

—Solo que cuando la señorita Bingley se retiró arriba con dolor de cabeza, se le oyó estar muy enojada, y su ira parecía estar dirigida principalmente a cierta joven dama con esas iniciales.

—Ya veo —dijo Darcy pensativamente. Miró a Hicks, que de ninguna manera era propenso a entrometerse en la vida privada de su amo ni a tener una imaginación hiperactiva—. Y si yo tuviera un interés particular, ¿recomendarías que tomara medidas para proteger a E.B. de la mala voluntad de la señorita Bingley?

Hicks se volvió de doblar los pantalones de Darcy y miró a los ojos de su amo.

—Si yo fuera usted, señor, y tuviera tal interés, estaría muy preocupado, sin duda.

Darcy agradeció a Hicks y lo despidió por la noche, cerrando la puerta con llave tras él, como lo había hecho cada noche en Netherfield. No tenía intención de permitir que Caroline Bingley "sonámbula" entrara en su habitación, y en más de una ocasión se había despertado en la noche para ver el pomo de la puerta girando mientras alguien intentaba inútilmente entrar. Consciente de que Caroline tenía llaves de todas las puertas de la casa, también tomó la precaución de dejar la llave en la cerradura, para que cayera al suelo y hiciera ruido si se usaba una llave desde el exterior de la puerta.

Darcy sospechaba que esa era la razón por la que le habían dado esta habitación: aunque era grande y estaba bellamente amueblada, no tenía un vestidor contiguo donde Hicks pudiera dormir, para ser inconvenientemente despertado si Caroline decidiera "sonambular". Esta noche podría ser la última oportunidad que tuviera, reflexionó Darcy, probando distraídamente la puerta cerrada y parpadeando asombrado cuando se abrió en su mano. Cerró la puerta y la volvió a cerrar con llave, y de nuevo se abrió cuando giró el pomo. Se inclinó y miró por el agujero de la cerradura, pero no pudo ver nada: solo un agujero donde debería estar la barra de cierre.

—Maldita sea —murmuró distraídamente, mirando la puerta. Y luego sonrió. Le daría una lección a Caroline. Se dirigió por el pasillo a la habitación de Bingley.



Era poco después de la medianoche cuando se oyó un paso ligero fuera de la puerta de Darcy. El pomo de la puerta giró y una figura alta y delgada entró silenciosamente, dejando la puerta abierta y moviéndose hacia la cama. Una leve luz iluminaba la habitación desde una vela en la mesa junto a la ventana, y Caroline miró brevemente en esa dirección antes de detenerse en seco.

—Buenas noches, Caroline —dijo Bingley con calma, desde su asiento en la mesa. Él y Darcy estaban absortos en una tranquila partida de ajedrez—. Siéntate —Empujó una tercera silla hacia ella con el pie.

—Yo... yo creo que... —balbuceó ella.

—Te vas a sentar —dijo Bingley con una voz que ella nunca le había oído antes, y se sentó apresuradamente, recogiendo su fino camisón a su alrededor. Darcy ni siquiera la miró, simplemente estudiaba el tablero de ajedrez en silencio.

Charles se volvió entonces para mirar a su hermana, sacudiendo la cabeza con disgusto ante su diáfano camisón y su bata apenas menos reveladora.

—Si eliges comportarte como una mujer libertina, Caroline, serás tratada como tal. Ten por seguro que no habría insistido en que Darcy se casara contigo aunque hubieras logrado meterte en su cama. De hecho, él me ha asegurado que si lo hubieras hecho, nunca te habría tocado de ninguna manera que pudiera considerarse comprometedora.

Caroline agachó la cabeza, avergonzada y humillada.

—Yo solo quería...

—Oh, ha sido evidente durante mucho tiempo lo que querías, Caroline, pero me temo que si Darcy no estaba inclinado a dártelo, ciertamente no tienes derecho a intentar tomarlo. Eres una cazafortunas, no mejor que un libertino que intenta comprometer a una heredera para forzar un matrimonio.

Manchas de color ardían en las mejillas de Caroline Bingley, y no pudo mirar a su hermano mientras él continuaba, con ese tono frío y mesurado que nunca le había oído, pero que le recordaba agonizantemente a su padre, su estricto y severo padre.

—Me avergüenzas. Avergüenzas a nuestra familia. —Bingley guardó silencio, un poco perdido, y finalmente levantó las manos—. ¿Qué voy a hacer contigo, Caroline?

Ella no dijo nada. ¿Qué, después de todo, había que decir? Solo miró a Darcy, deseando que dijera algo, cualquier cosa, en su defensa. ¡Que simplemente la mirara! Y entonces lamentó el deseo, cuando él levantó la cabeza, le echó una mirada y volvió a apartarla con un gesto despectivo.

—No deseo volver a poner los ojos en esta persona, Bingley —dijo finalmente Darcy en el silencio, seleccionando un peón y haciendo un movimiento.

—Como desees, Darcy. Caroline, irás a Londres con Hurst y Louisa mañana... más tarde hoy, supongo. Puedes, si lo deseas, socializar con su círculo, pero no debes hacer más que reconocer cortésmente a cualquiera de los amigos particulares de Darcy o su familia.

—En particular —Darcy levantó la cabeza y fijó en Caroline una mirada helada—, no debes cruzar el umbral de la Casa Darcy y no intentarás ninguna comunicación con mi hermana, directa o indirectamente. No permitiré que Georgiana sea corrompida por alguien con la moral de un gato callejero.

Pálida, Caroline abrió la boca para negarlo, pero Darcy simplemente miró su fino atuendo y luego volvió a mirarla, levantando una ceja sardónica, y ella no pudo hacer que las palabras salieran.

—Búscate un marido en Londres, Caroline —dijo Bingley, volviendo su atención al tablero de ajedrez. Las palabras, pronunciadas suavemente, resonaron sin embargo con autoridad, y Caroline por primera vez en su vida respetó a su hermano. Asintió, se levantó y salió de la habitación.

—Gracias, Bingley —dijo Darcy en voz baja cuando la puerta se cerró tras ella.

—De nada. —Bingley suspiró y movió un caballo—. Solo me disculpo por que fuera necesario. Parece claro que Caroline pretendía volver a Londres como tu prometida.

Darcy no pudo ocultar su estremecimiento de disgusto. Su alfil voló por el tablero un momento después.

—Jaque.

—Mate —respondió Bingley con aire de suficiencia, moviendo su reina, y Darcy se inclinó hacia adelante, asombrado.

—¡Bien jugado, Bingley!

—Buenas noches, Darcy —Bingley se puso de pie y sonrió—. Estoy seguro de que ahora no te molestarán. Que descanses.



Capítulo Cuatro

TODO LO QUE LA señora Bennet pudo decir, cuando Jane y Elizabeth fueron a verla después de despertar, fue que Lizzy debía arreglar casarse con el señor Collins lo antes posible. Se preocupaba de que tendría que ser una boda discreta, pues aún no habrían salido del luto riguroso.

—Dentro de cuatro meses, eso será a finales de febrero, hará mucho frío, me parece —se lamentó—, pero mi capa violeta abrigada serviría, Lizzy, y podrías hacerte confeccionar un vestido lavanda y gris. ¿Cuándo deben publicarse las amonestaciones? Tráeme mi almanaque para que pueda calcular qué decirle al vicario. Oh, ¿cuándo empieza la Cuaresma? Debes casarte antes de eso...

—No voy a casarme con el señor Collins —dijo Elizabeth lo suficientemente alto como para que incluso la señora Bennet tuviera que prestarle atención.

—¡Baja la voz, niña, no sea que te oiga! Hija ingrata, después de todo lo que he hecho por ti, ¿arriesgarías que nos echaran de nuestra casa por tu egoísmo? Lizzy, por favor —y Elizabeth bien podría haberse ablandado al ver las lágrimas genuinas de su madre, pensó, si no hubiera empezado a pensar en el señor Darcy—, oh, por favor, ¿qué opción tenemos? ¿Qué opción tenemos ninguna de nosotras? De hecho, no sé por qué se ha fijado en ti cuando Lydia es mucho más bonita, pero te ha elegido a ti, debes casarte con él.

—Jamás —dijo Elizabeth, con la espalda muy recta, su valor restaurado por la muestra de fuerza desafiante de Jane la noche anterior.

La señora Bennet comenzó de inmediato a chillar y lamentarse de nuevo, pero Elizabeth simplemente levantó la barbilla. —Harías bien en dejar de hacer eso, mamá. Semejante alboroto seguramente solo alentará al señor Collins a desalojarnos antes que después —Y salió de la habitación, regocijándose en el repentino silencio.

La puerta de Mary se entreabrió cuando pasaba, y Elizabeth se volvió. —Mary, ¿estás bien?

—No te casarás con el señor Collins —dijo Mary rotundamente, y Elizabeth negó con la cabeza.

—No puedo —dijo, en voz baja pero con firmeza, y Mary asintió.

—No creo que le convinieras en absoluto —dijo con franqueza.

—Ni él a mí —respondió Elizabeth.

En ese momento oyeron que se abría la puerta principal y la voz de Hill decía: —Buenos días, señor Bingley, señor Darcy. Por favor, pasen al salón y veré si algún miembro de la familia está disponible para recibirlos.

—¿No le dijiste a la señorita Bennet que nos esperara esta mañana? —preguntó Darcy a Bingley una vez que estuvieron solos en el salón.

—¡Sí lo hice! Espero que Collins no les haya prohibido recibirnos —Bingley caminaba de un lado a otro, con expresión ansiosa.

A Darcy ni siquiera se le había ocurrido, pero no estaría fuera del carácter del mezquino hombrecillo. Afortunadamente, a Collins tampoco se le había ocurrido aún, se dio cuenta, cuando la puerta se abrió y entraron Jane y Elizabeth.

Ninguna de las dos estaba en su mejor momento, por supuesto, con los ojos enrojecidos y las mejillas pálidas de tanto llorar. A Bingley no podría haberle importado menos. Para él, Jane seguía siendo absolutamente la mujer más hermosa que jamás había contemplado, y se le partió el corazón al ver las evidencias obvias de su dolor escritas en sus delicadas facciones.

—Señorita Bennet —se acercó, tomó sus manos entre las suyas y la condujo rápidamente a un asiento junto al fuego, donde se sentó de inmediato a su lado—. Jane —se atrevió, con voz suave —. Oh, Jane, no me gusta verte tan triste. ¡Ojalá pudiera aliviar tu sufrimiento!

Jane miró el rostro amable y sincero de Bingley, y su corazón se derritió por completo. —Oh, Charles —dijo entre un sollozo ahogado—, ¡no sé qué haría si no estuvieras aquí!

—Yo —dijo con fiereza— *siempre* estaré aquí para ti.

—¿Me lo —tragó saliva, su valor casi abandonándola— me lo prometes?

—Te lo prometo —dijo fervientemente—. No es el momento adecuado para decir las palabras que quiero decirte, ambos lo sabemos, pero aquí y ahora te prometo que esas palabras *serán* dichas, y hasta entonces estoy a tu disposición.

Jane se llevó los dedos a los labios, incapaz de contener las lágrimas, y Bingley, que ciertamente había esperado más lágrimas hoy, le ofreció otro pañuelo limpio.

—No llores, mi queridísima —dijo con ternura—, tus lágrimas me parten en dos.

—Oh, Charles —susurró Jane, y le dedicó una sonrisa temblorosa, tal que él quiso tomarla en sus brazos allí mismo. Consciente de la presencia de Darcy y Elizabeth, se conformó con simplemente sostener su delicada mano en la suya fuerte, acariciando suavemente con el pulgar el dorso de sus dedos.

Elizabeth observaba desconcertada cómo Bingley prácticamente barría a Jane de sus pies. Por fin recordó la presencia del señor Darcy cuando este tosió ligeramente. De inmediato se volvió hacia él y le hizo una pequeña reverencia.

—Buenos días, señor Darcy. Me temo que mi madre no está lo suficientemente bien para recibirlos hoy.

—No me sorprende, señorita Elizabeth. Su familia debe estar en el mayor tumulto, y lamento imponerme en un momento así —Señaló hacia dos sillas colocadas cerca de la ventana, bien apartadas de Bingley y Jane—. Por favor, ¿quiere sentarse? Estoy seguro de que ha descansado poco. ¿Ya ha comido hoy?

Sorprendida por su repentina solicitud, y de hecho por oírle pronunciar tantas palabras juntas, Elizabeth se movió para sentarse donde él indicaba. —He desayunado, gracias, señor. ¿Desea tomar té? Puedo llamar...

—Se lo agradezco, no, pero por favor llame si usted desea tomar algo.

Ella solo negó con la cabeza, mirándolo como si fuera algún animal extraño, y Darcy tuvo la desagradable sospecha de que Collins no había sido capaz de mantener la boca cerrada. Pero, ¿cómo abordar el tema? Comenzó de forma más segura.

—Lamento profundamente su pérdida, señorita Elizabeth.

Ella bajó la mirada. —Gracias, señor —Su voz era muy suave, a diferencia de su tono firme habitual.

—Simpatizo con usted: mi amado padre murió hace seis años. Yo tenía entonces solo veintidós años, muy cerca creo de la edad que usted tiene ahora. Aún lo echo de menos, aunque verá que el tiempo es un bálsamo para la herida.

—Gracias —dijo Elizabeth de nuevo, levantando la mirada para encontrarse con sus ojos. Obviamente conmovida por su sinceridad, le dedicó una pequeña sonrisa—. Es usted muy amable.

—Es bueno que tenga a su familia a su alrededor —dijo Darcy, pensando amargamente en su propia familia. Georgiana había sido solo una niña y estaba perdida en su propio dolor, su primo Richard Fitzwilliam estaba en el continente luchando contra las fuerzas de Napoleón, y el resto había descendido en masa, exigiéndole que se casara con Anne inmediatamente y consiguiera un

nuevo heredero para Pemberley. ¡Como si Anne hubiera estado en condiciones! Entonces tenía solo diecisiete años, recién recuperada de su enfermedad, y el viaje a Pemberley casi la había matado.

—Sí —dijo Elizabeth, mirando a Jane, y Darcy comprendió. El resto de la familia Bennet era una carga para ella en este momento difícil. Ella y Jane solo se tenían la una a la otra para apoyarse, y la señorita Bennet parecía una caña frágil, especialmente frente al señor Collins. Solo daba gracias a Dios de que el importuno pastor aún no hubiera irrumpido entre ellos.

—Señorita Elizabeth... —Hizo una larga pausa, mirándola fijamente, su hermoso rostro, esos ojos oscuros, oscuros que le atravesaban el alma—. Quizás este no sea el momento oportuno para hablar de tales cosas, y no deseo que sienta que está bajo ninguna obligación. Tengo entendido que el señor Collins tiene la intención de hacerle una propuesta y tal vez esa sería su preferencia...

Elizabeth solo lo miró fijamente, incapaz de creer que el señor Darcy le estuviera hablando así.

Darcy miró hacia Bingley, quien finalmente había logrado arrancar una pequeña sonrisa de Jane.

—Me parece probable que su hermana se establezca en Netherfield una vez que su familia salga del luto —dijo al fin—. Estoy seguro de que no hay necesidad de que se case con el señor Collins si no lo desea.

—No puedo casarme con él —dijo Elizabeth, encontrando por fin su voz—. *No puedo*, ni siquiera para salvar a mi familia de la penuria. No podría soportarlo. No podría soportar sus manos... —Se detuvo, sonrojada, sorprendida de haber dicho tales palabras al señor Darcy.

—Lo entiendo —dijo él, sorprendiéndola—. Desde hace tiempo ha sido el deseo de ciertos miembros de mi familia que me case con mi prima Anne de Bourgh, pero no puedo contemplar hacerlo. Aunque le tengo cariño como mi prima, cualquier relación más cercana me repugnaría.

¡De nuevo encontraba algo en común con ella! Sin embargo, Elizabeth le preguntó: —Entendí por el señor Collins que su compromiso con la señorita de Bourgh era un asunto arreglado.

—Solo en la mente de Lady Catherine —dijo Darcy con amargura—. Le aseguro que Anne es muy consciente de que nunca se llevará a cabo. Me temo que la decepción de Lady Catherine será algo terrible que mi futura esposa tendrá que soportar. —La miró intensamente.

Ella lo miró de nuevo en silencio.

—Elizabeth —dijo Darcy al fin, y ella encontró, curiosamente, que no le molestaba que *él* dejara de lado el tratamiento formal—, la noche antepasada tuve ocasión de hablar en privado con su padre.

Estaba tratando muy duro de no decir una mentira. No sería un buen cimiento para comenzar una vida juntos si empezaba a mentirle a Elizabeth en esta etapa. —Creo que a su padre no le agradaba la idea de una alianza entre usted y Collins, ni siquiera por el bien del resto de su familia. —*Aún cierto*. El disgusto del señor Bennet por Collins había sido evidente—. Era mi creencia que una alternativa habría sido muy bienvenida. —*Aún sin mentiras*.

—Elizabeth, la he estimado como una mujer sensata e inteligente desde nuestro primer encuentro. Mi consideración por usted solo ha aumentado desde entonces y ya no soy capaz de ocultar mis sentimientos. —*Oh, esto es demasiado cierto*—. Deseo cortejarla.

Durante largos momentos ella lo miró en silencio, y finalmente dijo: —Señor Darcy, puedo entender perfectamente que mi padre le diera su consentimiento para un cortejo. Pero está más allá de mi comprensión que *usted* desee cortejarme a *mí*. Desde nuestro primer encuentro, usted indicó que no me encontraba *lo suficientemente guapa como para tentarlo*.

Darcy aún estaba lidiando con la horrible realización de que ella había escuchado sus terribles palabras en aquella primera asamblea cuando ella continuó.

—¡Y ciertamente se me ha dejado claro que mis conexiones son demasiado bajas para que alguien de su exaltada posición desee asociarse conmigo en cualquier base, ciertamente no una permanente!

Caroline Bingley, pensó Darcy sombríamente.

Pero Elizabeth continuaba. —Aunque no tengo deseos de casarme con el señor Collins por el bien de mi familia, tampoco estoy inclinada a precipitarme en ninguna otra elección personal apresurada. He escuchado relatos tan variados sobre su carácter... —*¡Wickham!*— ...que me encuentro completamente incapaz de tomar una decisión sensata en este momento.

Por un largo momento Darcy consideró cómo responder, y finalmente dijo: —Señorita Elizabeth, un cortejo necesariamente se llevará a cabo de manera discreta y de ninguna manera debe considerarse una obligación fija de su parte. No tengo intención de informar a ningún miembro de mi familia aparte de mi hermana, quien le aseguro que no hablará sobre ello.

—La señorita Bingley... —comenzó Elizabeth, pero Darcy negó con la cabeza.

—La señorita Bingley partirá hoy con los Hurst hacia Londres, y no tengo intención de informarles antes de que se vayan, si es que incluso regresamos a Netherfield a tiempo para despedirnos.

—Me atrevo a decir que es una decisión sabia —no pudo evitar decir Elizabeth, y Darcy sonrió. Era la primera sonrisa verdadera que ella había visto en su rostro.

—Ciertamente beneficiará a mis oídos —dijo él, y los ojos de ella se agrandaron ante su broma —. Bingley ya está al tanto, y ayer informé al señor Collins.

—Él me lo dijo. Y a Jane —dijo Elizabeth, y Darcy asintió.

—Quizás sea más prudente limitar el conocimiento a ese grupo por ahora. Hablaré con el señor Collins. Después de todo, sería de muy mal gusto difundir tal cosa en este momento. —Para enorme sorpresa de Elizabeth, él extendió la mano y tomó la de ella entre las suyas—. Esto de ninguna manera la coloca bajo ninguna obligación, señorita Elizabeth. Simplemente... simplemente deseaba que supiera, a pesar del momento inconveniente, la alta estima en que la tengo.

Elizabeth se sonrojó, incapaz de encontrar su mirada. —Se lo agradezco —dijo al fin, insegura de qué más decir. ¿Qué podía decir? ¿Que no tenía idea de que él la hubiera mirado en absoluto más que para encontrar faltas? ¿Que era el hombre más arrogante, orgulloso e imposible que jamás había conocido y que no podía imaginar estar casada con él?

—Soy consciente —dijo Darcy después de unos momentos— de que quizás el señor Collins esté molesto con usted. Le ruego que recuerde mis palabras, y muy particularmente que ciertamente no estoy comprometido con mi prima, ni de hecho obligado a ninguna otra persona salvo mi hermana. Me gustaría pedirle —hizo una pausa por un momento, eligiendo cuidadosamente sus palabras— que si su posición o la de la señorita Bennet en esta casa se vuelve insostenible o desagradable para ustedes, que me lo hagan saber a mí o al señor Bingley, y las ayudaremos a hacer arreglos alternativos.

Darcy estaba bastante orgulloso de haber logrado decir eso con tacto. Lo que realmente quería era exigir que Elizabeth y Jane dejaran al resto de su familia y vinieran directamente a Londres, donde podrían establecerse con su tía y su tío.

—Tendré en cuenta su petición —dijo Elizabeth en voz baja, y entonces se dio cuenta de que él todavía sostenía su mano. No era una sensación desagradable, se sorprendió al descubrir. Su mano era cálida y firme sobre la suya fría, muy diferente del agarre sudoroso y pegajoso del señor Collins, que siempre le hacía pensar en sostener un pescado muerto. Se preguntó si debería retirar su mano. Pero se sentía agradable.



Capítulo Cinco

MARY OBSERVÓ CÓMO ELIZABETH se apresuraba hacia la puerta de Jane, anunciando que los caballeros habían llegado. Cuadró los hombros y salió de su habitación, dirigiéndose a la de Kitty y Lydia. Lydia estaba tumbada en su cama, balanceando los pies aburrida en el aire mientras miraba láminas de moda, mientras que Kitty estaba sentada tristemente en un rincón, cosiendo en silencio y ocasionalmente haciendo una pausa para sorber y secarse los ojos con su pañuelo.

—Necesito vuestra ayuda —dijo Mary sin rodeos—. Necesito que me hagáis bonita.

—¡Vaya! —Lydia se incorporó de golpe y estalló en carcajadas—. ¿Tú, bonita? ¡Será el día!

—Lyddie, ¡no seas mala! —Kitty estaba avergonzada de no haberse defendido el día anterior.

—Sí, Lydia. "Cántaro vacío hace más ruido". Si no tienes nada útil que decir, *cállate*.

La boca de Lydia se abrió de par en par ante las duras palabras de Mary.

Kitty miró a Mary con nuevo respeto.

—Mary, ¿por qué quieres ser bonita?

—Lizzy no se casará con el señor Collins —Mary se encogió de hombros—. Estoy bastante segura de que ninguna de vosotras queréis hacerlo, así que pretendo hacerlo yo misma. No soy tan bonita como Lizzy, y aunque creo ser la más adecuada para la tarea en términos de afinidad, parece que el señor Collins, como muchos hombres, prefiere una cara bonita. Quizás sea más receptivo si me esfuerzo más, aunque la vanidad sea mi desprecio.

—¿*Quieres* casarte con el señor Collins? —exclamó Lydia—. ¡Vaya, qué gracioso!

—¡Cállate, Lydia! —Mary y Kitty espetaron al unísono.

—¿*Quieres* quedarte aquí en Longbourn? —le preguntó Kitty entonces—. ¿O te gustaría ir a vivir conmigo y mamá en esa habitación diminuta en casa de la tía Phillips?

—Bah, me casaré con un apuesto oficial y no me faltará de nada...

—¡Te faltará de todo! —Kitty había madurado bastante en el último día—. Sin dinero propio, tú y tu oficial viviréis en la calle, ¡y te apuesto a que en seis meses estarás ganándote el pan con tu cuerpo!

—¡Kitty! —dijo Mary, conmocionada, y Kitty negó con la cabeza.

—Perdona, Mary, pero es la verdad. Ninguno de los oficiales miraría a Lydia si no fuera una hija de Longbourn, y no como algo más que una moza ligera de cascos. Porque sé lo que les has estado diciendo, Lyddie, que Longbourn es mucho más rico de lo que parece y que nuestro padre tiene dotes secretas para todas nosotras. ¿Cómo crees que uno de tus tan apuestos oficiales trataría a una esposa mentirosa, eh? ¡Con un látigo, así es cómo!

Lydia se quedó en silencio por primera vez en su vida. El reproche de Kitty le llegó como nunca antes lo había hecho nadie, y se levantó y se acercó a Mary.

—¿Te casarías con el señor Collins? —dijo en voz baja, sin rastro de burla en su actitud.

—Si me acepta —Mary no estaba en absoluto segura de que lo haría. Simplemente no era lo suficientemente bonita. Él dirigiría su mirada hacia una de las otras, o insistiría en Lizzy, o las echaría a todas.

—Pensará que eres bonita cuando hayamos terminado —declaró Lydia—. Eres demasiado alta para uno de mis vestidos, y demasiado delgada para los de Kitty.

Kitty fulminó con la mirada ante la insinuación de que estaba regordeta, pero entonces Mary era una caña esbelta en comparación.

—¿Qué tal el vestido de muselina azul de Jane? —dijo entonces Lydia—. Después de todo, tienes los mismos ojos azules que Jane. Ve a buscarlo, Kitty, mientras yo empiezo con el cabello de Mary. —Y en un momento tenía a Mary sentada, desenrollando su poco favorecedora moño y empezando a cepillarlo—. Es una lástima que tengas el pelo tan liso, Mary, pero unas bonitas trenzas harán...

Kitty miró a Mary y luego, confiada en que Lydia realmente tenía la intención de ayudar, fue a buscar el vestido de Jane.

Mary apenas se reconoció en el espejo media hora después. No es que pudiera verse demasiado claramente de todos modos, ya que Lydia le había confiscado firmemente las gafas. No se atrevió a preguntar cómo Lydia y Kitty habían alcanzado tal experiencia con el cabello y el encaje, ni qué demonios estaba haciendo Lydia con ese fino pincel y algo de hollín de la chimenea alrededor de sus ojos.

—No importa lo que pase, no llores —exhortó Lydia mientras empujaba a Mary fuera de la puerta—, ¡o tendrás rayas negras por toda la cara!

¿Rayas negras? No, Mary no quería saber. Se dirigió hacia las escaleras, esperando no encontrarse con nadie en el camino, y hasta la puerta de la biblioteca. Estaba firmemente cerrada, y se tomó un momento para armarse de valor y llamó dos veces.

Pasaron dos o tres minutos sin respuesta, y Mary reunió su coraje y llamó de nuevo, más fuerte.

—¡Adelante! —llamó una voz un momento después, y ella giró el pomo de la puerta y entró tímidamente.



El señor Collins estaba muy disgustado por haber sido despertado de una siesta al mediodía por un golpe en la puerta. Había estado soñando muy agradablemente con Elizabeth, apretándola contra él, con su voz suave y dulce llamando su nombre. Excitado e irritado, permaneció sentado detrás de su escritorio mientras la puerta se abría en respuesta a su llamada y la señorita Kitty entraba.

No, ¡espera, esa no era Kitty! Kitty era bastante más regordeta. Esta chica tenía una figura delicadamente esbelta, más como Jane, pero tenía la corona de trenzas castañas de Kitty. Por un momento salvaje, el señor Collins se preguntó si había una hermana Bennet que aún no había conocido, y luego pasó por un proceso lógico de eliminación. Demasiado alta para ser Lydia o Elizabeth. Demasiado oscura para ser Jane. Demasiado delgada para ser Kitty.

—¿Señorita Mary? —soltó sorprendido—. ¿Por qué... por qué lleva colores? —Fue lo primero que se le vino a la mente.

—Me temo que he crecido demasiado desde que guardamos luto por nuestra abuela Gardiner, señor Collins. Sarah está en este momento bajando los dobladillos de mis vestidos de luto. Deberían estar listos para mañana. —Levantó las manos para mostrar guantes negros y cintas negras entrelazadas alrededor de sus muñecas—. Esto es lo mejor que puedo hacer hoy, pero señor, necesito hablar con usted.

No llevaba sus gafas, y por primera vez el señor Collins pensó en lo mucho que se parecía a Jane, aunque su cabello era más oscuro. Hizo un gesto hacia la silla frente a la suya.

—Por favor, tome asiento, señorita Mary. —Al menos ella siempre le mostraba el respeto y la deferencia adecuados, incluso si era la menos atractiva de sus hermanas. Recordando las palabras de Jane la noche anterior, preguntó—: ¿Requiere una carabina, señorita Mary?

Sorprendida, Mary parpadeó sus largas pestañas hacia él. —Pues, no lo creo, señor Collins. La reputación de una mujer es algo frágil, pero usted es ahora el cabeza de mi familia. No creo que su presencia me ponga en peligro.

Una lástima que Jane y Elizabeth no sintieran lo mismo, pensó amargamente el señor Collins, negándose a admitir incluso ante sí mismo que quizás ellas estuvieran justificadas. —Gracias, señorita Mary. ¿En qué puedo ayudarla hoy?

—Señor Collins —Mary se armó de valor y se obligó a hablar despacio y con claridad. Cómo deseaba poder distinguir claramente su expresión, pero sin sus gafas era imposible—. Tengo entendido que vino usted a Longbourn por encargo de su noble patrona con la intención de elegir una esposa entre sus primas, en su sabiduría y beneficencia, para compensar de alguna manera las circunstancias del mayorazgo.

—Sí —dijo Collins, un poco confuso sobre por qué Mary le hacía tal pregunta.

—Además, tengo entendido que, estando Jane probablemente a punto de comprometerse en un enlace muy ventajoso, usted seleccionó a Elizabeth, por ser la siguiente en edad, como su posible pareja, y que ha estado... —Mary eligió cuidadosamente la siguiente palabra— cortejando a Elizabeth con vistas al matrimonio.

—Sí —asintió el señor Collins.

—Con todo respeto, señor, creo que ha tomado la decisión equivocada. He vivido con Elizabeth toda mi vida, y aunque la quiero mucho, creo que no sería en absoluto adecuada como su esposa.

Sorprendido, Collins se echó hacia atrás en su silla. Juntó las puntas de los dedos. —Continúe —dijo finalmente—. ¿Por qué dice eso?

—Señor, Elizabeth es atrevida y directa en sus opiniones. No le mostraría el debido respeto a su educación, su posición como clérigo y su estatus como cabeza de esta casa —Mary miró, esperaba, directamente a sus ojos—. Y, señor Collins, ella no lo aprecia.

Por un momento, eso lo dejó desconcertado. ¡Seguramente a Elizabeth le agradaba! Pero entonces... siempre salía a dar un paseo cuando él intentaba hablar con ella. Su madre siempre tenía que exigirle que se quedara en la habitación. Y si había estado alentando al señor Darcy...

—Señor Collins, voy a ser muy directa —dijo entonces Mary—. Soy consciente de que no soy la más bonita de mis hermanas. Pero le respeto profundamente y siempre estimaría su palabra y su opinión. Estoy dispuesta a dejarme guiar por usted en todo, y solo le pido que reconsidere su elección a la luz de lo que le he dicho —guardó silencio, sonrojada.

—Ya veo —dijo finalmente el señor Collins, recostándose en su silla y mirando a Mary. Nunca se había molestado antes, pensando que era demasiado sencilla para merecer el esfuerzo. Y sin

embargo, no era sencilla en absoluto, ¿verdad? Aunque no tenía las curvas voluptuosas de Elizabeth. De hecho, era positivamente plana de pecho. Sin embargo, le ofrecía respeto, siendo la única de sus hermanas, aparte de la dulce y amable Jane, que realmente lo hacía. De hecho, lo había buscado varias veces para recibir instrucción religiosa desde su llegada a Longbourn.

Sin embargo, eran los pensamientos sobre Elizabeth los que lo excitaban, aunque fuera vergonzoso admitirlo. Pensamientos sobre el pecho abundante de Elizabeth, sus ojos brillantes, su risa fácil. Solo tenía la palabra de Mary de que Elizabeth no se preocupaba por él, y de hecho, si pudiera separarla de Darcy, ella tendría pocas opciones...

—Consideraré lo que me ha dicho, señorita Mary —dijo finalmente. Esto, se dio cuenta, era una situación en la que no podía perder. Incluso si Elizabeth se casara con Darcy, Mary acababa de ofrecerse en bandeja. Se veía bastante bien cuando se molestaba en arreglarse, parecía, y al menos sería obediente con él—. Nada, por supuesto, necesita decidirse por algún tiempo todavía.

—Por supuesto, señor —dijo ella rápidamente—. Estamos a su disposición.

El señor Collins no pudo resistir una pequeña lección. —Aprecio que sus pensamientos sean para mi futura comodidad y la de su familia, señorita Mary —dijo—, pero no está bien hecho de su parte promoverse a expensas de Elizabeth.

Ella se sobresaltó, palideciendo un poco, con los ojos muy abiertos.

—Tampoco debería estar fuera de su habitación a esta hora a menos que lleve el luto completo. Esta conversación podría haber esperado a otro momento, cuando pudiera aparecer vestida más apropiadamente.

Mary podía sentir que sus labios empezaban a temblar. *No llores, no llores*, se repetía en silencio. —Siempre me complace ser guiada por usted, señor Collins —intentó con mucho esfuerzo mantener su voz bajo control.

—Un punto muy a su favor, sin duda. Puede retirarse.

—Gracias, señor —se levantó y le hizo una rápida reverencia, y Collins la vio alejarse. Se movía como Jane, se dio cuenta, ágil y fluida.

—¿Señorita Mary? —dijo cuando ella llegó a la puerta.

—¿Señor? —ella se volvió para mirarlo.

—Se ve bonita de azul. Me alegro de haberla visto con ese vestido.

Por primera vez que él recordara, Mary sonrió. Y fue deslumbrante. Por un instante, toda la habitación pareció bañada de luz solar: y luego ella se había ido.



Capítulo Seis

LA CASA PARECÍA MUY silenciosa, se dio cuenta el señor Collins después de haberse sentado y meditado un rato. Una de las chicas debía haber dicho algo que había silenciado a Fanny Bennet, gracias al buen Señor. Ella era apropiadamente deferente con él, pero la mujer podía hacer un alboroto espantoso. Levantándose, caminó hacia el pasillo y frunció el ceño al ver la puerta de la sala abierta. Sirvientes inútiles. Ya era bastante malo que siempre se mantuviera un fuego encendido en la sala, incluso cuando todos se quedaban en sus habitaciones, pero dejar la puerta abierta para que saliera el calor... Se acercó para cerrar la puerta, miró dentro y se quedó paralizado.

—¡Suelte a mi prima inmediatamente, señor! ¿Qué cree que está haciendo?

Elizabeth saltó cuando el señor Collins irrumpió en la habitación y retiró su mano del agarre de Darcy, pero era en Jane y Bingley en quienes se centraba su atención.

—¡Solo estoy tratando de ofrecer a la señorita Bennet un poco de consuelo, señor! —Bingley se puso de pie de inmediato, defendiéndose—. En este momento de gran angustia, estoy aquí para asegurarle que estoy dispuesto a ser de servicio en todos los aspectos.

El señor Collins nunca había visto al señor Bingley enojado, y eso lo hizo dudar. Bingley era un hombre alto, después de todo, un deportista de hombros anchos, y se erguía sobre el señor Collins. Y entonces su mirada cayó sobre Darcy y Elizabeth.

—Esto no es *para nada* apropiado —miró alrededor de la habitación, determinó que no había nadie más presente y frunció el ceño severamente a Elizabeth.

—Señor Collins, mi hermana y yo estamos adecuadamente acompañadas la una por la otra —fue Jane quien dio un paso adelante. Elizabeth acababa de darse cuenta de que el señor Collins tenía el poder de prohibir a Darcy y Bingley la entrada a la casa si así lo decidía, y, de repente aterrorizada ante esa posibilidad, no pudo encontrar palabras para defenderse.

—Dos parejas cortejándose juntas no es apropiado —dijo el señor Collins con brusquedad, y Jane habló de nuevo, haciendo que Bingley la mirara con más admiración que nunca.

—Señor, usted conoce mi carácter y el de Elizabeth. Le aseguro que nada inapropiado sucederá mientras permanezcamos juntas. Ni, de hecho, conociendo al señor Bingley y al señor Darcy, podría alguien esperar menos que el comportamiento más recto de cualquiera de ellos.

El señor Collins balbuceó. Después de un momento recuperó la compostura y dijo:

—No obstante, señorita Bennet, mientras permanezcan bajo mi techo obedecerán mis reglas. ¿Y por qué no se me informó de la llegada del señor Darcy y el señor Bingley?

—Hill nos dijo que llamó a la puerta de la biblioteca, señor Collins, y no hubo respuesta. Como usted ha dado instrucciones estrictas de que nadie puede entrar a su biblioteca a menos que usted los llame, ella decidió obedecer sus deseos —dijo Jane, dándose cuenta de que enfrentarse al pequeño sapo se volvía más fácil cada vez que lo hacía. Podía sentir a Charles de pie junto a ella, una presencia cálida y reconfortante que le daba gran fuerza.

Una vez más, el señor Collins no pudo responder a una explicación tan perfectamente razonable. Darcy observó cómo el señor Collins se recomponía para lo que evidentemente iba a ser otro reproche, y decidió que no podía soportar más.

—Su preocupación por la reputación de las señoritas Bennet le honra, señor —dijo entonces—. No tengo duda de que mi tía se complacerá en saberlo cuando le escriba la próxima vez.

—Ah... sí —el señor Collins de repente se dio cuenta de que, aunque ya no dependía de Lady Catherine de Bourgh para su sustento, ciertamente sería ventajoso para él tener su buena opinión, y molestar a su sobrino podría no ser el mejor comienzo. Prohibir a Darcy la entrada a la casa, por mucho que quisiera hacerlo, no le beneficiaría en absoluto. Por supuesto, era muy posible que a su señoría no le agradara saber del cortejo de Darcy a Elizabeth. De hecho, esa sería probablemente la mejor manera de acabar con todo el asunto de raíz. Lady Catherine no permitiría tal alianza. No, Elizabeth no se casaría con Darcy después de todo.

Darcy tuvo un repentino impulso de borrar esa sonrisa presumida de la cara del hombrecillo de un puñetazo. Collins estaba mirando a Elizabeth y sonriendo, una sonrisa desagradable y conocedora que decía que sabía algo que ella no.

Elizabeth no era en absoluto insensible a la sonrisa burlona, e inconscientemente se acercó más a Darcy. No podía esconderse detrás de él, eso no estaría bien en absoluto, se reprendió Elizabeth, pero solo estar lo suficientemente cerca para sentir el calor que emanaba de su alta figura... lo suficientemente cerca para que la manga de su abrigo rozara su brazo... encontró un poco de valor en esa cercanía y levantó la barbilla con valentía. Para su asombro, cuando el señor Collins

se volvió para mirar de nuevo a Jane y Bingley, sintió que el brazo de Darcy se movía y su cálida mano presionaba muy ligeramente contra la parte baja de su espalda.

—Sé valiente —murmuró su voz profunda sobre su cabeza, tan suavemente que estaba segura de que nadie más que ella podría haberlo oído, y luego dio un paso adelante.

—Señor Collins, aunque aún no somos familia... —podía ver que Collins luchaba entre enfadarse por la insinuación de que Darcy tenía la intención de casarse con Elizabeth, o asombrarse con orgullo de que algún día podría reclamar una relación familiar con los Darcy de Pemberley—, no obstante, le pediría su indulgencia y su permiso para asistir al entierro del señor Bennet. Las damas, por supuesto, no pueden, y Bingley y yo desearíamos estar en su lugar, para apoyarle mientras se despide de su primo.

No había manera de que Collins pudiera rechazar cortésmente tal oferta, y en cuestión de momentos Darcy lo había sacado de la habitación, insistiendo en que quería conocer todos los arreglos, que el señor Collins no podía desear cargar solo con semejante peso, y que por supuesto las damas estarían demasiado angustiadas para escucharlo.

Bingley, Jane y Elizabeth se miraron bastante asombrados por un momento, y luego Jane se apresuró hacia su hermana, con Bingley pisándole los talones.

—Oh, Lizzy, ¿estás bien? Fue bastante horrible contigo...

—No, el señor Darcy fue muy amable —murmuró Lizzy, bastante conmocionada.

—¡Lizzy, me refería al señor *Collins*! El señor Darcy es, bueno... —a Jane le faltaron las palabras y miró a Bingley en busca de apoyo.

—Darcy está muy preocupado por el bienestar de ambas y de toda su familia —dijo Bingley—, al igual que yo. Señorita Elizabeth... su hermana y yo somos conscientes de que este no es el momento, pero hemos llegado a un entendimiento... —miró adorablemente a Jane mientras ella le daba esa deslumbrante sonrisa una vez más.

—Oh... ¿Te refieres a...? —Elizabeth miró a Jane en busca de confirmación y, cuando su hermana sonrió y asintió, la abrazó con alegría—. Estoy tan contenta. —Permitió que Bingley le besara la mejilla y luego preguntó—: ¿Pero cuándo...?

—Tendrán que pasar al menos algunas semanas —dijo Bingley con tristeza—, por supuesto. Pero no estoy dispuesto a esperar seis meses. Tampoco creo que sea apropiado que ambas permanezcan bajo el techo de Longbourn por mucho tiempo. Tengo la intención de apelar al tío del señor Hurst, que es obispo, para que nos ayude a obtener una licencia especial...

La boca de Jane se abrió formando una gran O y sus ojos brillaron. Bingley lo vio y tomó su mano entre las suyas.

—Algunos podrían desaprobarlo, pero descubro que no me importa. Aunque no pretendo faltar al respeto a su padre, que en paz descanse, mi preocupación es por los que ha dejado atrás. Si viajáramos a Londres, con un arreglo previo, el tío de Hurst podría casarnos el mismo día y usted podría mudarse a mi casa de la ciudad, junto con cualquier miembro de su familia que desee que la acompañe. Seis semanas, quizás... ¿o a lo sumo ocho...? —le dirigió a Jane una mirada esperanzada—. En Londres, lejos de Hertfordshire, no habría nadie que dijera que se casaron demasiado pronto después de la partida del señor Bennet, y usted podría entrar en medio luto... durante el tiempo que considere apropiado —se apresuró a añadir, no queriendo que Jane pensara mal de él por querer acortar su luto.

Era el turno de Jane de dudar y el de Elizabeth de intervenir.

—Jane, si estás pensando en papá, piensa solo en lo feliz que estaría al verte tan bien establecida —dijo suavemente—, y en lo seguro que estaría de que todos estaríamos bien atendidos, como el señor Bingley tan amablemente ofrece.

—Y que *tú* no te veas obligada a hacer algo que no deseas —Jane encontró su justificación para aquello que tan desesperadamente quería—. Sí. Sí, Charles, sí.

Él sonrió, miró a Elizabeth y dijo:

—Sabiendo lo querida que es su hermana para usted, y consciente de que deberíamos tener un testigo, estoy seguro de que no le importará que Elizabeth vea esto... —y se arrodilló, tomando la mano de Jane entre las suyas—. Señorita Bennet, diga que me hará el más feliz de los hombres, acceda a apiadarse de este miserable tonto que no puede hacer lo decente y esperar por usted, y diga que se casará conmigo.

—Sí —dijo Jane, nuevamente, incapaz de encontrar más palabras—. Sí, sí, *¡sí!*

Elizabeth no pudo evitar soltar una risa de alegría, mirando de uno a otro, el rostro de Bingley inundado de júbilo y el de Jane de feliz y amoroso alivio.

—¡Estoy tan feliz por ambos! —En un momento, sin embargo, su rostro se entristeció, y Jane supo que estaba pensando en su padre. Se abrazaron, lágrimas felices mezcladas con tristes, ambas tan confundidas que no sabían qué pensar.

Bingley comprensivamente se retiró un poco, dándoles privacidad en este momento, aunque todo lo que quería hacer era estrechar a Jane entre sus brazos, reclamar sus suaves labios con los suyos y luego llevarla lejos. Para lograr la verdadera felicidad de Jane, también debía asegurarse la de Elizabeth, eso se le había vuelto evidente hace muchas semanas al ver el afecto entre las hermanas, y él mismo apreciaba mucho a Elizabeth. Casarla con ese idiota de Collins meramente

para asegurar Longbourn para la familia sería un completo desperdicio. Mucho mejor que se casara con Darcy: ella sería buena para él.

Bingley sonrió para sí mismo, recordando las muchas veces que había visto a la vivaz señorita del campo alejarse de Darcy dejándolo con una expresión totalmente desconcertada en el rostro, que poco después era reemplazada por una admiración involuntaria. Oh sí, Elizabeth Bennet sacudiría el mundo de Darcy bastante a fondo y, si Bingley no se equivocaba mucho, muy pronto lo tendría comiendo de su delicada manita.

Darcy mantuvo alejado al señor Collins durante veinte minutos completos. Cuando regresaron, las dos hermanas estaban sentadas junto al fuego, tomadas de la mano, con lágrimas aún bastante visibles en ambos rostros, y Bingley estaba discretamente de pie junto a la ventana, mirando hacia otro lado. Se giró cuando Collins y Darcy entraron en la habitación y se acercó.

—Le ruego me disculpe, señor Collins, por entrometerme en el dolor de su familia —dijo con una sonrisa desarmante—. La señorita Bennet y la señorita Elizabeth están de luto por su padre, y me temo que Darcy y yo lo hemos olvidado en nuestro deseo de ser de utilidad y consuelo para aquellas a quienes tenemos en el más profundo afecto. ¿Podría tener unas palabras en privado? —Y empujó a Collins fuera del salón y hacia la biblioteca, sin que el ex párroco pudiera objetar ante palabras tan inofensivas.

—¿De qué se trata, señor Bingley? —Collins decidió que necesitaba un brandy. Ya era bastante difícil lidiar con una familia de mujeres tan tontas y obstinadas, sin tener que tratar de manejar a estos hombres poderosos y de fuerte voluntad al mismo tiempo. Sirvió, vio que Bingley lo miraba y le ofreció la licorera de mala gana.

—Se lo agradezco, no. Señor Collins, soy consciente de que mi momento no podría ser peor. Pero seré completamente honesto con usted; mi intención al venir a Longbourn ayer era pedir al señor Bennet su bendición para comprometerme con la señorita Bennet.

—¡Eso es, por supuesto, inapropiado en este momento! —Collins estaba justamente indignado.

—¡Por supuesto! —Bingley estuvo de acuerdo de inmediato—. Pero el hecho es que la señorita Bennet y yo ya hemos llegado a un acuerdo privado y, si puedo ser franco... —Continuó sin esperar el consentimiento de Collins—. Estoy profundamente enamorado de la señorita Bennet y no tengo intención de esperar un año completo de luto.

—Puedo verlo —concedió Collins, pensando que de ninguna manera podría soportar tener a esa perra en su casa durante un año. Si Bingley la quería antes, que así fuera.

—Pensé que quizás después de unas seis semanas de luto con su familia, la señorita Bennet podría trasladarse a Londres para visitar a mis hermanas. Aunque, por supuesto, debería

continuar vistiendo de negro por un tiempo —*un día o dos si me salgo con la mía*, pensó Bingley —, podría comenzar a comprar su ajuar de novia. Y, por supuesto, en algún momento usted necesitará regresar a Hunsford para arreglar asuntos allí, así que ese podría ser un momento apropiado. Si la señorita Bennet está en la ciudad con mis hermanas (yo, por supuesto, residiré en otro lugar), no tendrá que preocuparse por sus deberes de tutor hacia ella. Estoy seguro de que la señora Bennet estará en condiciones de cuidar de sus hijas menores durante algún tiempo para entonces.

Bingley pensaba que quizás no tendría otra oportunidad de sacar a Elizabeth de la casa y alejarla de la mirada vigilante de Collins. Llevar a toda la familia a Londres para una boda tranquila, y luego Jane insistiendo en que necesitaba a Elizabeth a su lado... Collins no podría insistir en que Elizabeth regresara a Longbourn en tales circunstancias. Especialmente si Bingley decidía llevar a su esposa de viaje de bodas, naturalmente acompañada por su hermana más querida. Vaya, si era lo suficientemente vago sobre su itinerario planeado, podrían pasar semanas antes de que cualquier carta los alcanzara. Y mientras tanto —reprimió una sonrisa ante la idea— podrían estar cómodamente instalados en Pemberley, dando a Darcy acceso absoluto a Elizabeth sin temor a interferencias.

El señor Collins suspiró, interrumpiendo el hilo de pensamientos de Bingley. —Sí, supongo que sí —interiormente, estaba bailando una pequeña jiga de alegría. ¡Podría deshacerse de Jane y su molesta vigilancia sobre Elizabeth, además de asegurarse de que Lady Catherine fuera informada de la deserción de Darcy respecto a la señorita De Bourgh al mismo tiempo! Inocentemente, por supuesto. Aunque era tonto, William Collins se había dado cuenta rápidamente de que no podía enviar una carta a Lady Catherine advirtiendo sobre la interferencia de Darcy; Darcy se daría cuenta instantáneamente de que él era el culpable y probablemente se ofendería. A pesar de todos sus elogios aduladores hacia Lady Catherine, el señor Collins vagamente se daba cuenta de que Darcy era el más poderoso de los dos y podría ser potencialmente muy peligroso enfrentarse a él. Pero un comentario inocente mientras visitaba a su antigua patrona sobre Darcy siempre rondando Longbourn, prestando mucha atención a la prometida de Collins... bueno, eso seguramente tendría el efecto deseado.

—Como vicario, no puedo aprobar su prisa en este momento de duelo —dijo con su mejor voz de sermón. Luego hizo una pausa y le dio a Bingley lo que él consideraba una sonrisa fraternal, sin notar el retroceso del otro hombre—. Pero como hombre, comprendo perfectamente su deseo de aliviar la angustia de su prometida.

La sonrisa untuosa y el horrible énfasis en la palabra *deseo* hicieron que Bingley sintiera ganas de vomitar. En su lugar, forzó una sonrisa y dio una palmada amistosa en el hombro de Collins. —¡Entonces está decidido! Bueno, arreglaremos una fecha mutuamente conveniente para viajar después del funeral.



Capítulo Siete

—¡NUNCA PENSÉ QUE TUVIERAS eso en ti, Bingley! —dijo Darcy mientras se alejaban al fin de Longbourn, después de asegurarse de que el señor Collins tuviera suficiente en su plato para dejar en paz a Elizabeth y Jane, al menos por un tiempo—. ¡Qué sarta de mentiras!

—¡No le mentí en absoluto! —se defendió Bingley—. Quizás *omití* algunos hechos relevantes —admitió con una sonrisa—, y tal vez confundí los detalles de exactamente qué sucedió cuándo, pero no le dije ninguna mentira. No como tú y tu tremenda mentira sobre pedir permiso al señor Bennet para cortejar a Elizabeth —añadió arqueando una ceja.

Darcy hizo una mueca. —Maldita sea, eres mucho más astuto que antes —refunfuñó.

—Sí, bueno, eso viene de darme cuenta de cuánto me han estado ocultando mis hermanas sobre la señorita Bennet —fue la respuesta sardónica—. Te disculpo por no darte cuenta de que ella sí se preocupaba por mí, porque yo mismo no estaba seguro hasta ayer, pero ellas seguramente han tenido conversaciones mucho más íntimas con ella, y deben haber tenido alguna idea de su afecto. En cuanto a que esté por debajo de nuestra posición...

Darcy también se estremeció ante eso. Bingley estaba asestando demasiados golpes verbales hoy.

—No puedes negar que no tienen las mejores conexiones, y que la señora Bennet y las hermanas menores muestran una clara falta de decoro —alegó.

—Mi única conexión mejor que cualquiera que ellos puedan reclamar es mi amistad contigo —respondió Bingley secamente—, y al menos las hermanas menores no fingen una apariencia de amistad sin ofrecer ninguna. En mi opinión, Caroline se ha comportado mucho peor que esas niñas, porque *son* aún niñas, Darcy, y no deberían estar fuera del aula. Las chicas a esa edad a menudo muestran un juicio pobre...

Darcy se estremeció de nuevo, pensando en su propia hermana. Georgiana estaba entre la señorita Catherine y la señorita Lydia en edad, y de hecho, una vez había mostrado un juicio

mucho peor que cualquier cosa que las jóvenes Bennet parecían haber mostrado hasta ahora.

—... ¡pero espero más de Caroline! —continuó Bingley, sacudiendo la cabeza—. Te digo, Darcy, he aprendido mucho sobre mí mismo en estos últimos días, y ante Dios, haré lo que sea necesario para controlar a Caroline y asegurarme de que Jane y su familia estén seguras y felices. Sé que murmuraste algo sobre que la señorita Mary tal vez fuera más adecuada para Collins, pero Darcy, sé honesto aquí. ¿Verías a alguna joven bajo tu cuidado, sin importar cuán tonta o religiosa pudiera ser, casada con ese cretino?

—No —murmuró Darcy finalmente—. No, ella llegaría a arrepentirse, y aún así estaría atrapada por el resto de su vida con un santurrón repugnante. No le desearía ese destino a ninguna mujer.

Bingley solo asintió en respuesta, satisfecho de estar haciendo lo correcto al alejar a todas las chicas Bennet de la influencia del señor Collins, ¡al menos el tiempo suficiente para ofrecerles una alternativa! Pensó que un año o dos de escuela sería la mejor solución para las dos más jóvenes, y aunque Mary era bastante mayor, tal vez unos meses de lecciones privadas le beneficiarían. Quizás podría unirse a Georgiana Darcy por un tiempo en sus lecciones con su acompañante y maestros de música. Mencionó la idea a Darcy, quien no la rechazó de plano.

Darcy estaba luchando consigo mismo. El comentario punzante de Charles sobre las propias conexiones de los Bingley le había hecho pensar más profundamente sobre su objeción a la familia Bennet. Después de todo, un tío que era abogado y otro en el comercio, podría ser mucho peor. ¡El propio padre de Bingley había sido comerciante, aunque inteligente y exitoso, y sus tíos maternos eran un sargento del ejército y un panadero! En cuanto a la señora Bennet, bueno, ¿era realmente peor que cualquiera de las madres casamenteras de la alta sociedad? Y la mayoría de *esas* espantosas mujeres no tenían temores tan apremiantes de perder su hogar ante un idiota, o cinco hijas para casar en un vecindario que, en verdad, sufría de una escasez de caballeros elegibles.

Darcy concluyó, sombríamente, que su verdadera objeción a la familia Bennet era el hecho de que no quería sentirse atraído por *ninguna* mujer. No en este momento, cuando tenía preocupaciones tan apremiantes por su hermana. Y Elizabeth, bueno, ¿cómo podía evitar desearla? Era tan diferente de todas las otras mujeres que conocía. Era obstinada pero encantadora, inteligente y dulce, y en cuanto a no ser lo suficientemente bonita para tentarlo, eso había sido una mentira cuando lo dijo por primera vez, y lo era aún más ahora. El mero pensamiento de su rostro delicado y pícaro con esos ojos brillantes relucientes de lágrimas contenidas... no había querido nada más que atraerla a sus brazos y besarla tiernamente hasta que se aferrara a él.

Darcy suspiró y se rindió sombríamente. Se casaría con Elizabeth Bennet, decidió, de cualquier manera que pudiera conseguirla, porque estaba desesperadamente enamorado de ella y lo había estado, sospechaba, desde el momento en que ella se negó a bailar con él. *¿Qué clase de idiota contradictorio se enamora de una mujer que no lo respeta?* se castigó a sí mismo. Pero entonces, *ella* era la primera mujer que *él* había sentido que podía respetar como compañera de matrimonio. Su respeto tenía que ser ganado, eso le quedaba claro ahora, al igual que tendría que ganarse su afecto. Debía comenzar haciendo lo mejor posible para respetar a su familia, incluso a su madre: era evidente que su familia le era querida en toda su gloria vergonzosa, y por lo tanto, para ganarla, debía hacerlos queridos para él.

Había hecho un buen comienzo, decidió Darcy. Jane era claramente la hermana más cercana de Elizabeth, y retirar su objeción a la elección de Bingley se había hecho antes de que Elizabeth lo supiera. Ayudaría en todo lo posible para allanar el camino hacia la felicidad de Jane, y seguramente crecería el aprecio de Elizabeth por él. Incluso ayudar al señor Collins a planear una despedida respetuosa para el señor Bennet ayudaría a su causa, pues Elizabeth evidentemente había sido afectuosa con su padre; de hecho, había sido obviamente su hija favorita. La mentira de que el señor Bennet había aprobado el cortejo de Darcy hacia ella incomodaba a Darcy, pero se absolvió con el pensamiento de que, ante la elección entre Collins o Darcy, ningún hombre vivo habría entregado a Elizabeth al parlanchín párroco.

El resto del viaje de regreso a Netherfield se completó en silencio, ambos hombres perdidos en sus pensamientos, y cuando llegaron, Caroline y los Hurst ya se habían marchado, para alivio de Darcy. Bingley también pareció aliviado y disfrutaron de una cena tranquila y agradable juntos antes de que Darcy se sentara a escribir una carta a Georgiana explicando por qué se retrasaría al menos unos días más.

Bingley, sin embargo, no lograba asentarse, caminando de un lado a otro de la habitación murmurando entre dientes hasta que Darcy dejó su pluma y le dirigió una mirada severa.

—Bingley, ¿quieres parar? ¡Me vas a volver loco!

Bingley sonrió, dejándose caer en una silla.

—Lo siento, Darcy.

—¿No tienes cartas que escribir también? ¿No se suponía que ibas a concluir negocios en la ciudad? Sería cortés escribir y explicar tu retraso, y probablemente instruir a tu hombre para que se encargue de las cosas en tu nombre.

—¡Sabes lo terrible que soy escribiendo cartas!

—Sé que será mejor que mejores si piensas tomar esposa. ¿O deseas que te llamen constantemente de su lado para tratar asuntos menores que unas pocas líneas podrían haber resuelto?

Eso hizo que Bingley se mostrara pensativo, y finalmente se sentó en otro escritorio y tomó pluma y papel. Darcy sonrió para sí mismo, volviendo a inclinarse sobre sus propias cartas. Jane Bennet sería muy buena para Bingley, sospechaba.



—¿Se lo dirás a mamá? —preguntó Elizabeth a Jane en voz baja mientras subían las escaleras juntas. Jane había tomado la costumbre de mantenerse muy cerca del lado de Elizabeth, siempre con un ojo vigilante hacia el señor Collins. Elizabeth había pensado que no podía amar a Jane más de lo que ya lo hacía, pero la protección de Jane hacia ella le hacía querer lanzarse a sus brazos y abrazarla con fuerza. ¿Cómo soportaría cuando Jane se casara con Bingley y perdiera a su hermana más querida?

No es perder a Jane, sino ganar un hermano, se dijo Elizabeth con firmeza mientras sentía que las lágrimas le pinchaban en el fondo de los ojos. *No podría pedir un hermano más amable, y sé que se esforzará por hacer a Jane tan feliz como merece*. Forzó una sonrisa, aunque no podía igualar la radiante de Jane.

—Oh, ¿cómo no hacerlo? —preguntó Jane—. Espero que le traiga un pequeño destello de alegría en estos días oscuros. Y —lanzó a Elizabeth una mirada de soslayo—, ¡quizás la haga un poco menos propensa a presionarte para que aceptes al señor Collins, Lizzy!

—Sabes bien que no lo aceptaría de todos modos, Jane —Elizabeth mantuvo su voz baja para que no las oyeran—. Pero no negaré que sería un alivio si mamá tuviera otra cosa en qué pensar.

—Entonces hagámosla feliz y evitemos que intente intimidarte al mismo tiempo. —Jane le apretó la mano.

Mientras se volvían para caminar por el pasillo hacia las habitaciones de su madre, otra puerta crujió al abrirse y una voz suave siseó:

—¡Psst!

—¿Kitty? ¿Eres tú? —preguntó Elizabeth con curiosidad.

—Sí, ¡entrad rápido! —Kitty les hizo señas, y ellas intercambiaron miradas curiosas antes de seguir a su hermana menor a la habitación que compartía con Lydia. Lydia no estaba presente,

sin embargo, como vieron cuando Kitty se apresuró a cerrar la puerta detrás de ellas.

—¿Qué pasa? —Elizabeth fue directa al grano. Kitty se retorcía las manos, mordiéndose los labios, con una expresión tan ansiosa como Elizabeth jamás le había visto.

—Creo que Mary ha cometido un terrible error —dijo Kitty apresuradamente.

—¿Qué? —Jane miró a Elizabeth antes de tomar las manos de Kitty—. ¿Qué error, Kitty?

—Quiere casarse con el señor Collins y fue a intentar convencerlo de que se lo pidiera a ella y no a Elizabeth. Solo que volvió arriba llorando y se ha encerrado en su habitación.

Elizabeth parpadeó varias veces, insegura de lo que estaba oyendo. Jane aparentemente tampoco podía creerlo, porque le pidió a Kitty que se repitiera antes de hundirse lentamente para sentarse en la cama de Lydia.

—¿Mary *quiere* casarse con el señor Collins? —dijo Elizabeth, confundida—. *¿Por qué?*

—Dice que una de nosotras tiene que hacerlo, y como es evidente que tú no quieres, ella está dispuesta a hacerlo. Nos pidió a Lyddie y a mí que la ayudáramos a verse bonita para que el señor Collins la quisiera.

—¿Hacerla verse bonita? —Elizabeth repitió las palabras de Kitty, incapaz de creer lo que les estaba contando—. *¿Mary?*

—¡Lo sé! —Kitty levantó las manos—. De todas las cosas más improbables que podían pasar, Mary entrando aquí pidiéndonos eso era lo último que esperaba. Pero... quiero decir... no se equivoca. Una de nosotras *tiene* que casarse con el señor Collins, y ella es realmente la más adecuada para él, aunque él sea demasiado superficial y estúpido para verlo.

—*Ninguna* de nosotras tiene que casarse con el señor Collins, y haría tan infeliz a Mary como me haría a mí o a ti —dijo Elizabeth con vehemencia—. No necesita convertirse en mártir.

Kitty no dijo nada, pero su expresión mostraba sus dudas. Elizabeth miró a Jane y asintió, animándola a compartir sus noticias con Kitty. Jane no necesitó que la instaran a extender la mano y tomar las de Kitty entre las suyas.

—Kitty, querida, créeme, el señor Collins no tendrá poder para dictar nuestras vidas muy pronto, y no importa lo que diga mamá, no hay setos en nuestro futuro. Verás —sonrió temblorosamente —, el señor Bingley y yo hemos llegado a un entendimiento propio.

Los ojos de Kitty se abrieron mucho, y luego soltó las manos de Jane y la abrazó con un chillido de emoción.

—¡Oh, Jane! ¡Dios mío! ¿Qué te dijo? Por favor, ¿me contarás todo al respecto?

—Iba de camino a contárselo a mamá —dijo Jane, riendo mientras aceptaba el abrazo de Kitty —. ¿Por qué no vienes conmigo? Así podrás oírlo con ella, ¡y no tendré que decirlo todo dos

veces!

—Iré con Mary —dijo Elizabeth en voz baja mientras Jane conducía a Kitty hacia la puerta, y Jane asintió. Ambas sabían que era mejor mantener a Elizabeth fuera de la vista de la señora Bennet por el momento, no fuera que su madre empezara de nuevo con sus exigencias de que Elizabeth se casara con el señor Collins.

Mary no respondió al golpe de Elizabeth en la puerta, pero Elizabeth no tenía intención de rendirse e irse tranquilamente. Golpeó de nuevo y probó el pomo de la puerta, sin sorprenderse al encontrarla cerrada.

—Mary —dijo, inclinándose para poner su boca cerca de la cerradura—, soy Lizzy. Necesito que abras la puerta. Tengo que hablar contigo.

—Ahora no, te lo ruego —la voz de Mary respondió después de un momento. Elizabeth pensó que la voz de Mary sonaba espesa por las lágrimas.

—Sí, ahora —dijo Elizabeth—. Sé lo que hiciste, Mary, y fue un error. Necesito saber qué te dijo el señor Collins.

Hubo una larga pausa antes de que finalmente la llave rechinara en la cerradura y la puerta se abriera levemente.

—Realmente preferiría no hablar de ello —dijo Mary, con el rostro apartado.

—Sin duda, pero un problema compartido es un problema a medias. Respeto tu valentía al hacer lo que creías que debías hacer, Mary... ¿qué es eso que tienes en la cara?

Mary se había vuelto para mirar a Elizabeth mientras hablaba, y Elizabeth vio con asombro enormes manchas oscuras bajo los ojos de Mary.

—¿Son esos *moretones*? ¿Te *golpeó*?

—¡No! —Mary abrió la puerta completamente, permitiendo que Elizabeth entrara en la habitación—. Lydia me puso hollín en los ojos, no sé por qué. Lydia dijo que no debía llorar, pero lo hice... ¿ha hecho un desastre terrible?

—Espantoso —dijo Elizabeth con franqueza, cerrando la puerta—. Ven aquí. —Tomando el paño junto a la jofaina, mojó una esquina y comenzó a limpiar el rostro de Mary. El agua estaba fría, pero Mary se quedó quieta y se sometió en silencio a que le limpiaran la cara.

—¿De verdad crees que fui valiente? —preguntó en voz baja.

—¡Mucho! Más valiente que yo, sin duda. No pude aceptar al señor Collins por el bien de todas ustedes, incluso cuando creía que era necesario. Tú intentaste salvarme *a mí*, y te estoy agradecida, Mary, de verdad. —Mojando el paño de nuevo, Elizabeth limpió más del hollín

grasiento, negando con la cabeza por lo que Lydia había hecho—. Nadie necesita sacrificarse por el señor Collins, sin embargo.

Otra lágrima se formó en el párpado inferior de Mary. —¿Qué otra opción tenemos? —dijo débilmente—. Incluso todas juntas, con mamá, no tenemos los recursos para encontrar ni siquiera el hogar más sencillo para todas nosotras. Supongo que tía y tío Gardiner te acogerían a ti, y tal vez a Jane, y mamá iría a vivir con los Phillips, pero no tienen espacio para todas nosotras. Yo podría intentar encontrar un puesto como institutriz, pero sin referencias dudo que tuviera suerte.

Impresionada de que Mary ya hubiera intentado razonar una salida a la situación, incluso pensando en posibles oportunidades de empleo, Elizabeth asintió. —Tienes razón en todas esas cosas, pero lo que no sabes es que el señor Bingley se declaró a Jane hace un rato.

Los ojos azules de Mary se abrieron de par en par y se quedó mirando en silencio durante varios momentos. Elizabeth aprovechó la oportunidad para sentarse en la cama de Mary, tirando de su hermana para que se sentara a su lado.

—Aunque la fecha exacta de sus nupcias aún está por fijar, el señor Bingley ya le ha dado a Jane garantías de que toda nuestra familia debe considerarse ahora bajo su protección. —Dudó, sin saber si continuar—. Tengo otras noticias, pero debo pedirte que prometas mantenerlo en confidencia por ahora. Preferiría que mamá no lo supiera todavía. Podría alterarse demasiado.

—¿*Más* alterada, quieres decir? —preguntó Mary con ironía mientras los chillidos resonaban en el pasillo hasta llegar a ellas.

—En efecto, aunque espero que esos sean gritos de felicidad mientras Jane comparte sus buenas noticias. —Tomando la mano de Mary entre las suyas, Elizabeth contuvo las lágrimas que amenazaban con caer de nuevo cuando pensó en su padre—. En el baile, resulta que papá y el señor Darcy hablaron en privado en la biblioteca por un tiempo, y... el señor Darcy pidió permiso para cortejarme.

Mary parpadeó varias veces y luego dijo: —¿Por qué pareces sorprendida por eso?

Elizabeth la miró fijamente en respuesta. —¿Por qué *tú* no estás sorprendida?

—Ha sido evidente en cada interacción entre ustedes que el señor Darcy te admira mucho. Sus expresiones desmienten sus palabras a veces, pero seguramente incluso tú has visto cómo te sigue con la mirada cada vez que están en la misma habitación. O quizás no. —Mary obviamente vio la sorpresa de Elizabeth ante la sugerencia—. Te aseguro que el resto de nosotras no lo hemos pasado por alto. Mamá solo no te ha presionado para que te esfuerces más en atraer sus afectos porque creo que le tiene un poco de miedo.

—Vaya. —Elizabeth recuperó el aliento—. ¡Supongo que papá estaba deseando intensamente ver mi reacción ante la noticia!

Mary le apretó la mano, y ambas tuvieron que tomarse un momento para recuperar la compostura. —A papá le habría encantado verte como señora de una casa magnífica, como se dice que es Pemberley —dijo finalmente Mary, entre lágrimas—. Habría estado tan orgulloso de ti, Lizzy.

El pañuelo de Elizabeth ya estaba mojado, pero se secó los ojos con él una vez más, incapaz de hablar debido a su abrumador dolor por unos momentos. Finalmente, logró tragarse las lágrimas y hablar, redirigiendo la conversación. —El resultado de todo esto, por supuesto, es que ninguna de nosotras necesita casarse con el señor Collins. No puedo creer que tú realmente desees hacerlo, Mary, así que debo pedirte que me digas exactamente qué le dijiste a él, y él a ti.

Mary guardó silencio durante varios largos momentos antes de cuadrar los hombros y mirar a Elizabeth a los ojos. —Fui a preguntarle al señor Collins si me consideraría como novia en lugar de a ti, porque tú no lo aprecias.

—¿Le dijiste eso? —Elizabeth estaba un poco horrorizada por la franqueza de Mary.

—Sí, lo hice. —La mirada de Mary era inquebrantable—. Le dije que yo lo respetaría, y tú no.

—Bueno, solo puedo admirar tu honestidad —Elizabeth infló las mejillas—. ¿Cómo reaccionó el señor Collins?

—Él todavía quiere casarse contigo. Oh, no lo dijo como tal, pero vi su expresión, Lizzie. —Mary bajó la mirada y se mordió los labios brevemente otra vez—. Me miró de manera diferente, con un bonito vestido y viéndome bonita, o tan bonita como Lydia y Kitty pudieron arreglarme, pero aun así no de la manera en que te mira a ti. ¿Cómo lo soportas?

—¿Soportar qué? —Elizabeth no entendió la pregunta—. ¿Que el señor Collins me mire? Las miradas pueden ser desagradables, pero no pueden hacernos daño, Mary.

—No solo el señor Collins. Todos. Cada hombre que conoces, tú y Jane, e incluso Lydia y Kitty... os miran como si fuerais un... un... un trozo de *pastel* —el disgusto de Mary era palpable —. Y pensé... bueno, estaba enfadada conmigo misma por intentar ser bonita, y creía que era mi culpa que el señor Collins me mirara así porque lo había intentado, pero luego me di cuenta de que ¡tú realmente no lo intentas! ¡Y Jane tampoco! No es justo, y... y lo siento por haber pensado mal de ti por ello.

Elizabeth intentó ordenar el rápido torrente de palabras para comprender el significado de Mary. Finalmente, extendió el brazo para rodear los hombros de Mary.

—Mary, no tienes que sentirte mal porque algunos hombres no se comporten como caballeros en presencia de damas. No es tu culpa, ni mía tampoco. Y no son todos los hombres, en realidad. Solo considera al señor Bingley; nunca podrías decir que él mira a Jane como si fuera un trozo de pastel, ¿verdad? —sonrió, invitando a Mary a compartir su diversión—. Más bien, la mira como si fuera una reina, con una mezcla de reverencia y asombro.

—Eso es cierto —admitió Mary—. Y el señor Darcy tampoco te mira como si fueras un pastel.

—No —convino Elizabeth—, nunca lo ha hecho. *Nunca pensé que me mirara si no era para encontrar defectos, pero es cierto... nunca me miró de esa manera horrible.*

—¿Qué debo hacer, Lizzie? —preguntó Mary lastimeramente—. Prácticamente le dije al señor Collins que me casaría con él, si me lo pidiera. Si el señor Darcy va a casarse contigo, tal vez el señor Collins decida que yo le convendría después de todo...

—Mary, te prohíbo absolutamente que te cases con él —dijo Elizabeth con firmeza—. Incluso si estás frente al altar, nunca es demasiado tarde para echarse atrás, después de todo. ¿Podrías realmente estar en la casa de Dios y jurar amar, honrar y obedecer al señor Collins?

Mary pareció impresionada por ese argumento, asintiendo lentamente.

—Podría manejar dos de las tres —dijo—, pero no creo que pudiera llegar a amarlo nunca.

—Y con eso, aún estarías dos por delante de mí —abrazando a Mary de nuevo, Elizabeth susurró en su oído—: Ten un poco de fe, querida hermana. Dios te ama tanto como tú a Él. No querría que fueras infeliz el resto de tu vida.

—¿Dios proveerá? —preguntó Mary, devolviendo el abrazo.

—Por supuesto, ¡y si Él no lo hace, estoy segura de que Jane puede convencer al señor Bingley para que lo haga en su lugar!

—¡Lizzy! —le reprochó Mary.

Elizabeth solo se rio.

—Ven, hermana. Vayamos con mamá. Nos hará bien a todas celebrar un poco la buena noticia de Jane. Solo no menciones ninguna disposición a casarte con el señor Collins, ¡o podrías encontrarte frente a ese altar teniendo que decirle que no al vicario!



Capítulo Ocho

EL DÍA DEL FUNERAL del señor Bennet amaneció gris y húmedo, un típico día de finales de noviembre, con una espesa llovizna suspendida en el aire, empapando la ropa y dejando helado hasta los huesos a cualquiera lo suficientemente imprudente como para aventurarse al exterior. Darcy esperaba que Elizabeth y sus hermanas se hubieran quedado en el calor de Longbourn; ya había suficientes dolientes al lado de la tumba para honrar al difunto. Parecía que todos los caballeros del distrito habían venido a presentar sus respetos, incluidos los oficiales de la milicia. Wickham estaba entre ellos, aunque al ver a Darcy se había mantenido lo más alejado posible.

Darcy se sorprendió un poco al descubrir que la familia Bennet tenía una cripta bastante grande en la pequeña iglesia parroquial de Longbourn. Había habido Bennets en Longbourn durante más de ciento veinte años, descubrió cuando se tomó unos momentos para leer los nombres y fechas inscritos en el exterior de la cripta una vez terminado el servicio.

Sir William Lucas vino a pararse a su lado, sorbiendo ruidosamente. El hombre tenía la nariz roja, y los ojos también. Darcy no hizo ningún comentario al respecto. Lucas y Bennet habían sido cercanos, pensó. Ciertamente sus hijas lo eran; había visto a la señorita Lucas muchas veces en compañía de Elizabeth, dos cabezas oscuras inclinadas juntas mientras hablaban en confianza.

—Un gran hombre —dijo Sir William, con voz algo entrecortada—. Será muy extrañado en el vecindario.

—Lamento no haber tenido la oportunidad de conocerlo bien —dijo Darcy honestamente.

—¡Qué ingenio tan seco y qué agudo observador del carácter! —exclamó Sir William.

Ambas cualidades heredadas por Elizabeth, pensó Darcy. De hecho, había sido obvio incluso para el observador casual que Elizabeth había sido la hija favorita de su padre, muy probablemente debido a esos rasgos compartidos. Darcy tenía la impresión de que Thomas Bennet había sido un hombre con poca tolerancia a los tontos.

—Muy amable de su parte venir, señor Darcy —estaba diciendo Sir William—. ¡Pensé que usted y Bingley ya estarían de vuelta en St. James, sabe!

Era la apertura perfecta. Darcy se inclinó y dijo confidencialmente:

—No puede haber un anuncio formal, por supuesto, pero debe saber que Bingley y la señorita Bennet habían llegado a un entendimiento. El momento no podría ser peor: Bingley estaba literalmente en camino a Longbourn para pedir su mano. Llegó para encontrar la casa en conmoción, por supuesto.

Los ojos de Sir William se abrieron de par en par, y Darcy estaba bastante seguro de que la noticia se extendería por todo Hertfordshire antes de que terminara la semana.

—¡Vaya! —dijo el caballero, asintiendo con avidez para que Darcy continuara.

—La señorita Bennet está bastante afligida, naturalmente. No creo que sea posible alejar a Bingley ahora, aunque los Bennet no estén socializando; está en proceso de obtener una licencia para casarse con ella tan pronto como sea decentemente posible. Muy probablemente, antes de Navidad, incluso si ella debe permanecer de luto por algún tiempo más.

—Bastante sensato, en realidad —asintió Sir William en acuerdo—. ¿Y usted...?

—Me quedo para apoyar a Bingley, por supuesto —dijo Darcy enérgicamente—. Sus hermanas, lamento decir, no estaban dispuestas a entrar en luto por el señor Bennet, alegando que apenas lo conocían, y se han ido a Londres. Bingley está bastante decepcionado con ellas, y no podía dejarlo aquí solo.

—Es usted un buen amigo para él, señor Darcy. —Sir William le dio un gesto de aprobación—. Terrible momento, qué desafortunado.

—En efecto. Y aunque Bingley será, por supuesto, considerado con el dolor de la señorita Bennet y respetuoso de su período de luto, no permanecerá apartado de ella por mucho tiempo.

—Un hombre muy enamorado. —Sir William se llevó una mano al corazón—. Completamente comprensible. Estoy seguro de que el señor Collins no será tan estricto como para impedir *toda* interacción entre la señorita Bennet y el señor Bingley; eso sería cruel dadas las circunstancias.

—Además, el señor Collins ha sido empujado inesperadamente a su nuevo papel como amo de Longbourn y cabeza de familia, cuando apenas los conoce —dijo Darcy—. Su visita estaba, después de todo, diseñada para que llegara a conocer a la familia y comenzara a aprender lo que se requeriría de él como heredero del señor Bennet. Tendrá muchísimo que aprender.

—Así es —convino Sir William.

—No dudo que valoraría su sabio consejo, señor. Su conocimiento del vecindario, su larga asociación con la familia, y de hecho la comprensión que debe tener de Longbourn mismo,

serían invaluables.

Sir William se hinchó ligeramente de importancia, asintiendo sabiamente, y Darcy ocultó una sonrisa. Sin duda, Sir William descendería sobre el señor Collins en breve, decidido a hacerse lo más útil posible. Y, afortunadamente desde el punto de vista de Darcy, proporcionando tanto una distracción para mantener a Collins alejado de Elizabeth como una posible fuente de información sobre el estado de ánimo de Collins. No había posibilidad de que Lady Lucas se mantuviera alejada si su esposo estaba constantemente en Longbourn, y sin duda la señorita Lucas los acompañaría, lo que agradaría a Elizabeth. Darcy sabía que Elizabeth y Charlotte eran cercanas. Tener a su amiga cerca solo podría beneficiarla en este momento de dolor.

Muy satisfecho con el resultado de su conversación con Sir William, Darcy estaba de buen humor mientras montaba su caballo para regresar a Netherfield al lado de Bingley. Sin embargo, al ver la expresión afligida de Bingley, Darcy contuvo sus sonrisas y escuchó mientras su amigo lamentaba el fallecimiento del señor Bennet.

—Me hubiera gustado conocerlo mejor —dijo Bingley—. Obviamente era muy querido por sus hijas, y un padre amoroso e indulgente con ellas.

Un poco demasiado indulgente con las más jóvenes, pensó Darcy pero no lo dijo. Unos cuantos períodos en una buena escuela harían maravillas por Lydia y Kitty, al menos.

Determinando que era prudente mantenerse alejado de Longbourn por al menos unos días después de que el señor Bennet fuera sepultado, Darcy encontró que Bingley casi lo estaba volviendo loco. El clima se había vuelto húmedo y frío, atrapándolos juntos en el interior de Netherfield, al menos hasta que pasó el tercer día y Darcy, mirando por la ventana temprano una mañana, vio que la lluvia se estaba deteniendo, aunque fuera temporalmente.

—Salgamos a cazar —le sugirió a Bingley, quien se animó de su sombría contemplación del desayuno ante la sugerencia—. Si conseguimos una buena cantidad, podríamos llevar algo a Longbourn. Compartir la abundancia.

—¡Una excelente idea! —Bingley se animó aún más, abandonando los restos de su comida y levantándose para llamar a su criado para que preparara sus armas.

Los cotos de Netherfield no habían visto caza en algunos años, por lo que la caza era realmente abundante. No habían pasado ni dos horas cuando Darcy y Bingley caminaban con las bolsas de caza llenas sobre la baja colina que se elevaba justo detrás de Longbourn y miraban hacia la antigua casa señorial.

El humo se elevaba solo de dos chimeneas, a pesar del frío del día; Darcy podía ver su aliento con cada exhalación. Entornando los ojos, miró fijamente la casa, calculando rápidamente que

los únicos fuegos encendidos estaban en la cocina y el estudio.

—Collins está siendo excesivamente parsimonioso con el carbón, creo —comentó a Bingley, quien frunció el ceño.

—¿Solo dos fuegos encendidos?

—La cocina y el estudio, a menos que me equivoque —dijo Darcy—. Y sospecho que solo permite que se encienda la estufa de la cocina porque disfruta de una comida caliente.

—Jane debe estar congelándose —Bingley parecía furioso—. No toleraré esto, Darcy. Si no va a cuidarlas adecuadamente...

—Tranquilo, Bingley. No entremos como toros embistiendo —advirtió Darcy—. Recuerda que Collins no está acostumbrado a administrar una propiedad. Sospecho que unos cuantos comentarios sobre lo que mi tía esperaría de una casa del nivel de Longbourn podrían hacerle reconsiderar su postura.

En ese momento, un carruaje apareció a la vista, con dos caballos trotando por el camino que conducía a Longbourn, y Darcy sonrió con suficiencia al reconocerlo. —Creo que Longbourn está a punto de recibir visitas. Ese es el carruaje de los Lucas, a menos que me equivoque mucho.

—¿No los rechazarán? —preguntó Bingley, frunciendo el ceño.

—Creo que no. Sospecho que Sir William se tomó en serio algunos comentarios que hice ayer y viene a ofrecer a Collins el beneficio de su sabiduría. Si Lady Lucas y alguno de sus hijos los han acompañado es otra cuestión, pero espero que sí. Lady Lucas pronto estará chismorreando por todo el vecindario sobre cómo Collins no tiene la menor idea de lo que se debe hacer para mantener las apariencias en Longbourn.

—Recuérdame nunca cruzarme contigo, Darce —dijo Bingley con admiración—, pues tus maquinaciones son positivamente maquiavélicas.

Continuaron cabalgando colina abajo y fueron recibidos en los establos por el mozo de cuadra de Longbourn, que estaba ayudando al hombre de los Lucas a liberar los caballos del carruaje. Obviamente, los Lucas no tenían intención de partir de inmediato.

—¿Ha venido Sir William a visitar al señor Collins, entonces? —preguntó Darcy con tono indiferente.

El cochero escupió en el barro junto al establo. —Ajá —murmuró—. Y las señoras.

—¿Lady Lucas?

—Y la señorita Charlotte y la señorita Maria.

Justo como Darcy había pensado. Les dio una moneda a ambos hombres antes de que él y Bingley se dirigieran a la casa, donde la señora Hill los recibió en la puerta.

—Señor Bingley, señor Darcy —parecía un poco agitada—. Yo... la familia no está... recibiendo. No exactamente.

—Por supuesto que no —dijo Bingley afablemente—. Estamos aquí para ver al señor Collins por negocios, entiende. Asuntos de la propiedad.

La puerta del estudio se abrió y Sir William asomó la cabeza, sonriéndoles alegremente. —¡Bingley! Y Darcy, excelente, creí reconocer sus voces. Pasen, por favor. Estoy seguro de que Collins apreciará enormemente el beneficio de su sabiduría como propietarios.

Bingley era un arrendatario más que un propietario, pero ninguno de los dos se molestó en mencionarlo. Tampoco ninguno de los dos quería particularmente pasar la siguiente hora atrapado en una habitación con Collins, pero Darcy tenía un plan, y Bingley confiaba lo suficiente en él como para seguirle la corriente.

Como Darcy había sospechado, no tuvo que decir mucho. Sir William hablaba incesantemente, aconsejando a Collins en un tono firme pero amable sobre las innumerables obligaciones que tendría que atender como nuevo amo de Longbourn. Era ciertamente evidente que Collins no había sido educado con ningún tipo de comprensión sobre lo que realmente implicaría dirigir una propiedad como Longbourn, ni se había aprovechado de ningún conocimiento que pudiera haber adquirido observando en Rosings, pensó Darcy. El hombre parecía positivamente alarmado mientras Sir William pontificaba, secándose la cara cada vez más sudorosa con su pañuelo y ocasionalmente balbuceando preguntas que solo servían para mostrar su completa falta de comprensión.

Darcy esperó. Por fin, surgió la oportunidad, y atacó.

—¿Por qué no le muestra al señor Collins, Sir William? —preguntó—. Podrían dar un corto paseo hasta la granja principal; usted la conoce mucho mejor que Bingley y yo, por supuesto, y realmente deberíamos estar volviendo a Netherfield. El clima es lo suficientemente agradable hoy para una breve caminata.

—¡Idea capital, Darcy, absolutamente capital! —Con el bit bien y verdaderamente entre los dientes, Sir William se puso de pie de un salto—. ¡Recoja su abrigo y su sombrero, señor Collins, y ciertamente le mostraré exactamente a lo que me refiero!

Collins tuvo poca opción más que seguir mansamente a Sir William, demasiado aturdido para darse cuenta de que estaba dejando a Bingley y a Darcy a solas con las damas de Longbourn, precisamente donde deseaban estar.

Darcy no perdió tiempo en dirigirse directamente a la puerta del salón, tras la cual había oído el tono elevado de la señora Bennet al entrar en la casa. Llamó y entró, sonriendo a su alrededor de

la manera más amistosa que pudo mientras cinco pares de ojos femeninos se fijaban en él y se ensanchaban.

La menor de las señoritas Lucas, la señorita Maria, debía estar arriba visitando a las hermanas Bennet más jóvenes, supuso, pues solo Charlotte estaba sentada entre Jane y Elizabeth en el diván. Charlotte le dirigió una mirada muy directa y evaluadora, y se preguntó qué le habrían contado sobre su falso cortejo a Elizabeth. Darcy no lo había mencionado a Sir William, pero sospechaba por la forma en que Charlotte se inclinaba hacia Elizabeth y le apretaba la mano, que las dos jóvenes podrían haber discutido el asunto.

Darcy ciertamente esperaba que así fuera. Tenía grandes esperanzas en Charlotte Lucas como aliada, alguien que pudiera entrar fácilmente en Longbourn cuando él no pudiera, llevando mensajes a Elizabeth y Jane. Por lo tanto, era de suma importancia que creyera que él tenía los mejores intereses de Elizabeth en mente. Lo cual, por supuesto, era cierto. Solo que estaba convencido de que lo mejor para Elizabeth era convertirse en la señora Darcy más pronto que tarde, y era muy posible que la propia Elizabeth no compartiera actualmente esa opinión.

—¡Señor Bingley! Y señor Darcy —la señora Bennet se levantó a medias de su silla, pero Darcy se adelantó rápidamente, indicándole de inmediato que no se molestara.

—Señora Bennet —dijo, esforzándose por ser lo más encantador posible—. Le ruego me perdone la intrusión en su dolor, pero Bingley y yo estábamos entregando algo de caza fresca a sus cocinas, y Bingley aquí... bueno, no puede evitarlo —lanzó una sonrisa indulgente en dirección a su amigo: Bingley estaba mirando a Jane con su habitual expresión de enamorado sin remedio.

—Bueno —la señora Bennet pareció considerar por un breve momento, y luego decidir que una audiencia ampliada solo podía ser bienvenida—. Por supuesto, el señor Bingley es casi de la familia.

—En efecto. Dios mío, señora, hace un frío terrible aquí, ¿por qué no está encendida la chimenea?

Por supuesto, sabía exactamente por qué no estaba encendido el fuego. Leyó la verdad en la humillación reflejada en el rostro de la señora Bennet cuando ella bajó la mirada; ya no era dueña de su propia casa y se le prohibía incluso encender el fuego para calentarse en un frío día de otoño. La rabia brotó en el corazón de Darcy. La señora Bennet tenía su orgullo, y el señor Collins estaba siendo insoportablemente cruel de más de una manera.

—Permítame ocuparme de eso —dijo, manteniendo un tono jovial y ligero. Al menos, el fuego estaba preparado en la rejilla, y solo fue cuestión de un momento volver al estudio, encender una

mecha y traerla de vuelta a la sala.

—Es usted muy amable, señor Darcy —dijo la señora Bennet, con voz un poco trémula—. Me aseguraré de informar al señor Collins de su consideración.

Con lo que entendió que ella absolutamente le echaría la culpa de encender el fuego para desviar la ira de Collins. Lo cual estaba perfectamente bien para Darcy. Era mucho mejor que la ira de Collins se dirigiera a él que a las más vulnerables damas Bennet.

Bingley había acercado una silla al extremo del diván donde se sentaba Jane, y ambos tenían las cabezas juntas, hablando en voz baja. Darcy miró con nostalgia a Elizabeth, deseando poder hacer lo mismo, pero aún tenía trabajo por hacer para reclutar aliados para la campaña que se avecinaba, así que tomó una silla cerca de la señora Bennet y Lady Lucas. Con el tono más suave y amable que pudo manejar, dijo:

—Está usted sobrellevando esto con mucha valentía, señora Bennet, pero debe hacerme saber de inmediato si hay algo en lo que pueda ayudarla. No hace mucho que mi querido padre partió de este mundo, y recuerdo bien el dolor abrumador; no dudo que sus hijas lo sienten profundamente, aunque la carga más grande es, por supuesto, la suya.

Ella parecía no saber muy bien qué pensar de él, pero sonrió temblorosamente.

—Es usted muy amable, señor Darcy. La noticia de Jane ha sido un gran consuelo, por supuesto, pero... nuestra situación es... incómoda en este momento. —Miró a Lady Lucas, y Darcy se preguntó cuán propensa al chisme sería la otra mujer. ¿Cuánto se atrevería a decir delante de ella?

—Puede estar tranquila de que Bingley es un hombre generoso y nunca permitiría que la familia de su esposa estuviera en menos que perfecta comodidad —dijo finalmente—. Sugirió que todas ustedes podrían hacer un breve viaje a Londres, para ver a su hermano y hermana que residen allí, según tengo entendido. Para que puedan brindarles consuelo en su momento de dolor y ayudarlas a seleccionar el ajuar de novia para la señorita Bennet. He ofrecido mi carruaje para que puedan viajar con más comodidad, en lugar de ir todas apretujadas en el suyo.

—Muy generoso de su parte, señor Darcy —dijo Lady Lucas, asintiendo—. Muy caballeroso.

—No es molestia en absoluto. —Miró, muy brevemente, a Elizabeth, quien claramente estaba escuchando su conversación junto con Charlotte—. Me alegra poder ser de ayuda en este asunto.



Capítulo Nueve

TODO PARECÍA ESTAR SUCEDIENDO demasiado rápido para que Elizabeth pudiera comprenderlo. De alguna manera, el señor Darcy parecía estar organizando la huida de todas las mujeres Bennet de Longbourn y del gobierno tiránico del señor Collins, posiblemente de forma permanente, si su entendimiento era correcto. Jane le había confiado que Bingley había recibido la noticia de que la licencia especial estaba asegurada; todo lo que tenía que hacer era acudir a Doctor's Commons para recogerla del secretario del Arzobispo allí, y entonces él y Jane podrían casarse a su gusto. Y Jane parecía pensar que no había razón por la que cualquiera de sus hermanas o su madre debieran regresar a Longbourn una vez que ese feliz evento hubiera tenido lugar.

Elizabeth no podía creer del todo que fuera tan fácil, pero tampoco podía concebir ninguna forma en la que el señor Collins pudiera obligar de alguna manera al señor Bingley a renunciar a su protección sobre ellas.

Tampoco estaba del todo segura de qué esperaba el señor Darcy de ella. Mantenía una distancia respetuosa, pero ella era constantemente consciente de sus ojos sobre ella, siempre que estaban en la misma habitación. Después de los comentarios de Mary sobre el aprecio del señor Darcy hacia ella a lo largo de su conocimiento, Elizabeth se encontró reconsiderando cada una de sus interacciones, reflexionando sobre cada una de sus palabras y miradas, preguntándose cómo pudo haberlo malinterpretado tan completamente.

Por supuesto, estaba el relato del señor Wickham sobre el curato negado a considerar, pero Elizabeth descubrió que no podía reconciliar del todo el relato del señor Wickham con el señor Darcy que ahora estaba llegando a conocer. El señor Wickham lo llamaba orgulloso, y ciertamente así había parecido en un primer momento, pero ahora parecía evidente que el señor Darcy era en realidad un hombre muy reservado que, sin embargo, se tomaría muchas molestias

para ayudar a sus amigos y a aquellos por quienes se preocupaba. ¿Cómo era posible que alguien que había crecido con él, como el señor Wickham afirmaba haberlo hecho, no supiera eso? ¿Tergiversar el verdadero carácter del señor Darcy de una manera tan deliberada, y con qué propósito?

Sorprendentemente, el señor Wickham había visitado Longbourn dos días después del funeral del señor Bennet. Hill lo había rechazado, por supuesto, advirtiéndole severamente que la familia no recibía visitas durante su luto. Elizabeth había estado escuchando a través de una ventana ligeramente abierta, oyó las palabras melosas del señor Wickham mientras afirmaba que solo deseaba ofrecer sus condolencias por la pérdida de la familia.

—¡Por favor, dé mis saludos particulares a la señorita Elizabeth! —gritó incluso cuando Hill le cerró la puerta en la cara, y Elizabeth tuvo que preguntarse por qué. Ella no le había dado ningún aliento real. ¿Había visto Wickham lo que Mary, Jane y Charlotte le habían dicho que era evidente; que el señor Darcy tenía cierto aprecio por Elizabeth, y lo había tenido desde el principio de su conocimiento? ¿Estaba Wickham buscando cortejarla para vengarse de alguna manera del señor Darcy, por los pecados del señor Darcy contra él, ya fueran reales o imaginarios?

Solo había un lugar donde podría obtener respuestas, pero no tenía oportunidad de hablar con Darcy en privado. El día después de que llegara la familia Lucas, y el señor Darcy y el señor Bingley hicieran esa visita tan inesperada, llegó a Longbourn otro nuevo visitante. El señor Gardiner llegó por fin.

Se había enviado a buscar al hermano de la señora Bennet el día del fallecimiento del señor Bennet, por supuesto, pero en el momento más desafortunado posible, dos de los niños Gardiner estaban afectados por la varicela y nadie podía salir de la casa hasta que el médico los declarara libres del contagio. Finalmente, sin embargo, estaba disponible para venir, y había partido en su carruaje antes del amanecer para llegar al lado de su hermana.

El señor Collins refunfuñó y murmuró sobre otra boca que alimentar cuando recibió la nota del señor Gardiner informándole de su plan de llegar a Longbourn, pero difícilmente podía negárselo como miembro de la familia. Sin embargo, dejó claro su desagrado de manera grosera al salir en la hora en que se esperaba que llegara el señor Gardiner, declarando piadosamente su intención de ir a la iglesia y rezar por el alma de su querido primo fallecido.

Con el señor Collins fuera de la casa, la señora Bennet aprovechó la oportunidad para regodearse una vez más en sus nervios, gritando y llorando sobre el cuello de su hermano hasta que incluso

ese hombre paciente se permitió una mirada de exasperación en dirección a sus sobrinas que esperaban en silencio.

—Fanny, querida hermana, debes calmarte —dijo con su habitual tono tranquilizador—. Todos estamos devastados por el fallecimiento del señor Bennet, por supuesto, pero tus hijas te necesitan ahora. No puedes pensar en dejarlas al cuidado exclusivo del señor Collins.

—No puedo, en efecto, porque Elizabeth no se casará con él, niña desagradecida que es —dijo la señora Bennet con rencor—, y su tolerancia hacia nosotras seguramente no durará más que unas pocas semanas una vez que ella se lo deje claro.

—¡Mamá! —reprochó Elizabeth.

—Bueno, ¿y acaso me equivoco? No me has dicho tanto, pero tus hermanas hablan en mi presencia, y cualquier tonto puede ver cómo has hecho todo lo posible por hacerte desagradable para él desde el día que llegó a Longbourn.

Elizabeth miró fijamente a su madre, quien le devolvió la mirada, con la boca en una línea furiosa. Pero Elizabeth pudo ver el miedo detrás de la ira de su madre y, para gran asombro de Fanny Bennet, Elizabeth se levantó y cruzó al lado de su madre, inclinándose para abrazarla.

—Mamá —dijo suavemente—. Todo estará bien. Te lo prometo.

—No gracias a ti —espetó Fanny Bennet, pero su voz tembló, y sus brazos se aferraron a Elizabeth como si suplicara su tranquilidad.

—Sé honesta, mamá. Incluso si me casara con el señor Collins, él es el tipo de hombre que aun así actuaría según el más insignificante de sus caprichos sin tener en cuenta mis sentimientos. ¿Desearías pasar el resto de tu vida caminando sobre cáscaras de huevo por temor a molestarlo?

La expresión de la señora Bennet dejó claro que ese pensamiento era ciertamente desagradable.

—No conocemos al señor Bingley desde hace mucho, pero confío en su honor mucho más de lo que jamás podría confiar en el del señor Collins. Pongamos nuestra fe en él y en el amor que claramente siente por Jane, y confiemos en que nos proveerá más generosamente de lo que el señor Collins jamás lo haría. —Elizabeth lanzó una mirada significativa a la chimenea apagada y al cubo de carbón vacío.

—En efecto, así debería ser —dijo el señor Gardiner con firmeza—. Aunque mi presupuesto no alcanzaría para un hogar igual a Longbourn, podría proporcionar una cómoda casa de campo...

—No, de verdad, tío —Elizabeth lo rechazó con cariño pero firmeza—. Tienes que pensar en tus propios hijos; guarda el dinero para su futuro. Si mi padre hubiera tenido la oportunidad de hacerlo... —se interrumpió, reacia a hablar mal de su padre. Lo había querido mucho, pero nunca negó que tenía defectos, y su falta de previsión al no hacer provisiones para sus hijas y su viuda

podría haberles costado muy caro a todas. Que el señor Bingley se enamorara de Jane fue, en realidad, un mero golpe de suerte. Sin ello, una de ellas no habría tenido más remedio que casarse con el señor Collins, condenándolas a todas a una vida a merced de sus caprichos mezquinos.

La señora Bennet alegó cansancio y Jane y Elizabeth pudieron sacar al señor Gardiner de su presencia al cabo de un rato. Llevando a su tío a la sala, se apresuraron a informarle de los planes propuestos por el señor Bingley.

Elizabeth y Jane se sentaron con su tío en la sala, el calor del fuego hacía poco para aliviar la tensión en la habitación. El señor Gardiner, un hombre práctico, escuchó atentamente mientras Jane explicaba las intenciones del señor Bingley y el plan para su futuro.

El señor Gardiner asintió pensativo.

—El señor Bingley parece un joven sensato, y su afecto por ti, Jane, es claramente sincero. Su propuesta de asumir la responsabilidad de vuestra familia habla muy bien de su carácter.

Elizabeth, que había estado observando en silencio la reacción de su tío, añadió:

—El señor Darcy también ha demostrado ser un hombre de honor. Su ayuda y preocupación por nuestro bienestar han sido de lo más inesperadas, pero muy apreciadas.

El señor Gardiner arqueó una ceja.

—¿El señor Darcy? ¿El mismo caballero del que le has escrito a mi esposa, describiéndolo como orgulloso y desagradable?

Elizabeth suspiró.

—Lo juzgué mal, tío. Parece que hay mucho más en el señor Darcy de lo que se ve a simple vista. Sus acciones estos últimos días han demostrado que es un verdadero amigo y un hombre íntegro.

—Y de buen gusto —añadió Jane con una sonrisa pícara—. El señor Darcy pidió permiso a nuestro padre para cortejar a Elizabeth.

—¿De veras? —El señor Gardiner parecía divertido—. Confieso que estoy ansioso por conocer al caballero, al igual que a tu señor Bingley, Jane. Creo que haré una breve visita a Netherfield.

—¿Ahora? —Elizabeth lo miró con curiosidad—. ¡Pero si acabas de llegar, tío!

—En efecto, y pronto oscurecerá —El señor Gardiner miró por la ventana al cielo que se oscurecía—. Y aquí, si no me equivoco, está el señor Collins regresando.

No le pasó desapercibido al señor Gardiner que tanto Jane como Elizabeth se tensaron inmediatamente, Elizabeth palideciendo y casi encogiéndose.

—Elizabeth —dijo el señor Gardiner en voz baja—, ¿hay algo que quieras contarme sobre el señor Collins? —Cuando Elizabeth permaneció en silencio, mordiéndose los labios, miró a Jane —. ¿Jane?

Jane tomó la mano de Elizabeth entre las suyas y la apretó.

—El señor Collins ha estado presionando a Elizabeth para que lo acepte. Comenzando incluso antes de que papá fuera enterrado. Con mamá también tan insistente, no ha sido fácil para Lizzy mantenerse firme.

—Ya veo —El señor Gardiner pensó que le gustaría mucho sentarse con el señor Collins y tener una conversación con él sobre cómo un caballero debería tratar a las damas, ¡especialmente a aquellas que dependen de su buena voluntad!—. Bueno, Elizabeth, confío en que conoces tu propia mente, y si el señor Collins no es una pareja adecuada para ti, entonces quizás el señor Darcy lo sea. Me aseguraré de que tengas la libertad de elegir, al menos.

—Gracias, tío —Elizabeth le dio un abrazo antes de que ella y Jane salieran de la habitación y subieran apresuradamente las escaleras, obviamente deseando estar fuera de la vista antes de que el señor Collins entrara en la casa.

Lo cual, por supuesto, dejó al señor Gardiner para presentarse. Un hombre inteligente, con el don de hacerse afable con quien fuera que pudiera encontrar, se sorprendió un poco al descubrir que el señor Collins parecía predispuesto a no agradarle. Ciertamente no se le hizo sentir bienvenido.

—No puedo entender por qué se molestó en venir, señor Gardiner. El funeral de mi primo Bennet ya pasó.

—Y sin embargo, mi hermana aún está de luto —dijo el señor Gardiner amablemente—. Sentí que mis condolencias se entregarían mejor en persona.

—Hmph —El señor Collins miró la chimenea vacía, pareció estar a punto de llamar a un sirviente para que encendiera el fuego, pero obviamente cambió de opinión—. Voy a subir a cambiarme para la cena. Lo veré en la mesa, señor.

Qué tacaño imbécil. El señor Gardiner tenía muchos pensamientos aún menos caritativos sobre el señor Collins, pero se los guardó para sí, al menos hasta la mañana siguiente cuando hizo una visita a Netherfield y encontró al señor Bingley y al señor Darcy completamente de acuerdo con él.

—Desearía poder sacar a mi hermana y a mis sobrinas de Longbourn de inmediato, pero no tengo espacio para ellas —dijo el señor Gardiner disculpándose—. Podría alquilar una casa cerca de la mía, supongo...

—¡No deberíamos ponerlo en ese gasto, señor! —insistió el señor Bingley—. De hecho, no será necesario. He enviado instrucciones para que preparen mi casa en Londres para recibirlas, y deberíamos estar listos para partir dentro de una semana.

—¿Y planea casarse con Jane tan pronto como lleguen a Londres, señor Bingley? —El señor Gardiner frunció el ceño, no muy seguro de que esa idea le agradara del todo.

—Me casaré con Jane tan pronto como ella me acepte —respondió Bingley—, pero no, no planeo apresurarla. Las damas Bennet residirán en mi casa y yo me alojaré con el señor Darcy, quien amablemente me ha ofrecido hospedaje, por un tiempo. No debe temer que mis hermanas estén allí tampoco... ambas residen en la casa de ciudad de mi hermana Hurst.

El señor Gardiner alzó las cejas, su interés despertado.

—Disculpe, señor Bingley, pero ¿hay alguna razón por la que la presencia de sus hermanas en la misma casa que las damas Bennet sería motivo de preocupación?

Bingley y Darcy se miraron, y luego el señor Bingley suspiró, sus hombros hundiéndose.

—Señor Gardiner, lamento que mi hermana Caroline se haya comportado de manera bastante abominable últimamente. Intentó comprometer a Darcy para que se casara con ella, y se me informó que hizo amenazas hacia la señorita Elizabeth que eran totalmente inaceptables. Le dejé claro que ya no le ofrecería alojamiento y le dije que se buscara un marido en Londres.

—Vaya, vaya —dijo el señor Gardiner tras un momento de silencio atónito—. Qué terrible, señor Bingley. Bueno, me alegro de que haya tomado las medidas necesarias. De hecho, parece que tiene todo bajo control. ¿Puedo preguntar sobre sus planes para después de la boda?

—Había pensado que a las dos hermanas menores les vendría bien uno o dos años en un internado —sugirió el señor Bingley con timidez, animándose considerablemente cuando el señor Gardiner asintió con aprobación.

—Usted y yo pensamos muy parecido en eso, señor. Aunque he notado a Kitty y Lydia bastante mejoradas en esta visita; anoche estaban positivamente sobrias durante la cena. El fallecimiento de su padre las ha hecho madurar rápidamente, me parece. No obstante, a ambas les vendría bien un poco de refinamiento.

—Las chicas de esa edad suelen ser tontas a veces —añadió a la conversación el señor Darcy, quien había estado muy callado hasta el momento—. Mi hermana Georgiana tiene solo quince años, la misma edad que la señorita Lydia. También reside en Londres actualmente con su acompañante y le vendría bien tener algunas amigas; creo que disfrutaría de la compañía de las señoritas Bennet.

—Sin duda estarán encantadas de tener una amiga que ya esté familiarizada con Londres —asintió el señor Gardiner—. En cuanto a Mary, mi esposa y yo estaríamos encantados de acogerla en nuestro hogar, si ella está de acuerdo. Y mi hermana... bueno, le ofreceremos la elección, pero sospecho que deseará volver aquí a Meryton y quizás residir con nuestra hermana Phillips. Su círculo social está aquí y todas sus amistades.

Tanto el señor Darcy como el señor Bingley hicieron expresiones de esperanzado acuerdo, y el señor Gardiner partió de Netherfield con una perspectiva mucho más optimista de la que había tenido al comenzar el día. Al detenerse en Meryton de camino a Longbourn, hizo algunas discretas averiguaciones y quedó satisfecho al saber que al menos las cuentas pendientes con los comerciantes se habían pagado tras el fallecimiento del señor Bennet. Al menos el señor Collins no era tan tacaño como para dejar de pagar sus deudas.

El señor Gardiner había planeado pasar solo dos noches en Longbourn, ya que le esperaban asuntos urgentes en Londres, y lamentaba tener que dejar a su hermana y sobrinas a la mañana siguiente. Sin embargo, tenía la esperanza de verlas en Londres en no más de unos días, y se despidió de ellas confiado en que pronto todo estaría como debía estar.



Capítulo Diez

ELIZABETH SE QUEDÓ PARALIZADA en la entrada del salón, con el corazón encogido ante la escena que se desarrollaba frente a ella. Kitty estaba arrodillada temblando sobre la alfombra, con fragmentos de delicada porcelana esparcidos alrededor de sus faldas. Sobre su figura acobardada se cernía el señor Collins, con el rostro enrojecido de indignación.

—¡Niña torpe y descuidada! —bramó, agitando un dedo acusador—. ¡Esa era una reliquia invaluable! ¿No tienes respeto por esta casa? ¡Exijo que te disculpes de inmediato por tu atroz falta de gracia y decoro!

El labio inferior de Kitty tembló mientras gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Lo s-siento, señor Collins —gimoteó—. Fue un accidente, de verdad. Mi manga enganchó el platillo cuando iba a coger una galleta...

—¡Excusas! —resopló el señor Collins—. Una señorita apropiada controla sus extremidades con elegancia en todo momento. ¡No se agita como una bestia salvaje! ¿Y por qué estás comiendo galletas? ¡Ya estás demasiado regordeta! Ahora, una vez más, ¡discúlpate por tu ofensiva muestra de torpeza en este instante!

Elizabeth no pudo soportarlo más. Entrando de lleno en la habitación, se apresuró al lado de Kitty y rodeó con un brazo protector los hombros temblorosos de su hermana. Jane apareció un momento después, con la preocupación grabada en su hermoso rostro mientras se agachaba para recoger los pedazos rotos de la taza de té.

—Ya está, Kitty —la tranquilizó Elizabeth, apartando los mechones húmedos de pelo que se adherían al rostro de su hermana—. Seca tus ojos, querida. Fue un accidente, nada más. No se ha hecho ningún daño irreparable.

Ayudó a Kitty a ponerse de pie, pasándola al abrazo de Jane. Mientras Jane sacaba a su hermana sollozante de la habitación, Elizabeth se volvió para enfrentarse al señor Collins, con sus ojos

oscuros centelleantes. Ya era suficiente. Este hombre pomposo y petulante había aterrorizado a su familia en duelo con sus reglas y castigos draconianos durante demasiado tiempo. Alguien tenía que plantarle cara.

Irguiéndose en toda su estatura, Elizabeth levantó la barbilla. Su coraje no la abandonó, aunque sus rodillas temblaban bajo sus faldas.

—Señor Collins —comenzó con una voz tranquila y clara que desmentía su corazón acelerado —. Creo que usted y yo tenemos pendiente desde hace tiempo una franca discusión sobre ciertos asuntos. ¿Nos retiramos a la biblioteca?

El señor Collins parpadeó sorprendido ante la petición de Elizabeth, abriendo la boca de una manera muy poco digna. Recuperándose rápidamente, se irguió cuan alto era, hinchando el pecho como un gallo preparándose para cantar.

—Perdone, prima Elizabeth —resopló, con su voz nasal chorreando condescendencia—. No creo que haya nada que debamos discutir. Como señor de esta casa, es mi deber mantener el orden y la disciplina. No permitiré que una joven impertinente cuestione mi autoridad.

Elizabeth sintió que su temperamento se encendía ante sus palabras despectivas, pero se negó a demostrarlo. En su lugar, lo miró fijamente, manteniendo su voz serena y mesurada.

—Señor Collins, le aseguro que no tengo ningún deseo de socavar su autoridad. Sin embargo, no puedo quedarme de brazos cruzados mientras sus métodos severos siguen causando angustia e infelicidad entre mis hermanas. Seguramente, como hombre de fe, debe ver el valor de liderar con amabilidad y comprensión, en lugar de miedo e intimidación.

El rostro del señor Collins enrojeció, sus papadas temblando de indignación.

—¡Se olvida de su lugar, prima Elizabeth! —vociferó, agitando un dedo bajo su nariz—. No le corresponde cuestionar mi liderazgo. Se me ha confiado el cuidado de esta familia, ¡y no permitiré que una simple jovencita desafíe mis métodos! Mi severidad es necesaria para establecer el orden y la disciplina adecuados que tanto faltaban bajo el laxo gobierno de su padre.

El corazón de Elizabeth se encogió al mencionar a su querido padre, pero apartó la familiar punzada de dolor. No era momento para lágrimas; era momento de actuar. Dio un paso más cerca del señor Collins, su mirada inquebrantable.

—Creo, señor, que está equivocado. Es precisamente mi lugar, como hija de esta casa, asegurar el bienestar y la felicidad de mi familia. Su severidad inflexible no hace más que engendrar resentimiento y miseria. ¿Es ese realmente el legado que desea dejar como señor de Longbourn?

El señor Collins la miró fijamente, su rostro tornándose de un alarmante tono púrpura mientras su pecho se hinchaba aún más.

—Habla de asuntos que están más allá de su comprensión, prima Elizabeth. El lugar de una mujer es obedecer, no cuestionar. Su padre puede haber sido indulgente con su impertinencia, ¡pero yo no toleraré tal insolencia bajo *mi* techo!

Los ojos de Elizabeth brillaron de ira, pero mantuvo su voz firme.

—Y sin embargo, señor Collins, no puedo evitar preguntarme si su insistencia en la obediencia ciega proviene de una profunda inseguridad. Quizás teme que sin la amenaza del castigo, sería incapaz de comandar el respeto y la lealtad de quienes lo rodean.

Observó cómo el rostro del señor Collins se contorsionaba de rabia, sus manos cerrándose en puños a sus costados. Por un momento, Elizabeth temió que pudiera golpearla, pero se mantuvo firme, negándose a ser intimidada por su bravuconería.

—¡Cómo se atreve! —farfulló el señor Collins, su voz elevándose casi hasta un grito—. ¡Soy el señor de esta casa, y usted me mostrará el respeto que me corresponde!

Elizabeth negó con la cabeza tristemente, su corazón pesado por la comprensión de que el señor Collins estaba más allá de la razón.

—El respeto, señor Collins, se gana, no se exige. Y me temo que sus acciones han hecho poco para inspirar verdadero respeto o afecto de aquellos bajo su cuidado.

Con eso, giró sobre sus talones y salió de la habitación, con la cabeza en alto a pesar del temblor en sus extremidades. Sabía que su desafío probablemente incurriría en la ira del señor Collins, pero no podía quedarse de brazos cruzados mientras aquellos a quienes amaba sufrían bajo su gobierno tiránico.

Pero incluso mientras su determinación se endurecía, Elizabeth no pudo sacudirse la sensación de presagio que se cernía sobre ella como una nube oscura. Temía que su confrontación con el señor Collins fuera solo el comienzo de una larga y difícil batalla.

El señor Collins permaneció inmóvil por un momento, luchando por recuperar la compostura. Luego, con un movimiento repentino y brusco, salió tras Elizabeth, sus pasos resonando fuertemente en la casa silenciosa.

—¡Elizabeth! —gritó, con la voz tensa por la furia apenas contenida—. ¡Exijo que vuelva inmediatamente!

Elizabeth se detuvo al pie de las escaleras, sus nudillos blanqueándose mientras su agarre se apretaba en la barandilla. Respiró hondo, preparándose para la confrontación que se avecinaba. Luego, lentamente, se volvió para enfrentar al señor Collins, su expresión cuidadosamente neutral.

—¿Sí, señor Collins? —preguntó, con voz calma y serena.

El señor Collins se irguió en toda su estatura, hinchando el pecho con aire de suficiencia.

—Elizabeth —comenzó, con tono condescendiente—, he reflexionado sobre el asunto y he llegado a la conclusión de que ya es hora de que tú y yo nos casemos.

Los ojos de Elizabeth se abrieron de sorpresa, con el corazón latiéndole aceleradamente en el pecho.

—¿Cómo dice? —logró articular, con voz apenas audible.

—Ya me has oído —dijo el señor Collins, curvando los labios en una sonrisa petulante—. He decidido que te casarás conmigo, y no aceptaré un no por respuesta.

Elizabeth sintió que la ira surgía dentro de ella, ardiente y feroz. ¿Cómo se atrevía a presumir que podía dictar su futuro, a tomar una decisión tan trascendental sin siquiera consultarla? Se irguió en toda su estatura, con los ojos brillantes de determinación.

—Señor Collins —dijo, con la voz temblando ligeramente por la fuerza de sus emociones—, me temo que debo declinar su... propuesta, si es que se le puede llamar así. Nuestros valores y personalidades son simplemente demasiado diferentes, y sé en mi corazón que nunca podría ser feliz en un matrimonio con usted.

El rostro del señor Collins se ensombreció de ira, con los ojos entrecerrados hasta convertirse en meras rendijas.

—Niña tonta —siseó, dando un paso hacia ella—. ¿De verdad crees que tienes elección en este asunto? ¡Yo soy el amo de esta casa, y se hará lo que yo diga!

Pero Elizabeth se mantuvo firme, con la barbilla levantada desafiante.

—No soy una posesión para ser negociada o vendida, señor Collins, ni una esclava para ser ordenada y golpeada hasta la sumisión. Soy una persona, con mis propios pensamientos, sentimientos y deseos. ¡Y no seré intimidada ni coaccionada para entrar en un matrimonio que sé que no me traerá más que miseria! Le recuerdo que en Inglaterra no es legal obligar a nadie a casarse contra su voluntad, ¡y mi voluntad ciertamente nunca será casarme con usted!

Podía ver la rabia acumulándose en el rostro del señor Collins, la vena en su frente palpitando con furia apenas contenida. Por un momento, se preguntó si realmente podría golpearla. Pero se negó a retroceder, a dejar que viera siquiera un destello de miedo o duda en sus ojos.

—Te arrepentirás de esto, Elizabeth —dijo finalmente el señor Collins, con voz baja y amenazante—. Recuerda mis palabras, lamentarás el día en que me desafiaste.

Con eso, giró sobre sus talones y se marchó furioso, dejando a Elizabeth sola en el pasillo, con el corazón acelerado y la mente dando vueltas con las implicaciones de lo que acababa de suceder.

Sabía que su negativa tendría consecuencias, que el señor Collins no era un hombre que se tomara el rechazo a la ligera.

Pero incluso mientras el miedo y la incertidumbre se enroscaban en sus entrañas, Elizabeth no podía arrepentirse de su decisión. Sabía en su corazón que un matrimonio con el señor Collins sería una pesadilla viviente, una muerte lenta del alma. También sabía que no podía vivir una mentira, no podía fingir ser alguien que no era. Tenía que ser fiel a sí misma, incluso si eso significaba enfrentar la desaprobación y la decepción de aquellos a quienes más amaba.

Elizabeth escuchó el sonido de voces elevadas provenientes del saloncito de su madre en el piso de arriba y se dio cuenta de que el señor Collins debía haber ido directamente a hablar con ella. Se preparó para la inevitable confrontación, sabiendo que la señora Bennet estaría furiosa con ella por rechazar un partido tan ventajoso.

Mientras se acercaba al saloncito de su madre, Elizabeth podía escuchar la voz del señor Collins, aguda y agitada.

—Señora Bennet, debo insistir en que hable con su hija de inmediato. ¡Su comportamiento es simplemente inaceptable! ¡Me ha insultado de manera atroz!

Elizabeth respiró hondo y entró en la habitación, lista para enfrentar la ira de su madre. Pero para su asombro, la señora Bennet parecía tranquila, casi resignada. Miró a Elizabeth antes de volverse hacia el señor Collins y decir:

—Lo siento, señor Collins, pero no puedo ordenarle a Elizabeth que acepte su propuesta. Es una mujer adulta, y sus elecciones son suyas.

El señor Collins parecía como si lo hubieran abofeteado.

—Pero seguramente, como su madre, ¿tiene alguna influencia sobre ella? ¿No puede hacerla entrar en razón?

La señora Bennet negó con la cabeza.

—Elizabeth siempre ha sido obstinada e independiente. He tratado de guiarla, pero al final, debe seguir su propio camino. No puedo obligarla a casarse contra su voluntad.

Elizabeth apenas podía creer lo que estaba oyendo. Quizás por primera vez en su vida, su madre estaba de su lado, respetando sus deseos. Sintió una oleada de gratitud y afecto por la mujer que la había dado a luz y criado, incluso con todos sus defectos y manías.

El señor Collins, sin embargo, no se disuadía tan fácilmente.

—¡Esto es un ultraje! —balbuceó—. ¡No seré tratado de esta manera! Lady Catherine se enterará de esto, ¡recuerden mis palabras!

Con eso, salió furioso de la habitación sin siquiera mirar a Elizabeth, dejándola sola con su madre. Durante un largo momento, simplemente se miraron la una a la otra, sin saber qué decir.
Finalmente, la señora Bennet habló.
—Bueno, eso fue ciertamente inesperado —dijo con una risa nerviosa—. Nunca pensé que vería el día en que el señor Collins fuera rechazado por una de mis hijas.
Elizabeth sonrió irónicamente.
—Yo tampoco, mamá. Pero no puedo casarme con un hombre al que no respeto, sin importar cuán ventajoso pueda ser el partido.
La señora Bennet suspiró.
—Lo sé, querida. Y aunque me duele verte rechazar una oportunidad así, no puedo culparte por seguir tu corazón. Solo espero que algún día encuentres un hombre digno de tu afecto.
Elizabeth sintió que se le formaba un nudo en la garganta ante las palabras de su madre. Dio un paso adelante y la abrazó con fuerza.
—Gracias, mamá —susurró—. Gracias por entender.
Mientras se separaban, Jane apareció en la puerta, con el rostro grabado de preocupación.
—¿Está todo bien? Oí gritos. Kitty está tranquila por fin, aunque Lydia se ha enfadado por las lágrimas de Kitty.
Elizabeth sonrió a su hermana.
—Todo está bien, Jane. De hecho, me gustaría dar un paseo. ¿Te gustaría acompañarme?
Jane aceptó de inmediato, y las dos hermanas salieron a los jardines, brazo con brazo. Mientras caminaban, Elizabeth sintió que la invadía una sensación de alivio. Se había mantenido firme, y su madre la había apoyado. Era una pequeña victoria, pero significativa.
—Estoy orgullosa de ti, Lizzy —dijo Jane suavemente cuando Elizabeth le contó lo que acababa de suceder—. Sé que no debe haber sido fácil rechazar al señor Collins de esa manera.
Elizabeth se rió.
—Fue más fácil de lo que podrías pensar. El hombre es insufrible.
Jane sonrió.
—Aun así, se necesita coraje para ir contra las expectativas. Te admiro por eso.
Elizabeth apretó el brazo de su hermana. —Gracias, Jane. No sé qué haría sin ti.
Mientras continuaban su paseo, los pensamientos de Elizabeth se dirigieron hacia el futuro. Sabía que su rechazo al señor Collins tendría consecuencias, pero por ahora, se contentaba con disfrutar del momento. El sol brillaba, los pájaros cantaban y tenía a su hermana a su lado.

Cualesquiera que fueran los desafíos que le esperaban, los enfrentaría con la frente en alto, segura de que había tomado el único curso de acción posible dadas las circunstancias.



Capítulo Once

MARY ESTABA SENTADA EN su pequeño escritorio en su modesta habitación, con un libro de instrucción moral abierto frente a ella, cuando escuchó por primera vez las voces a través de la pared. Las paredes de Longbourn no eran particularmente gruesas, y el sonido viajaba fácilmente de una habitación a otra. Inclinó la cabeza, tratando de distinguir la conversación.

Al principio era difícil discernir lo que se decía. Las voces estaban amortiguadas, y Mary solo podía distinguir alguna que otra palabra. ¿Tal vez era una criada siendo regañada por su madre? Pero no, la voz era más profunda, y pronto pudo distinguir los tonos pomposos del señor Collins mientras elevaba la voz y comenzaba a gritar.

—Señora Bennet, debo insistir en que hable con su hija de inmediato. Su comportamiento es simplemente inaceptable. ¡Me ha insultado de manera atroz!

El libro de Mary se deslizó de sus dedos y cayó al suelo con un golpe sordo. Se quedó paralizada, incapaz de moverse o hablar, mientras la conversación continuaba. Podía oír el crujido del piso del señor Collins mientras caminaba de un lado a otro, y había pausas ocasionales en su discurso que le hacían pensar que se detenía para ordenar sus pensamientos.

—¡Esto es un ultraje! —farfulló finalmente—. No seré tratado de esta manera. Lady Catherine se enterará de esto, ¡recuerde mis palabras!

La puerta se cerró de golpe, y unos pasos pesados bajaron las escaleras. La señora Bennet dijo algo, pero su voz era más baja ahora y Mary no pudo distinguir las palabras.

Las manos de Mary temblaban mientras se inclinaba para recoger su libro. ¿El señor Collins le había propuesto matrimonio a Elizabeth, y Elizabeth lo había rechazado? ¿Elizabeth, que sabía muy bien lo precaria que era su situación? Y por alguna razón, ¡su madre la había apoyado! Mary miró su libro de sermones. La obediencia era la virtud cardinal para las mujeres predicada

en tantos de ellos; Mary se esforzaba por ser tan obediente como podía, consciente de que sus otras virtudes palidecían en comparación con las de sus hermanas.

Trató de imaginar cómo sería estar casada con el señor Collins. Apenas le había dirigido la palabra desde aquella reunión en su estudio cuando Mary le pidió que la considerara como una posible esposa, y ella intentaba no sentir la punzada de su evidente rechazo.

El sonido de pasos acercándose por las escaleras hizo que Mary saltara, aunque eran delicados y ligeros. Reconoció la pisada de una de las criadas, y efectivamente, un momento después hubo un respetuoso golpe en su puerta.

—Adelante —llamó Mary, su voz temblando de una manera que despreciaba. ¡No tenía miedo de los sirvientes!

La criada hizo una reverencia. —Señorita Mary, el señor Collins pregunta si sería tan amable de reunirse con él en su estudio. —La chica parecía visiblemente incómoda, y Mary no podía culparla, no después de lo que aparentemente acababa de ocurrir. El señor Collins no había hecho ningún esfuerzo por mitigar el volumen de su voz; toda la casa debía estar al tanto ahora de que le había propuesto matrimonio a Lizzy y había sido rechazado.

—Gracias —dijo Mary, poniéndose de pie y alisando su falda—. Iré ahora mismo.

Siguió a la criada por el pasillo, con los pensamientos acelerados. El pasillo estaba tenuemente iluminado, pues era un día gris y nublado, y la casa estaba muy silenciosa.

La criada golpeó la puerta del estudio y la abrió, haciendo pasar a Mary. —La señorita Mary Bennet, señor —dijo, e hizo una reverencia, retrocediendo fuera de la habitación.

Mary podía oler a tinta y papel, y pudo ver que el señor Collins había estado escribiendo una carta. Se puso de pie cuando ella entró, y Mary pudo ver que estaba furioso. Su cara estaba roja y sus ojos sobresalían.

—Señorita Mary —comenzó, y ella hizo una reverencia, tomando asiento cuando él se lo indicó —. Estoy seguro de que está al tanto del motivo de mi solicitud para hablar con usted. Esta mañana he hecho una propuesta de matrimonio a su hermana Elizabeth, y ella me ha rechazado de la manera más grosera e ingrata.

La boca de Mary se abrió de par en par. Lo había sabido, por supuesto, por lo que había escuchado, pero oír al señor Collins decirlo tan crudamente y de manera tan brusca fue un shock. No le dio tiempo a recuperar la compostura, sino que continuó en un tono pomposo y santurrón.

—Sin embargo, es mi deber proteger y proveer para mis parientes femeninas, y por lo tanto he decidido que usted y yo nos casaremos en su lugar.

El corazón de Mary latía con fuerza. No era tonta, podía ver lo que estaba sucediendo aquí. Elizabeth había rechazado al señor Collins, ¿y ahora venía a ella? ¡Ella era la segunda opción, el premio de consolación! Sintió una avalancha de emociones, una tras otra, cada una más confusa que la anterior. Enojo, porque se atreviera a pensar en ella de esa manera. Rabia, porque Elizabeth lo rechazara, poniendo a toda su familia en riesgo. Y una profunda y enfermiza sensación de humillación y vergüenza. Era la segunda opción, la finalista. Siempre había sabido que no era tan bonita como sus hermanas, y ahora aquí estaba la prueba.

La reacción física inmediata de Mary fue una brusca inhalación. Su pecho se tensó, y sintió como si no pudiera respirar. La habitación parecía girar a su alrededor, y se aferró a los brazos de su silla, sintiéndose repentinamente mareada. Estaba humillada, y podía sentir el color subiendo a su rostro. No podía desmayarse, no lo haría, pero temía desesperadamente que pudiera hacerlo.

¿Cómo podía? ¿Cómo podía? Pensamientos amargos, enojados y heridos giraban en su cabeza. Era la segunda opción. Él había querido a Elizabeth, y ahora estaba dispuesto a conformarse con ella. Mary siempre había sabido que era la hermana sencilla, la que nunca sería tan bonita o encantadora como sus hermanas mayores y menores, pero nunca antes se lo habían recordado de manera tan cruel.

Pero, una pequeña voz de auto-recriminación susurró en su mente, ¿no era esto lo que ella había querido? Había estado dispuesta a casarse con el señor Collins, y seguramente debería estar agradecida de que él estuviera dispuesto a casarse con ella, ahora que Elizabeth lo había rechazado.

Mary estaba dividida. Sus libros de instrucción moral siempre le habían dicho que era su deber ser humilde, aceptar su suerte en la vida, ser piadosa y sumisa a su marido. Pero su corazón no estaba en ello, no ahora. Quería gritar y enfurecerse y arrojar cosas, abofetear la cara petulante del señor Collins y decirle que podía irse al diablo.

No podía hacer ninguna de esas cosas, por supuesto. Pero no podía obligarse a aceptarlo, no todavía. —Señor Collins —dijo, y su voz no era tan firme como le hubiera gustado. No podía mirarlo a los ojos, su mirada fija en el suelo—. Yo... le agradezco su amable oferta, pero me gustaría algo de tiempo para considerarla.

La respuesta del señor Collins fue inmediata y desdeñosa. —No veo razón para que usted requiera tiempo para considerar, señorita Mary —dijo, con tono condescendiente—. De hecho, estoy dispuesto a pasar por alto sus muchas deficiencias y ofrecerle la protección de mi nombre. Es su deber aceptar esta propuesta.

A Mary se le abrió la boca. ¡Nunca había oído a un hombre hablarle así a una mujer, ni siquiera a una criada! No se le ocurría nada que decir en respuesta.

El señor Collins aprovechó su silencio estupefacto para levantarse de su escritorio y ponerse frente a ella. Era un hombre corpulento y se cernía sobre ella, bloqueándole la vista de la puerta. Su aliento era cálido en el rostro de Mary, y ella no pudo evitar echarse un poco hacia atrás en su silla.

—Entiendo —dijo él— que pueda sentirse confundida por los acontecimientos de los últimos días, pero le aseguro que sus sentimientos son irrelevantes comparados con la seguridad que le ofrezco.

Estaba tan cerca de ella que no podía levantarse sin rozarlo, y tenía demasiado miedo para intentarlo.

—Yo... yo... —balbuceó, y el señor Collins la interrumpió de nuevo.

—Está siendo tonta y emocional —dijo él—. Toda esta conversación es inapropiada, pero usted es demasiado joven e ignorante para entenderlo.

Las manos de Mary se aferraron a los reposabrazos de la silla. Estaba asustada, pero más que eso, estaba enojada. La estaba tratando como a una niña, como a una tonta. No la había dejado decir ni una sola palabra. Sus ojos se desviaron hacia la puerta, pero estaba firmemente cerrada, y aunque pudiera pasar junto a él, el señor Collins se interponía entre ella y la salida. No la había tocado, pero aun así se sentía atrapada e intimidada. Los muebles pesados y oscuros del estudio parecían oprimirla, y la única luz provenía de una lámpara de aceite en el escritorio del señor Collins.

—Señor Collins —intentó de nuevo, pero él no la escuchaba.

—Es su deber casarse conmigo, señorita Mary —dijo él—. Hará lo que se le ordene. Es la menor de sus hermanas y debería estar agradecida por mi oferta.

Mary sintió que el color le subía a las mejillas.

—Yo... —comenzó, pero el señor Collins no había terminado.

—Soy el amo de Longbourn —dijo—, y usted será mi esposa. Me obedecerá, y no toleraré ninguna disputa de su parte —Se dio la vuelta y regresó a su escritorio, sentándose y tomando su pluma—. Puede retirarse —dijo, despidiéndola.

Mary se puso de pie, con la cabeza dándole vueltas. No podía creer lo que acababa de suceder. No se le ocurría nada que decir. Se dio la vuelta y salió de la habitación, con la mente en un torbellino.

Al cerrar la puerta tras de sí, Mary se detuvo un momento, con la espalda contra la puerta, sintiéndose abrumada. Se sentía humillada por haber sido tratada de esa manera, por que le dijeran que era la menor de sus hermanas, que debería estar agradecida por esta oferta. Pero... era cierto, ¿no? No era hermosa como Jane, ni vivaz e inteligente como Elizabeth, ni siquiera bonita y coquetamente encantadora como Kitty y Lydia. Era la menor de todas ellas. Y sin embargo...

Respiró hondo, enderezándose. No podía dejar que esto le sucediera. No podía dejar que él le hiciera esto. No lo haría. Pensó en un sermón que había escuchado una vez, sobre mantenerse firme en las propias creencias.

—Mantente firme —se susurró a sí misma—. Mantente firme.

Respiró hondo de nuevo, enderezó su postura, cuadró los hombros y apretó los puños, luego abrió la puerta del estudio y volvió a entrar.

El señor Collins levantó la vista, sorprendido, cuando ella volvió a entrar en la habitación.

—¿Señorita Mary? —dijo, pero ella no se detuvo. Caminó directamente hasta su escritorio, justo frente a él, y lo miró directamente a los ojos.

—No puedo casarme con usted, señor Collins —dijo.

La habitación estaba tenuemente iluminada, los muebles pesados eran opresivos, las paredes parecían cerrarse sobre ella, pero Mary se mantuvo firme. El señor Collins la miraba fijamente, con la boca abierta, y ella sintió una oleada de satisfacción por haberlo tomado desprevenido.

—Lo siento, pero no puedo —dijo, con la voz más firme esta vez.

—¡Se casará conmigo, Mary Bennet, y es definitivo! —espetó él bruscamente, pero Mary podía ver su debilidad, ver que gritar era su único recurso ya que carecía del ingenio para argumentar su caso sensatamente.

Ella negó con la cabeza.

—No puedo —dijo una última vez, y sintió su propia fuerza en las palabras—. No puede intimidarme para que lo haga.

Se irguió, lo miró a los ojos y pronunció las palabras que eran el arma más poderosa de su arsenal.

—Debo obedecer a mi conciencia, señor Collins. No puedo ser su esposa.

Por un momento, lo vio dudar, y supo que había ganado.

Kitty y Lydia bajaron las escaleras, Lydia a la cabeza, con el rostro furioso.

—¡No puedo creer que te haya hecho llorar! —gritaba, y Kitty, con el rostro surcado de lágrimas, sollozaba detrás de ella.

—Lydia —dijo Kitty—, Lydia, no...

—¡No, Kitty! ¡Solo era una taza! ¡No tenía derecho a regañarte así! —Lydia se dirigió hacia la puerta del estudio.

—¡Lydia! —dijo Kitty de nuevo, pero los ojos de Lydia brillaban de ira. Era una chica pequeña, y el señor Collins era un hombre grande, pero parecía lista para enfrentarse a él.

—¡Lydia! —Era la voz de Jane, y ella y Elizabeth acababan de entrar por la puerta principal, con el brazo de Elizabeth alrededor de los hombros de Jane mientras hablaban en voz baja—. Lydia, ¿qué sucede?

—¡El señor Collins hizo llorar a Kitty! —estalló Lydia, y el rostro sereno de Jane se endureció.

—Kitty, cariño, ven aquí —dijo, y Kitty corrió hacia ella. Jane rodeó a Kitty con el brazo, negando con la cabeza a Lydia—. Entiendo que estés molesta por Kitty, querida, pero... —Se detuvo, mirando fijamente—. ¿Mary?

Elizabeth levantó la vista. La puerta del estudio estaba entreabierta, y más allá, la habitación estaba débilmente iluminada, pero todas podían ver a Mary de pie frente al escritorio del señor Collins, de espaldas a ellas. También podían ver al señor Collins, con el rostro enrojecido y furioso.

—¡Se casará conmigo, Mary Bennet, y es definitivo!

—No puede intimidarme para que lo haga —La voz de Mary era firme, y no sonaba en absoluto como ella misma.

Elizabeth solo podía mirar fijamente. Nunca había oído a Mary hablar así antes.

—Debo obedecer a mi conciencia, señor Collins. No puedo ser su esposa.

Por un momento, el señor Collins dudó. Elizabeth se volvió para mirar a Jane, que observaba con los ojos muy abiertos lo que estaba sucediendo.

Jane fue la primera en moverse. Se dirigió directamente a Mary, tomando la mano de su hermana.

—Mary —dijo suavemente—, está bien. Todo estará bien.

Elizabeth dio un paso adelante.

—Señor Collins... —comenzó, pero fue interrumpida por Lydia, con su pequeño rostro decidido y enojado. Marchó directamente hacia Mary, parándose a su lado con los brazos cruzados.

—¡No me importa si es el amo de Longbourn! —estalló Lydia—. ¡No tenía derecho a hacer llorar a Kitty, y no tiene derecho a intentar intimidar a Mary para que se case con usted!

Kitty, llorosa pero resuelta, entró detrás de Lydia y, aunque todavía sollozaba, se secó los ojos y se acercó también a Mary. —Lo siento, Mary —susurró. Mary extendió la mano y tomó la de Kitty, apretándola con fuerza.

El estudio estaba tenuemente iluminado, los muebles pesados proyectaban largas sombras, pero Elizabeth podía sentir la determinación de sus hermanas a su alrededor. —Señor Collins —dijo de nuevo, con más firmeza—. Creo que ya ha recibido su respuesta.



Mary sintió una oleada de confianza al darse cuenta de que no estaba sola en su decisión. Jane le sostenía la mano, Lydia estaba de pie desafiante a su otro lado, y Kitty se aferraba a su brazo.

Jane le apretó la mano suavemente, y Mary tomó valor de la tranquila seguridad de su hermana. Lydia era una presencia cálida y enojada a su lado, y el apoyo silencioso de Kitty le daba fuerza. Mary sintió que se erguía, enderezando la espalda, y fijó la mirada en el señor Collins.

Mantente firme, Mary. Mantente firme.

—¡Te casarás conmigo! —balbuceó de nuevo el señor Collins—. Soy el amo de Longbourn, harás lo que yo diga...

—No, señor —la voz de Mary era firme y sentía la fuerza colectiva de sus hermanas detrás de ella—. No puedo casarme con usted, y no lo haré. Lo siento, señor Collins, pero mi decisión es definitiva.

El rostro del señor Collins estaba más rojo de lo que Mary había visto jamás, sus gestos más exagerados. Agitó los brazos, señalando primero a Jane, luego a Mary. —¡Te casarás conmigo! —exigió—. ¡Te casarás conmigo, o tú, o tú! —señaló a Elizabeth—. ¡No me importa cuál de vosotras sea, pero una de vosotras se casará conmigo! ¡Soy el amo de Longbourn, y me obedeceréis!

La mano de Jane se apretó sobre la de Mary. El agarre de Kitty en su brazo era como un tornillo.

—En efecto, señor Collins —dijo Jane con firmeza—, usted es el amo de Longbourn, y estamos en deuda con usted. Pero creo que descubrirá que ninguna de nosotras está dispuesta a contraer matrimonio con usted. Sin duda podrá encontrar una esposa en algún lugar. Quizás su patrona, Lady Catherine, pueda sugerirle una candidata adecuada.

—¡L-lady Catherine! —tartamudeó el señor Collins—. En efecto, tengo la fortuna de contar con el patrocinio de Lady Catherine, y estoy seguro de que estaría muy disgustada al enterarse de vuestra obstinada desobediencia.

Elizabeth arqueó las cejas. —Señor Collins, estoy segura de que a Lady Catherine le disgustaría mucho enterarse de su obstinada intimidación hacia sus dependientes femeninas. Creo que debería reconsiderar su posición.

—Vosotras... vosotras... —el señor Collins miró alrededor de la habitación, y sus ojos se fijaron en Mary—. ¡Te casarás conmigo! —dijo—. Eres la más adecuada, la más piadosa, la más obediente...

—Y la más renuente —interrumpió Mary—. No, señor Collins.

—¡Te casarás conmigo! —la voz del señor Collins se elevó hasta convertirse en un bramido—. ¡Te casarás conmigo...!

—No —dijo Elizabeth rotundamente.

—No —dijo Jane suavemente.

—¡No! —la voz de Lydia era aguda y enojada.

—No —dijo Kitty en voz baja, con las lágrimas secándose en sus mejillas mientras obviamente tomaba valor del frente unido de desafío de sus hermanas.

—¡Te casarás conmigo! —dijo de nuevo el señor Collins, pero su voz empezaba a sonar desesperada—. ¡Una de vosotras se casará conmigo! ¡Soy el amo de Longbourn! ¡Esta es mi propiedad! ¡Todas seréis echadas a la calle si no os casáis conmigo! ¡Quedaréis en la indigencia! ¡Os casaréis conmigo!

—No lo haremos —Elizabeth cruzó los brazos y lo miró fijamente—. Y creo —dijo—, que le resultará muy difícil explicarle a Lady Catherine por qué ninguna de nosotras se casará con usted.

—En efecto —la voz de Jane era tranquila—. Creo que Lady Catherine estaría muy disgustada al enterarse de su comportamiento.

—¡Os casaréis conmigo! —dijo de nuevo el señor Collins, pero se estaba marchitando bajo las miradas colectivas de las cinco hermanas—. ¡Os casaréis conmigo!

—No lo haremos —dijo Elizabeth.

—¡Lo haréis! —dijo el señor Collins, pero su voz era más débil—. ¡Lo haréis! ¡Debéis hacerlo!

Mary dudó. No estaba segura, ¿y cómo podría estarlo? Nunca había pensado tener una propuesta de matrimonio, y luego tener una, y del señor Collins, y ser su segunda opción... no podía estar segura. Había pedido tiempo para considerarlo, y era una decisión de gran peso, sin duda. Se

había sentido humillada por su estatus de segunda opción, y sin embargo... no, se había sentido humillada, pero no avergonzada.

Y entonces, una por una, sus hermanas habían rechazado al señor Collins de nuevo, y ella había escuchado la verdad en sus palabras. Ninguna de ellas se casaría con él. Lizzy, orgullosa y refinada. Jane, hermosa y dulce. Kitty y Lydia, tontas y frívolas. Y ella misma, sencilla y piadosa. El señor Collins había intentado intimidarla para que lo aceptara, y... y ella había estado a punto de ceder.

No, se dio cuenta, no quería casarse con él. No quería casarse con él, y no lo haría. Se irguió en toda su estatura, cinco centímetros más alta que el señor Collins, y lo miró a los ojos.

—No —dijo Mary, y su voz era fuerte y segura—. No, no lo haremos.

—¡Os casaréis conmigo! —bramó el señor Collins—. ¡Os casaréis conmigo, o todas seréis echadas a los setos para morir de hambre!

—No —dijo Mary con firmeza—. No me casaré con usted.

—No nos casaremos con usted —dijo Elizabeth de nuevo, y Jane le apretó la mano suavemente.

—No —dijo Jane—. Ninguna de nosotras lo hará.

—¡No! —la voz de Lydia era aguda y enojada, su pequeño rostro fijado en un ceño decidido.

—No —dijo Kitty, y su voz era tranquila pero firme—. No.

La habitación quedó en silencio por un momento, el único sonido era el tictac del reloj en la repisa de la chimenea. La boca del señor Collins se abría y se cerraba, su rostro se volvía rojo, luego blanco, luego rojo de nuevo. —Vosotras... vosotras... —tartamudeó—. Vosotras... vosotras...

—Lo siento, señor Collins —la voz de Jane era suave pero firme—. Pero ninguna de nosotras se casará con usted.

—Vosotras... vosotras... —el señor Collins agitó una mano ineficazmente, y luego, con una última mirada fulminante, se dio la vuelta y huyó del estudio, dejando a las cinco hermanas solas.

—Bien hecho, Mary —dijo Elizabeth suavemente.

—Muy bien hecho, en efecto —coincidió Jane, dedicándole a Mary una cálida sonrisa.

—¡Fuiste tan valiente, Mary! —dijo Kitty, y Lydia le dio a Mary un rápido abrazo.

—Bien hecho —dijo Elizabeth de nuevo, y Mary sintió que la tensión en la habitación se aliviaba. Las pesadas sombras parecieron disiparse, la habitación se sintió más luminosa, y se dio cuenta de que el sol había salido de detrás de las nubes en el exterior.

—No nos casaremos con él —dijo Lizzy, y había una nota de triunfo en su voz—. Ninguna de nosotras.



Capítulo Doce

LA PUERTA DE LA biblioteca se abrió de golpe, haciendo añicos el fugaz momento de triunfo de las hermanas. El señor Collins estaba en el umbral, con el rostro de un alarmante tono púrpura y la mandíbula apretada de furia.

—¡Fuera! —gritó, con saliva volando de sus finos labios—. ¡Fuera de mi casa ahora mismo, desagradecidas!

Elizabeth se colocó protectoramente delante de sus hermanas, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho. Enfrentó la mirada enfurecida del señor Collins con una propia de acero.

—Señor, se olvida usted de sí mismo. Esta es nuestra casa, la casa de nuestro padre...

—¡Su padre está muerto! —gruñó Collins, con los ojos desorbitados—. Longbourn es mía, y ustedes no tienen derecho a permanecer aquí ni un momento más —señaló con el dedo hacia la puerta—. Recojan sus cosas y váyanse, ¡todas ustedes! Las quiero fuera de mi vista y de mi propiedad antes de que se ponga el sol.

La mente de Elizabeth trabajaba a toda velocidad, buscando algún argumento, alguna apelación a la razón o a la decencia que pudiera influir en su odioso primo. Pero una mirada a su semblante lívido le dijo que sería inútil. Detrás de ella, escuchó los sollozos ahogados de Kitty y sintió la mano de Mary aferrándose a sus faldas.

¿Cómo habían llegado a esto? Se enfrentaban a la pérdida de todo: su querida Longbourn, su posición, sus propios medios de vida. ¿Qué sería de ellas, expulsadas sin tener adónde ir? ¿Cómo podría mantener a salvo a sus hermanas?

La desesperación amenazaba con abrumarla, pero Elizabeth la contuvo. No se derrumbaría, no podía hacerlo. Levantó la barbilla al volverse hacia sus hermanas.

—Vengan —dijo, proyectando una calma que no sentía—. Debemos recoger nuestras cosas rápidamente. Jane, Mary, vayan con mamá. Kitty, busca a Hill y a los otros sirvientes.

—Lizzy... —los ojos azules de Jane estaban abiertos y asustados en su rostro pálido.

—Lo sé —Elizabeth le apretó la mano—. Pero lo superaremos juntas. Dense prisa ahora, no hay tiempo que perder.

Cuando sus hermanas se marcharon, se permitió una última y larga mirada al estudio, el estudio de su *padre*, grabando en su memoria cada detalle querido. Luego, tomando aliento para calmarse, Elizabeth salió con la cabeza en alto.

Elizabeth se dirigió al piso de arriba, con la mente dando vueltas a las innumerables tareas que había que realizar. El sonido de los lamentos de su madre llegaba desde su habitación, puntuado por los tonos apaciguadores de Jane. Elizabeth aceleró el paso, irrumpiendo en la habitación para encontrar a la señora Bennet desplomada sobre la cama, con la cara enterrada entre las manos.

—¡Oh, Lizzy! —gritó—. ¡Estamos arruinadas! ¡Echadas de nuestra casa, condenadas a morir de hambre en las cunetas! ¿Qué será de nosotras?

—Tranquila, mamá —la calmó Elizabeth, sentándose a su lado y tomándole la mano—. Encontraremos la manera de salir de esto. Pero ahora debemos ser fuertes, las unas por las otras.

La señora Bennet sólo sollozó con más fuerza.

—¿Fuertes? ¿Cómo puedo ser fuerte cuando ese hombre odioso nos está echando? ¡Oh, si el señor Bennet estuviera aquí!

El corazón de Elizabeth se encogió al mencionar a su padre, pero apartó el dolor.

—Papá querría que afrontáramos esto con valor y dignidad —dijo con firmeza—. Vamos, empaquemos lo que podamos.

Como si las hubieran llamado, sus hermanas aparecieron con los brazos cargados de vestidos y objetos personales. Trabajaron rápidamente, llenando bolsas y maletas con todo lo que podían llevar. La habitación pronto se convirtió en un torbellino de actividad, puntuado por los ocasionales lamentos de la señora Bennet y las exigencias a gritos del señor Collins para que se dieran prisa.

—Lizzy, ¿qué vamos a hacer? —susurró Kitty, con los ojos abiertos y asustados—. ¿Adónde iremos?

Elizabeth se detuvo, con un vestido a medio doblar en las manos.

—No lo sé —admitió—. Pero lo afrontaremos juntas, como una familia. Eso es lo que más importa.

Cruzó la mirada con Jane al otro lado de la habitación, viendo reflejada en ella su propia determinación. Soportarían esto, como habían soportado tanto ya. Las hermanas Bennet no se doblegarían ante esta prueba.

Pero mientras reanudaba el empaquetado, Elizabeth no podía acallar el miedo que le roía el corazón. Un futuro incierto se extendía ante ellas, y sólo podía rezar para que encontraran la fuerza necesaria para afrontarlo de frente.

La mente de Elizabeth corría mientras doblaba apresuradamente el último de sus vestidos, sus pensamientos volviéndose hacia el señor Darcy y el señor Bingley. Si alguien podía ayudarlas en su hora de necesidad, eran esos dos caballeros. Se volvió hacia la doncella que las estaba ayudando a empacar, con voz baja y urgente.

—Martha, necesito que hagas algo por mí. Es de suma importancia.

La doncella asintió, con los ojos muy abiertos.

—Por supuesto, señorita Elizabeth. ¿De qué se trata?

—Necesito que vayas a Netherfield, lo más rápido que puedas. Encuentra al señor Darcy y al señor Bingley, y cuéntales lo que ha sucedido. Diles que nos están obligando a abandonar nuestro hogar y que necesitamos desesperadamente su ayuda.

Martha hizo una reverencia, con el rostro lleno de determinación.

—Iré de inmediato, señorita. No me detendré hasta encontrarlos.

Elizabeth apretó la mano de la doncella con gratitud.

—Gracias, Martha. Puede que seas nuestra salvación.

Cuando Martha salió apresuradamente de la habitación, Elizabeth se volvió hacia sus hermanas, con el corazón apesadumbrado. Habían terminado de empacar y ahora estaban juntas, con los rostros pálidos y tensos.

—Es hora —dijo suavemente—. Debemos irnos.

Con el corazón encogido, las hermanas Bennet bajaron las escaleras, sus pasos resonando en los pasillos. Cada paso era un recordatorio de todo lo que dejaban atrás: las risas, las lágrimas, los recuerdos que se habían entretejido en la misma trama de sus vidas.

Al llegar a la puerta principal, Elizabeth se detuvo, con la mano apoyada en la madera gastada. Podía sentir el peso de las generaciones presionando sobre ella, los fantasmas de sus antepasados susurrando en su oído.

—Adiós, Longbourn —murmuró, con la voz cargada de emoción—. Que algún día podamos volver a tu abrazo.

Y entonces, con un paso final y resuelto, Elizabeth condujo a sus hermanas hacia el frío e incierto mundo exterior, dejando atrás el único hogar que habían conocido.



Cuando las hermanas Bennet salieron al aire frío, una escena extraordinaria se desarrolló ante sus ojos. Todo el personal de Longbourn, desde el ama de llaves hasta las fregonas, las siguió fuera de la casa, con sus escasas pertenencias en la mano. Formaron una solemne procesión, con los rostros llenos de determinación.

Elizabeth observó con asombro cómo los sirvientes pasaban junto al señor Collins, quien permanecía en la entrada principal farfullando de rabia. —¿Qué significa esto? —gritó, con el rostro tornándose de un alarmante tono púrpura—. ¡No pueden irse! ¡Se los prohíbo!

Pero los sirvientes no le prestaron atención. Marcharon resueltamente hacia los Bennet, con la cabeza en alto. La señora Hill, el ama de llaves, habló con voz temblorosa de emoción. —No nos quedaremos aquí, no después de lo que ha hecho. No serviremos a un amo que pueda tratar a su propia familia con tanta crueldad.

Elizabeth sintió que las lágrimas le picaban los ojos, abrumada por la muestra de solidaridad. —No puedo pedirles que renuncien a su sustento por nosotros —dijo suavemente, con la voz cargada de gratitud.

La señora Hill negó con la cabeza firmemente. —No nos lo pidió, señorita. Nosotros elegimos. No las abandonaremos, no en su hora de necesidad.

Detrás de ellos, el señor Collins continuaba gritando, su voz elevándose a un tono frenético. —¡Volverán inmediatamente! —vociferó, con los puños apretados a los costados—. ¡No toleraré esta insubordinación!

Pero los sirvientes simplemente le dieron la espalda, su lealtad hacia la familia Bennet inquebrantable.

—Gracias —susurró Elizabeth, con el corazón lleno de gratitud y amor por estas queridas y fieles personas... aunque ahora tenía una docena más de bocas que alimentar, además de su madre y sus hermanas.

Bueno, ¿qué importaba? Levantó el mentón con terquedad, decidida a no dejar que nadie viera sus dudas. —Debemos permanecer unidos —dijo con firmeza, tomando la mano de Jane entre las suyas—. No importa lo que suceda, debemos apoyarnos mutuamente durante esta prueba.

Las chicas más jóvenes asintieron, con los rostros pálidos pero resueltos. Elizabeth podía ver el miedo en sus ojos, la incertidumbre de lo que les esperaba, pero sabía que juntas podrían

enfrentar cualquier cosa.

—Vengan —dijo suavemente, guiándolas por el camino—. Debemos encontrar refugio para la noche. Los Lucas nos acogerán. Mañana comenzaremos a planificar nuestro futuro.

Y así, con el corazón pesado pero el espíritu inquebrantable, la familia Bennet y sus fieles sirvientes se adentraron en lo desconocido, su amor mutuo la única certeza en un mundo puesto de cabeza.



Mientras se alejaban de Longbourn, las hermanas Bennet intercambiaron miradas preocupadas, sus mentes llenas de preguntas sobre adónde irían y cómo sobrevivirían sin la protección de su padre. El peso de su futuro incierto las oprimía, y Elizabeth podía ver el miedo y la ansiedad grabados en sus rostros.

—¿Qué será de nosotras, Lizzy? —preguntó Kitty, con voz temblorosa.

—No lo sé —admitió Elizabeth, con el corazón apesadumbrado por la preocupación—. Pero debemos tener fe en que todo saldrá bien.

Lydia, usualmente tan bulliciosa y despreocupada, se aferraba al brazo de Mary, con los ojos abiertos de miedo. —¿Pero y si no es así? —susurró—. ¿Y si nos quedamos solas para valernos por nosotras mismas?

La mente de Elizabeth se llenó de pensamientos sobre su futuro incierto, pero sabía que debía mantenerse fuerte por el bien de sus hermanas. Se detuvo y se volvió para mirarlas, con voz firme y tranquilizadora.

—Escúchenme —dijo, mirando a cada una a los ojos—. Somos las Bennet, y somos más fuertes que esto. Nos tenemos las unas a las otras, y eso es todo lo que importa. La ayuda está en camino, y debemos mantenernos fuertes hasta que llegue.

Jane, siempre el alma gentil, asintió en acuerdo. —Lizzy tiene razón. Debemos confiar en la bondad de los demás y en la fuerza de nuestros propios corazones.

Elizabeth sonrió a su hermana mayor, agradecida por su apoyo inquebrantable. Extendió la mano y tomó la de Jane, apretándola suavemente. —Juntas, superaremos esta tormenta. Hemos enfrentado desafíos antes, y enfrentaremos este con el mismo coraje y determinación.

Mientras continuaban su viaje, los pensamientos de Elizabeth se dirigieron al señor Darcy y al señor Bingley. Esperaba que su mensaje les hubiera llegado y que vinieran en su ayuda. La idea

de ver al señor Darcy de nuevo, incluso en circunstancias tan difíciles, le provocó un aleteo en el corazón. Apartó ese sentimiento, sabiendo que no era el momento para tales reflexiones.

El sonido de los sollozos de la señora Bennet puntuaba el aire, y Elizabeth sintió una punzada de compasión por su madre. A pesar de sus defectos, la señora Bennet amaba profundamente a sus hijas, y la idea de perder su hogar y seguridad era casi demasiado para que ella lo soportara.

—Mamá —dijo Elizabeth suavemente, moviéndose para caminar junto a ella—. Encontraremos una salida a esto. Debes ser fuerte por nosotras, como nosotras lo somos las unas por las otras.

La señora Bennet miró a su hija con los ojos llenos de lágrimas, su labio inferior temblando. —Oh, Lizzy, ¿qué será de nosotras?

—Resistiremos, mamá —dijo Elizabeth, con la voz llena de convicción—. Somos las Bennet, y esto no nos quebrará. —Encontrarían una manera, se dijo a sí misma. Sobrevivirían a esto, y emergerían más fuertes que nunca. Por ahora, todo lo que tenían era a sí mismas, y eso tendría que ser suficiente.

Justo entonces, comenzó a nevar.

Los copos caían del cielo gris, suaves y silenciosos, en marcado contraste con la agitación interna de la familia Bennet. Elizabeth sintió que el frío se filtraba a través de su capa, helándola hasta los huesos, pero se negó a dejar que eso amortiguara su determinación. Miró a sus hermanas, sus rostros marcados por la preocupación y la fatiga, y sintió que la invadía una oleada de protección.

Jane se acercó para caminar a su lado, sus delicadas facciones dibujadas con preocupación. —Lizzy —susurró, su voz apenas audible por encima del crujido de sus pasos en la nieve—. ¿Y si el señor Bingley y el señor Darcy no vienen? ¿Qué haremos entonces?

Elizabeth extendió la mano y apretó la de su hermana, ofreciéndole una sonrisa tranquilizadora. —Vendrán, Jane. Tengo fe en ellos y en la fuerza de nuestra familia. Encontraremos una manera, pase lo que pase.

Mientras avanzaban penosamente por la nieve, el peso de sus pertenencias parecía aumentar con cada paso. Las chicas más jóvenes, Kitty y Lydia, se aferraban la una a la otra, su habitual charla alegre reemplazada por un silencio sombrío. Mary caminaba ligeramente apartada de las demás, con expresión pensativa.

La visión de Lucas Lodge en la distancia trajo un destello de esperanza al corazón de Elizabeth. El cálido resplandor de las ventanas las atraía, prometiendo al menos un refugio temporal y un respiro del frío. Cuando se acercaron a la entrada, la puerta se abrió de golpe, revelando el rostro

conmocionado de Lady Lucas mientras observaba al grupo desaliñado, cada uno de ellos cargado con bolsas y maletas.

—¡Mi querida señora Bennet! —exclamó, con los ojos abiertos de par en par por la incredulidad —. ¿Qué ha sucedido? Entre, entre, ¡debe estar congelada hasta los huesos!

Cuando los Bennet entraron, el calor de la casa los envolvió, y Elizabeth sintió que una ola de alivio la invadía. Lady Lucas condujo a los Bennet a la sala de estar, su expresión llena de preocupación mientras escuchaba la explicación llorosa de la señora Bennet sobre su difícil situación.

—El señor Collins nos ha echado —se lamentó la señora Bennet, con las manos temblorosas mientras aceptaba una taza de té de su amiga—. No tenemos a dónde ir, a dónde recurrir. Oh, ¿qué será de nosotros?

—Se quedarán aquí, por supuesto —dijo Lady Lucas con firmeza—. Por el tiempo que sea necesario. No los dejaremos enfrentar esto solos.

Elizabeth sintió una oleada de gratitud hacia la madre de su amiga, sabiendo que su oferta de refugio era un regalo precioso en su momento de necesidad. Cruzó una mirada con Charlotte al otro lado de la habitación, y las dos amigas intercambiaron una mirada de entendimiento.

La realidad era que Lucas Lodge era demasiado pequeña para ser más que un refugio temporal, especialmente con todos los sirvientes de Longbourn acompañando a los Bennet. La mayoría de los sirvientes tenían familia en Meryton a la que podían acudir, pero incluso con ese alivio, seguramente no habría suficientes camas en Lucas Lodge para acomodar a todos los que necesitarían una esta noche.

Los dedos de Elizabeth se tensaron alrededor de su taza de té. *Por favor, venga, señor Darcy*, pensó en silencio, preguntándose si Martha habría llegado ya a Netherfield. *Por favor, venga.*



Capítulo Trece

LA SALA DE BILLAR en Netherfield era cálida y acogedora, con un fuego crepitando en la chimenea que alejaba el frío invernal. Darcy estaba de pie a un lado, apoyado en su taco, pensativo. Miraba fijamente las bolas de billar, sin verlas realmente, con la mente divagando. Casi podía ver la sonrisa de Elizabeth Bennet, oír sus ingeniosas palabras. Cómo anhelaba verla de nuevo, pero no tenía excusa para visitar Longbourn en ese momento. Bingley había prometido que irían esa tarde, y tendría que contentarse con eso.

Bingley estaba mucho más relajado, exclamando:

—Darcy, deja de soñar despierto y ven. ¡Esta vez voy a ganarte por completo!

Se inclinó sobre la mesa, apuntando su tiro, y las bolas chocaron entre sí. Darcy sonrió ligeramente, sacudiendo la cabeza. Bingley era tan abierto, tan despreocupado.

—Eso es muy poco probable, Bingley —dijo, acercándose para hacer su propio tiro—. Eres un jugador terrible.

Bingley se rió.

—No me importa, lo disfruto de todos modos. Y estoy deseando que llegue nuestra visita a Longbourn esta tarde. Estoy seguro de que la señorita Bennet se alegrará de verme.

Darcy no respondió, pero estaba seguro de que Elizabeth también se alegraría de verlo. Se inclinó sobre la mesa, apuntando su tiro, y las bolas volvieron a chocar. El fuego crepitaba en la chimenea, y la luz de las lámparas se reflejaba en el paño verde de la mesa.

La puerta se abrió, y Darcy se enderezó, mirando por encima del hombro. Era el mayordomo, Hobson, con una expresión de consternación en el rostro.

—Disculpen, señor Bingley, señor Darcy —dijo—, pero una criada llamada Martha ha traído un mensaje urgente de Longbourn.

Martha entró en la sala de billar casi corriendo cuando Hobson le hizo una seña para que pasara, con la ropa mojada y desaliñada, el cabello despeinado, y el rostro pálido de miedo. Sus ojos estaban muy abiertos y sus manos temblaban. Intentó hacer una reverencia, pero casi tropezó con sus propios pies.

—Oh, señor, señor Bingley, señor Darcy —sus palabras se atropellaban, casi incoherentes en su prisa—. Oh señor, oh, es terrible, el señor Collins, primero se le propuso a la señorita Elizabeth y luego a la señorita Mary, y ambas, oh señor, ambas dijeron que no, y entonces él... entonces él... —Su voz se quebró—. Las echó de Longbourn, señor. Echó a todas las damas.

La reacción inmediata de Darcy ante las noticias de Martha fue de absoluta conmoción. Se quedó paralizado, mirándola, incapaz de moverse. El calor y la comodidad de la sala de billar parecían estar a un millón de kilómetros de distancia; Darcy se sintió de repente frío, entumecido. Sus manos se apretaron en el taco de billar que sostenía, como si pudiera encontrar algún ancla en la madera lisa, y su rostro palideció ante la enormidad de lo que Martha había dicho.

Por un momento no pudo respirar, y su mente pareció haber dejado de funcionar. ¿Collins se había propuesto a Elizabeth? ¿Collins se había atrevido a proponerse a Elizabeth? ¿Se atrevió, sabiendo de la reclamación previa de Darcy? La mente de Darcy se tambaleó ante la enormidad del insulto, la afrenta a su sentido de la propiedad, la ofensa a su honor. Su orgullo y sus profundos sentimientos por Elizabeth se combinaron en un arrebato de posesividad y enojo. ¿Cómo se atrevía Collins? ¿Cómo se atrevía?

Martha seguía temblando, con los ojos muy abiertos fijos en Bingley, sus labios aún moviéndose en una letanía de palabras llena de pánico.

Bingley se recuperó primero. Se adelantó, con el rostro enrojecido de preocupación, su voz urgente.

—Martha, ¿dónde están ahora? ¿Dónde están los Bennet?

Darcy permanecía inmóvil, su mente dando vueltas por la conmoción. No podía moverse, no podía pensar. Sus ojos se agrandaron mientras procesaba el resto de las palabras de Martha. ¿Collins se había propuesto a Elizabeth, y luego a Mary? ¿Había echado a la familia Bennet de Longbourn? Era impensable. Y, sin embargo, Martha estaba claramente diciendo la verdad.

—¿Dónde están ahora? ¿Dónde están los Bennet? —La voz de Bingley parecía venir de muy lejos, y la mente de Darcy comenzó a funcionar de nuevo. Elizabeth. Elizabeth afuera con este clima, en la nieve, en el frío, con sus hermanas y su madre. Elizabeth en peligro. No lo permitiría. No lo permitiría.

Se obligó a pensar. Collins había echado a los Bennet. Habrían tenido que salir de Longbourn a pie, en la nieve. ¿Adónde irían? No habrían ido a Meryton; estaba demasiado lejos con este clima. No, habrían ido a Lucas Lodge. Los Lucas eran sus amigos cercanos, y Lucas Lodge era la casa de la gentry más cercana. No estaba tan lejos, menos de una milla de Longbourn, pero con este clima...

La mente de Darcy trabajaba rápidamente. Conocía bien la zona, había cabalgado por ella con suficiente frecuencia. Lucas Lodge era el lugar más lógico para que los Bennet buscaran refugio. Y no permitiría que Elizabeth, o sus hermanas, estuvieran en peligro ni un momento más de lo necesario.

—Habrán ido a Lucas Lodge —dijo Darcy, su voz estabilizándose mientras lo pensaba—. Si salieron de Longbourn a pie, habrán ido a Lucas Lodge. Es la casa más cercana, y los Lucas son sus amigos. —Miró a Bingley, sus ojos urgentes—. Debemos ir allí de inmediato.

Bingley se volvió bruscamente hacia su ama de llaves, que había seguido a Martha a la habitación, su expresión era una mezcla de preocupación y determinación.

—Señora Aberdeen, por favor lleve a Martha a las cocinas y haga que entre en calor. Está empapada y tiritando. —Su voz era urgente, pero clara, y miró a Martha de nuevo. La chica estaba temblando, empapada hasta los huesos, con la cofia torcida y el rostro blanco como una sábana.

—Sí, señor —dijo la señora Aberdeen, sus faldas crujiendo mientras se apresuraba al lado de Martha—. Ven, muchacha, y te daremos una bebida caliente y ropa seca. —Puso un brazo reconfortante alrededor de la criada y la condujo fuera de la habitación.

Bingley se volvió hacia Hobson, su voz firme.

—¡Haga que preparen el carruaje de inmediato! —Se dirigió a la puerta, llamando a su ayuda de cámara—. No permitiré que Jane y sus hermanas estén en peligro —dijo con gravedad, y Darcy sintió una oleada de admiración por la decisión de su amigo. Bingley podría ser un poco fácil de influenciar por las opiniones de los demás, pero cuando se trataba de aquellos por los que se preocupaba, podía ser tan firme y decidido como cualquier hombre.

Darcy todavía estaba procesando la conmoción de lo que había oído, pero las órdenes de Bingley lo impulsaron a la acción. Irían a Lucas Lodge, y encontrarían a Elizabeth y su familia a salvo. Debían estar a salvo.

La nieve era implacable cuando el carruaje partió hacia Lucas Lodge, una espesa cortina blanca que reducía la visibilidad a unos pocos metros y añadía una sensación de peligro a su viaje. El

crujido de la nieve bajo las ruedas del carruaje era fuerte en el silencio, e incluso dentro del carruaje Darcy podía sentir el frío filtrándose a través de su gruesa ropa.

Cuánto peor debía ser para Elizabeth y su familia, pensó, forzadas a salir de su casa hacia la nieve y el frío. Debían estar sufriendo terriblemente, con frío, asustadas y vulnerables. El miedo de Darcy por la seguridad de Elizabeth era un nudo apretado en su pecho, y solo podía esperar que llegaran rápidamente a Lucas Lodge.

El carruaje llegó a Lucas Lodge a través de la intensa nevada después de lo que parecieron horas, el crujido de las ruedas sobre la nieve resonando fuerte en la quietud. El frío era penetrante, incluso dentro del carruaje, y Darcy se estremeció al bajar. Podía ver su aliento formando vaho en el aire, y se ajustó más el abrigo alrededor del cuerpo. Lucas Lodge era una visión acogedora, sin embargo, con una cálida luz que se derramaba por las ventanas y un aire de refugio. Darcy solo podía esperar que los Bennet estuvieran a salvo dentro.

No tenía tiempo para preocuparse por su propia comodidad, sin embargo. Su corazón latía con fuerza, su mente llena de imágenes de Elizabeth, fría, asustada y vulnerable. Se apresuró a subir los escalones hacia la puerta principal, con Bingley a su lado, y fueron admitidos de inmediato.

—¡Señor Darcy! —Jane Bennet se puso de pie de un salto cuando entró en la sala, con el rostro surcado de lágrimas, su cabello dorado despeinado y las manos temblorosas. Vio a Bingley entrar detrás de Darcy y casi se arrojó a sus brazos, sollozando su nombre—. ¡Oh, Charles, Charles!

Por un momento, Bingley abrazó a Jane, murmurando palabras de consuelo. Luego se apartó, y Darcy se sorprendió al ver cómo cambiaba la expresión de su amigo. Su mandíbula se tensó, sus ojos brillaron con determinación—. Irán a Londres —dijo, con la voz llena de urgencia—. Todos ustedes. No es seguro que se queden aquí.

Darcy dio un paso adelante—. Señorita Bennet, Bingley tiene toda la razón. Deben ir a Londres, y de inmediato. Me sentiría honrado de ofrecerles el uso de mi casa allí. Es grande y cómoda, con amplio personal, y en una parte segura y acomodada de la ciudad —miró a Bingley, quien asintió en señal de acuerdo—. Serían muy bienvenidos, y estoy seguro de que mi hermana estaría encantada de conocerlos.

Elizabeth se levantó entonces de su asiento, con expresión resuelta—. Señor Bingley, señor Darcy, estamos muy agradecidos por su amable oferta. Pero me temo que nuestra partida no será tan sencilla. No podemos dejar a los sirvientes de Longbourn a merced del señor Collins. Todos ellos se marcharon con nosotros y están aquí. No podemos dejarlos atrás, y no podemos llevarlos a todos a Londres con nosotros.

Darcy miró a Elizabeth, con las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes de determinación, y sintió que su corazón se hinchaba de amor por ella. Incluso en esta situación extrema, su primer pensamiento era para aquellos de posición inferior a la suya. Una mujer así sería una excelente Señora de Pemberley, pensó—. Señorita Elizabeth, le prometo esto. A cada uno de sus sirvientes se le encontrará un nuevo puesto, con excelentes referencias. Y yo personalmente pagaré a cada uno de ellos un año de salario por adelantado, para que no tengan que regresar a Longbourn.

Hubo un momento de silencio atónito, luego la señora Bennet estalló en lágrimas, pero esta vez eran lágrimas de gratitud.

—¡Oh, señor Darcy, señor Darcy! —Su rostro estaba sonrojado, sus ojos brillaban con genuina gratitud, y se aferró al abrigo de Darcy, balbuceando su agradecimiento—. ¡Gracias, señor, gracias, gracias!

—Señora, no es más de lo que ustedes merecen —dijo Darcy en voz baja.

Fue la señora Hill, la imperturbable ama de llaves de Longbourn, quien dio un paso adelante, su calma evidente mientras palmeaba suavemente el hombro de la señora Bennet, su voz suave y tranquilizadora.

—Ya está, señora, ya está, todo estará bien ahora.

Darcy observó la escena por un momento, la señora Bennet calmándose rápidamente, luego miró a la señora Hill—. Señora Hill, creo que está claro que la señora Bennet estaría muy agradecida si usted permaneciera con ella como su acompañante.



Elizabeth solo podía mirar al señor Darcy, sus ojos llenándose de lágrimas de alivio y gratitud. No había llorado, ni una sola vez, desde el momento en que el señor Collins los había echado a todos de Longbourn. No se había atrevido, sabiendo que no podía permitírselo, que debía ser fuerte por su madre y sus hermanas, por Jane, por Lydia y Kitty, que solo eran niñas asustadas, por Mary, que había quedado tan conmocionada por la propuesta del señor Collins y luego por su acoso. Y por los sirvientes, que tan lealmente se habían marchado con ellos, aunque eso significara que ellos tampoco tenían hogar ahora.

Pero ahora, en este momento, podía sentir las lágrimas brotando, aunque luchaba por contenerlas. Porque parecía que el señor Darcy estaba decidido a llevarse todos sus problemas. Llevaría a su familia a salvo a Londres, vería que sus sirvientes estuvieran seguros y atendidos, y

ahora parecía que incluso vería que la querida señora Hill se quedara con su madre, dando a la señora Bennet un baluarte que tan desesperadamente necesitaba en su dolor.

La señora Hill dio un paso adelante, su expresión tranquila ocultando la emoción que Elizabeth podía ver en sus ojos—. Señorita Lizzy, todo estará bien —dijo suavemente, y Elizabeth no pudo evitar pensar que la señora Hill le había estado diciendo esas palabras desde que era una niña pequeña. Luego la señora Hill se volvió hacia el señor Darcy e hizo una profunda reverencia—. Señor, le agradezco su amabilidad y generosidad. Siempre me he sentido orgullosa de servir a la familia Bennet, y me sentiría honrada de continuar haciéndolo en la capacidad que usted sugiere.

—Lo hará durante el tiempo que usted quiera —dijo el señor Darcy con firmeza, y Hill hizo otra reverencia, aún más profunda.

Elizabeth parpadeó para contener las lágrimas y miró alrededor de la habitación. Habían tenido suerte, sin duda, de que Sir William y Lady Lucas estuvieran en casa y pudieran acogerlos. Lucas Lodge era una casa cálida y cómoda, aunque no tan grande como Longbourn. La sala en la que ahora se encontraban era una habitación luminosa y alegre, con las paredes pintadas de un amarillo soleado. El fuego ardía con fuerza, se habían servido té y pasteles para calentar a los refugiados fríos y mojados. Era un lugar cálido y acogedor, y Elizabeth se alegró de que al menos su familia hubiera podido refugiarse aquí. Hacía un frío amargo afuera, la nieve caía espesa y rápida.

No pudo contener las lágrimas de alivio que caían de sus ojos, por mucho que lo intentara. No podría haber deseado una mejor reacción que la que estaban recibiendo del señor Bingley y especialmente del señor Darcy; a pesar de sus valientes palabras a sus hermanas y su madre, Elizabeth había estado muy asustada. Sacando su pañuelo del bolsillo, se lo presionó contra los ojos e intentó regular su respiración.



Darcy no podía mirar las lágrimas de Elizabeth. Quería hacerlo, oh, cómo quería, deseaba tomarla en sus brazos y consolarla, presionar su cabeza contra su hombro y acariciar su cabello, susurrarle al oído que no necesitaba llorar, que él se encargaría de todo, que nunca más tendría que llorar. Pero no podía. No sería apropiado. Ya había sobrepasado los límites de la propiedad al hablar como lo había hecho, pero no había podido contenerse.

Lucas Lodge era una casa cálida y confortable, y era un contraste bienvenido con el frío amargo del exterior. Era un lugar cálido y acogedor, y Darcy se alegró de que al menos los Bennet hubieran podido refugiarse aquí.

—Lady Lucas —dijo Darcy, volviéndose hacia su anfitriona—. Le agradezco su amabilidad al acoger a la familia Bennet en estas difíciles circunstancias. Sin embargo, creo que estará de acuerdo en que Netherfield está mucho mejor equipado para alojarlos, al menos por esta noche, ya que obviamente es demasiado tarde para partir hacia Londres hoy.

Bingley asintió inmediatamente. —Por supuesto, Darcy, tienes toda la razón. Mi carruaje está aquí, señoras, permítanme llevar a tantas de ustedes como quepan a Netherfield de inmediato.

—¡Oh! ¡Oh! —La señora Bennet estalló en lágrimas nuevamente, pero esta vez eran lágrimas de gratitud y alivio—. ¡Oh, señor Bingley, es usted demasiado amable! ¡Oh, mis pobres nervios! ¡Oh, mis pobres niñas!

—Señora, ahora está completamente a salvo —dijo Bingley con firmeza.

—Tranquila, mamá —Elizabeth puso su mano sobre el hombro de su madre—. Quizás, señor Bingley, si puede llevar a Jane y a mamá, y a la señora Hill, y... probablemente a Kitty y Lydia —Miró a su hermana Mary, quien asintió con calma, aunque Darcy notó que sus manos estaban tan apretadas que sus nudillos estaban blancos—. Mary y yo esperaremos aquí.

—Está siendo muy valiente, señorita Elizabeth —dijo Bingley con aprobación—. Darcy se quedará con ustedes hasta que regrese el carruaje, y enviaré otro para sus sirvientes. Lady Lucas, muchas gracias por acoger a los Bennet, pero Netherfield será su refugio ahora.

—Por supuesto, señor Bingley —dijo Lady Lucas calurosamente—. Estoy segura de que todos nos alegraremos de ver a la familia Bennet segura y cómoda en Netherfield.

—Gracias —dijo Bingley, y se volvió hacia la puerta—. Señora Bennet, señoritas, pongámonos en marcha.

El calor de Lucas Lodge contrastaba fuertemente con el frío amargo del exterior. La nieve caía espesa y rápida, el viento soplaba fuerte y frío. Darcy se estremeció al salir, el frío mordiendo su rostro. La nieve ya tenía varios centímetros de profundidad y seguía cayendo con fuerza. Al menos se alegraba de que los Bennet no hubieran tenido que caminar mucho desde Longbourn hasta Lucas Lodge, con semejante clima.

Jane seguía llorando, aferrada al brazo de Bingley, y Darcy no estaba seguro de que hubiera podido caminar sin su apoyo. Kitty y Lydia temblaban, sus rostros pálidos de miedo. A Darcy no le sorprendió que estuvieran asustadas. Kitty y Lydia todavía eran prácticamente niñas, a pesar

de todas sus tonterías con los oficiales de la milicia, y acababan de ser expulsadas de su hogar en pleno invierno por un hombre que se suponía debía ser su protector.

Bingley ayudó primero a la señora Bennet a subir al carruaje, luego a la señora Hill. Darcy se sorprendió un poco al ver que la señora Hill tomaba la mano de la señora Bennet y la palmeaba de manera reconfortante. Ciertamente, la señora Bennet parecía apreciar la presencia de la señora Hill.

—Señorita Bennet —dijo Bingley, con voz suave de preocupación, y Jane logró esbozar una débil sonrisa mientras le permitía ayudarla a subir al carruaje.

—Señorita Kitty, señorita Lydia, vengan —dijo Bingley, y las dos chicas se apresuraron a subir al carruaje, Kitty aún temblando y Lydia aferrándose a la mano de su hermana.

Bingley se volvió hacia Darcy. —Enviaré el carruaje de vuelta de inmediato, Darcy, y otro para transportar a los sirvientes de los Bennet. Tendremos a todos a salvo bajo el techo de Netherfield antes del anochecer.

Al regresar al interior de Lucas Lodge una vez que el carruaje se alejó traqueteando, la mirada de Darcy se fijó en Elizabeth. Se había desplomado en su silla, con los ojos cerrados, y él podía ver el cansancio y la tensión en cada línea de su cuerpo. Su corazón se dolía por ella, y sintió una extraña y aguda punzada de... algo. No exactamente celos, pero la idea de que otro hombre se hubiera atrevido a proponerle matrimonio a Elizabeth, que otro hombre se hubiera atrevido a creer que podía ganar su mano, era como un cuchillo en sus entrañas. Quería cruzar la habitación a zancadas, tomarla en sus brazos y decirle que él se encargaría de todo, que la protegería a ella y a su familia del señor Collins y de cualquiera que intentara hacerles daño.

No podía, por supuesto. Apenas era capaz de admitirse a sí mismo que amaba a Elizabeth, mucho menos hacer tal confesión a ella. Solo podía quedarse allí de pie y observar, con las manos apretándose y aflojándose a sus costados, con el corazón en los ojos. El salón de Lucas Lodge era cálido, con un fuego brillante crepitando en la chimenea y las paredes pintadas de un amarillo soleado. La nieve seguía cayendo con fuerza afuera, podía verla a través de la ventana, y el contraste entre el calor de la habitación y el frío amargo del exterior era marcado. Acababa de entrar del frío, sus mejillas y nariz aún ardían por el viento, y no podía imaginar cómo debía haberse sentido Elizabeth, caminando por la nieve con sus hermanas y sus sirvientes, sin saber qué bienvenida recibirían en Lucas Lodge.

Estaba agotada, podía verlo. Había tenido que ser fuerte por su madre y sus hermanas. Había tenido que abandonar su hogar, el único hogar que había conocido, y ahora estaba aquí, a salvo

por el momento pero sin idea de lo que le depararía el futuro. Quería consolarla, pero no sabía cómo. No sabía qué decir, qué hacer.

Debe estar tan cansada, pensó Darcy. Dio un paso hacia ella, luego otro. El fuego crepitaba en la chimenea, la luz se filtraba por las ventanas, y la tensión en el aire era casi palpable. Darcy se encontró de pie frente a ella, sin saber qué decir.

Elizabeth aún tenía los ojos cerrados. Darcy la miró, con el corazón en la boca. Quería tomarla en sus brazos, consolarla, decirle que él se encargaría de todo, que no debía preocuparse. No podía, por supuesto. Solo podía quedarse allí, sintiéndose impotente, con las manos apretándose y aflojándose a sus costados.

Después de un momento, se movió, tomando asiento junto a ella. Sus movimientos eran cautelosos, vacilantes, como si temiera sobresaltarla. No sabía qué decir. No sabía qué podía decir, qué palabras podrían ser de algún consuelo para ella. Quería decirle que él se encargaría de todo, que no debía preocuparse, pero no podía. Solo podía sentarse allí, mirándola, con el corazón en los ojos.

Los ojos de Elizabeth se abrieron lentamente. Levantó la mirada hacia él, y por un largo momento simplemente se miraron el uno al otro. Darcy fue el primero en romper el silencio, aunque no habría hablado si hubiera sabido lo que vendría. —Elizabeth —dijo suavemente, y ella le sonrió con cansancio.

—Sabía que vendría —dijo ella, con una voz tan suave que apenas podía oírla, pero escuchó las palabras de todos modos.

Darcy solo pudo quedarse sentado allí, con un nudo en la garganta, incapaz de hablar. Quería extender la mano, tomar la de ella, pero temía que se apartara de él, y no podría soportarlo. No sabía qué decir, qué podía decir. Se quedó allí sentado, impotente, incapaz de ofrecerle ningún consuelo.

Afuera, la nieve seguía cayendo con fuerza, y Darcy se estremeció al pensar en Elizabeth y sus hermanas caminando a través de ella. Extendió la mano tentativamente, temblando.

Elizabeth no dudó. Puso su mano en la de él, sus dedos enroscándose alrededor de los suyos. Incluso a través de sus guantes, podía sentir que sus dedos estaban fríos.

Darcy no sabía qué sentir. Estaba celoso, se dio cuenta, de Bingley, que había podido consolar a Jane. Él se sentía impotente para hacer algo por Elizabeth, y sin embargo la amaba tanto que era un dolor físico en su pecho. Quería abrazarla, consolarla, pero no podía. Tal acción sería imperdonable, y ella nunca lo permitiría.

Su mirada estaba fija en el rostro de ella. Se veía tan cansada, tan agotada, y sin embargo, él podía percibir que estaba aliviada. Su familia estaba a salvo y serían atendidos. Con la mano de ella entre las suyas, sintió una profunda conexión con ella en ese momento.

Lo único que pudo decir fue la verdad que surgía de su corazón, una verdad que de repente se dio cuenta había llegado a definir su propio ser. Le apretó la mano suavemente y miró aquellos queridos ojos, cuyo brillo estaba opacado por el agotamiento.

—Siempre vendré por ti —dijo suavemente, las palabras cargando el solemne peso de un juramento.



Capítulo Catorce

ELIZABETH ESTABA SENTADA EN el salón de Lucas Lodge, su cuerpo temblando ligeramente. Todo lo que había sucedido hoy parecía borroso y lejano, como si lo estuviera mirando a través de una gruesa ventana de cristal. Intentaba pensar con claridad, pero su mente permanecía obstinadamente en blanco, y todo lo que podía hacer era sentarse y mirar el fuego, sintiendo el calor en su rostro pero sabiendo que no hacía nada para combatir el frío que parecía aferrar su corazón. Pero entonces, el cálido y firme agarre de la mano del señor Darcy alrededor de la suya...

—Siempre vendré por ti.

No había sabido qué responder a eso. Estaba demasiado cansada para analizar sus sentimientos, pero una cosa sabía: le creía absolutamente. Él siempre vendría por ella, si lo llamaba.

Era extraño, pero se sentía reconfortada, como no lo había estado en todo el día. Pensó en su madre, sus hermanas - ¡oh, Jane! ¡Oh, Mary y Kitty y la pequeña Lydia! Pero al menos todas estarían a salvo en Netherfield; confiaba plenamente en el señor Bingley para eso.

La luz del fuego parpadeaba por la habitación, proyectando sombras y calor. De repente, Elizabeth se dio cuenta de que el señor Darcy no había soltado su mano, y que ella no quería que lo hiciera.

Durante mucho tiempo, no supo cuánto, Elizabeth permaneció sentada en el tranquilo salón, su mano sostenida por la del señor Darcy. Estaba demasiado exhausta para pensar, para analizar sus sentimientos, incluso para hablar. Finalmente, se vio el carruaje regresando de Netherfield, y Mary vino a la puerta del salón para llamarla: ella, Lady Lucas y Charlotte ignoraron discretamente el hecho de que el señor Darcy aún sostenía la mano de Elizabeth.

No fue hasta que el señor Darcy la ayudó a subir al carruaje que Elizabeth se dio cuenta de que *todavía* se aferraba a su mano, y la realización la sorprendió. Retiró su mano bruscamente,

sonrojándose, pero se desconcertó cuando el señor Darcy la tomó de nuevo y la sostuvo firmemente en la suya mientras se sentaba a su lado, con Mary en el asiento opuesto ignorando diligentemente la falta de decoro.

La sensación de su cálido y firme agarre contrastaba fuertemente con el entumecimiento que la había dominado todo el día. El carruaje se balanceaba suavemente al comenzar a moverse, las ruedas retumbando sobre los adoquines, y Elizabeth se encontró sintiendo, por primera vez, que estaba verdaderamente despierta. Elizabeth ni siquiera podía recordar si alguna vez se había sentado tan cerca de un hombre, y aunque él estaba correctamente enguantado, era una libertad escandalosa que Darcy le sostuviera la mano de esta manera.

Sin embargo, encontraba su tacto extrañamente reconfortante. Su mente había estado en blanco todo el día, atrapada en el horror de los acontecimientos de la mañana, y había sido incapaz de pensar con claridad. Ahora sus pensamientos cobraban vida, avivados por el calor de su mano. No debería permitirle que la sostuviera de esta manera, pero... no quería que la soltara.

Y entonces ya era demasiado tarde, estaban aminorando la marcha, y podía ver Netherfield a lo lejos.

El carruaje ni siquiera se había detenido completamente frente a Netherfield cuando la puerta principal se abrió, y una criada bajó volando por las escaleras. Elizabeth la reconoció como la doncella que había enviado desde Longbourn para pedir ayuda, y saltó del carruaje para abrazar a la joven.

—¡Martha! Oh, Martha, bendita seas por llegar tan rápido.

—Corrí, señorita Lizzy —dijo Martha sin aliento—, corrí todo el camino.

—Señorita Elizabeth. —El señor Darcy dio un paso adelante, su expresión decidida—. Martha, ¿verdad? Bien hecho, Martha. —Su tono era firme—. Tu lealtad seguramente será recompensada. Insisto, señorita Elizabeth, en que Martha permanezca con usted como su doncella personal.

Elizabeth parpadeó y lo miró, sobresaltada. ¿Martha, su doncella personal? No estaba segura de quién se suponía que debía pagar por tal privilegio, pero no dijo nada. Sin duda, tales asuntos podrían resolverse más tarde, pero estaba bastante segura de que el señor Bingley se casaría con Jane tan pronto como pudiera arreglarse, y entonces seguramente Netherfield sería su hogar y asuntos como los salarios de unos pocos sirvientes serían insignificantes para el señor Bingley, que tenía cinco mil libras al año.

Elizabeth dejó que Darcy la ayudara a subir los escalones y entrar en el gran vestíbulo de Netherfield, sintiendo una sensación de alivio que la invadía. Este, por fin, era un lugar seguro.

El ama de llaves, la señora Aberdeen, estaba esperando para recibirlos. Elizabeth había conocido a la mujer varias veces cuando Jane estuvo enferma en Netherfield. Una mujer alta y delgada con el cabello grisáceo y una sonrisa amable, la señora Aberdeen era una maniática del detalle, pero también era compasiva y cariñosa.

—Señorita Elizabeth, señorita Mary. —La señora Aberdeen se acercó, con una mirada de simpatía en sus ojos—. Me he tomado la libertad de preparar las mejores habitaciones de invitados para su familia. Espero que las encuentren cómodas.

—Gracias, señora Aberdeen —dijo Elizabeth, agradecida más allá de toda medida a la mujer que evidentemente había puesto mucho cuidado en todo—. Todos estamos muy agradecidos por su consideración.

—Es un placer servir al señor Bingley y a sus invitados, señorita Elizabeth —dijo la señora Aberdeen con tranquila dignidad, y luego se volvió hacia Darcy—. Señor.

—Señora Aberdeen —Darcy la saludó, su mano aún descansando en la espalda de Elizabeth.

—Señorita Elizabeth, señorita Mary, si me acompañan, les mostraré sus habitaciones. —La señora Aberdeen las guió escaleras arriba y a lo largo del pasillo hacia el ala de invitados. Elizabeth sintió una punzada de tristeza. Hace solo unos días había caminado por este mismo pasillo para visitar a Jane, y ahora...

Pero no tuvo tiempo de pensar en ello. La señora Aberdeen estaba abriendo la puerta de una de las mejores habitaciones de invitados de Netherfield, y por un momento Elizabeth simplemente se quedó de pie y miró.

La habitación era lujosa, con una gran cama con dosel tallado cubierta de cortinas de terciopelo verde oscuro. Un fuego crepitaba alegremente en la chimenea, y Elizabeth podía sentir el calor extendiéndose por la habitación. Las ventanas estaban cubiertas con pesadas cortinas de terciopelo a juego, un sillón grande y bellamente tapizado se encontraba cerca del fuego, y había un biombo en un extremo de la habitación para ocultar un área de vestidor. Podía ver un calentador de cobre en la cama, el mango sobresaliendo de debajo de las sábanas, y sonrió a pesar de sí misma. ¡La señora Aberdeen ciertamente no había dejado nada al azar en cuanto a su comodidad esta noche!

—Esto es encantador, señora Aberdeen —dijo, volviéndose hacia el ama de llaves—. Estoy segura de que estaré muy cómoda.

—Enviaré una doncella a verla en breve, señorita Elizabeth —dijo la señora Aberdeen, y Elizabeth se giró cuando Martha entró en la habitación. No se había dado cuenta de que Darcy la

había seguido escaleras arriba, pero estaba detrás de Martha, y Elizabeth no pudo evitar notar la mirada que intercambió con la señora Aberdeen.

—Yo... —comenzó a hablar, pero la señora Aberdeen ya estaba en movimiento.

—Martha, ¿estás aquí para ayudar a la señorita Elizabeth? —Ante el asentimiento de Martha, la señora Aberdeen se dirigió a la puerta—. Muy bien, señorita Elizabeth, la dejaré descansar. Si necesita algo, solo tiene que tocar la campanilla. Señorita Mary, venga conmigo, por favor; su habitación está justo al lado.

—Gracias —dijo Elizabeth de nuevo, y entonces Darcy habló.

—Señorita Elizabeth, si me disculpa, debo ir a ver a Bingley.

—Por supuesto. —Elizabeth hizo una reverencia, y Darcy se inclinó, y luego se fue.

Elizabeth se volvió para examinar la habitación. Estaba tenuemente iluminada, pero el fuego proyectaba un cálido resplandor sobre las paredes y las grandes cortinas verdes. Era una habitación cálida y reconfortante, pero Elizabeth sentía poco consuelo. Su mente estaba en completo tumulto, y se sentó lánguidamente mientras Martha se afanaba a su alrededor, desabrochando su vestido y ayudándola a cambiarse a un camisón y una bata.

—Martha, ¿te importaría terriblemente ayudarme con mi cabello? Estoy tan cansada.

—Por supuesto, señorita —dijo Martha, tomando el cepillo. Era hábil pero gentil con los enredos, y Elizabeth se encontró casi adormilándose en la silla cuando otro golpe en la puerta anunció la llegada de la bandeja prometida. Martha se apresuró a abrir la puerta, dejando entrar a una doncella que llevó la bandeja a la mesa junto al fuego.

—Gracias, señorita —dijo la doncella, haciendo una reverencia y saliendo apresuradamente. Elizabeth se levantó, mirando la bandeja. Había sido provista con consideración: una pequeña sopera de sopa, una tetera con taza y platillo, un panecillo y una porción de mantequilla, algo de queso y una pera. Una pequeña comida, pero suficiente para una joven cansada.

—Señorita, permítame ayudarla —dijo Martha, apresurándose a servir el té.

—Gracias, Martha. —Elizabeth se sentó a la mesa y se sirvió algo de sopa. Se encontró casi en trance, llevándose mecánicamente la sopa a la boca. Estaba muy cansada, y la sopa era cálida y reconfortante. Pensó que casi se estaba quedando dormida cuando la voz de Martha irrumpió en su ensoñación.

—Señorita Lizzy, debería irse a la cama.

—Yo... —Elizabeth parpadeó, y se sorprendió de lo pesados que sentía los párpados. Dejó la cuchara a regañadientes—. Supongo que debería. —No estaba segura de que pudiera haberse

levantado sola, pero Martha fue rápida en ayudarla, una mano firme bajo su codo guiando a Elizabeth mientras se ponía de pie.

—Gracias, Martha —dijo Elizabeth de nuevo mientras se metía en la cama—. Buenas noches.

—Buenas noches, señorita Lizzy —dijo Martha suavemente, y Elizabeth estaba dormida casi antes de que su cabeza tocara la almohada.



El comedor de Netherfield estaba tranquilo, tenuemente iluminado y silencioso, salvo por el ocasional tintineo de los cubiertos contra la porcelana mientras Darcy y Bingley cenaban juntos. Darcy estaba perdido en sus propios pensamientos, su mente ocupada principalmente con Elizabeth. No podía imaginar cómo debía sentirse, habiendo perdido su hogar por la cruel egoísmo del señor Collins.

Las velas parpadeaban en la mesa, proyectando sombras en las paredes, y Darcy miró fijamente su plato durante un largo momento antes de darse cuenta de que no había probado ni un bocado. Miró a Bingley, que picoteaba su comida de manera similar, con el rostro demacrado y pálido. Darcy se dio cuenta de que había estado preocupado por Elizabeth y apenas había dedicado un pensamiento a las otras hermanas Bennet.

—Supongo —dijo en voz alta, y Bingley levantó la vista de la contemplación de su plato—. Supongo que las damas no tienen mucho consigo. Solo lo que pudieron llevar de Longbourn.

El rostro de Bingley se ensombreció, sus mejillas enrojeciendo de ira.

—No deseo que Jane se acerque a esa casa mientras el señor Collins esté allí —dijo tensamente.

Darcy no podía culparlo por el sentimiento; el mero pensamiento de que Elizabeth tuviera que enfrentarse de nuevo al señor Collins le hacía sentir enfermo.

—Y no debería hacerlo, ni ninguna de ellas. Sería mejor, creo, si fuera yo. Llevaré a Martha y a la señora Hill y ellas sabrán qué empacar.

Bingley pareció aliviado.

—Te lo agradezco, viejo amigo. Empezaré a hacer los arreglos para que vayamos a Londres, pero creo que tomará un día o dos asegurarnos de que podamos acomodar a todos.

Darcy asintió.

—Iré temprano por la mañana, entonces. —Tomó un bocado de la comida en su plato, pero estaba insípida en su boca y no pudo tragarla, apartando el plato—. Me retiraré, Bingley. Ha sido

un día largo.

—Por supuesto. Buenas noches, Darcy.

—Buenas noches. —Darcy subió las escaleras hacia su habitación, gratificado al ver que la señora Aberdeen se había asegurado de que ardiera un fuego brillante y la habitación estuviera cálida y acogedora. Se cambió a su camisón y se metió en la cama, permaneciendo despierto por un tiempo pensando en Elizabeth, en la forma en que se había apoyado en él, en cómo su delgada mano se había aferrado a la suya, en cómo le había permitido ofrecerle consuelo.

Sin embargo, fue en vano, pues los terribles acontecimientos del día pesaban en su mente, y fue un Darcy agotado quien se levantó temprano a la mañana siguiente. Se vistió rápidamente y bajó, para encontrar a la señora Hill ya esperándolo en el vestíbulo.

—Buenos días, señora Hill —la saludó cortésmente.

—Buenos días, señor —hizo una rápida reverencia—. Entiendo que tiene la intención de ir a Longbourn esta mañana.

—Sí, y tengo la intención de llevarla a usted y a Martha conmigo para empacar las pertenencias de las damas, si le parece bien.

—Por supuesto, señor. —El rostro del ama de llaves estaba pálido, pero parecía serena—. ¿Desayunará antes de que nos vayamos?

—Gracias, pero no. Creo que deberíamos partir lo antes posible.

La señora Hill asintió.

—Iré a buscar a Martha.

Darcy mandó traer el carruaje, y para cuando se detuvo frente a Netherfield, las dos sirvientas estaban listas para acompañarlo.

—¿Vamos? —Darcy hizo un gesto para que las mujeres lo precedieran fuera de la casa, y subió al carruaje después de ellas.

Los pensamientos de Darcy estaban llenos de Elizabeth mientras el carruaje se acercaba a Longbourn. Esperaba fervientemente que ella hubiera podido dormir, que sus hermanas hubieran logrado consolarla, que pronto volviera a sonreír. Fue solo cuando se acercaron que su atención se fijó en la casa misma. No salía humo de ninguna de las chimeneas, y todo el lugar tenía un aire de abandono. Ningún sirviente salió a recibirlos cuando el carruaje se detuvo frente a la puerta principal.

Descendió del carruaje y se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta principal, golpeando enérgicamente con la aldaba. No hubo respuesta, y se volvió hacia el carruaje, haciendo un gesto para que la señora Hill y Martha se unieran a él.

—Parece que no hay nadie en casa —dijo.

Fue recibido con silencio, hasta que la señora Hill dijo:

—Creo que sé lo que ha pasado aquí, señor.

Darcy miró al ama de llaves.

—¿Qué es?

—Los sirvientes —dijo ella—. Todos los sirvientes se fueron con los Bennet ayer, señor. Y no creo que ninguno de ellos haya cambiado de opinión y regresado, no después de que usted prometiera que los vería a todos establecidos.

—Dios mío —murmuró Darcy, sacudiendo la cabeza. ¡Qué lealtad! Se volvió hacia la puerta, alargando la mano hacia el pomo, pero antes de que pudiera tocarlo, la puerta se abrió y el señor Collins apareció ante él.

—Señor Darcy —dijo pomposamente—. No creo que haya sido invitado a visitar Longbourn. —Miró más allá de Darcy—. Señora Hill, Martha, es bueno que hayan regresado. Todos debemos ponernos manos a la obra y volver a poner esta casa en orden. No permitiré que se diga que no puedo manejar a mis propios sirvientes.

Darcy dio un paso adelante, bloqueando físicamente al hombre más pequeño.

—No están aquí para nada de eso —dijo fríamente—. La señora Hill y Martha están aquí solo para empacar las pertenencias de las damas Bennet.

El rostro del señor Collins adquirió un tono rojizo poco atractivo.

—¡Vaya, señor Darcy! —farfulló indignado, su voz elevándose en una diatriba santurrona—. ¡Le digo, señor, que no lo permitiré! ¡Soy el amo de esta casa ahora, y todo lo que hay dentro de sus paredes me pertenece! —Se aferró al marco de la puerta e hinchó el pecho, su presunción casi cómica.

Darcy se irguió en toda su estatura, alzándose sobre el hombre más pequeño.

—Señor Collins, sus acciones son mezquinas e indignas de usted —dijo con frío desdén. No toleraría el comportamiento de Collins ni un momento más—. Ahora, si me hace el favor de apartarse.

Collins se sonrojó aún más profundamente.

—¡No lo haré, señor! —tronó en respuesta, su voz resonando en la casa vacía y fría—. ¡No lo haré! —Miró a su alrededor, como esperando apoyo de los sirvientes... pero no había ninguno, la señora Hill y Martha lo miraban con sorpresa y disgusto—. No lo haré —dijo de nuevo, más tranquilamente, su rostro rojo torciéndose en una mueca despectiva—. No lo haré, señor Darcy. Ya he tenido suficiente de los aires y las gracias de los Bennet. ¡Puede estar seguro de que Lady

Catherine se enterará de esto, señor Darcy! ¡Se quedará muy impactada al saber que usted ha estado enredado con la señorita Elizabeth Bennet!

Los ojos de Darcy ardieron de repentina furia, pero contuvo su temperamento.

—Señora Hill, Martha, por favor, regresen al carruaje —dijo.

La señora Hill y Martha obedecieron de buena gana, pero Darcy no había pasado por alto la expresión de silenciosa consternación del ama de llaves y la mirada de puro terror de la doncella.

Durante un largo momento, Darcy simplemente miró fijamente al señor Collins, aturdido e inmóvil. Nunca antes había escuchado una mezcla tan repugnante de mentiras, malentendidos y verdades distorsionadas. *No permitiré que se diga que no pude manejar a mis propios sirvientes*... ese comentario, pensó Darcy, era lo más cerca que Collins llegaría a admitir que estaba sobrepasado, que toda su casa se había rebelado y se había marchado, y que el que se supiera sería perjudicial para su orgullo. Al menos en eso, él y Collins estaban de acuerdo. Estaría más que contento, por el bien de Elizabeth, de que nunca se supiera. ¡Pero el resto! ¿Ya había tenido suficiente de los aires y las gracias de los Bennet? ¿Cómo se atrevía a hablar de esa manera de la mujer a la que había propuesto matrimonio? ¿Y cómo se atrevía a acusar a Darcy de estar enredado con Elizabeth?

¿Cómo se atrevía?

Los puños de Darcy se cerraron. ¿Cómo se atrevía Collins a hablar de Elizabeth de esa manera? Su Lizzy, que había dado tanto, que siempre daría tanto, que lucharía por las personas que amaba con todo lo que tenía. Y Collins se atrevía a manchar su reputación, se atrevía a hablar de ella de una manera tan despectiva. No era más que un gusano. ¿Cómo se *atrevía*?

Por un momento, Darcy consideró seriamente lanzarse sobre el hombre y golpearlo en su cara petulante y autosatisfecha. Sería muy satisfactorio ver esa mueca borrada de su rostro, verlo ensangrentado, golpeado y acobardado. Pero no podía. No podía permitirse ser arrastrado al nivel de Collins. Sus puños se descerraron lentamente. Collins no valía la pena ensuciarse las manos, por muy satisfactorio que pudiera ser. Se obligó a relajarse, a mantenerse alto y orgulloso, mientras Collins estaba ante él, con el rostro enrojecido e hinchado como un gallo bantam.

La casa estaba fría, se dio cuenta Darcy, fría y silenciosa. No se había encendido ningún fuego, no había sirvientes presentes, y el único sonido era la respiración pesada del señor Collins mientras miraba fijamente a Darcy. Por un momento más, se sintió tentado de hacer que Collins pagara con sangre por sus palabras. Pero tenía otra arma a su disposición, una mucho más efectiva que la mera violencia física. Tenía sus palabras.

—Señor Collins —dijo con calma desdén—, nunca he visto a nadie comportarse de una manera menos caballerosa. —Permitió un momento para que eso calara, para ver el rostro de Collins retorcerse de shock y consternación.

El señor Collins se sonrojó aún más, su rostro contorsionado de indignación y frustración. Sin decir una palabra más, se dio la vuelta y se retiró dentro de la casa, dejando la puerta completamente abierta. Darcy escuchó sus pasos, haciendo eco en los pasillos fríos y vacíos, y luego hubo silencio.

El silencio se prolongó. Darcy miró hacia el carruaje, hacia las dos mujeres acurrucadas juntas en el asiento. La señora Hill estaba pálida pero compuesta, sus labios moviéndose en lo que probablemente era una oración silenciosa. Martha lloraba abiertamente, sus hombros temblando, y el corazón de Darcy se conmovió por la chica. Era poco más que una niña, y había demostrado gran valentía y lealtad hacia la familia Bennet. Se aseguraría de que fuera bien recompensada.

El silencio se prolongó. Darcy cruzó los brazos sobre el pecho, con el ceño fruncido. ¿Qué podría estar haciendo el señor Collins? Seguramente no habría ido a escribir una carta a Lady Catherine. ¿Acaso no había en el mundo pluma y tinta suficientes para la tarea de explicar su comportamiento a las damas afligidas a las que debería haber estado protegiendo con todos los recursos a su disposición?

Y entonces Collins reapareció.

Los ojos de Darcy se abrieron de par en par.

El clérigo reapareció en la puerta, sosteniendo una escopeta con ambas manos. Sus manos temblaban, el cañón del arma subía y bajaba, pero su postura era agresiva.

—Señor Darcy —dijo con voz temblorosa—, está usted invadiendo mi propiedad y debo pedirle que se marche inmediatamente.

Darcy permaneció en silencio por un momento, mirando fijamente el arma en las manos del señor Collins. Era un arma anticuada, probablemente una que había pasado de padre Bennet a hijo Bennet durante generaciones, y no tenía absolutamente ningún lugar en las manos del señor William Collins.

Darcy miró al hombre más bajo con frío desdén. Podía ver las manos de Collins temblando mientras sostenía la escopeta, el cañón subiendo y bajando, y por un momento deseó arrebatarle esa arma de las manos y golpearlo hasta derribarlo, golpearlo como merecía ser golpeado, el pequeño sapo viscoso, servil y engreído. En su lugar, se mantuvo firme, recurriendo a toda una vida de orgullo y reserva. Él era Fitzwilliam Darcy de Pemberley y no se rebajaría a la violencia, pero Collins se inclinaría ante él. Se aseguraría de ello.

—Señor Collins —dijo con calma—, no está sosteniendo esa arma correctamente. Si se disparara, le volaría su propio pie. Le sugiero que la baje.

Por un momento pareció que Collins obedecería, sus manos bajando ligeramente, pero luego volvió a levantar el arma.

—He dicho que se largue de mi propiedad —casi chilló. El arma se balanceaba de un lado a otro —. Lo digo en serio, Darcy, dispararé.

Darcy miró el arma en las manos de Collins, el temblor de sus dedos y el sudor que le corría por la cara. No había forma de razonar con el señor Collins, se dio cuenta en ese momento. Quizás demasiado tarde. Estaba allí de pie, enfrentándose a un loco armado con una escopeta.

El hombre había perdido la razón hacía mucho tiempo. Y ni siquiera valía la pena intentarlo. Darcy no se afligía por sí mismo, sino por Elizabeth y sus hermanas, por Jane, Mary, Kitty y Lydia. Ellas no habían hecho nada para merecer sus destinos, y ahora aquí estaba este hombre, este idiota, para gobernarlas y arruinar sus vidas. ¡Gracias a Dios que Elizabeth se había negado a casarse con el señor Collins! No podía contemplar tal idea. No podía contemplar su hermoso, inteligente y vivaz ser, atado a este hombrecillo horrible.

—Señor Collins —dijo finalmente—, espero con ansias escribir a Lady Catherine e informarle de su comportamiento.

El rostro de Collins palideció, pero no bajó el arma.

—Puede hacer lo que le plazca, señor Darcy, pero no le permitiré sacar nada de esta propiedad. Todo lo que hay dentro de estas paredes me pertenece y no le permitiré llevarse nada.

Darcy lo miró fijamente un momento más. Los dedos de Collins temblaban sobre la culata del arma. Sus manos temblaban. Sus ojos estaban desquiciados. Darcy no creía estar en peligro por causa de este hombre, pero estaba asqueado. Asqueado y decepcionado. Había esperado tanto poder hacer algo por Elizabeth, y había fracasado, debido al egoísmo vengativo de este hombrecillo mezquino. Darcy respiró hondo.

—Martha, señora Hill —dijo finalmente—, creo que deberíamos volver a Netherfield. —Se dio la vuelta y caminó de regreso al carruaje, con la cabeza en alto, negándose a darle a Collins la satisfacción de mirar atrás.

Las dos mujeres salieron apresuradamente del carruaje para encontrarse con él, Martha llorando abiertamente, la señora Hill con los ojos muy abiertos.

—Está bien —dijo Darcy rápidamente, con voz firme pero urgente—. Vuelvan al carruaje, vamos, regresaremos a Netherfield. —Abrió la puerta para ellas y la sostuvo mientras subían de nuevo, la puerta del carruaje crujiendo al abrirse mientras se apresuraban a entrar—. Lo siento

mucho —dijo en voz baja, mientras se unía a ellas y cerraba la puerta. Golpeó el techo del carruaje—. Cochero, de vuelta a Netherfield, por favor.

El carruaje se alejó, y Darcy no miró atrás hacia la casa fría y vacía, la casa que había llegado a amar porque era el hogar de Elizabeth. Ya no era nada para ella, y por lo tanto Darcy también debía extirparla de su corazón, debía hacer para Elizabeth un nuevo hogar, mucho mejor, para que nunca tuviera que lamentar nada de lo que había perdido.



Capítulo Quince

LA NOTICIA DEL COMPORTAMIENTO del señor Collins se extendió rápidamente por Netherfield, primero entre el personal y luego entre los invitados, en susurros y jadeos de asombro e incredulidad.

—El señor Collins salió de la casa con una *pistola* —dijo la señora Hill, con voz temblorosa—, y estaba gritando... No pude entender lo que decía, pero agitaba la pistola por todas partes, y el señor Darcy no tuvo más remedio que marcharse. Nunca había visto algo así, el señor Collins parecía completamente loco.

—Debe de *estar* loco —dijo la señora Aberdeen, y la señora Hill solo pudo asentir en señal de acuerdo.

Elizabeth estaba atónita, mirando fijamente a Martha mientras la doncella le contaba lo que había presenciado, y entonces tomó una decisión.

—Gracias, Martha. Voy a hablar con el señor Darcy ahora.

—Sí, señorita Lizzy —Martha hizo una reverencia y Elizabeth salió rápidamente de la habitación, dirigiéndose a las escaleras. No tenía idea de dónde podría estar el señor Darcy, pero lo encontraría. Ella... ella...

Tenía que agradecerle. Eso estaba claro. Él se había molestado en intentar recuperar sus pertenencias, y había sido ahuyentado por un loco armado por sus problemas. Elizabeth no quería estar más en deuda con el señor Darcy de lo que ya estaba, pero no tenía elección. Tenía que agradecerle por lo que había intentado hacer.

El mayordomo pudo decirle que el señor Darcy estaba en la biblioteca, y Elizabeth dudó solo un momento antes de llamar a la puerta y entrar cuando él respondió.

Darcy estaba sentado en un escritorio, con papeles esparcidos a su alrededor y una pluma en la mano. Estaba frunciendo el ceño sobre la carta que escribía, y Elizabeth se detuvo un momento

en la puerta, reuniendo valor.

—Señor Darcy —dijo finalmente, entrando en la habitación—. Yo... le pido perdón por interrumpirle. He venido a darle las gracias.

Darcy levantó la mirada, su expresión suavizándose al verla.

—Señorita Elizabeth —dijo, dejando la pluma—. Estoy a su servicio. Pero no entiendo. ¿Agradecerme por qué?

—Por... por lo que intentó hacer por nosotras hoy —dijo Elizabeth, con la voz temblando un poco—. Martha me contó lo que pasó. Lamento que lo hayan tratado tan mal. Pero estoy agradecida de que lo intentara. Yo... le doy las gracias, señor.

No se sentía cómoda con la idea de estar en deuda con el señor Darcy, pero empezaba a sentir que nunca iba a poder pagarle.

Darcy negó con la cabeza.

—Lamento no haber podido hacer más. Ahora estoy escribiendo a mi hombre de negocios en Londres, pidiéndole que venga a Meryton y se asegure de que todos los sirvientes de Longbourn reciban el salario de un año y buenas referencias para ayudarles a encontrar un nuevo empleo — vio que los ojos de Elizabeth se abrían de sorpresa.

—Señor Darcy, eso es extraordinariamente generoso de su parte —dijo finalmente—. Yo... no sé cómo agradecérselo.

—No tiene que agradecérmelo, señorita Elizabeth —dijo suavemente—. Solo lamento no poder hacer más.

Elizabeth se mordió el labio, mirando sus manos entrelazadas. ¿Cuánto más iba a deberle al señor Darcy? Ya iba a deberle la supervivencia misma de su familia.

Darcy la observaba, con una expresión indescifrable.

—También escribiré a mi tía, Lady Matlock —dijo después de unos momentos, y Elizabeth levantó la mirada sorprendida—. Planeo pedirle que le brinde su patrocinio cuando vaya a Londres. Estoy seguro de que estará encantada de ayudarla a usted y a sus hermanas en todo lo que pueda. También escribiré a la modista que favorecen tanto mi tía como mi hermana, para que establezcan una cuenta para las damas Bennet.

La boca de Elizabeth se abrió de par en par.

—¡Señor Darcy! No puede referirse... no debe...

—Debo hacerlo, señorita Elizabeth —dijo firmemente—. Ya le he fallado. Debería haber hecho más para enfrentar a su primo hoy. No me dejaré disuadir en esto. Permitiré que Bingley compre

el ajuar de la señorita Bennet —y aquí se permitió una leve sonrisa—, pero cualquier cosa que requieran el resto de las damas Bennet se cargará a mis cuentas.

Elizabeth abrió la boca para protestar más, pero en ese momento hubo una conmoción en el pasillo, y la puerta se abrió para dar paso al ama de llaves, la señora Aberdeen.

—Señor Darcy, señorita Elizabeth, les pido perdón, pero el señor y la señora Gardiner acaban de llegar.

Elizabeth se volvió para ver a su tía y tío entrando apresuradamente en la habitación, y un gran sollozo se atascó en su garganta.

—¡Tía! —gritó, y estaba en los brazos de su tía, llorando desconsoladamente.



Darcy observaba impotente cómo Elizabeth lloraba, su tía abrazándola y murmurando palabras de consuelo. Se sentía completamente frustrado por su incapacidad para hacer algo para consolarla. Miró al señor Gardiner, que parecía igualmente angustiado.

—Señor —dijo Darcy en voz baja—, ¿quizás podríamos hablar un momento?

El señor Gardiner miró a su esposa, quien asintió.

—Ve, querido, yo me encargo de Lizzy.

Darcy condujo al señor Gardiner fuera de la habitación y por el pasillo hasta el salón vacío.

—Lamento las circunstancias en las que nos volvemos a encontrar, señor —dijo en voz baja mientras cerraba la puerta tras ellos—. Y lamento tener que decirle que sus sobrinas han sufrido mucho desde la última vez que hablamos.

El rostro del señor Gardiner se tensó.

—Me lo temía —dijo—. Vinimos tan pronto como recibimos el expreso del señor Bingley. ¿Qué ha sucedido?

Darcy tomó aire profundamente.

—El señor Collins es un hombre de miras estrechas, señor, y ha sido elevado por encima de la posición en la vida a la que está acostumbrado debido a las circunstancias de su herencia. Ha sido, me temo, cruel con sus sobrinas, en particular con la señorita Elizabeth, a quien tuvo la desfachatez de proponer matrimonio. Él... —Darcy dudó, pero tenía que decir la verdad—. Propuso matrimonio primero a la señorita Elizabeth, y luego a la señorita Mary, y cuando ambas

lo rechazaron, el señor Collins las echó a todas de Longbourn. Las expulsó, señor Gardiner, a la nieve.

El otro hombre palideció, aunque Darcy no estaba seguro si de conmoción o de ira.

—*¿Qué?*

—Lamento tener que decirle esto —dijo Darcy—. No creí realmente que llegaría a tales extremos escandalosos, y me horroricé cuando me di cuenta de la profundidad de mi error de juicio. Cuando Bingley y yo recibimos la noticia ayer de que las damas habían sido expulsadas de Longbourn... —Se interrumpió, negando con la cabeza, incapaz de pensar en su pánico y terror de ese momento sin volver a sentirse enfermo—. Fui esta mañana a Longbourn, con la intención de recuperar sus pertenencias, pero el señor Collins me recibió con una pistola y me ordenó abandonar la propiedad. Lamento decir que no pude hacer más. He escrito a mi tía, Lady Catherine, con la esperanza de que aún pueda tener alguna influencia sobre el señor Collins, pero me temo que incluso si ella decide intervenir, será demasiado tarde para ser de alguna ayuda para su familia.

Las manos del señor Gardiner estaban apretadas en puños.

—Ya veo —dijo finalmente—. Le agradezco sus esfuerzos, señor Darcy. Solo puedo estar agradecido de que usted y el señor Bingley descubrieran lo que estaba sucediendo y pudieran proporcionar un lugar seguro para mi hermana y mis sobrinas.

Darcy asintió.

—También he escrito a mi tía, Lady Matlock, para solicitar que brinde su patrocinio a las damas Bennet cuando lleguen a Londres. Estoy seguro de que estará encantada de hacerlo. Y he escrito a su modista para solicitar que se abra una cuenta para las damas Bennet, y que las facturas me sean enviadas a mí.

El señor Gardiner levantó la cabeza.

—Señor Darcy, eso es muy generoso de su parte, pero no puedo permitirlo. Mi esposa y yo estaremos encantados de proveer para nuestras sobrinas.

—Señor —dijo Darcy en voz baja—, he visto el estado del guardarropa de sus sobrinas. Han estado usando los mismos pocos vestidos en rotación durante los últimos dos meses, y ahora han perdido la mayoría de ellos. No dudo que usted sea un hombre bueno y generoso, pero me temo que la cantidad de dinero necesaria para proporcionar a todas las damas Bennet un guardarropa completo adecuado a su posición puede estar más allá de sus medios. No me dejaré disuadir en esto, señor. Permitiré que Bingley compre el ajuar de la señorita Bennet, pero las otras damas Bennet serán provistas a mi costa.

—Señor Darcy, no puedo...

—Ya les he fallado, señor —dijo Darcy—, al no poder enfrentarme al señor Collins y recuperar sus pertenencias. No les fallaré de nuevo.

El señor Gardiner respiró hondo.

—Puedo ver que es usted un hombre decidido, señor Darcy. Pero no puedo permitirle asumir todo el gasto. Poseo un almacén de telas en Londres. Proporcionaré la tela para el nuevo guardarropa de las damas Bennet, y usted puede pagar a las modistas, si insiste en ello.

Darcy consideró por un momento.

—Un compromiso justo, señor —dijo finalmente—. Escribiré a la modista de mi tía para que espere su llamada.

—Gracias, señor —dijo el señor Gardiner, ofreciendo su mano para sellar el acuerdo.

Elizabeth todavía estaba pálida y con los ojos enrojecidos, apoyada en el hombro de su tía, cuando el señor Gardiner y Darcy regresaron a la biblioteca. El corazón de Darcy se dolía al verla así, y no pudo evitar sentir, irracionalmente, que le había fallado.

—Señor —dijo la señora Gardiner—, le agradezco sinceramente todo lo que ha hecho por mi hermana y mis sobrinas.

—Señora —dijo él, haciendo una reverencia—, ha sido un honor y un privilegio poder ser de ayuda.

—Oh, le ruego me disculpe. Mi esposa, señor Darcy; Madeline, este es el señor Darcy —la pareja se inclinó mutuamente mientras el señor Gardiner hacía las presentaciones formales.

—Señor Gardiner —dijo entonces Darcy—, creo que deberíamos discutir nuestros arreglos de viaje.

—En efecto —dijo el señor Gardiner—. Señoras, si nos disculpan un momento.

Salieron de nuevo al pasillo.

—Creo que deberíamos partir hacia Londres lo antes posible —dijo el señor Gardiner en voz baja—. No me siento nada tranquilo dejando a mis sobrinas tan cerca del señor Collins, aunque estoy seguro de que no se atrevería a acercarse a Netherfield.

—Estoy de acuerdo —dijo Darcy—, pero mañana es domingo, y creo que las damas pueden no desear viajar en el día del Señor.

—No —dijo el señor Gardiner—, ciertamente no. Estoy seguro de que podemos esperar un día más. Partamos temprano el lunes por la mañana.

—Gracias, señor —dijo el señor Gardiner—. Creo que sería lo mejor. Ahora, debemos organizar los carruajes.

—Por supuesto, pondré mi carruaje a disposición —dijo Darcy—, y estoy seguro de que Bingley hará lo mismo. Creo que entre nuestros tres carruajes deberíamos poder acomodar a todas las damas. He ofrecido mi casa en Darcy House para el alojamiento de las damas Bennet, ya que es la propiedad más adecuada; mi hermana y su acompañante son las únicas residentes actuales, además de los sirvientes, por supuesto, y yo me quedaré con Bingley en su casa de Londres.

—Es usted realmente generoso, señor Darcy —dijo el señor Gardiner—. No veo que tengamos otra opción más que aceptar su amable oferta —hizo una pausa por un momento, y luego dijo delicadamente—: Desde la última vez que hablamos, ¿se ha formalizado algo entre usted y Elizabeth?

—No, señor —Darcy sintió que sus mejillas se sonrojaban, pero mantuvo la mirada firme—. No ha habido una ocasión oportuna. Mis sentimientos están... comprometidos, pero no presionaré a la señorita Elizabeth en su extrema angustia. Desearía que tuviera el tiempo que necesita para considerarme sin sentir presión para aceptar.

El señor Gardiner dejó escapar un pensativo murmullo.

—Ciertamente, se sentirá en deuda con usted por su ayuda.

—Solo puedo dejar claro que no espero nada a cambio —dijo Darcy un poco rígidamente. Y aunque le dolía el corazón decir las palabras, se obligó a decir—: Le daré a la señorita Elizabeth todo el tiempo que necesite para considerar sus opciones, y de hecho me aseguraré de que se le presenten otras opciones. Mi tía, Lady Matlock, estará encantada de tener cuatro jóvenes damas para hacer de casamentera, ¡se lo aseguro!

El señor Gardiner permitió una pequeña sonrisa ante eso, y una inclinación de cabeza.

—Entonces estamos de acuerdo. Partiremos temprano el lunes por la mañana.

—En efecto —dijo Darcy.

—Ahora, si me disculpa, debo ver a mi hermana —dijo el señor Gardiner, y Darcy hizo una reverencia en señal de reconocimiento.



Elizabeth se sentía como si la hubieran exprimido como un viejo trapo de cocina. Estaba tan cansada, tan cansada, y su mente daba vueltas con todo lo que había sucedido en los últimos días. Estaba agradecida, muy agradecida, por todo lo que el señor Darcy había hecho por ellas, pero

no podía evitar sentirse un poco ansiosa. ¿Cuánto más estaría en deuda con él antes de que todo esto terminara? ¿Y qué se esperaría de ella a cambio?

Se había lavado la cara ante la gentil insistencia de su tía, pero todavía estaba pálida y con rastros de lágrimas, y no podía soportar mirar a nadie a los ojos.

La casa ya se estaba preparando para su partida. Los sirvientes estaban empacando baúles y cajas, toda la casa era un hervidero de actividad, pero Elizabeth sentía como si se estuviera moviendo a través de una niebla.

No irían a la iglesia mañana, lo sabía, pues no deseaban encontrarse con el señor Collins, y la noticia de su partida estaría por todo Meryton antes de que se fueran. Estaba segura de que todo el condado ya estaba hablando de cómo los Bennet habían sido echados de Longbourn a la nieve.

Los Lucas llegaron temprano en la tarde del domingo. Elizabeth no se sorprendió al ver que Charlotte había venido con sus padres y hermanas para despedirse. Podría pasar mucho tiempo, pensó tristemente, antes de que se volvieran a encontrar.

Charlotte inmediatamente llevó a Elizabeth a un lado y a uno de los pequeños salones, y cerró la puerta. —Tengo noticias para ti —dijo—, y creo que querrás escucharlas.

—¿De qué se trata? —preguntó Elizabeth.

—El señor Collins estuvo en la iglesia esta mañana —dijo Charlotte, y Elizabeth jadeó—. Oh, sí. Estuvo allí. Y me temo que hizo el ridículo.

—¿Cómo así? —preguntó Elizabeth con los ojos muy abiertos.

—Bueno, fue el primero en llegar, y se sentó en el banco de Longbourn —dijo Charlotte—. Y ni una sola alma se atrevió siquiera a mirarlo.

Elizabeth miró fijamente a su amiga, y Charlotte le dedicó una sonrisa irónica. —Me temo que no recibió la acogida que esperaba. La señora Long, la señora Goulding, la señora King, todas ellas, y sus maridos e hijos, y ni uno solo de ellos lo miró siquiera. Ya sabes lo pequeña que es la iglesia y lo apretados que estamos todos. Debe haber sido muy vergonzoso para él que todas las personas allí fingieran que ni siquiera existía.

Elizabeth no pudo evitar sonreír ante la idea.

—La única persona que lo reconoció fue el vicario, el señor Andrews; predicó un sermón excelente, todo sobre la caridad cristiana y cómo debemos cuidar a los menos afortunados que nosotros, y miró fijamente al señor Collins durante todo el tiempo que estuvo hablando. El señor Collins estaba rojo como un tomate cuando terminó. Y cuando todos salimos de la iglesia, ¡el señor Collins se acercó a hablarnos! Mi madre le dio la espalda, pero mi padre es demasiado

bondadoso para hacer algo así, y el señor Collins empezó a insinuar que necesitaría una esposa para dirigir Longbourn, ¡y me miraba fijamente!

—¡Oh, Charlotte! —exclamó Elizabeth consternada.

—*Oh*, en efecto —dijo Charlotte con sequedad—. Me temo que me pusieron en un aprieto. Mi padre estaba titubeando, y pude ver que el señor Collins estaba a punto de hacer algo terrible como pedir cortejarme, y no sabía qué hacer. Me temo que hablé bastante precipitadamente. Dije que no se me podría persuadir de casarme con un hombre que había sido el instrumento de tanta crueldad hacia mis amigos aunque fuera el último hombre en el mundo.

Elizabeth miró a su amiga por un momento y luego estalló en carcajadas. —Oh, Charlotte, lo siento por reírme —dijo—, pero eso estuvo muy bien hecho.

—Gracias —dijo Charlotte, y parecía un poco presumida—. Debo decir que no creo que el señor Collins vuelva a molestarme con más atenciones.

—Ciertamente no —dijo Elizabeth, y todavía se reía un poco cuando las dos regresaron del brazo al salón donde estaba reunido el resto del grupo. Se encontró con la mirada del señor Darcy cuando ella y Charlotte entraron en la habitación, y vio cómo sus ojos se abrían antes de que sonriera repentinamente. *Está sonriendo porque me ve feliz*, se dio cuenta Elizabeth de repente, y no sabía en absoluto qué hacer con la extraña mezcla de emociones que bullían dentro de ella ante ese pensamiento.



Capítulo Dieciséis

ELIZABETH ESTABA DE PIE junto a la puerta abierta del carruaje, esperando a sus hermanas. Se había despedido de Charlotte el día anterior, y ahora estaba allí, mirando a su alrededor, sintiendo una extraña mezcla de tristeza y anticipación. Estaba dejando el único hogar que había conocido, y sin embargo se dirigía a Londres, a nuevas experiencias, nueva gente.

—Adiós, papá —susurró, subiendo al carruaje. Viajaba en el carruaje del señor Darcy con Mary y Martha; Jane en el del señor Bingley con Kitty y Lydia, y la señora Bennet con los Gardiner y la señora Hill. Cada carruaje estaba cargado de baúles y cajas bien atados, los ayudas de cámara del señor Darcy y del señor Bingley viajando con los cocheros, y otro carro de equipaje siguiéndoles detrás con más sirvientes y maletas.

—¿Estamos listas para irnos, Lizzy? —preguntó Mary, y Elizabeth asintió, sentándose junto a su hermana mientras el señor Darcy se unía a ellas. El carruaje se puso en marcha con una sacudida, y Elizabeth miró por la ventana, observando cómo el campo pasaba rodando.

El sonido de las ruedas del carruaje sobre la grava del camino era fuerte, y el carruaje se balanceaba y mecía mientras viajaban. Elizabeth miraba pasar los árboles y los setos, y reflexionaba sobre el hecho de que podría no ver su hogar de nuevo durante muchos meses... si es que alguna vez lo volvía a ver.

Elizabeth miró hacia atrás una última vez cuando el carruaje pasó el final del camino de Longbourn. Podía ver las puertas, el comienzo de la avenida de árboles que conducía a la casa. No podía ver la casa en sí, pero sabía que estaba allí, justo fuera de la vista detrás de los antiguos robles y hayas, sin hojas ahora pero aún lo suficientemente densos como para ocultar la casa de la vista.

Las lágrimas se agolparon en sus ojos, y apartó la mirada, mirando por la otra ventana. Parpadeó rápidamente, tratando de disiparlas, pero se desbordaron y tuvo que limpiárselas rápidamente con

el dorso de la mano. Respiró hondo, tratando de componerse, y miró hacia el señor Darcy. Él la estaba mirando, y sus ojos eran suaves, su cabeza ligeramente inclinada hacia un lado, su expresión era de simpatía.

Elizabeth apartó la mirada rápidamente, avergonzada de haber sido sorprendida en tal momento de debilidad, pero no pudo evitar ser consciente de su mirada sobre ella. Él no dijo nada, pero ella sintió su preocupación tan claramente como si hubiera hablado.

El viaje a Londres tomó más tiempo de lo habitual debido a la nieve en el suelo, y era tarde en la tarde cuando los carruajes finalmente se detuvieron frente a una gran y elegante casa de la ciudad en Mayfair. Elizabeth miró por la ventana, admirando las elegantes líneas de la casa, y entonces la puerta se abrió y el señor Darcy salió.

La casa era alta, de cuatro pisos, con majestuosas columnas flanqueando la entrada y escalones que conducían a un par de puertas brillantes pintadas de negro, con el aldabón y el pomo de latón pulidos hasta un alto brillo.

—Señorita Elizabeth —dijo el señor Darcy, ofreciendo su mano para ayudarla a bajar del carruaje, y ella la tomó, bajando a los adoquines. Él soltó su mano inmediatamente, dando un paso atrás, y Elizabeth volvió a mirar la casa.

—Bienvenida a la Casa Darcy —dijo él, y Elizabeth asintió.

—Gracias, señor —dijo ella, mientras él se volvía para ayudar a Mary a bajar del carruaje.

—Me temo que debemos marcharnos —dijo el señor Gardiner enérgicamente, acercándose para hablar con Elizabeth—. Me gustaría llegar a casa con los niños antes del anochecer, pero llamaremos mañana para ver cómo están todos ustedes.

—Muchas gracias por venir tan rápido, tío, tía —Elizabeth los abrazó a ambos, pero no les pidió que se quedaran, y pronto el carruaje de los Gardiner se alejaba rodando por la calle.

El mayordomo salió de la casa para saludar al señor Darcy, quien asintió, mirando a las damas Bennet agrupadas nerviosamente al pie de las escaleras. —Hargreaves, por favor, ordene a los lacayos que lleven el equipaje a las habitaciones preparadas para nuestros invitados.

—Por supuesto, señor —dijo el mayordomo, y se volvió hacia el grupo reunido—. Bienvenidas a la Casa Darcy, señoras. ¿Les gustaría pasar?

Elizabeth siguió a su familia subiendo los escalones y atravesando las puertas hacia el vestíbulo, y se detuvo, mirando alrededor. La casa era hermosa, elegantemente decorada, pero no ostentosa. Las paredes estaban pintadas de un suave color crema, los suelos eran de madera pulida con hermosas alfombras sobre ellos, y los muebles eran elegantes pero no excesivamente ornamentados.

—Georgiana —dijo el señor Darcy, y Elizabeth levantó la vista para ver a una joven de pie junto a una mujer de mediana edad al pie de las escaleras. Era alta, más alta que Elizabeth, con cabello rubio y ojos azules, y parecía muy joven y muy nerviosa.

—Buenas tardes —dijo, dando un paso adelante—. Soy Georgiana Darcy. Bienvenidas a mi hogar.

—Georgiana —dijo Darcy, dando un paso adelante—, permíteme presentarte a nuestras invitadas. Esta es la señora Bennet, la señorita Jane Bennet, la señorita Elizabeth Bennet, la señorita Mary Bennet, la señorita Kitty Bennet y la señorita Lydia Bennet.

—Señora Bennet —dijo Georgiana, haciendo una reverencia—. Lamento mucho su pérdida.

—Gracias, señorita Darcy —dijo la señora Bennet, y Elizabeth se alegró de ver que su madre estaba en su mejor comportamiento, sin agitarse en absoluto.

—Señorita Darcy —dijo Elizabeth, dando un paso adelante y tomando las manos de la joven—. Gracias por su bienvenida. Estoy muy contenta de conocerla, su hermano me ha hablado mucho de usted.

—Debe llamarme Georgiana —dijo la joven, y Elizabeth sonrió.

—Entonces usted debe llamarme Elizabeth —dijo, y Georgiana sonrió, un poco tímidamente.

—Elizabeth —dijo, y se volvió hacia la mujer a su lado—. Esta es mi acompañante, la señora Annesley.

—Señora Annesley —dijo Elizabeth, y la mujer hizo una reverencia.

—Todas deben estar bastante exhaustas —dijo la señora Annesley de manera amable y maternal —. Se han preparado habitaciones para todas ustedes, y espero que las encuentren cómodas.

—Muchas gracias —dijo la señora Bennet calurosamente—. Mi acompañante, la señora Hill... —hizo un gesto para que Hill se adelantara. Hill pareció un poco sorprendida de ser presentada para su introducción, antes de recordar obviamente su nueva posición, e hizo una reverencia suavemente.

—Por supuesto —dijo la señora Annesley—. Su suite será bastante adecuada para usted y su acompañante, señora Bennet... si quisiera venir por aquí...

—¿Señorita Elizabeth? —Una doncella se acercó a ella, haciendo una reverencia—. ¿Me permitiría mostrarle su habitación?

—Por supuesto —dijo Elizabeth, siguiendo a la criada escaleras arriba. Estaba impresionada por la deferencia mostrada por los sirvientes y el cuidado que se había puesto en hacer la casa acogedora. Miró brevemente hacia atrás y vio al señor Darcy hablando con su hermana. Ambos la estaban mirando, aunque Georgiana inmediatamente se sonrojó y apartó la mirada. El señor

Darcy sonrió y asintió alentadoramente, y Elizabeth le devolvió una pequeña sonrisa antes de doblar un recodo en las escaleras y perderlo de vista.

—Por aquí, señorita Elizabeth. —La criada abrió una puerta y se hizo a un lado, y Elizabeth entró. La habitación era hermosa, decorada en colores suaves y relajantes. La cama era grande y cómoda, con un dosel encima, y había un escritorio junto a la ventana, que daba a un pequeño jardín en la parte trasera de la casa.

—Gracias —dijo Elizabeth, y la criada hizo una reverencia.

—Sus cosas serán traídas en breve, señorita Elizabeth. Si necesita algo, por favor toque la campana.

Martha asomó la cabeza por la puerta unos minutos más tarde, con los ojos muy abiertos. Elizabeth sonrió y le hizo un gesto para que entrara.

—¡Caramba, esta es una casa grandiosa sin duda, señorita Lizzy! —dijo Martha, con la voz baja por el asombro—. ¡Ni siquiera Netherfield es tan elegante!

—Y estoy segura de que esto no es nada comparado con Pemberley —dijo Elizabeth—. Estamos muy agradecidas por la generosidad del señor Darcy.

—¡El hombre más generoso que jamás haya vivido, me parece! —Martha asintió vigorosamente —. El ama de llaves es muy amable, una tal señora Norton. Dijo que me darán un nuevo uniforme y que dormiré en su vestidor.

—¿Tengo un vestidor? —Elizabeth miró alrededor, sorprendida, antes de notar una pequeña puerta en la pared lateral cerca de la cama—. Vaya por Dios. —El vestidor era casi tan grande como la habitación misma, con una pequeña cama ordenada para Martha y otra puerta que conducía a las escaleras de servicio hacia la cocina. Había armarios, perchas, cajones y estantes para muchas más prendas de las que Elizabeth podría imaginar poseer, y las pocas cosas pobres que había traído de Longbourn parecían realmente escasas una vez que Martha las hubo colgado.

La cena fue servida en sus habitaciones esa noche, y la señora Annesley y Georgiana se detuvieron a visitar a cada una de las damas Bennet para asegurarse personalmente de que estuvieran cómodas y tuvieran todo lo que pudieran necesitar por el momento. Incluso el huésped más exigente no habría podido encontrar falta en la hospitalidad que se les extendía, y Elizabeth y su familia estaban lejos de serlo, solo agradecidas por la excepcional generosidad del señor Darcy y la amable bienvenida de su hermana.

La cama estaba cálida y cómoda cuando Elizabeth se acostó, y le pidió a Martha que dejara las cortinas abiertas para poder ver la nieve que aún caía suavemente afuera. Se quedó dormida viendo los copos blancos arremolinarse frente al cristal.



A la mañana siguiente, Elizabeth se despertó más temprano que sus hermanas y, después de que Martha la ayudara a vestirse, bajó las escaleras para comenzar una tranquila exploración de la planta baja de la casa Darcy. Suponiendo que no habría nadie, se sorprendió al entrar en un elegante salón y encontrar al señor Darcy allí, conversando con una mujer mayor.

Elizabeth balbuceó una disculpa, sonrojándose, y estaba a punto de retirarse cuando el señor Darcy inmediatamente la llamó para que se uniera a ellos. Tanto él como la mujer mayor se pusieron de pie, sonriendo, mientras ella entraba tímidamente en la habitación.

—Señorita Elizabeth —dijo Darcy calurosamente—. Mi tía, Lady Matlock.

—Señorita Elizabeth Bennet —dijo Lady Matlock. Elizabeth hizo una reverencia, y Lady Matlock le sonrió.

—Lady Matlock —dijo Elizabeth. Lady Matlock era una mujer alta y delgada, con el cabello apenas comenzando a platearse en las sienes, y vestía un elegante pero no ostentoso vestido azul oscuro. Sus ojos eran de un hermoso tono azul, y Elizabeth pensó inmediatamente que Lady Matlock era una mujer muy atractiva, que debía haber sido una gran belleza en su juventud.

—Estoy tan complacida de conocerla —dijo Lady Matlock—. Mi sobrino ha hablado mucho de usted. Pero no debo mantenerla de pie, debe estar exhausta después de su viaje de ayer. Por favor, siéntese, y dejemos que conversemos. Darcy, querido, por favor toca para que traigan té, y quizás algunas tostadas y bollos, estoy segura de que la señorita Elizabeth aún no ha desayunado.

Lady Matlock no solo era hermosa, sino excepcionalmente amable, no le tomó mucho tiempo a Elizabeth descubrirlo, ya que la condesa se esforzó por ponerla cómoda, seguida por sus hermanas y su madre a medida que, una por una, se unían al grupo.

El señor Darcy se despidió silenciosamente, y Elizabeth sospechaba que era la única que lo vio irse, mientras su tía dirigía la conversación sin esfuerzo. Deseaba que se hubiera quedado, pero ciertamente no tendría ningún interés en el tema de los vestidos nuevos, sobre el cual Lady Matlock tenía mucho que decir.

Al día siguiente, un pequeño ejército de costureras llegó a la casa Darcy, entrando apresuradamente con sus herramientas y materiales. Se trajeron grandes cestas y kits de costura, y se descargó un carro con rollos de tela entregados desde el almacén del señor Gardiner. Elizabeth estaba segura de que nunca había visto telas de tal calidad antes. Terciopelos, sedas y

finas muselinas, aunque por supuesto las Bennet solo podían usar colores de luto por el momento.

—Ah, pero las chicas deben tener también algunos vestidos bonitos —dijo Lady Matlock con firmeza—. No permitiré que se diga que no están bien vestidas cuando salgan del luto. Estoy segura de que estará de acuerdo, señora Bennet.

—En efecto, Lady Matlock —dijo la señora Bennet, un poco abrumada por los modos dominantes de la condesa—. Estamos muy agradecidas por su amabilidad.

—No es nada —dijo Lady Matlock con un gesto desdeñoso de su mano—. Solo lamento no haberlas conocido antes. Pero recuperaremos el tiempo perdido, mi querida señora Bennet, recuperaremos el tiempo perdido. Y estoy segura de que estará de acuerdo en que debemos traer un poco de luz a las vidas de las chicas. Este es un momento triste para todas ustedes, pero no es bueno que las jóvenes estén tristes todo el tiempo.

Elizabeth no pudo evitar estar de acuerdo, aunque se sentía un poco avergonzada ante la idea de la generosidad de Lady Matlock, sin mencionar el bolsillo del señor Darcy que estaría pagando por todo esto. Jane estaba callada, pero sus ojos estaban abiertos con aprecio, y Lydia y Kitty casi bailaban de emoción. Incluso Mary lucía una pequeña sonrisa, sus ojos brillantes mientras Lady Matlock le hacía señas para que se acercara a mirar unas cajas de guantes.

Las costureras se instalaron en un salón que se les cedió por el momento, y las damas Bennet pronto estaban examinando las telas, mientras las costureras las llamaban una por una para tomarles las medidas y comenzar a elegir patrones para sus nuevos vestidos.

—Estoy deseando presentarlas a todas en sociedad —dijo Lady Matlock, sonriendo cálidamente a la señora Bennet—. Ya he planeado un baile en abril, y habrá varias salidas al teatro, y por supuesto, mi fiesta anual en el jardín de Matlock House. Estoy segura de que estará de acuerdo, señora Bennet, en que las jóvenes deben tener algunos eventos a los que asistir con ilusión.

Los ojos de la señora Bennet estaban muy abiertos y su boca ligeramente entreabierta. —Yo... yo... Lady Matlock, es usted muy amable —logró decir, con la voz temblando ligeramente—. Yo... no sé qué decir. Estoy segura de que estaremos encantadas de asistir a cualquier evento al que tenga a bien invitarnos. Las jóvenes estarán tan contentas.

—Y ya es hora de que la querida Georgiana empiece a asistir a algunos eventos sociales también —dijo Lady Matlock con una cálida sonrisa para su sobrina, que se había unido a ellas y estaba examinando algunas cintas con Lydia y Kitty, sonriendo tímidamente ante sus risueñas travesuras—. De hecho, estoy encantada de que sus hijas estén aquí para darle a Georgiana algunas amigas de su edad, Fanny; es algo de lo que tristemente ha carecido.

Elizabeth empezaba a sentirse bastante a gusto en Darcy House, y ya estaba empezando a querer a Georgiana. La joven era tímida y reservada, pero muy dulce, y Elizabeth se conmovió por la forma en que Georgiana estaba tan ansiosa por agradar.

Elizabeth le sonrió mientras las dos se sentaban una al lado de la otra, sorbiendo su té mientras las costureras medían afanosamente a Mary y Jane. —Georgiana, ¿te gustaría escuchar una historia sobre mi familia en Longbourn?

Georgiana levantó la mirada, con los ojos grandes y curiosos. —Oh, sí, por favor, señorita Elizabeth.

—Por favor, llámame Elizabeth —dijo Elizabeth—. ¡O Lizzy, si lo prefieres!

Georgiana se sonrojó y asintió. —Elizabeth —dijo tímidamente.

—Gracias —dijo Elizabeth—. Bueno, déjame ver. Creo que te contaré sobre la vez que mi hermana Lydia trajo una rana a la casa.

Los ojos de Georgiana se agrandaron. —¿Una rana?

—Una rana —confirmó Elizabeth—. Creo que tenía solo unos cinco años, y había estado jugando en el jardín. Encontró esta rana y pensó que era lo más maravilloso que había visto jamás. Así que la recogió y la trajo a la casa. Quería mostrársela a nuestra madre, así que la llevó al salón donde todas estábamos sentadas. Lo recuerdo tan claramente. Estábamos todas sentadas allí, haciendo nuestras labores de costura, y Lydia entró con esta rana en sus manos. Estaba tan orgullosa de ella. Se acercó directamente a nuestra madre y dijo: "¡Mira, mamá, mira lo que encontré!" Y extendió la rana para que mamá la viera.

Elizabeth sonrió ante el recuerdo. —Bueno, puedes imaginar lo que pasó después. Mamá gritó, y la rana saltó de las manos de Lydia y empezó a saltar por todo el salón. Mis hermanas empezaron a gritar y a subirse a las sillas, y mi padre vino corriendo para ver qué estaba pasando. Echó un vistazo a la escena y estalló en carcajadas. Tuvo que atrapar la rana y llevarla de vuelta afuera, y le llevó unos buenos diez minutos calmar a mi madre. Creo que Lydia nunca superó eso.

Georgiana se estaba riendo, un sonido suave y dulce que Elizabeth estaba encantada de oír. —Oh, Elizabeth, qué historia tan maravillosa.

Elizabeth sonrió. —Gracias. Echo de menos Longbourn, pero me alegro de estar aquí contigo.

Georgiana sonrió tímidamente. —Yo también me alegro de que estés aquí. Yo... no he tenido muchas amigas, Elizabeth. Estuve en la escuela por un tiempo, pero no me gustó, y me sentía muy sola.

—Bueno, me alegro de que mis hijas estén aquí ahora para ser tus amigas —dijo la señora Bennet, tomando asiento junto a Georgiana—. Aunque debo advertirte que no sigas demasiado el

ejemplo de Lydia, puede ser un poco tonta. De hecho, espero que tu gracia y tus encantadores modales sean una influencia positiva en mis hijas menores, ¡en su lugar!

Elizabeth miró boquiabierta a su madre, incrédula. ¿La señora Bennet realmente estaba reconociendo un defecto en Lydia? Su madre captó la mirada de Elizabeth, y un ligero rubor subió a sus mejillas antes de apartar la vista.

Los milagros nunca cesan, pensó Elizabeth, sacudiendo lentamente la cabeza. Parecía que el hecho de que el señor Collins las hubiera echado de Longbourn había despertado algo en la señora Bennet, sacándola de su tonta inconsciencia, y quizás por primera vez en su vida, Fanny Bennet estaba mirando su vida y a sus hijas con claridad.

¡Que continúe así!



Capítulo Diecisiete

EL DÍA DE NAVIDAD amaneció brillante y despejado, y la Casa Darcy resplandecía con sus decoraciones festivas. Coronas de acebo adornaban cada puerta, y guirnaldas se entrelazaban en las barandillas, entretejidas con cintas rojas, sus lustrosas hojas verdes y brillantes bayas rojas ofrecían una vista alegre. En el salón principal, un enorme tronco de Yule ardía lentamente en la chimenea, proyectando un cálido resplandor sobre la habitación, y el aire estaba impregnado con el aroma de pino y los deliciosos olores del festín navideño que se preparaba en las cocinas.

Los invitados comenzaron a llegar, sus rostros iluminados por la emoción y la alegría. Los Gardiner fueron los primeros, seguidos por el señor Darcy y el señor Bingley —los Hurst y la señorita Bingley estaban de visita con la familia del señor Hurst en Bath— y finalmente los Matlock. Elizabeth estaba encantada de conocer a Lord Matlock, quien parecía una versión mayor del señor Darcy, y al Coronel Fitzwilliam, el segundo hijo y amigo cercano del señor Darcy. Un caballero encantador, apuesto con su chaqueta roja, cuyo aspecto y encanto redujeron a Lydia y Kitty a una casi incoherencia.

Elizabeth y Georgiana compartieron una risa mientras ayudaban a distribuir vino caliente especiado a los invitados, y Elizabeth sorprendió a Darcy observándolas con una suave sonrisa en su rostro. Se sonrojó y apartó la mirada, pero no pudo evitar sentir un cálido resplandor ante la idea de que él estaba complacido con su recién encontrada amistad con su hermana.

La señora Bennet estaba llena de gratitud hacia Lady Matlock por su amabilidad.

—Oh, Lady Matlock, ha sido usted tan buena con nosotras. No sé cómo podremos pagarle jamás.

—Mi querida Fanny, es un placer —dijo Lady Matlock calurosamente—. No tengo hijas propias, y estoy encantada de tener a sus encantadoras niñas para mimar. ¿Y cuántas veces te he dicho que debes llamarme Helen?

La comida estaba deliciosa, un festín de carnes asadas, verduras y todo tipo de dulces. La favorita de Elizabeth era el pudín de Navidad, rico y especiado, servido con una generosa porción de mantequilla de brandy. El fuego crepitaba en la chimenea, proyectando un cálido resplandor sobre la habitación, y Elizabeth sintió una profunda sensación de satisfacción.

Se encontró sentada junto a Lady Matlock, quien le sonrió amablemente.

—Señorita Elizabeth, espero que lo esté pasando bien.

—Muchísimo, Lady Matlock. Es un día maravilloso.

—Me alegra oírlo. —Los ojos de Lady Matlock eran amables—. Debe echar mucho de menos a su padre, señorita Elizabeth.

La sonrisa de Elizabeth vaciló.

—Así es, Lady Matlock. Era un buen hombre.

—Estoy segura de que lo era. Debe estar muy orgullosa de él.

—Lo estoy —dijo Elizabeth en voz baja—. Era un padre maravilloso.

—Estoy segura de que lo era. —Lady Matlock le dio unas palmaditas en la mano—. Usted y sus hermanas son un crédito para él, señorita Elizabeth. Estoy segura de que él está muy orgulloso de todas ustedes.

—Gracias, Lady Matlock. —Elizabeth parpadeó para contener las lágrimas—. Es muy amable de su parte decir eso.

—Es la verdad. —Lady Matlock sonrió—. Ahora, creo que mi hijo la ha persuadido para que acepte un baile, ¿no es así?

Elizabeth se rio.

—Sí, así es. Lo estoy esperando con ansias.

—Estoy segura de que lo disfrutará. Richard es un excelente bailarín.

Elizabeth sonrió.

—Estoy segura de que lo es.

Miró alrededor de la habitación, a los rostros felices de su familia y amigos, y sintió una profunda sensación de gratitud. Su padre se había ido, pero estaba rodeada de personas que se preocupaban por ella, y estaba forjando nuevos lazos de amistad y amor. No había imaginado que pudiera sentirse tan contenta esta Navidad, y de repente sintió una profunda punzada de culpa; ¿cómo podía sentirse tan feliz cuando su padre ya no estaba?

Elizabeth sintió la necesidad de unos momentos de soledad, y se levantó silenciosamente, deslizándose fuera de la habitación. Se dirigió a la parte trasera de la casa, donde había visto una puerta que conducía al jardín. Envolviendo su chal más estrechamente alrededor de sus hombros,

salió al aire fresco y frío, su aliento formando niebla frente a ella. La nieve crujía bajo sus botas mientras caminaba, y miró alrededor maravillada por la serena belleza del jardín.

Los árboles y arbustos estaban cubiertos de blanco, sus ramas cargadas de nieve. El jardín estaba silencioso y quieto, el único sonido era el suave susurro del viento en los árboles. Elizabeth sintió una punzada de tristeza mientras miraba alrededor. Siempre había amado el jardín de Longbourn, y sabía que lo extrañaría terriblemente. Pero también había una belleza aquí, una belleza tranquila y serena que encontraba reconfortante.

Caminó lentamente por el sendero, su aliento visible en el aire frío. El contraste entre el frío exterior y el calor que sentía en su interior por los eventos del día era sorprendente. Sentía una sensación de satisfacción y paz, a pesar de la tristeza que aún persistía en su corazón. Había disfrutado del día, había disfrutado de la compañía de su familia y amigos, y sentía una profunda sensación de gratitud por el amor y el apoyo que la rodeaban.

Mientras caminaba, pensó en su padre. Se detuvo junto a un banco cubierto de nieve, sus ojos atraídos por el delicado trazado de la escarcha en el hierro forjado, pensando en el lugar favorito de su padre en el jardín de Longbourn, el banco bajo el viejo roble donde se sentaba a leer. Casi podía verlo allí, con la cabeza inclinada sobre un libro, una leve sonrisa en sus labios mientras se perdía en las páginas. Recordó sentarse con él allí, con su propio libro en el regazo, los dos en un silencio cómplice. Por un momento, el dolor de su pérdida casi la abrumó una vez más.

Había sido un hombre sabio, su padre, un hombre de profundo intelecto y comprensión. Le había enseñado tanto, le había inculcado el amor por el aprendizaje y la sed de conocimiento. Lo extrañaba terriblemente, extrañaba su silenciosa fortaleza y su suave sabiduría.

Elizabeth se sentó en el banco, el frío penetrando a través de sus faldas. No le importaba. Miró alrededor del jardín, sus ojos atraídos por la delicada belleza de las plantas y árboles cubiertos de nieve. Sintió una sensación de paz, una conexión con la memoria de su padre. Cerró los ojos por un momento, respirando el aire frío y fresco, y sintió que una sensación de calma se apoderaba de ella.

Nunca olvidaría a su padre, nunca dejaría de extrañarlo. Pero sabía que él querría que fuera feliz, que encontrara alegría en su vida. Él querría que fuera fuerte, que fuera la persona que siempre había creído que podía ser. Honraría su memoria viviendo su vida al máximo, siendo la mejor persona que pudiera ser.

Elizabeth abrió los ojos, mirando el jardín una vez más. Sabía que su padre estaría orgulloso de ella, orgulloso de cómo se estaba enfrentando a la adversidad. Continuaría haciéndole sentir orgulloso, seguiría honrando su memoria en todo lo que hiciera.

Con un suspiro, Elizabeth se puso de pie, sacudiéndose la nieve de las faldas. Sintió una sensación de paz, una sensación de conexión con la memoria de su padre. Nunca lo olvidaría, pero sabía que él siempre estaría con ella, en su corazón y en sus recuerdos. Caminó lentamente de vuelta a la casa, con pasos ligeros y seguros. Sintió una extraña sensación de satisfacción, una sensación de paz, casi como si su padre hubiera puesto su mano sobre su hombro y susurrado su bendición en su oído.

Elizabeth entró en la casa, el calor la envolvió como un abrazo reconfortante. El contraste entre el aire frío y crujiente del exterior y el acogedor interior era marcado, y sintió que sus mejillas comenzaban a hormiguear mientras se descongelaban. Se sacudió la nieve de las botas y colgó su capa en una percha, luego se abrió paso por la casa. El sonido de la conversación llegó a sus oídos, amortiguado por las paredes y las puertas, y sonrió. Era un sonido feliz, un sonido de familia y amigos reunidos.

Caminó por el pasillo, sus pasos ligeros sobre la gruesa alfombra, y dobló una esquina. Estaba a punto de entrar en el salón cuando oyó una voz —la voz de Bingley— hablando en voz baja. Se detuvo, dándose cuenta de que la puerta de la pequeña sala de estar estaba entreabierta y que Bingley y Jane estaban dentro. Estaba a punto de alejarse, de dejarlos en su intimidad, cuando oyó a Bingley hablar de nuevo.

—...la licencia especial, Jane, y podemos casarnos tan pronto como estés dispuesta.

Elizabeth se quedó helada, con los ojos muy abiertos. Sabía que debía irse, que no debía escuchar a escondidas una conversación tan privada, pero no podía hacer que sus pies se movieran. Oyó la voz de Jane, suave y gentil, y pudo imaginarse la expresión serena de su hermana.

—Oh, Charles, yo... no sé qué decir.

—Solo dime cuándo te gustaría casarte, mi amor, y lo arreglaré todo.

Hubo un momento de silencio, y Elizabeth pudo imaginar el rubor de Jane, su vacilación. Oyó el crujido de la tela, y luego la voz de Jane de nuevo.

—No quiero esperar ni un día más.

La mano de Elizabeth voló a su boca, sus ojos abiertos de asombro. Oyó la risa encantada de Bingley, y luego el sonido de un beso. Pudo imaginar a Bingley avanzando para besar a Jane, luego retrocediendo con una sonrisa confiada.

—Encontraré un clérigo por la mañana —declaró Bingley.

Elizabeth no pudo contenerse. Entró en la habitación, con el rostro enrojecido por la emoción y lágrimas de alegría en los ojos. —¡Jane! —exclamó, con la voz temblorosa de felicidad.

Jane se volvió, su rostro iluminándose con una sonrisa radiante. —¡Lizzy! —Corrió hacia su hermana, y las dos se abrazaron, sosteniéndose con fuerza. Elizabeth podía sentir el corazón de Jane latiendo con fuerza, y sabía que su hermana estaba tan feliz como ella.

—Oh, Jane —susurró Elizabeth, con la voz ahogada por la emoción—. Estoy tan feliz por ti.

—¡Oh Lizzy, nadie ha sido nunca tan feliz como yo!

Elizabeth solo pudo negar con la cabeza, con lágrimas corriendo por sus mejillas. Miró a Bingley, que irradiaba alegría. —Bueno —dijo él, con voz confiada y jubilosa—, supongo que será mejor que haga el anuncio. Jane, mi amor, ¿vendrías conmigo?

Tomó la mano de Jane y la llevó al salón, con Elizabeth siguiéndolos de cerca. —Damas y caballeros —dijo Bingley, con voz clara y resonante—, tengo el gran placer de invitarlos a todos a una boda... ¡mañana!

Hubo un momento de silencio atónito, y luego la señora Bennet chilló de alegría. —¡Oh, mi Jane! ¡Mi hermosa Jane! ¡Sabía que serías la primera en casarte! —Corrió hacia su hija, envolviéndola en un fuerte abrazo. Las otras hermanas se agruparon alrededor, exclamando y riendo, y Elizabeth se quedó atrás, observando la escena con una sonrisa.

Elizabeth estaba sentada al piano, sus dedos deslizándose suavemente sobre las teclas. La pieza que tocaba era una que su padre había amado, y por un momento fue transportada de vuelta a Longbourn, a las acogedoras veladas que habían pasado juntos. La habitación a su alrededor era elegante y de buen gusto, el fuego crepitaba en la chimenea y las velas proyectaban un suave resplandor. La rica madera del piano brillaba a la luz, y las sillas a su alrededor eran mullidas y cómodas.

Georgiana se acercó vacilante para unirse a ella, y Elizabeth le sonrió. —Ven, señorita Darcy —dijo con dulzura—. ¿Conoce esta pieza?

—Un poco —admitió Georgiana tímidamente, sentándose junto a Elizabeth—. Yo... lo intentaré, si quiere.

—Por favor, hazlo —la animó Elizabeth, y después de unos momentos los dedos de Georgiana comenzaron a moverse sobre las teclas. Al principio estaba vacilante, pero Elizabeth le sonrió alentadoramente, y pronto tocaba con más confianza, su timidez desapareciendo.

El resto del grupo comenzó a reunirse alrededor del piano. La señora Bennet estaba atendiendo a Jane, que estaba sentada en una cómoda silla, radiante de felicidad. El señor Bingley estaba de pie junto a ella, mirándola con adoración. El señor Darcy estaba un poco apartado, con los ojos fijos en Elizabeth, y ella se sonrojó al ver la expresión orgullosa y tierna en su rostro. Los

Gardiner estaban hablando en voz baja con Lady Matlock, que había mostrado un interés especial por las hermanas Bennet.

Cuando el dúo de Georgiana y Elizabeth llegó a su fin, Elizabeth comenzó a tocar una melodía simple y conocida, y uno a uno los demás empezaron a cantar. La dulce soprano de Jane, el ligero tenor de Bingley, la voz clara de Kitty, las contraltos de Mary y la señora Gardiner, el profundo barítono del conde de Matlock. Elizabeth sonrió a Georgiana, que cantaba suavemente mientras tocaba, y luego a Darcy, que no cantaba pero la observaba con ojos cálidos.

Incluso la señora Bennet, que normalmente no podía quedarse quieta ni un momento, estaba atrapada en el momento, cantando suavemente. Elizabeth no podía recordar haber visto nunca a su madre tan tranquila y contenta.

Fue un momento de pura alegría, de unidad y amor, y Elizabeth sintió que su corazón se hinchaba de felicidad.

Cuando las últimas notas de la canción se desvanecieron, Elizabeth se levantó del piano y se dirigió a la ventana. Afuera, la nieve caía suavemente, con delicados copos blancos descendiendo del cielo para cubrir el mundo con un manto inmaculado. Elizabeth observaba la nieve caer, sintiendo que una sensación de paz la invadía. Era como si el mundo estuviera renaciendo, purificado y renovado. La luz de la luna brillaba sobre la nieve, proyectando un suave resplandor plateado, y las farolas fuera de la casa añadían su propia luz dorada a la escena.

En el interior, la habitación estaba cálida y acogedora, con el fuego proyectando un suave resplandor y sombras danzantes en las paredes. Elizabeth miraba por la ventana, perdida en sus pensamientos. Había sido un día de muchas emociones, y su corazón estaba pleno. Pensó nuevamente en su padre, en cuánto le habría encantado ver la felicidad de Jane, y sintió una punzada de dolor.

—Señorita Elizabeth.

Se volvió, sobresaltada, para ver a Darcy de pie a su lado. No lo había oído acercarse. Él le ofrecía una copa de vino, que ella aceptó agradecida.

—Gracias, señor.

Él inclinó la cabeza, y por un momento ella pensó que hablaría, pero luego simplemente se volvió para mirar por la ventana con ella. Elizabeth bebió un sorbo de vino, sintiendo que una sensación de paz y satisfacción la invadía.

Mientras Elizabeth permanecía junto a Darcy en un silencio agradable, contemplando la nieve que caía, sus pensamientos se desviaron hacia la velada. La alegría de cantar alrededor del piano, el calor y el amor que los había envuelto a todos. El anuncio del compromiso de Jane... ¡oh,

cómo había saltado su corazón de alegría por su querida hermana! Jane merecía toda la felicidad del mundo, y Elizabeth no podía imaginar un mejor esposo para ella que Bingley.

Pensó en las amabilidades que había recibido ese día. El suave apoyo de Darcy, su silenciosa fortaleza. La forma en que la había mirado, con sus ojos llenos de orgullo y ternura. La amistad tímida pero sincera de Georgiana.

Elizabeth bebió un sorbo de vino, sintiendo que una sensación de satisfacción la invadía. Había sido un día de muchas emociones, pero en este momento, solo sentía gratitud. Estaba agradecida por el amor que la rodeaba y por la paz que llenaba su corazón.



Capítulo Dieciocho

EL FRÍO DE UNA mañana de diciembre se coló por el abrigo del señor Collins mientras salía a las calles de Meryton. La ciudad estaba llena de alegría festiva, con brillantes cintas rojas y ramitas de acebo decorando los escaparates, y el mercado bullía de gente concentrada en sus preparativos navideños. El señor Collins nunca se había sentido tan solo.

Caminó por la plaza, con el sombrero calado hasta las cejas para protegerse del viento frío, e intentó saludar a los conocidos. —Buenos días, señora Long —llamó, pero la dama giró la cabeza y se alejó rápidamente. —Señor Goulding, que tenga un buen día —intentó de nuevo, pero el hombre cruzó la calle para evitarlo. La frustración del señor Collins crecía con cada paso que daba. Esta era la gente con la que había imaginado que estaría en la mejor compañía una vez que se convirtiera en el señor de Longbourn, todos ansiosos por ser incluidos en el patrocinio de la familia Bennet. Se había considerado un miembro respetado de la comunidad, pero parecía que estaba equivocado.

—Buenos días, señor Jones —le dijo al boticario, pero el hombre lo miró como si fuera invisible. —Señora Goulding —llamó, pero ella atrajo a su hijo hacia sí y se dio la vuelta, y en el aire frío y quieto oyó al niño decir —¿Por qué, mamá? Es solo el señor Collins —y la respuesta de la señora Goulding, —Calla, Emily —seguida de una serie de palabras pronunciadas demasiado suavemente para que él pudiera entenderlas.

Continuó por el mercado, pasando junto a grupos de personas que callaban o empezaban a susurrar tras sus manos cuando lo veían. El señor Collins tragó con dificultad contra el nudo en su garganta. Nunca se había sentido tan aislado.

Finalmente se quedó solo, mirando a su alrededor. Estaba claro que no encontraría ayuda aquí. Ninguno de los sirvientes que habían huido de Longbourn había regresado, ni los lugareños aceptarían ahora trabajar para él. Tendría que ir a Hatfield, a la feria de contratación, y contratar

sirvientes para Longbourn inmediatamente. El granjero estaba alimentando a los caballos en el establo, pero ¡el señor Collins no podía ni quería subsistir con pan y queso un día más!

Era temprano en la mañana del día siguiente cuando partió. Había nevado copiosamente durante la noche, y era un día amargamente desolado cuando el señor Collins finalmente montó su caballo y se dirigió hacia Hatfield. Se había envuelto en su abrigo más pesado, pero poco hacía para calentarlo contra el viento cortante. Tiritaba miserablemente, acurrucado en la silla, con el sombrero calado contra el frío. No estaba acostumbrado a montar, y era un largo viaje hasta Hatfield. Pronto estuvo dolorido e incómodo, y hacía tiempo que había perdido toda sensibilidad en las extremidades.

El paisaje era desolador, los campos marrones y desnudos, los árboles meras ramas esqueléticas contra el cielo gris. Los caminos estaban embarrados y difíciles, y más de una vez el señor Collins se vio obligado a desmontar y guiar a su reticente caballo a través de tramos particularmente difíciles. Sus botas pronto se cubrieron de barro, su abrigo quedó salpicado, y sudaba por el esfuerzo de arrastrar a la bestia recalcitrante a través del lodazal.

A cada paso del camino, reflexionaba amargamente sobre su circunstancia. ¡Si los Bennet hubieran sido más complacientes, cuán diferente sería su situación! Pero no, ¡se habían puesto en su contra desde el principio, todos ellos! Si Elizabeth hubiera sido sensata y hubiera aceptado su muy graciosa propuesta, ahora no estaría en esta situación en absoluto. ¡Había sido agraviado, gravemente agraviado! Todo era, estaba seguro, el resultado de un esfuerzo concertado por parte de las mujeres Bennet para manchar su nombre como venganza por haberlas echado de Longbourn.

Cuando llegó a Hatfield, el señor Collins estaba hirviendo de ira y resentimiento. A duras penas pudo contenerse de usar su fusta contra la primera persona que viera.

Y sin embargo, no podía permitirse mostrar sus sentimientos. Tenía que causar una buena impresión si quería contratar a los sirvientes que necesitaba. Solo podía esperar que la feria de contratación estuviera bien surtida y que los sirvientes disponibles no fueran tan exigentes como los de Meryton.

El señor Collins miró con disgusto a su alrededor en la feria de contratación. Los sirvientes estaban en grupos, hablando en voz baja entre ellos, y pudo ver las miradas que le dirigían mientras pasaba a caballo. Eran miradas frías y poco amistosas, y sintió los primeros atisbos de desesperación. No podía regresar a Longbourn sin ningún sirviente.

Bueno, contrataría lo que pudiera. Tendría nuevo personal en Longbourn al final del día, y tendrían que arreglárselas.



El señor Collins tocó la campana para el té, esperando impacientemente en el salón. Pareció una eternidad antes de que oyera pasos acercándose, y entonces una de las nuevas criadas —¿cómo se llamaba? Aún no había aprendido todos sus nombres— entró, haciendo una reverencia. —¿El té, señor? —preguntó, y salió corriendo antes de que él pudiera decir una palabra.

Recorrió la habitación con creciente irritación, murmurando entre dientes sobre sirvientes incompetentes. Pasaron diez minutos antes de que la chica regresara, llevando una bandeja.

—Deja el té —espetó el señor Collins con impaciencia. Miró la bandeja con disgusto mientras ella la dejaba. El té parecía débil y aguado, faltaba la jarra de leche, y no había crumpets calientes con mantequilla, ni pastelitos de té, ni galletas pequeñas. —Llévate esto y hazlo correctamente —ladró, y la criada huyó, con los ojos muy abiertos y aterrorizada.

La cena no fue mejor. El señor Collins bajó al comedor para encontrarlo frío, con el fuego mal encendido. La comida estaba mal cocinada: el pescado seco y demasiado hecho, las patatas crudas, la carne fibrosa y dura. Estaba enojado y decepcionado, pero sabía que difícilmente podía esperar algo mejor de un grupo de extraños contratados apresuradamente... y sospechaba que el carnicero de Meryton estaba enviando carne muy mala a Longbourn. Tendría que enviar a alguien a Hatfield si quería carne decente, y se enfurecía por el gasto y la injusticia de todo ello.

La Navidad fue un asunto solitario. El señor Collins se sentó a la cabecera de la mesa, mirando las sillas vacías a su alrededor. La cena fue poco impresionante. Los nuevos sirvientes estaban haciendo un esfuerzo, pero no tenían idea de los pequeños detalles que hacían especial una comida festiva. La mesa estaba puesta sin adornos, la comida era adecuada pero no especial, y la habitación estaba fría y poco acogedora.

El señor Collins se cortó una rodaja del ganso asado y comió un poco, pero no era lo mismo. Nunca antes había pasado la Navidad solo. Siempre habían estado sus padres, y luego los Bennet. Las chicas Bennet, pensó, habrían hecho que la mesa se viera preciosa, y habría habido música y risas.

Todo era culpa de Elizabeth, pensó sombríamente. Si hubiera accedido a casarse con él, estaría en el otro extremo de la mesa, sonriéndole, a punto de ser su esposa. ¡La vida habría sido encantadora! Pero no, Elizabeth lo había rechazado, y ahora todos estaban en Netherfield, sin duda riéndose de él.

Dejó el cuchillo y el tenedor, mirando fijamente la comida en su plato. Pensó en el señor Bingley, cuya riqueza había ganado fácilmente a la hermosa Jane Bennet, y en el señor Darcy, que aparentemente estaba cortejando a Elizabeth. ¿Qué oportunidad tenía él contra ellos? Ninguna en absoluto. Lo habían arruinado, esas mujeres Bennet, y tendría que empezar todo de nuevo.

Se sentó solo en el frío y tenuemente iluminado comedor, mirando la comida poco apetitosa en su plato, y alimentó sus resentimientos.



El salón de la Asamblea había sido decorado para la temporada festiva, con guirnaldas de hoja perenne y ramitas de acebo colgadas con brillantes cintas rojas. Los músicos en la esquina tocaban melodías alegres y la sala estaba llena de sonrisas, charlas animadas y risas. Sin embargo, el señor Collins estaba de pie, solo y torpemente, demasiado consciente de que era el centro de atención de muchas miradas. Miradas que se desviaban, muchas acompañadas de susurros tras las manos o miradas de reojo, y luego personas que le daban la espalda, negándose incluso a reconocer su presencia.

Era lo mismo en todas partes. Había sido rechazado. Socialmente excluido. Ni una sola de las personas en la sala le ofrecería la más mínima cortesía. ¡Y las damas Bennet ni siquiera estaban presentes! Estaban, suponía él, en Netherfield, disfrutando de la hospitalidad del señor Bingley y el señor Darcy, y él no podía ir allí y exigir que le permitieran verlas.

Miró ceñudo alrededor de la sala a los bailarines, las jóvenes damas en sus bonitos vestidos, ninguna de las cuales le dedicaba una segunda mirada mientras bailaban y coqueteaban con los oficiales de la milicia de casacas rojas. No era justo, pensó el señor Collins, y entonces la vio. Charlotte Lucas. Estaba de pie con un grupo de personas, hablando animadamente, con una sonrisa en su rostro. Oh, se estaba riendo de algo que uno de los caballeros había dicho.

La observó por un largo momento, luego tomó un profundo respiro y caminó hacia ella. No había olvidado la última vez que habían hablado, cuando él había insinuado que aún buscaba una esposa y una señora para Longbourn, y Charlotte le había dicho fríamente que nunca lo consideraría. Pero ahora... seguramente la señorita Lucas debía ver que él era un hombre de sustancia, que era digno del respeto del vecindario, que tenía una buena casa y unos ingresos y una posición. Y siempre le había agradado Charlotte, que había sido educada con él en cada

ocasión que habían tenido la oportunidad de hablar. No era tan bonita como Elizabeth, o incluso Mary Bennet, pero tenía veintisiete años y debía estar quedándose sin oportunidades de encontrar marido. Seguramente, debía reconsiderar cuando él dejara claras sus intenciones.

—Buenas noches, señorita Lucas —comenzó torpemente, haciendo una reverencia—. ¿Puedo decir lo encantadora que se ve esta noche?

Charlotte se volvió para mirarlo, y él vio la sorpresa en sus ojos, y luego el frío desdén. Su espalda se tensó y echó los hombros hacia atrás, y la sonrisa en sus labios se desvaneció.

—Señor Collins —dijo ella. No le deseó buenas noches ni reconoció su cumplido.

—Es muy agradable verla —dijo el señor Collins, tratando de sonreír—. Lamento no haber tenido la oportunidad de verla durante la temporada navideña. Me gustaría compensárselo pidiéndole que baile conmigo la próxima pieza.

El grupo de personas alrededor de Charlotte había quedado en silencio, mirándolos. Charlotte no se movió.

—No, señor Collins —dijo, y le dio la espalda.

—¿Es esa toda la respuesta que puedo esperar? —soltó el señor Collins, enfurecido, y se dio cuenta de su error cuando Charlotte se volvió bruscamente, con los ojos relampagueando de furia.

—Había pensado, señor Collins, que preferiría un simple rechazo, a que le dijera públicamente lo que realmente pienso de usted —dijo Charlotte en voz alta, y comenzaron las risitas.

Horrorizado, el señor Collins dio un paso atrás, esperando que Charlotte no dijera nada más, pero ella mantuvo su mirada y continuó hablando con esa voz fuerte y enojada, una voz que él no había creído que la mansa y tranquila señorita Lucas fuera capaz de usar.

—Se ha comportado de la manera más despreciable posible hacia unas damas en duelo que merecían su compasión y consideración, no ser intimidadas y atormentadas —continuó Charlotte, implacable—. Preferiría casarme con un cerdo que pasar un minuto más de tiempo con usted, señor Collins. Francamente, deseo no volver a verlo nunca más.

El señor Collins se retiró apresuradamente a un rincón más tranquilo del salón de la Asamblea, ruborizado de ira y humillación, caminando de un lado a otro cerca de una de las grandes ventanas.

—Arruinado —murmuró para sí mismo—. No es justo. Elizabeth debería haber sido mía. ¡Mía!



A poca distancia, el teniente Wickham se apoyaba contra la pared, observando al clérigo con una mirada calculadora. Había oído, por supuesto, los chismes de que Collins había echado a las damas Bennet de su hogar, y también había oído que Bingley y Darcy las habían llevado a Londres. Lo había lamentado mucho, pues había disfrutado de la compañía de Elizabeth, y había esperado cosas mejores. Sin embargo, no había tenido mucho que ver con el señor Collins, quien había parecido una figura bastante ridícula, pero ahora veía una oportunidad para hacer un nuevo amigo.

—Señor Collins —dijo Wickham suavemente, acercándose al otro hombre—. ¿Se encuentra bien, señor? —Pensó que era una ficción cortés ofrecerlo, ya que Collins claramente no estaba bien, agitado y enojado.

—Señor —Collins dejó de caminar, mirándolo—. Yo... —Su boca se abrió y se cerró varias veces.

—Lamento oír de sus problemas —dijo Wickham—. ¿Puedo ofrecerle una bebida, señor? —Hizo un gesto hacia la mesa de refrescos.

—En efecto, señor —dijo Collins, y Wickham lo condujo a la mesa, sirviendo dos vasos de ponche—. Debo decir, señor, que no he tenido el placer de su conocimiento.

—George Wickham, señor, a su servicio —Wickham le entregó un vaso a Collins—. Estoy, por supuesto, en la milicia aquí en Meryton, pero he conocido al señor Darcy desde que éramos niños.

—¿De veras? —Collins se sentó en una de las mesas, y Wickham se sentó frente a él.

—Así es, señor. Me crié en la finca de los Darcy. Mi padre era el administrador del padre del señor Darcy.

—¿Un administrador? —Los ojos de Collins se agrandaron—. Pero pensé...

—Tuve la gran fortuna de que el padre del señor Darcy decidiera proporcionarme la educación de un caballero —Wickham sonrió, una de sus sonrisas más encantadoras, y se sintió gratificado al ver que Collins se relajaba ligeramente—. Debería haber entrado en la iglesia, pero el señor Darcy no consideró apropiado proporcionarme el beneficio eclesiástico que su padre me había prometido —Dejó que su rostro adoptara la expresión afligida que le había ganado la simpatía de

muchas damas—. He tenido que abrirme camino en el mundo por mi cuenta, y la milicia fue lo mejor que pude conseguir.

—Lady Catherine de Bourgh es la tía del señor Darcy —dijo Collins—. Siempre ha hablado de él como un hombre honorable. Pero yo mismo he visto, señor, cómo ese hombre puede arruinar las vidas de otros. Tiene usted mi simpatía.

—Es usted muy amable —Wickham inclinó la cabeza antes de hacer una pausa delicada y decir —: ¿Sabía usted, señor, que todo el grupo de Netherfield partió hacia Londres antes de Navidad?

—Yo... —La boca de Collins se abrió de par en par—. ¡No, no lo sabía!

—Lamenté verlos partir —dijo Wickham, mintiendo descaradamente. Nunca lamentaba ver la espalda de ese mojigato presuntuoso de Darcy. Aunque las hermosas hermanas Bennet eran una triste pérdida para el vecindario.

—Elizabeth... —Collins murmuraba para sí mismo, y Wickham ladeó la cabeza, escuchando—. Elizabeth... Darcy... no es justo. ¡No es justo!

Wickham observaba atentamente a Collins. Había visto el acercamiento del otro hombre a Charlotte Lucas y su rechazo muy público. Solo podía imaginar el ostracismo social que Collins había enfrentado, y como el resto del vecindario, estaba bien al tanto de la fallida propuesta de Collins a Elizabeth Bennet. Podía ver que el hombre estaba al borde del colapso, y tuvo mucho cuidado de ofrecer solo comentarios tranquilizadores y comprensivos mientras Collins despotricaba sobre las injusticias que había enfrentado.

—La señorita Elizabeth —murmuró Collins, y las orejas de Wickham se aguzaron—. Ella no me aceptó. Me pregunto ahora, señor —se dirigió directamente a Wickham—, si no habrá sido el señor Darcy quien influyó para persuadirla de que me rechazara.

—¿En serio, señor? —dijo Wickham cortésmente, preguntándose por qué Darcy se habría molestado. ¿O acaso Darcy admiraba a Elizabeth Bennet más de lo que había dejado ver públicamente?

—En efecto —Las manos de Collins se crisparon sobre la mesa—. Y ahora me ha arruinado. ¡Ahora me encuentro completamente sin amigos! Ha robado el afecto de la mujer con quien me habría casado, y ahora estoy solo, sin que sea culpa mía.

—Eso es muy triste, señor —ofreció Wickham con simpatía—. Entiendo que usted había esperado casarse con la señorita Elizabeth.

—¡Así es, en efecto! —La voz de Collins se elevó—. Había esperado poder ofrecerle protección y comodidad, y ella habría estado segura en su hogar y su futuro —Se estremeció—. Pero Bingley y Darcy, ahora veo cómo han interferido —Su voz se volvió amarga—. No tengo duda

de que planeaban llevarse a las Bennet a Londres desde el principio. Sin duda habían decidido que iban a casarse con quienes les placiera, sin importar las consecuencias. La señorita Bennet y la señorita Elizabeth debieron haber sido planeadas desde el inicio, pues ¿por qué otro motivo se habrían instalado Bingley y Darcy en Netherfield tan convenientemente?

Wickham no tenía idea de dónde había sacado Collins esa idea, pero consideró prudente no corregirlo. —Puede que tenga razón, señor —dijo.

—Sin duda está usted en lo correcto —dijo Collins—. Elizabeth me rechazó. ¡Me rechazó, señor! Debería haber pensado mejor de ella, pero no, me rechazó. Y yo estaba... yo estaba... —Se detuvo en seco, y Wickham vio que su boca se abría.

—¿Qué sucede, señor? —preguntó cortésmente.

—Usted dijo... —Collins casi se ahogaba con sus palabras—. Usted dijo que había conocido a Darcy toda su vida, que se había criado en la finca de los Darcy.

—Sí, señor. He conocido a Darcy desde que éramos niños.

—Lady Catherine de Bourgh —dijo Collins lentamente— es la tía del señor Darcy.

—Así es, en efecto —dijo Wickham.

—Ella... —El rostro de Collins estaba rojo—. Ella a menudo ha hablado del señor Darcy, y de su primo el coronel Fitzwilliam, en los términos más elevados. No habría pensado... —Sacudió la cabeza—. Pero usted ha conocido al señor Darcy toda su vida, y yo... —Parecía quedarse sin palabras.

—No fue culpa suya —dijo Wickham astutamente—. Vaya, ¿cómo podría haberlo sabido? No conocía a Darcy antes de que llegara a Hertfordshire, ¿verdad?

Collins se sentó pesadamente de nuevo en la mesa. —No lo conocía —dijo—. No lo conocía —Miró a Wickham—. ¿Y dice usted que todo el grupo de Netherfield partió hacia Londres antes de Navidad?

—Así fue, señor —dijo Wickham—. Lamenté verlos partir.

—Yo... —La boca de Collins se abrió y cerró varias veces—. ¡Sin duda todos se están quedando en la casa de Darcy, y sin duda a estas alturas Darcy ya se habrá casado con Elizabeth!

La cabeza de Wickham se levantó de golpe y miró a Collins con asombro. —¿Darcy... casado con la señorita Elizabeth?

—¿Por qué no? —espetó Collins—. Le pidió permiso al señor Bennet para cortejarla, antes de que el hombre muriera. Ahora se la ha llevado a Londres, sin duda ya la ha comprometido hasta el punto en que se verá obligado a casarse con ella.

Wickham pensó en el altivo Darcy, con esa tentadora y provocadora Elizabeth Bennet del brazo, y se vio obligado a admitir que Darcy probablemente nunca había tenido una tarea más difícil en su vida.

—Eso no complacerá a Lady Catherine —dijo finalmente, y el señor Collins suspiró profundamente.



Capítulo Diecinueve

EL SEÑOR COLLINS SE levantó bruscamente, haciendo que Wickham retrocediera de un salto, y se dirigió hacia la salida de las Salas de la Asamblea. Ignoró las miradas curiosas y un par de expresiones burlonas de los hombres locales al verlo salir solo, con la cabeza en alto. Cruzó el suelo a pisotones, ignorando las decoraciones y la música, y salió precipitadamente a la fría y silenciosa noche.

Las calles de Meryton estaban vacías, y Collins se estremeció, ajustándose más el abrigo. Hacía frío, y la noche era oscura a pesar del cielo despejado, pero estaba demasiado enojado para que le importara. Al menos el cielo estaba despejado, pensó con amargura. No sería conveniente que resbalara en el hielo y cayera en la calle, siendo objeto de burla y escarnio de todos.

Mientras caminaba por las calles oscuras y silenciosas, la mente de Collins daba vueltas. Había sido aislado por la comunidad desde el día en que había ordenado a las mujeres Bennet que abandonaran su casa. Ni uno solo de sus inquilinos había venido siquiera a presentarle sus respetos, ni había sido invitado a visitar a nadie. Había sido rechazado, y la furia de Collins no conocía límites. No era su culpa —¡no lo era!— que lo hubieran puesto en una posición imposible, que se hubiera visto obligado a desalojar a sus propias primas de la casa en la que había vivido. No, lo habían forzado a esta posición por su vergonzosa falta de respeto, ¿y por qué debería él ser considerado responsable?

Su mente daba vueltas con la lista de aquellos que lo habían agraviado. Elizabeth Bennet, por rechazar su propuesta. Darcy, por fingir ser algo que no era. Bingley, por venir a Netherfield y traer a Darcy consigo. Y toda la gente de Meryton, que lo había despreciado desde aquel día. Los insultos públicos de Charlotte Lucas habían sido la gota que colmó el vaso.

No, estaba solo. Solo y abandonado, desertado por aquellos que deberían haber sido sus amigos. Quizás debería haber hecho más esfuerzo por conocer a la comunidad antes de tener que

desalojar a los Bennet, pero había pensado que era más apropiado mantenerse apartado mientras estaban de luto.

Las cosas tendrían que cambiar. La mente de Collins bullía de ira, y se dio cuenta de que estaba caminando en círculos. Se obligó a detenerse, a pensar.

Solo había una cosa que podía hacer. De todos modos, necesitaba volver a Hunsford para arreglar sus asuntos, y visitaría a Lady Catherine. Su patrona seguramente simpatizaría con él, y cuando escuchara lo que había soportado, cómo había tratado de cumplir con su deber, sin duda tomaría su partido. Regresaría a Hunsford, y le explicaría todo a Lady Catherine, y ella sin duda invocaría los fuegos del infierno sobre la cabeza de Darcy por lo que había hecho.

Se dio la vuelta y caminó de regreso a Longbourn, con la cabeza en alto. Aunque era tarde, hizo sus maletas, moviéndose sombríamente de habitación en habitación. No podía quedarse aquí. No era bienvenido, lo sabía. No tenía amigos aquí, nadie que lo apoyara. Lady Catherine, sin embargo, lo apoyaría, lo sabía. Ella simpatizaría con él y su posición, y seguramente tendría algo que decir sobre las chicas Bennet yéndose a Londres con Darcy y Bingley.

Finalmente, con las maletas hechas, Collins se paró en el pasillo de Longbourn y miró alrededor de la casa fría y vacía, los sirvientes ni siquiera lo suficientemente interesados como para preguntar cuándo regresaría. Respiró hondo y cerró la puerta tras de sí, partiendo hacia Hunsford. Lady Catherine lo apoyaría, lo sabía, y tendría mucho que contarle.

Fue un viaje frío y miserable de regreso a Hunsford, viajando por correo y luego en un coche de alquiler desde Bromley. El paisaje a su alrededor estaba desnudo, los árboles rígidos y sin hojas, y un viento frío soplaba a través de los campos, haciendo que Collins se envolviera más estrechamente en su abrigo. Los cielos estaban grises y amenazantes, y los caminos duros y con surcos. El aire frío y cortante mordía las mejillas de Collins, y se encontró deseando no haberse visto obligado a viajar. Pero no tenía elección. No tenía a nadie que lo ayudara, nadie que lo apoyara. Estaba solo, y era miserable.

Por fin, el coche llegó a Rosings Park, y Collins bajó tambaleándose, con las piernas rígidas y doloridas. Nunca había hecho un viaje así antes, y estaba incómodo y poco acostumbrado a ello. Se apresuró hacia la puerta principal de Rosings, temblando de frío, y golpeó la puerta. Cuando el lacayo la abrió, se abrió paso hacia el interior, incapaz de soportar el frío ni un momento más.

—Señor Collins —el lacayo lo miró, sobresaltado, y Collins se dio cuenta tardíamente de cómo debía verse. Sin afeitar, con el cabello despeinado, el abrigo arrugado y las mejillas rojas por el frío, debía ser una visión lamentable.

—Lléveme ante Lady Catherine —exigió, y el lacayo dudó.

—Por supuesto, señor Collins, pero quizás le gustaría refrescarse primero.

—Lléveme ante Lady Catherine —insistió Collins, y el lacayo cedió, guiándolo a través del gran vestíbulo y subiendo la majestuosa escalera. Collins apenas podía seguirle el paso, con las piernas aún rígidas por el viaje, y entró jadeando en la sala de estar donde Lady Catherine estaba sentada.

—Señor Collins. —La dama levantó la vista, sobresaltada por su repentina entrada, y Collins pudo ver la desaprobación instantánea en su rostro. No podía culparla, pero no tenía tiempo para hacerse presentable. Necesitaba su apoyo, y lo necesitaba ahora.

—Lady Catherine —dijo—, vengo a usted en las circunstancias más desesperadas. Le ruego, por favor, que me escuche.

—Por supuesto. —La voz de Lady Catherine era gélida—. Siéntese, señor Collins, y dígame qué lo tiene en este estado.

Tomó asiento, y el lacayo se apresuró a servirle té. Collins envolvió sus dedos alrededor de la taza de té, sintiendo el calor filtrarse en sus manos frías, y dio un sorbo al líquido caliente. Le quemó la boca, pero no le importó. Necesitaba entrar en calor.

—Lady Catherine —comenzó de nuevo, y ahora su voz era firme—. Usted sabe, por supuesto, que ahora soy el propietario de Longbourn.

—En efecto —dijo Lady Catherine, y Collins sintió el peso de su desaprobación. Ella había dejado muy clara su insatisfacción cuando el señor Collins le escribió para informarle que había heredado. Era bastante inconveniente para Lady Catherine tener un coadjutor en su parroquia en lugar de su clérigo elegido, después de todo—. Le sugerí que debería casarse con una de sus primas. ¿Ha ocurrido esa alianza?

—No, su señoría —dijo Collins—. Me complació mucho conocer a mis hermosas primas, y de hecho, me enamoré bastante de la segunda mayor, la señorita Elizabeth. Esperé un tiempo respetable después del fallecimiento de su padre antes de hacerle una propuesta de matrimonio, ¡que ella rechazó! —Luchó por contener su amargura—. Quedé asombrado, Lady Catherine, pues siempre había entendido que mis primas no estaban bien dotadas y que un matrimonio conmigo sería una gran mejora en su situación. Estoy seguro de que no puede imaginar la rudeza con la que la señorita Elizabeth me rechazó.

Los ojos de Lady Catherine se entrecerraron.

—En efecto.

—Pero —dijo el señor Collins, decidido a convencer a Lady Catherine de la virtuosa manera en que había actuado—, acepté su rechazo y dirigí mi atención a la siguiente hermana mayor, Mary,

quien de hecho ya me había insinuado que miraría con favor mi proposición.

—Estoy segura de que actuó usted con la máxima propiedad, señor Collins —dijo Lady Catherine, y Collins no pudo evitar sentirse reconfortado por su aprobación.

—Gracias, Lady Catherine. Me esforcé por hacerlo, pero lamento decir que la señorita Mary también me rechazó cuando le ofrecí mi mano.

—Vaya, vaya. —Lady Catherine le lanzó una mirada penetrante, y el señor Collins tuvo la incómoda sensación de que ella sabía que estaba omitiendo bastantes detalles—. Eso debe haber sido muy incómodo para usted, señor Collins, especialmente con las jóvenes en cuestión aún residiendo bajo su techo.

—¡Fue de lo más impropio! —coincidió el señor Collins—. Una situación completamente insostenible, estoy seguro de que su señoría estará de acuerdo. Así que, ah, me vi obligado a pedirles que se mudaran y se quedaran con otros familiares, ¡de los cuales están muy bien abastecidas, se lo aseguro!

Los ojos de Lady Catherine se entrecerraron aún más, y el señor Collins se apresuró a continuar.

—De hecho, la hermana de la señora Bennet reside a un corto paseo de Longbourn, pero no fueron con ella. La mayor de las señoritas Bennet se había comprometido —¡sin mi bendición, ya que aún estaba de luto!— con un tal señor Bingley que estaba alquilando Netherfield, una propiedad cercana, y se instalaron allí, de manera bastante escandalosa.

—¿Netherfield? —Lady Catherine inclinó la cabeza—. ¿Bingley? Conozco ese nombre. ¿No es allí donde se alojaba mi sobrino Darcy este otoño?

El señor Collins ocultó una pequeña sonrisa victoriosa.

—En efecto, Lady Catherine, y me apena decirle que desde que su sobrino ha estado en el vecindario, la señorita Elizabeth Bennet ha hecho todo lo posible por cruzarse en su camino.

—¡Inconcebible! —exclamó Lady Catherine, finalmente animándose—. ¿Y aun así, usted pensó en casarse con esta desvergonzada?

—Lady Catherine, si al casarme con la señorita Elizabeth hubiera podido eliminarla como distracción para el señor Darcy, gustosamente habría sacrificado mi felicidad futura por tal causa —dijo el señor Collins con aire piadoso.

—Ya veo —dijo Lady Catherine, con voz fría, y Collins se sintió mejor.

—Pero ella me rechazó, Lady Catherine, empeñada en su persecución de su sobrino, y ahora me dicen que reside en Londres como su invitada, mientras que yo soy tratado como un paria. Ninguno de mis vecinos me ha visitado, ¡de hecho, no he recibido ni una sola invitación a cenar!

—El señor Collins logró contenerse antes de contarle a Lady Catherine que todos los sirvientes

de Longbourn se habían ido con los Bennet; Lady Catherine tenía fuertes opiniones sobre las personas que no podían manejar a sus propios sirvientes.

—Ha sido usted muy maltratado, señor Collins.

—Gracias, su señoría —dijo Collins, y se sintió un poco mejor—. Incluso me vi obligado a abandonar temprano la Asamblea local. Fui muy insultado. No se me ofreció ninguna bienvenida, ninguna hospitalidad, y no pude quedarme. Ninguno de mis vecinos quería siquiera hablar conmigo, Lady Catherine. He sido completamente abandonado por aquellos que deberían ser mis amigos. Solo un hombre, un tal señor Wickham, me habló, y solo para quejarse del señor Darcy, de quien dijo que lo había tratado injustamente.

—¿El señor Wickham? —Lady Catherine arqueó una ceja—. No he oído hablar de este hombre.

—Es teniente en la milicia, su señoría —dijo Collins—, y me contó que había sido criado por el padre del señor Darcy, pero que el señor Darcy lo había tratado injustamente, y debo decir que me inclino a creerle, pues el señor Darcy ciertamente no ha actuado como un caballero conmigo. Debo decir, Lady Catherine, que me sorprendió mucho la magnitud de las atenciones del señor Darcy hacia la señorita Elizabeth, pues seguramente no podría considerar tal unión. La señorita Elizabeth es hija de un caballero, sin duda, pero no tiene dote de la que hablar.

—Sería una unión de lo más inapropiada —dijo Lady Catherine fríamente—. Le agradezco, señor Collins, por haber traído este asunto a mi atención. Ciertamente tomaré medidas para corregir el desafortunado malentendido de mi sobrino y separarlo de este enredo tan inadecuado.

—Una excelente idea, Lady Catherine —dijo Collins, pero su señoría aún no había terminado.

—Sin embargo —dijo, y golpeó ligeramente la alfombra con un pie enfundado en una zapatilla —, debo insistir en que regrese a Longbourn de inmediato y retome sus deberes allí. Usted es el amo de esa propiedad, señor Collins, y es su deber asegurarse de que esté bien administrada.

—Sí, su señoría —dijo Collins, inclinando la cabeza. No tenía ningún deseo de volver a Longbourn, no a esa casa vacía, pero Lady Catherine lo había ordenado y no podía negarse.

—Buen día, señor Collins —dijo Lady Catherine, levantando la barbilla.

Él la miró parpadeando por un momento, luego se puso de pie de un salto e hizo una reverencia, retrocediendo hacia la puerta.

—Su servidor, Lady Catherine —dijo, y ella inclinó la cabeza—. Gracias, Lady Catherine. Estoy seguro de que usted...

—Buen día, señor Collins —repitió Lady Catherine, y él no tuvo más remedio que marcharse, con el lacayo cerrando la puerta tras él.

Mientras lo acompañaban a la puerta principal, el señor Collins enderezó la espalda. Lady Catherine le había ordenado regresar a Longbourn, pero también había dejado claro que tomaría medidas.

En efecto, pensó con suficiencia, Elizabeth Bennet lamentaría haberlo tratado tan duramente. Lady Catherine ciertamente le haría saber sin rodeos que no debería haber perseguido al señor Darcy.

Y Elizabeth, Elizabeth estaría destrozada y humillada, y volvería arrastrándose a Longbourn, suplicando su perdón y rogándole que se casara con ella después de todo.

Era lo que se merecía, pensó el señor Collins con una oleada de satisfacción vengativa. Ella vendría con la cabeza gacha y el espíritu quebrantado, y él la reprendería por sus caprichos, por su desafío, por su negativa a doblegarse a su voluntad. Oh, se casaría con ella, pues le había dicho a Lady Catherine que haría su esposa a una de las chicas Bennet, y Elizabeth era la que él quería. Pero la haría arrepentirse del día en que se atrevió a desafiarlo.

—Señor Collins —dijo el mayordomo, y él volvió en sí de golpe, dándose cuenta de que había estado allí de pie sonriendo para sí mismo durante varios momentos—. ¿Su abrigo, señor?

—Gracias, Marchbanks —dijo Collins—. Lady Catherine ha sido muy generosa.

—En efecto, señor —dijo Marchbanks, y el señor Collins no pudo evitar sentir que lo estaban tratando con condescendencia. ¡El hombre debía conocer su lugar!—. Por aquí, señor.

Siguió a Marchbanks hasta la puerta, donde el lacayo le ayudó a ponerse el abrigo y el sombrero, entregándole sus guantes y bufanda.

—Que tenga un buen día, señor —dijo Marchbanks, abriendo la puerta, y Collins salió al frío, sus botas crujiendo sobre la nieve. El lacayo cerró la puerta tras él y se estremeció por el frío, subiendo su bufanda sobre la nariz y la boca. Hacía mucho frío, en efecto, pensó, pero se sentía reconfortado por sus pensamientos. Oh, Elizabeth Bennet volvería a Longbourn, sin duda, y vendría a él de rodillas, suplicándole que se casara con ella.

Collins dio unos pasos, sus botas crujiendo sobre la nieve, e imaginó a Elizabeth, con su espíritu orgulloso y obstinado quebrantado, cayendo de rodillas ante él en el salón delantero y suplicándole.

—Por favor, señor Collins —diría ella—, por favor cásese conmigo, señor, seré una esposa buena y obediente para usted.

Sí, pensó el señor Collins. Sí, así sería. Se casaría con ella, y ella sería su esposa, y él quebrantaría ese espíritu orgulloso y obstinado suyo. Ella se sometería a él, oh sí que lo haría.

Ella calentaría su cama y cargaría con sus hijos, y cuidaría de su hogar, y bajaría la cabeza y le obedecería en todo.

—Por favor, perdóneme, señor Collins —diría ella, y él la imaginó arrodillada ante él, con las manos juntas y la cabeza inclinada—. Le prometo, señor Collins, que nunca más seré obstinada ni desafiante. Le obedeceré en todo, señor Collins. Por favor, señor Collins, se lo suplico, seré una buena esposa para usted. —Y ella bajaría la cabeza y esperaría su orden.

Sí, pensó el señor Collins. Ella volvería arrastrándose hacia él, y lo lamentaría, y al final la tendría. Siempre la había deseado, después de todo, aunque su espíritu obstinado no le agradaba. Pero la curaría de eso. Ella sería mansa y sumisa, le obedecería, y sería una buena esposa para él. Oh sí, ella le obedecería en todo una vez que hubiera terminado de quebrantar su espíritu.

—¿Señor? —dijo el conductor del carruaje de alquiler que esperaba, y el señor Collins se sobresaltó. Había estado imaginando a Elizabeth, con la cabeza inclinada y el pelo suelto, los ojos clavados en el suelo mientras se arrodillaba ante él, vencida y sumisa. Se sacudió y sonrió al conductor.

—Gracias —dijo, y subió de nuevo al carruaje de alquiler. Sí, en efecto. Elizabeth Bennet lamentaría mucho la forma en que lo había tratado.



Los labios de Lady Catherine se tensaron de ira mientras observaba cómo el carruaje de alquiler del señor Collins desaparecía por el camino de entrada. Siempre había tenido la intención de que su sobrino se casara con su hija. Había sido planeado desde la cuna; Darcy estaba destinado a ser su yerno. Anne era una chica tranquila, pero adoraba a Darcy, y él siempre la había tratado con afecto. Su salud era delicada, pero Darcy era un hombre de gran riqueza e influencia, y sabía que no escatimaría en gastos de médicos para Anne.

Y ahora esta pequeña advenediza, esta mocosa, se había atrevido a poner sus ojos en Darcy. Lady Catherine era muy consciente de que Darcy podía elegir a quien quisiera, incluso a la hija de un duque, por lo que nunca se había preocupado por la posibilidad de que fuera atrapado por una chica inadecuada. Siempre había pensado que era demasiado orgulloso y quisquilloso para interesarse por la mera hija de un terrateniente rural, pero suponía que era bastante natural que un hombre quisiera una esposa joven y saludable.

—¡Marchbanks! —llamó, y el mayordomo apareció como por arte de magia—. Dígale a la señora Jensen que partiremos hacia Londres mañana. Debe tener las maletas listas.

—Muy bien, mi señora. —Marchbanks hizo una reverencia y se retiró, y Lady Catherine se recostó en su silla. Había perdido por completo el gusto por el té, pero levantó su taza y bebió un sorbo por un momento, mirando a su alrededor. El opulento entorno era un testimonio de su riqueza y estatus: finas cortinas de encaje en las ventanas, las alfombras más ricas bajo sus pies, las sillas y sofás tapizados en lujosa seda, el elegante juego de té de la porcelana y plata más finas. Suspiró, dejando su taza, y luego sus pensamientos se dirigieron a lo que el señor Collins le había contado.

Lady Catherine se levantó y salió de su salón. Recorrió majestuosamente el pasillo y llamó a la puerta de su hija, entrando al suave "Adelante" de Anne.

—Madre —dijo Anne, levantándose de su silla frente al tocador.

—Viajaremos a Londres mañana, Anne —dijo Lady Catherine—. A la Casa Darcy. Hablaré con tu primo sobre sus intenciones.

Anne bajó la mirada con recato.

—Sí, madre.

—Él se casará contigo —dijo Lady Catherine—. No permitiré que sea de otra manera.

—Estoy segura de que lo logrará, madre —dijo Anne en voz baja—. Me acostaré temprano esta noche.

—Bien —dijo Lady Catherine—. Instruiré a tu doncella para que haga tu equipaje.

—Gracias, madre —dijo Anne suavemente, y Lady Catherine salió de la habitación de su hija, sintiendo una nueva oleada de ira. Anne era una chica dócil, siempre obediente a su madre. Nunca se habría atrevido a desafiar a Lady Catherine como aparentemente Elizabeth Bennet había desafiado al señor Collins. Anne sería, en efecto, una esposa perfecta para Darcy, silenciosa y obediente, nunca discutiendo ni desafiándolo.

Iría a Londres, resolvió Lady Catherine, y hablaría ella misma con Darcy. Y hablaría con la familia Bennet, y les haría saber que se habían excedido. Elizabeth Bennet se había atrevido a desafiar al señor Collins, pero la mocosa no se atrevería a desafiar a Lady Catherine de Bourgh.



Capítulo Veinte

EL GRAN CARRUAJE SE detuvo frente a la Casa Darcy, con el escudo de armas de los de Bourgh grabado en su costado. El lacayo uniformado saltó para abrir la puerta, y Lady Catherine de Bourgh descendió, con la cabeza en alto. Lucía espléndida en una rica pelliza de terciopelo verde adornada con piel, su sombrero una imponente creación de plumas y encaje. Subió los escalones hacia la puerta principal, con su lacayo apresurándose para mantener el paso. La Casa Darcy era una mansión imponente en la mejor zona de Londres, un edificio alto y elegante de piedra blanca. La puerta principal estaba flanqueada por dos columnas, y las ventanas eran altas y anchas, insinuando la riqueza y el estatus de la familia en su interior.

Lady Catherine no se detuvo a admirar la casa, aunque no había estado allí en muchos años. Estaba en una misión y no se dejaría disuadir. Mientras el lacayo golpeaba la puerta, ella se mantuvo erguida, con una expresión de determinación en su rostro.

El mayordomo abrió la puerta, haciendo una profunda reverencia.

—Lady Catherine de Bourgh —anunció el lacayo.

—Lady Catherine —dijo el mayordomo, inclinándose nuevamente—. Por favor, pase. La señorita Darcy está en casa.

Lady Catherine pasó junto a él sin siquiera reconocer que había hablado. Avanzó por el pasillo, sus faldas susurrando alrededor de sus tobillos, y el mayordomo tuvo que apresurarse para alcanzarla. La condujo al salón, abriendo la puerta y anunciándola:

—Lady Catherine de Bourgh.

Georgiana Darcy estaba de pie en medio de la habitación, con las manos fuertemente entrelazadas. Lady Catherine observó a su sobrina. Georgiana era una joven alta y se había convertido en una belleza. Vestía un sencillo vestido de muselina blanca, su cabello

ordenadamente recogido en un moño en la parte posterior de su cabeza. Estaba temblando, sus manos se agitaban, y su voz tembló cuando intentó hablar:

—Tía Catherine, yo...

—¿Dónde está Darcy? —Lady Catherine interrumpió a Georgiana antes de que pudiera tartamudear su saludo—. Necesito hablar con él inmediatamente.

—Oh, pero...

—¡Inmediatamente, niña! Traiga a mi sobrino, de inmediato —ordenó Lady Catherine, volviéndose hacia el mayordomo.

—Él no está aquí.

La voz de Georgiana era suave, pero ya no temblaba, y Lady Catherine se giró de nuevo para fruncir el ceño a su sobrina.

—¿Qué quieres decir con que no está aquí? ¿Dónde está, entonces?

Georgiana enderezó la espalda y levantó la barbilla valientemente.

—Disculpe, tía Catherine, pero no teníamos aviso de que planeaba visitarnos, o mi hermano seguramente habría estado aquí para recibirla. Como tenemos la casa llena de invitadas femeninas en este momento, mi hermano ha decidido, por el bien de la propiedad, quedarse con su amigo, el señor Bingley. Puedo enviar una nota para avisarle que usted está aquí.

Furiosa por verse frustrada en su objetivo inmediato de confrontar a su sobrino, y algo irritada por el aparente desarrollo de carácter de Georgiana en el último año, Lady Catherine cambió de táctica.

—¡Ah, sí, sus invitadas! Veré a la señorita Elizabeth Bennet de inmediato, entonces.

Georgiana parpadeó.

—¿Conoce a la señorita Elizabeth, tía Catherine?

—Ciertamente que no, y no tengo deseos de hacerlo, pero hablaré con ella de todos modos. Ahora, ¿dónde está?

—Estoy justo aquí, señora —dijo una voz fría, y desde una silla cerca de la ventana se levantó una joven con un libro en la mano—. Lady Catherine de Bourgh, supongo —una ceja oscura se arqueó con insolencia.

Brevemente desconcertada por la aparente indiferencia de la joven, Lady Catherine se recuperó rápidamente.

—Señorita Bennet, tengo algunas palabras que decirle —avanzó hacia la joven, sus faldas susurrando—. Ha estado conspirando para atrapar a mi sobrino, ¿no es así?

Elizabeth parpadeó.

—Le ruego me perdone, mi lady.

—¡Me ha oído, muchacha! ¡Ha estado tramando y conspirando para atrapar a Darcy en matrimonio! —los ojos de Lady Catherine estaban desenfrenados de furia—. ¡Rechazó una propuesta perfectamente adecuada del señor Collins, que habría asegurado el futuro de toda su familia, con la esperanza de enredar a mi sobrino! ¡He oído todo sobre usted, señorita Elizabeth Bennet, y no lo permitiré! ¡Renunciará inmediatamente a cualquier interés que tenga en mi sobrino! —hizo un gesto brusco y despectivo.

Elizabeth levantó la barbilla.

—Me temo, Lady Catherine, que usted está bajo una idea equivocada. No tengo intención de atrapar al señor Darcy en matrimonio. De hecho, el señor Darcy no ha dado ninguna indicación de que tenga intención de casarse conmigo.

—¡Por supuesto que no! —exclamó Lady Catherine—. ¡Usted está por debajo de él! ¡Nunca la consideraría!

—Entonces no tiene nada que temer, Lady Catherine —dijo Elizabeth con frialdad.

El rostro de Lady Catherine estaba rojo.

—¡Renunciará a cualquier interés que tenga en él, señorita Bennet, o la haré arrepentirse!



Afuera, un segundo carruaje se detenía frente a la Casa Darcy. Este, a diferencia de la ostentosa monstruosidad de Lady Catherine, era elegante y discreto, negro brillante con el escudo de armas de Matlock pintado discretamente en la puerta. El cochero saltó de su asiento y abrió la puerta, inclinándose mientras Lord y Lady Matlock descendían.

Fueron recibidos por el mayordomo y conducidos al interior de la casa, donde la tensión en el aire era palpable. En silencio, el mayordomo los llevó al salón.

—¡Renunciará a cualquier interés que tenga en él, señorita Bennet, o la haré arrepentirse!

Lord y Lady Matlock oyeron la voz estridente de Lady Catherine mientras se acercaban, y luego una voz tranquila y firme, que supusieron era la de la señorita Elizabeth Bennet.

—Me temo, Lady Catherine, que no puedo complacerla.

Lord Matlock intercambió una mirada con su esposa. Parecía que Lady Catherine había tomado el asunto en sus propias manos. Esta era, sin duda, una situación delicada. Él había conocido a la señorita Elizabeth Bennet en algunas ocasiones y había quedado impresionado con su ingenio e

inteligencia. No dudaba, sin embargo, que Lady Catherine no se dejaría persuadir tan fácilmente. Dando un paso adelante, se aclaró la garganta ruidosamente para atraer la atención de su hermana.

El rostro de Lady Catherine estaba enrojecido en un tono poco favorecedor, sus manos gesticulando bruscamente.

—¡Hará lo que yo diga, muchacha! —gritó, y luego se giró, su voz elevándose—. ¡Henry, Helen, deben hablar con Darcy! No está aquí, pero deben hacerle entrar en razón. No puede estar tan engañado por esta pequeña descarada como para... —sacudió la cabeza con disgusto.

Lord Matlock alzó una ceja.

—Catherine —dijo, con voz fría—, creo que ya has dicho suficiente.

Elizabeth se mantuvo erguida, sus manos firmes a los costados.

—Lord Matlock, Lady Matlock, buenas tardes —no hizo una reverencia, y Lady Matlock no la culpó—. Me temo que no puedo complacer a Lady Catherine en este asunto.

—Y ciertamente, no lo hará —dijo Lady Matlock con calma—. Catherine está siendo completamente ridícula.

—¡*Ridículo*! —La voz de Lady Catherine se elevó hasta convertirse en un chillido—. Helen, no puedes decir en serio que aprobarás esto. Henry, debes hablar con Darcy, hacerle entrar en razón. No puede casarse con esta... —Buscó una palabra apropiadamente condenatoria—. ¡Esta *don nadie*!

Lord Matlock se irguió en toda su estatura, dominando a su hermana.

—Catherine, las decisiones de Darcy son suyas y no están sujetas a interferencias.

—¡Las sombras de Pemberley no serán así mancilladas! —le gritó Lady Catherine—. ¿Cómo puedes faltarle el respeto a la memoria de nuestra hermana de esta manera? Era el deseo más querido de Anne que...

—No, no lo era —la interrumpió Lord Matlock con firmeza—. Anne desaprobaba la idea de que los primos se casaran, si lo recuerdas. Me disuadió de proponerle matrimonio a nuestra prima Julia, lo cual fue una bendición por la que estaré eternamente agradecido —lanzó una rápida sonrisa a Lady Matlock—. Ciertamente no aprobaría que su hijo se casara con su prima hermana.

La reacción de Lady Catherine ante la firme negativa de Lord Matlock a su apelación fue todo un espectáculo. Su rostro se enrojeció aún más, sus fosas nasales se dilataron. Por un momento, Elizabeth pensó que incluso podría dar una patada en el suelo.

—No me despido de ninguno de ustedes —dijo fríamente—. No lo merecen —lanzó una última mirada de desprecio en dirección a Elizabeth, y luego giró bruscamente, sus faldas susurrando

con el movimiento, y salió majestuosamente del salón con la cabeza en alto.

Sus pasos resonaron por el pasillo, rápidos y decididos. No dedicó ni una mirada a las doncellas y lacayos que pasaba, todos los cuales se encogieron contra las paredes.

—Que traigan mi carruaje inmediatamente —le espetó al mayordomo, quien se inclinó y se apresuró a cumplir.

La atmósfera en Darcy House cambió palpablemente en el momento en que Lady Catherine se fue.

Elizabeth permaneció inmóvil por un momento, respirando profundamente y deseando que su corazón dejara de latir tan rápido. Se había enfrentado a Lady Catherine, pero no se hacía ilusiones sobre lo que realmente la había salvado. Se volvió primero hacia Lord Matlock.

—Milord —dijo, con la voz estabilizándose—. Le agradezco su intervención.

Se volvió entonces hacia Lady Matlock.

—Milady, también le agradezco a usted —miró alrededor del salón, que de repente parecía mucho más brillante, con la luz del sol entrando a raudales por las ventanas, y los elegantes muebles menos intimidantes. Georgiana todavía temblaba, pero empezaba a calmarse, y Elizabeth sintió una oleada de gratitud. Tendría que expresar claramente su agradecimiento, pero sabía que nunca podría expresar lo agradecida que estaba de que Lord y Lady Matlock hubieran llegado cuando lo hicieron.

—Oh, Elizabeth —dijo Lady Matlock cálidamente, acercándose y tomándole las manos—. No nos necesitabas en absoluto. Catherine no tiene poder sobre ti. Ni sobre ti, Georgiana —lanzó una mirada a su sobrina, quien se hundió en una silla, presionando sus manos contra su rostro.

—La señorita Elizabeth parecía tener la situación bajo control incluso antes de que llegáramos —dijo Lord Matlock, tomando asiento junto a Georgiana y dándole unas palmaditas reconfortantes en el hombro—. Muy impresionante, debo decir —su expresión era amable mientras miraba a Elizabeth y añadía—: Señorita Elizabeth, no tiene nada que temer de nosotros. Quiero que sepa que Darcy tiene nuestro total apoyo en su cortejo hacia usted.

Su tono era gentil, y Elizabeth sintió que una oleada de alivio la invadía. Sus ojos se humedecieron ligeramente, y parpadeó rápidamente para aclararlos.

Lady Matlock asintió en acuerdo, su expresión cálida y comprensiva.

—En efecto, Elizabeth —dijo—. Henry y yo hemos creído desde hace tiempo que serías una excelente esposa para Darcy.

Elizabeth dudó un momento, antes de forzar una sonrisa valiente.

—Solo puedo decirles lo que le dije a Lady Catherine; que el señor Darcy no me ha dado ninguna indicación de que pretenda casarse conmigo.

Hubo un breve silencio, y luego Lord Matlock soltó una corta risa ahogada.

—En ese caso, querida —dijo, levantándose y acercándose a ella, colocando ambas manos sobre sus hombros antes de inclinarse y besarla suavemente en la mejilla—, mi sobrino es un idiota.

Elizabeth no supo muy bien qué responder a eso, así que apartó la mirada y se encontró con los ojos de Georgiana. La joven aún estaba pálida, pero su temblor había cesado, y logró esbozar una sonrisa cuando Elizabeth la miró.

—Fuiste tan fuerte y valiente —dijo Georgiana, con los ojos muy abiertos—. Nunca he visto a nadie enfrentarse así a mi tía.

Elizabeth sonrió dulcemente mientras tomaba asiento junto a su joven amiga. Tomó las manos de Georgiana entre las suyas, notando el contraste entre los fríos dedos de Georgiana y su propio agarre firme.

—Georgiana —dijo, con tono tranquilizador—, debo agradecerte tu presencia hoy. Has sido una amiga tan buena para mí, y no podría haber enfrentado a Lady Catherine sin tenerte a mi lado.

Los ojos de Georgiana se abrieron aún más, y miró a Elizabeth, su expresión cambiando lentamente de ansiedad a alivio.

—Oh, Elizabeth —dijo finalmente, y Elizabeth le apretó las manos suavemente.

—No te preocupes, Georgiana —dijo en voz baja—. Todo estará bien.



Darcy y Bingley caminaron hacia Darcy House esa mañana, planeando unirse a las damas Bennet para el almuerzo. La boda de Bingley y Jane tendría lugar al día siguiente; a pesar de su entusiasmo por la tarea, Bingley no había podido asegurar inmediatamente un clérigo para realizar la ceremonia, pero finalmente se había encontrado uno. Las hermanas de Bingley y el señor Hurst habían sido invitados a la boda, y se esperaba que llegaran esa tarde. La resolución de Darcy de nunca más pasar otra noche bajo el mismo techo que Caroline Bingley significaba que se mudaría con los Matlock, y su ayuda de cámara estaba en ese momento empacando sus pertenencias.

Por ahora, Darcy y Bingley disfrutaban de la compañía del otro, en este, el último día de Bingley como soltero. Caminaban por la calle, esquivando montones de nieve barrida y riendo, al menos

hasta que Darcy divisó un carruaje familiar en la acera frente a Darcy House y la risa murió en sus labios.

—¡Ese es el carruaje de mi tía!

—¿Lady Matlock? —preguntó Bingley obtusamente.

—No... ¡Lady Catherine! ¿Qué está haciendo aquí? —Darcy aceleró el paso, pero antes de que pudiera llegar al carruaje, Lady Catherine salió furiosa de Darcy House, bajó los escalones, y el lacayo la ayudó a subir al carruaje. El cochero fustigó a los caballos y se fueron, dejando a Darcy preguntándose por qué Lady Catherine habría venido en absoluto. Un sentimiento de desasosiego lo invadió y se apresuró a subir los escalones y entrar en la casa, pasando junto al mayordomo cuya expresión sombría no auguraba nada bueno.

—Darcy —dijo Lord Matlock cuando Darcy irrumpió en el salón. Darcy captó la escena rápidamente: Elizabeth sentada junto a Georgiana en el sofá, las manos de la joven entre las suyas, con los ojos muy abiertos y pálida. Lady Matlock sentada cerca, con una leve sonrisa en los labios.

—Bien, sobrino —dijo Lord Matlock—, parece que hemos tenido una mañana bastante movida.

—En efecto —dijo Darcy con voz inexpresiva. No podía mirar a Georgiana ni a Elizabeth, aún no. Con los puños apretados a los costados, se forzó a decir—: Señorita Elizabeth. Debe perdonar a mi tía. No debería haber venido aquí...

—Ha estado tratando de imponernos su ley a todos, Darcy —exclamó Lady Matlock.

—En efecto —dijo Lord Matlock, con un tono algo seco—. No parece entender que eres un hombre adulto y que puedes y vas a tomar tus propias decisiones.

Darcy apretó la mandíbula. Por fin miró a Elizabeth, quien le sostuvo la mirada con firmeza, y luego a Georgiana, que se esforzaba por no temblar.

—Elizabeth, Georgiana —dijo, suavizando el tono—, ¿están ambas bien?

—Yo estoy bien —dijo Elizabeth con voz firme—, pero Georgiana...

—Estoy bien, Fitzwilliam —dijo Georgiana con valentía. Intentó sonreír, pero le tembló el gesto.

El rostro de Darcy se tensó. Miró de nuevo a Elizabeth, quien le dio un pequeñísimo asentimiento.

—Me disculpo por su interferencia. Les aseguro que no volverá a suceder.

—Bueno, Darcy —dijo Lord Matlock, acomodándose en su silla—. Debo decir que creo que Elizabeth tenía la situación bien controlada antes de que llegáramos. Creo que te habrías sentido muy orgulloso de ella.

—Estoy orgulloso de ella —dijo Darcy, incapaz de ocultar la emoción en su voz. Elizabeth bajó la mirada, con las mejillas sonrosadas—. Pero les agradezco su apoyo. Estoy agradecido, señor, señora.

—Y lo tienes —dijo Lady Matlock en voz baja—. Siempre lo has tenido.

Darcy inclinó la cabeza.

—Gracias —dijo de nuevo. Volvió a mirar a Elizabeth—. ¿Le gustaría dar un paseo conmigo, señorita Elizabeth? —Estaba desesperado por saber qué le había dicho Lady Catherine. Podía adivinar bien qué había provocado a su tía; el señor Collins era la única fuente posible de cualquier información que pudiera haber llegado a su tía sobre el interés de Darcy por Elizabeth.

—Por supuesto, señor Darcy —respondió Elizabeth con compostura, dando unas palmaditas en la mano de Georgiana antes de levantarse y alisarse las faldas—. Iré a buscar mi capa.

Darcy y Elizabeth caminaron lentamente por los jardines de Darcy House. La nieve crujía bajo sus pies, las ramas desnudas de los árboles se recortaban contra el pálido cielo. Darcy ofreció su brazo a Elizabeth y ella lo tomó, posando su mano enguantada sobre la manga de su abrigo.

—Señorita Elizabeth —dijo él tras un momento de silencio—. Debo agradecerle el valor que ha demostrado hoy.

Elizabeth lo miró de reojo.

—No sé a qué se refiere, señor.

—Lady Catherine —dijo Darcy—. Usted le plantó cara, lo sé.

Elizabeth sonrió un poco, apartando la mirada.

—Ella no tenía poder para lastimarme, señor Darcy. Me niego a permitir que alguien tan completamente desvinculado de mí tenga influencia alguna sobre mis pensamientos o acciones.

—¿Qué le dijo? —preguntó Darcy, casi suplicante.

—Solo puedo suponer que el señor Collins le contó una historia lastimera, pintándome como una mujer escarlata dispuesta a atraparle, señor —los labios de Elizabeth se curvaron—. Lady Catherine intentó ordenarme que renunciara a cualquier interés en usted.

La mandíbula de Darcy se tensó de rabia, pero una mirada al divertido rostro de Elizabeth calmó su furia.

—¿Y usted se negó?

Elizabeth dudó.

—Lo hice —dijo, pero Darcy sintió que había más que quería decir.

Llegaron a un banco, y Darcy quitó suavemente la nieve con su mano. Elizabeth lo miró con los ojos muy abiertos, y él le hizo un gesto para que se sentara.

—Por favor —dijo—, permítame decir esto —se arrodilló ante ella, tomando su mano entre las suyas—. No la he presionado, o he intentado no hacerlo, consciente de que está de luto por la muerte de su padre.

Elizabeth tomó una profunda bocanada de aire frío invernal.

—Agradezco su consideración —dijo finalmente—. Debe saber que no tenía idea de que siquiera me admiraba, hasta que descubrí que había pedido permiso a mi padre para cortejarme.

Darcy tragó saliva, el impacto de aquella mentira volviendo a él de repente. La había dicho en un intento desesperado de protegerla de Collins, casi la había olvidado, pero ahora... no podía dejar que siguiera en pie.

—No pedí permiso a su padre para cortejarla —admitió finalmente, y los ojos de Elizabeth se abrieron de par en par por la sorpresa.

—¿Qué? —jadeó.

—Le dije eso al señor Collins porque insinuó que planeaba casarse con usted, y no podía soportar la idea —admitió Darcy sin rodeos—. Debe entender, solo quería protegerla. Y, aunque entonces no lo había admitido ni siquiera ante mí mismo... ya estaba completamente cautivado por usted.



Elizabeth no sabía qué decir. Que el señor Darcy admitiera haber dicho semejante mentira para protegerla era bastante impactante, ¡pero que luego confesara que realmente había estado enamorado de ella, incluso entonces!

—Desearía haber podido verla enfrentarse a Lady Catherine —dijo él en voz baja—. Debe haber sido una visión magnífica.

Elizabeth solo pudo mirarlo fijamente, con un rubor subiendo por sus mejillas.

—Señor, yo...

Él le apretó suavemente la mano entre las suyas.

—Usted es una visión magnífica —dijo suavemente—. Siempre lo ha sido.

Elizabeth intentó apartar la mirada, pero no pudo. Estaba atrapada por el intenso azul de sus ojos. Podía ver la nieve empezando a caer de nuevo a su alrededor, suave y silenciosa, pero estaba capturada en ese momento.

—Señor Darcy —dijo finalmente, y su voz temblaba—. Yo...

—Elizabeth —dijo él—. Por favor, debe permitirme decir esto —alzó la mano y tocó suavemente su mejilla con su mano enguantada—. Debe permitirme decirle cuánto la admiro y amo ardientemente.

Elizabeth tomó una profunda bocanada de aire y negó con la cabeza. No podía escuchar esto, no podía. No estaba lista.

—Señor —dijo, y se sintió orgullosa de que su voz no temblara—. Yo...

Darcy sonrió un poco.

—Aún no está lista para escuchar eso —dijo con suavidad—. Lo sé. No la forzaré. Pero debe saber que no la dejaré ir.

Elizabeth jadeó.

—¡Señor, eso no le corresponde decirlo!

La sonrisa de Darcy se ensanchó.

—Oh, pero sí me corresponde —dijo suavemente. Extendió la mano y le quitó un copo de nieve del cabello—. No la dejaré ir, Elizabeth Bennet. Usted es mía y yo soy suyo, y esperaré todo el tiempo que necesite para aceptarlo.

Elizabeth lo miró fijamente, sin palabras, y él se acercó más, con los ojos fijos en los de ella. Casi como si estuviera esperando que ella se apartara, o le abofeteara, pero ella estaba atrapada por esos ojos tan azules, y no podía moverse.

No quería moverse.

Sus labios presionaron los de ella brevemente, suavemente, demasiado brevemente. Cálidos y gentiles, y mientras él se alejaba, Elizabeth se sorprendió inclinándose hacia adelante, buscando más. Buscando otro beso.

Por un momento se miraron fijamente, ambos respirando agitadamente, y el mundo entero pareció detenerse.

Y entonces Jane llamó a Elizabeth desde la casa, y Elizabeth se puso de pie de un salto con un jadeo.

—Debo irme. Debo...

—Elizabeth —dijo Darcy, y ella se detuvo, mirándolo.

Su estómago se revolvía de pánico y no sabía qué decir. Se quedaron mirándose el uno al otro durante un momento interminable, y entonces Darcy sonrió.

—Te amo —lo dijo de nuevo, y esta vez ella sintió que la verdad de esas palabras le llegaba al corazón.

Me ama.

No sabía qué decir, qué hacer, y la expresión tranquila de Darcy le indicaba que él no esperaba que dijera nada, así que Elizabeth se dio la vuelta y huyó, de regreso a la casa y a la familiar seguridad de sus hermanas.



Capítulo Veintiuno

EL CARRUAJE DE POSTA se detuvo en la posada del centro de Meryton, y el señor Collins bajó a la calle empedrada con un suspiro de alivio. No había disfrutado en absoluto su viaje desde Rosings, habiendo pasado solo una noche en Hunsford antes de regresar a casa, pues no quería que Lady Catherine supiera que no lo había hecho de inmediato. Se ajustó el abrigo y se acomodó el sombrero, sacudiéndose el polvo de la ropa con un cuidado meticuloso.

Meryton bullía de actividad, a pesar de la nieve en el suelo y el aire frío. Los habitantes del pueblo se ocupaban de sus asuntos, los cascos de los caballos resonaban en los adoquines. El aire estaba lleno del murmullo de conversaciones, y el estómago del señor Collins rugió cuando captó el aroma del pan recién horneado de la panadería.

—¡Señor Collins! —Miró alrededor para ver al señor Wickham acercándose, con una amplia sonrisa en su rostro.

—Señor Wickham, ¿cómo está usted? —El señor Collins estrechó la mano del otro hombre con entusiasmo—. ¿Confío en que se encuentra bien?

—En efecto, señor, ¿y cómo fue su viaje a Rosings? Supongo que acaba de regresar. Bienvenido de vuelta a Meryton, señor. Hemos echado de menos su compañía —el tono de Wickham era desenvuelto y amistoso.

Las palabras eran corteses, pero quizás las decía en serio. Collins se aferró a ello, mirando fijamente el rostro del hombre más alto, buscando algún indicio de aprobación. Wickham había sido amable con él cuando ni un alma lo reconocía en la Asamblea, y se sentía muy solo.

—¿Le gustaría venir a cenar a Longbourn esta noche, señor? —preguntó, soltándolo sin pensarlo realmente—. Estoy seguro de que la cocinera podrá preparar algo... quizás no al nivel al que está acostumbrado, pero...

—Gracias, señor Collins, sería un honor —dijo Wickham, y Collins se encontró sonriendo con alivio—. Me encantaría saber cómo está Lady Catherine, y ciertamente qué planes tiene para el señor Darcy y la señorita Elizabeth Bennet.

—Ah —El señor Collins se hinchó un poco—. Sí, me temo que la señorita Elizabeth se ha ganado el severo desagrado de su señoría. No estoy en libertad de decir... —Y en efecto no lo estaba, pero sería muy agradable hablar con alguien que escuchara. Wickham siempre había sido cortés y respetuoso, y Collins lo apreciaba.

Se alegraría de tener compañía esta noche. La idea de sentarse solo, noche tras noche, era desalentadora. Era Nochevieja, y recibir el año nuevo solo y solitario era un pensamiento ciertamente desagradable.

—Se acerca la hora de la cena. ¿Caminamos juntos hasta Longbourn? —ofreció Wickham, y el señor Collins asintió felizmente. Era agradable simplemente tener a alguien con quien caminar; la compañía de Wickham se sentía como un escudo contra las miradas de desaprobación de sus vecinos.

—Bienvenido a casa, señor —La nueva ama de llaves, la señora Berry, les abrió la puerta, haciendo una reverencia, y una criada esperaba para tomar sus sombreros y abrigos.

—Gracias, Hill —Collins se arregló el chaleco, se enderezó el cuello y echó un vistazo a su reflejo en el espejo, pasándose los dedos por el cabello—. El señor Wickham cenará conmigo esta noche. ¿Está lista la cena?

—En unos momentos, señor; le avisaré a la cocinera que están listos para cenar.

—Muy bien —Collins se volvió hacia Wickham, indicando al oficial de la milicia que lo precediera—. ¿Vamos?

Se dirigieron al comedor, donde la mesa estaba puesta con un mantel no del todo limpio, cubiertos sencillos y platos simples. Rápidamente les sirvieron una modesta cena de pollo asado y verduras.

—Por favor, señor Wickham, tome asiento —Collins se sentó a la cabecera de la mesa como correspondía al dueño de la casa, y Wickham a su derecha—. Lamento que la comida sea tan escasa, pero la cocinera... —Miró a la criada que estaba de pie junto a la puerta, y luego se levantó para ir al aparador—. Permítame servirle algo de vino.

—Gracias, señor Collins —Wickham se reclinó en su silla, sonriendo con facilidad—. Es muy amable de su parte invitarme a cenar. Estoy seguro de que estará delicioso.

Collins miró el pollo y las verduras, la porción bastante escasa de patatas, y esperó que la carne no estuviera demasiado seca y que el señor Wickham no tuviera demasiada hambre. Sirvió una

generosa copa de vino para el señor Wickham, y otra para sí mismo.

—¿Prefiere una pierna o algo de pechuga, señor Wickham? —Tomó el cuchillo para trinchar, y Wickham sonrió.

—Pechuga, por favor, señor Collins.

—Por supuesto, por supuesto —Collins trinchó—. Me temo que no tenemos el lujo de un lacayo —dijo disculpándose, y Wickham sonrió.

—Es usted afortunado con su personal, señor Collins. Estoy seguro de que hacen lo mejor que pueden.

—En efecto, en efecto lo hacen. Son nuevos, y por supuesto no están acostumbrados a... bueno, las cosas serán bastante diferentes cuando los planes de Lady Catherine se materialicen.

—Por supuesto, señor, estoy seguro de que así será —dijo Wickham con suavidad—. Tiene usted una hermosa casa aquí, señor Collins, y estoy seguro de que será aún más hermosa una vez que Lady Catherine haya intervenido.

Collins se relajó un poco, tomando un generoso sorbo de su vino. Wickham tenía el don de hacer que la gente se sintiera cómoda, pensó, con sus modales encantadores—. Me temo que no tenemos sopa ni pescado esta noche...

—Ese pollo huele realmente delicioso —dijo Wickham con una cálida sonrisa—. Estoy seguro de que será más que suficiente.

Collins solo esperaba que así fuera, tomando otro trago de vino antes de cortar cautelosamente el pollo en su plato. No parecía estar seco en absoluto, para su alivio.

—En efecto, está bastante delicioso —dijo Wickham después de unos bocados, y Collins se pavoneó ante el cumplido—. Dígame, señor Collins, ¿pudo atender adecuadamente a Lady Catherine durante su visita a Kent?

—¡En efecto lo hice, señor Wickham, en efecto lo hice! Su señoría ha sido tan amable, tan graciosa... —Collins no pudo contenerse, y se lanzó a un largo monólogo sobre las muchas gracias de Lady Catherine, su amabilidad, su generosidad, su inteligencia y sus muchos logros. Wickham escuchó educadamente, comiendo su cena, y finalmente Collins llegó al punto, incapaz de resistir la tentación de alardear—. Y por supuesto, pude informarle sobre la tonta fijación del señor Darcy por la señorita Elizabeth.

—¿Oh? —dijo Wickham con una mirada interesada, y Collins asintió.

—En efecto. Lady Catherine estaba muy disgustada —se recostó en su silla, sonriendo—. ¿Le apetece más vino, señor Wickham?

—Por favor, señor Collins —Wickham extendió su copa y Collins se la llenó—. Estoy seguro de que Lady Catherine sabrá exactamente qué hacer.

—¡En efecto, en efecto! Lady Catherine es la mujer más instruida, señor Wickham, ¡la más inteligente! Ella se ocupará del asunto y todo será como debe ser —el señor Collins, sonrojado por el calor del vino, sonrió para sí mismo, imaginando de nuevo a una Elizabeth llorosa y arrepentida arrodillada a sus pies, suplicándole que se casara con ella—. Todo será exactamente como debe ser.

La criada trajo un pudín de ciruelas como postre, y aunque el señor Collins no estaba muy seguro sobre la crema, para entonces había bebido demasiado vino como para que le importara, y ciertamente el señor Wickham se terminó felizmente un gran tazón.

—Bueno, ¡ha sido una cena de lo más agradable, señor Wickham! Quizás le gustaría acompañarme al estudio para tomar una copa de brandy —Collins se limpió los labios con la servilleta y se levantó.

—Sería un honor, señor Collins —Wickham apartó su silla y siguió a Collins hasta el estudio.

Collins encendió algunas velas, molesto porque la criada no hubiera anticipado esta necesidad, y señaló uno de los sillones junto a la chimenea—. Es una noche fría —miró fijamente las llamas —. Bueno, estoy seguro de que una copa de brandy nos sentará bien a ambos —Collins se acercó al aparador y sirvió una generosa medida del ardiente licor para ambos—. Aquí tiene, señor.

—Gracias —Wickham tomó la copa y dio un sorbo, sintiendo el calor extenderse por sus venas —. Es una bebida excelente, señor Collins.

—Tengo que agradecer a mi difunto primo por ella —dijo Collins con un suspiro—. Mi querido padre nunca pudo permitirse tales lujos.

—Bueno, brindemos por su herencia, señor —Wickham alzó su copa en un brindis, y Collins se rio antes de dar un buen trago y mirar a su alrededor.

—Longbourn es un buen premio —guardó silencio brevemente, cavilando sobre el otro premio que debería haber sido suyo, pues Elizabeth debería haber estado allí esa noche también, adornando su mesa con su belleza y encanto. ¡Cómo le envidiaría el señor Wickham cuando por fin fuera su esposa!

—Espero que la intervención de Lady Catherine no llegue demasiado tarde para la reputación de la señorita Elizabeth —dijo Wickham, y Collins lo miró con curiosidad.

—¿Cómo dice?

Wickham dio un largo sorbo a su brandy—. El señor Darcy y yo nos conocemos desde la infancia —dijo al fin—. Nos criamos juntos. Su padre era mi padrino, y yo tenía todas las

expectativas de entrar en la iglesia bajo su patrocinio. Pero cuando el difunto señor Darcy murió, su hijo se negó a honrar los deseos de su padre. Me encontré desamparado y en dificultades financieras, y el señor Darcy se negó a mover un dedo para ayudarme.

Collins frunció el ceño—. Siempre encontré al señor Darcy muy orgulloso —dijo lentamente, y Wickham asintió.

—En efecto. Nunca fuimos amigos, entienda... pero me desvío del tema. El señor Darcy, lo sé, tiene un gran respeto por Lady Catherine, y no tengo duda de que la escuchará con respecto a la señorita Elizabeth. Espero que el haberla rechazado no dañe demasiado su reputación.

—Estoy seguro de que no lo hará —dijo Collins, pensando que quizás eso solo añadiría presión para que Elizabeth volviera a Longbourn y le suplicara perdón. Sonrió.

Wickham sonrió—. Ya veremos, señor Collins, ya veremos —vació su copa—. ¿Otra, quizás?

—Por supuesto —Collins rellenó la copa de Wickham, y la suya propia—. Estaba diciendo, sobre su propio pasado con el señor Darcy...

—Ah, sí. Bueno, sin otras perspectivas me vi obligado a unirme a la milicia, y estoy seguro de que puede imaginar lo poco que me conviene —Wickham suspiró.

—En efecto, señor Wickham. ¡Sus encantadores modales se desperdician por completo en la milicia!

Wickham se rio—. Gracias, señor Collins. Tiene usted razón. Y para colmo de males, me he visto obligado a soportar la presencia del señor Darcy aquí en Meryton. Me temo que ha sido muy cruel conmigo.

—¿Cruel? —le instó Collins, y Wickham asintió.

—El señor Darcy ha vuelto a varias familias influyentes en mi contra, lo cual, estoy seguro de que puede imaginar, es muy desafortunado para un hombre en mi posición.

—Oh, en efecto, en efecto —Collins bebió un sorbo de su brandy—. ¡El señor Darcy parece tener un talento particular para eso!

Wickham suspiró—. Ah, bueno. Todos debemos salir adelante lo mejor que podamos, señor Collins.

—En efecto —Collins les sirvió otra copa a ambos, dejando la licorera de brandy en la mesa entre ellos—. Yo... lamento que haya tenido una experiencia tan desafortunada, señor Wickham.

Wickham sonrió—. Gracias, señor Collins. Estoy seguro de que Lady Catherine lo arreglará todo para usted, al menos. Es usted afortunado de tener una patrona tan noble y benevolente.

—¡Lo soy, en efecto! —el señor Collins asintió sabiamente, encantado de que el señor Wickham pareciera tener la debida comprensión y aprecio que Lady Catherine ciertamente merecía. Qué

buena compañía era el hombre, y qué buena idea había tenido el señor Collins al invitarlo a cenar.

Mi primer amigo de verdad, pensó el señor Collins, poniéndose un poco sentimental, y sonriendo con ojos nublados al señor Wickham. Alargó la mano hacia la licorera de brandy, molesto al encontrarla vacía, y gritó a la criada que trajera otra. Wickham aplaudió alegremente, y el señor Collins sonrió, regocijándose en el calor de la aprobación del otro hombre.

—Bueno, señor Wickham, yo... creo que es hora de que me retire —dijo finalmente el señor Collins, levantándose inestablemente—. Y usted, señor, está nevando y es muy tarde. Por favor, quédese a pasar la noche aquí en Longbourn.

—Aprecio su hospitalidad, señor Collins. Creo que lo haré —Wickham se levantó, tambaleándose un poco. Collins tocó la campana, y después de unos momentos apareció una de las criadas.

—Por favor, muestre al señor Wickham una habitación —dijo, tratando de erguirse en toda su estatura y tambaleándose un poco—. Buenas noches, señor Wickham.

—Buenas noches, señor Collins —Wickham siguió a la criada escaleras arriba, observando cómo su pequeño y pulcro trasero se balanceaba frente a él—. ¿Cómo te llamas, cariño?

—Molly, señor —dijo ella sin volverse a mirarlo.

—Bueno, Molly, eres una cosita linda, ¿verdad? —Wickham extendió la mano, agarrándola por el hombro y deteniéndola—. Muy linda, en efecto. —Se inclinó hacia ella, su aliento caliente en su mejilla, los dedos rozando su mandíbula—. Creo que quizás deberías quedarte conmigo esta noche, Molly. Puedo hacer que valga mucho la pena.

Molly retrocedió rápidamente, escabulléndose de debajo de su brazo.

—Por aquí, señor —dijo, y se apresuró a subir las escaleras, con Wickham tropezando detrás de ella, maldiciendo por lo bajo. Se detuvo frente a una puerta en el primer piso y la abrió—. Su habitación, señor.

—Gracias, Molly —dijo Wickham, y ella hizo una rápida reverencia y huyó.

—¡Vuelve! —le gritó, pero ella ya se había ido—. Maldita sea —murmuró, entrando en la habitación. Se apoyó contra el poste de la cama y forcejeó, tratando de quitarse las botas, pero se rindió después de unos momentos y se desplomó en la cama, quedándose inconsciente casi antes de que su cabeza tocara la almohada.

El señor Collins salió de su estudio, sintiéndose satisfecho con el entretenimiento de la noche y la compañía de Wickham, aunque la habitación se balanceaba un poco a su alrededor. Se detuvo,

con la mano en el pomo de la puerta, y giró la llave en la cerradura. No confiaba en sus nuevos sirvientes y estaba seguro de que le robarían el dinero si tuvieran la oportunidad.

Collins volvió a comprobar la cerradura, satisfecho de que estuviera segura, se guardó la llave en el bolsillo y se alejó, subiendo las escaleras con paso inestable. En su estado de ebriedad, no se le había ocurrido colocar un protector contra el fuego frente a la chimenea, que seguía ardiendo alegremente después de que Collins y Wickham hubieran estado lanzando carbón y leños toda la noche. No vio la brasa que cayó de la rejilla, aterrizando en la vieja y seca alfombra frente al fuego. Ardió lentamente por un momento, luego una pequeña llama comenzó a crecer.

Collins llegó a lo alto de las escaleras, sintiéndose orgulloso de sí mismo. Estaba seguro de que Lady Catherine aprobaría su prudencia al cerrar la puerta del estudio con llave.

La alfombra era vieja y seca como yesca. Las llamas se extendieron rápidamente, corriendo por el suelo. No pasó mucho tiempo antes de que llegaran a las patas de la silla, comenzando a ennegrecer y arder la madera. La tapicería se incendió a continuación, con las llamas saltando más alto. El crepitar y el estallido de la madera ardiente se hicieron más fuertes a medida que el fuego se extendía, consumiendo la silla y avanzando hacia el escritorio.

Las estanterías fueron las siguientes, las páginas de los libros se rizaban y ennegrecían al incendiarse. Las llamas trepaban por los estantes, alimentándose del papel seco y la madera, el calor en la habitación se volvía intenso.

El señor Collins se despertó sobresaltado por un tremendo estruendo, y por un momento se quedó inmóvil, desorientado, con la cabeza palpitando. ¿Qué fue eso? Tosió, un sonido violento y desgarrador, e intentó incorporarse. Sus ojos lagrimeaban y el aire estaba espeso con un humo acre. Tosió de nuevo, el sonido desgarrando su garganta, y miró a su alrededor confundido. El techo sobre él brillaba de color naranja, y podía ver las llamas lamiendo el yeso.

El señor Collins chilló de terror cuando la verdad finalmente se registró en su mente embotada por la bebida; ¡la casa estaba en llamas! Se arrastró fuera de la cama, tosiendo incontrolablemente, con los ojos llorosos, y se tambaleó hasta ponerse de pie. Estaba desorientado, con la cabeza dando vueltas, los efectos del vino que había bebido con Wickham aún persistían. El calor era opresivo, y podía oír el crepitar de las llamas mientras consumían la habitación.

¿Qué estaba pasando? No podía entender, no podía pensar con claridad. El humo era tan espeso que apenas podía ver, y sus ojos ardían, su visión borrosa. La ropa de cama comenzaba a arder lentamente, y podía ver las cortinas de la ventana incendiándose.

Tenía que salir. Tenía que escapar. El señor Collins se tambaleó hacia la puerta, sus movimientos torpes y descoordinados, su cabeza dando vueltas. El calor era insoportable, y podía sentir las llamas lamiendo sus talones. Buscó a tientas el pomo de la puerta, con las manos temblorosas, y finalmente logró abrirla.

Ni siquiera se le ocurrió al señor Collins, en su pánico, golpear la puerta de la habitación donde dormía el señor Wickham, ni gritar una advertencia.

Quizás no habría marcado ninguna diferencia, incluso si lo hubiera hecho.

El señor Wickham yacía desparramado sobre la cama, profundamente dormido, con la boca ligeramente abierta y suaves ronquidos retumbando en su pecho. Era ajeno al caos que se desarrollaba a su alrededor, su respiración lenta y constante. Su apuesto rostro estaba relajado, una leve sonrisa jugaba en sus labios como si estuviera soñando con algo agradable.

Los primeros destellos de luz anaranjada comenzaron a bailar por las paredes de la habitación, proyectando sombras fantasmales que parpadeaban y saltaban. La expresión pacífica de Wickham no cambió, su pecho subía y bajaba suavemente en un profundo sueño alcoholizado.

El fuego se acercó sigilosamente, las llamas lamiendo las sábanas. El crepitar de las llamas se hizo más fuerte, pero aún así no se movió. Las sombras proyectadas por las llamas parpadeantes bailaban en las paredes, creando una atmósfera inquietante y perturbadora.

El calor se volvió intenso, el aire espeso con humo, pero Wickham permaneció ajeno, su profundo sueño imperturbable mientras el humo llenaba sus pulmones. Nunca despertaría.

El señor Collins se tambaleó hacia las escaleras, apenas capaz de ver por dónde iba debido al humo. Sus ojos lagrimeaban, su visión borrosa.

El calor era opresivo, una manta sofocante que parecía presionarlo desde todos los lados. El humo era tan espeso que apenas podía ver su mano frente a su cara. Avanzó tambaleándose, sus pulmones ardiendo con cada respiración. Tenía que salir, tenía que escapar, pero no podía ver por dónde iba, no podía pensar con claridad.

Oh, Dios, iba a morir. El pensamiento lo golpeó de repente, una fría y dura verdad que atravesó su pánico y confusión. Iba a morir aquí, en esta casa en llamas, y no había nada que pudiera hacer para evitarlo.

El miedo lo agarró, un terror frío y helado que hizo que su corazón se acelerara. No quería morir, no quería dejar este mundo, aún no. Tenía tanto que aún quería hacer, tanto que aún quería lograr. Quería que Lady Catherine estuviera orgullosa de él, quería ver a Elizabeth arrepentida, quería casarse con ella y hacerla obedecer.

Por fin encontró la parte superior de las escaleras, y una oleada de esperanza lo impulsó hacia adelante. Pero la parte inferior de las escaleras estaba envuelta en llamas, y gritó de desesperación al darse cuenta de que no había escapatoria.

Estaba atrapado, el humo y las llamas lo rodeaban, y no había salida. Iba a morir, y no había nada que pudiera hacer para evitarlo.

Las lágrimas corrían por su rostro, ya fuera por el humo o por su propio miedo y arrepentimiento, no lo sabía. Lo había intentado con todas sus fuerzas, había hecho lo mejor que pudo, pero no había sido suficiente. Iba a morir, y todos sus sueños y ambiciones morirían con él.

Sus piernas cedieron bajo su peso y se desplomó en el suelo, la dura madera fresca bajo él por un momento antes de que el calor comenzara a filtrarse. Tosió violentamente, sus pulmones ardiendo, e intentó arrastrarse hacia adelante, pero ya no le quedaban fuerzas. Se quedó inmóvil, el calor volviéndose más intenso, el humo llenando sus pulmones, y escuchó el crepitar de las llamas mientras consumían la casa a su alrededor.

Si el señor Collins se hubiera tomado alguna vez el tiempo de familiarizarse verdaderamente con Longbourn, y si no hubiera estado tan ebrio, podría haberse dado cuenta de que al otro extremo del pasillo estaban las escaleras de servicio, y una posible vía de escape. Podría haber bajado apresuradamente a la fresca cocina de piedra y encontrado a los sirvientes despertándose mientras el olor a humo comenzaba a filtrarse, podría haber corrido afuera con ellos y observado cómo Longbourn ardía... a salvo y con vida.

En cambio, yacía mientras las llamas lo consumían por completo, y sus últimos pensamientos fueron que todo esto era culpa de Elizabeth Bennet.



Abajo, en los cuartos de servicio detrás de las cocinas, fue el olor a humo lo que los despertó. El espeso y acre hedor se filtraba en las habitaciones, sacando a los sirvientes de su sueño.

—¡Fuego! —la señora Berry, el ama de llaves, fue la primera en darse cuenta del peligro—. ¡Fuego! ¡Todos arriba! ¡Salgan! ¡Fuego!

Las criadas gritaron, y hubo una frenética carrera hacia las puertas. Los sonidos del fuego se hicieron más fuertes, el calor más intenso. Corrieron, sin prestar atención a nada más que a la necesidad de escapar, de salir de la casa antes de que fuera demasiado tarde.

La cocinera, la señora Davies, guiaba a las criadas hacia la puerta de la cocina, instándolas a darse prisa.

—¡Rápido, chicas, rápido! ¡Debemos salir!

Los sirvientes huyeron de la casa, tosiendo y jadeando en busca de aire, con los ojos llorosos por el humo. Se reunieron afuera, mirando con horror las llamas que ahora consumían Longbourn.

—¿El amo? ¿Y su invitado? —se aventuró la criada Molly, con voz temblorosa.

La señora Berry no dijo nada, solo negó lentamente con la cabeza, mirando fijamente el infierno que arrasaba los dormitorios en la parte delantera de la casa.

—Si no han salido, ya no van a salir —dijo uno de los mozos de cuadra con sombría contundencia.

El fuego consumía Longbourn con un hambre insaciable, las llamas lamiendo las paredes con lenguas ávidas. Las vigas crujían y gemían, el intenso calor deformándolas y debilitándolas hasta que se derrumbaron con un estruendo resonante. Los sonidos del fuego eran ensordecedores: el crepitar de las llamas, el estrépito de las vigas caídas, el rugido del infierno mientras arrasaba la casa. La nieve que caía afuera no hacía nada por apagar tan feroz incendio.

Los retratos familiares, cuidadosamente preservados durante generaciones, fueron devorados por las llamas. Los amados libros del señor Bennet, su orgullo y alegría, se redujeron a nada más que cenizas carbonizadas.

El fuego continuó, imparable, consumiendo todo a su paso. La que una vez fue una hermosa casa se redujo a un montón de escombros humeantes, las llamas finalmente disminuyendo al amanecer.

La otrora grandiosa casa era ahora una ruina ennegrecida, vigas carbonizadas se erguían austeras contra el paisaje ceniciento. La devastación era total, el fuego había consumido todo a su paso. La estructura esquelética de piedra de los muros exteriores de la casa era todo lo que quedaba, el techo se había derrumbado hacia adentro, las paredes ennegrecidas y desmoronándose. Un mueble carbonizado, irreconocible, se alzaba solitario en medio de las ruinas, y aquí y allá colgaba un marco de ventana derretido, retorcido y deforme.

Charlotte Lucas estaba afuera, sus ojos llenos de lágrimas mientras contemplaba la escena, su padre Sir William entre los que se preparaban para entrar en las ruinas humeantes en busca del señor Collins y el señor Wickham, la señora Berry intentando señalar las habitaciones donde los dos hombres habían dormido. Las lágrimas rodaban por las mejillas de Charlotte, reflejando tanto su dolor como el peso del deber que ahora sabía que debía cumplir. Miró fijamente las ruinas de Longbourn por un largo momento antes de cuadrar los hombros y darse la vuelta. Debía escribirle a Elizabeth y contarle lo que le había sucedido a su hogar.



Capítulo Veintidós

LA CASA DARCY ESTABA repleta el día de Año Nuevo, adornada con guirnaldas de hiedra verde oscura y bayas de acebo, rosas blancas puras y jonquiles amarillo pálido, y velas brillantes que proyectaban una luz cálida y festiva. Los invitados deambulaban, sus risas y charlas llenaban el aire, sus sonrisas amplias y genuinas mientras felicitaban a la feliz pareja. Jane lucía radiante en un nuevo vestido color lila, su belleza resplandeciente, su dulce temperamento deleitando a todos los que hablaban con ella. Y Bingley era la viva imagen de un novio feliz, alegre y sonriente, de pie orgullosamente al lado de Jane.

El señor Darcy estaba allí, por supuesto encantado de ser anfitrión de la boda de su mejor amigo, y Elizabeth, cuyos ojos oscuros brillaban de alegría al ver a su querida hermana tan feliz. La señora Bennet revoloteaba y exclamaba sobre la buena fortuna de su hija mayor mientras las otras hermanas Bennet observaban, Mary informando gravemente a todos los que quisieran escuchar que siempre había sabido que Jane haría una excelente pareja, Kitty y Lydia riendo juntas. Era una ocasión jubilosa, y todos estaban felices de compartirla.

Los fuegos crepitaban alegremente en las chimeneas de los grandes salones de recepción, las mesas del comedor rebosantes de comida y bebida. Había pequeños pasteles y pastelillos, carnes frías y quesos, frutas y frutos secos, y copas de vino y ponche. Un pequeño grupo de músicos en una esquina tocaba, los acordes de una animada danza campestre llenando el aire.

—¡Felicidades, señora Bingley! —exclamó la señora Gardiner, besando la mejilla de Jane—. ¡Estás preciosa!

—Gracias —dijo Jane, con las mejillas sonrosadas—. Estoy tan feliz hoy.

—Y usted, señor Bingley —dijo el señor Gardiner, dándole una palmada en el hombro—. ¡Espero que se dé cuenta de que es el hombre más afortunado de Inglaterra!

—Lo soy, en efecto —dijo Bingley con una amplia sonrisa, mirando a Jane—. El más afortunado.

—Señorita Elizabeth, debe estar muy contenta por su hermana —le dijo Lady Matlock a Elizabeth.

—Lo estoy —dijo Elizabeth con una sonrisa—. Nunca la he visto tan feliz, pero entonces, ¡no conozco a nadie más merecedor de tal felicidad que Jane!

—Realmente es una criatura dulce —concordó Lady Matlock cálidamente—. Que sea siempre tan feliz como lo es hoy.

La llegada de la señorita Bingley y los Hurst fue un acontecimiento en sí mismo. Elegantes en sus sedas a la moda, la señorita Bingley con un vestido azul profundo que complementaba su colorido y su hermana en un suave rosa, estaban, sin embargo, ligeramente rígidas, como si se sintieran incómodas por la ocasión. Los Hurst no eran más efusivos, el señor Hurst saludando e inclinándose ante todos con suficiente cortesía, pero luego desapareciendo en dirección al comedor, mientras que la señora Hurst se aferraba al lado de su hermana.

Su relación con los Bennet era cordial pero tensa, y esto era evidente en sus interacciones. La señora Bennet claramente no sabía qué decir a la señorita Bingley, y solo hizo una reverencia y balbuceó: —Señorita Bingley, señora Hurst —antes de retirarse. La señorita Bingley sonrió con demasiada brillantez a Elizabeth—. Señorita Eliza —dijo—. Qué encantador verla de nuevo.

—Y a usted, señorita Bingley —dijo Elizabeth educadamente, notando cómo los ojos de la señorita Bingley no coincidían con su sonrisa.

—Señorita Bingley, señora Hurst —dijo Jane cálidamente, dando un paso adelante—. Estoy tan contenta de que pudieran venir.

—Por supuesto que no nos perderíamos la boda de Charles, querida Jane —dijo la señorita Bingley—. Te ves encantadora. —Pero sus ojos no coincidían con sus palabras, y su sonrisa era poco entusiasta en el mejor de los casos.

Jane sonrió, sin mostrarse en absoluto molesta—. Gracias —dijo, volviéndose para saludar a otro invitado, y la señorita Bingley y la señora Hurst dieron un paso atrás, inclinándose y haciendo una reverencia a Lady Matlock.

—Ciertamente, Lizzy, me sorprende que la señorita Bingley haya venido a la boda —dijo la señora Bennet a Elizabeth unos momentos después, con los ojos muy abiertos—. No habría pensado que podría soportarlo.

Elizabeth no respondió, solo sonrió, observando a los Hurst de pie distantes con la señorita Bingley, los tres juntos, sin mezclarse con los otros invitados tan libremente como podrían

haberlo hecho.

La señorita Bingley sonrió dulcemente a Jane en un momento y dijo: —Estoy segura de que debe ser un gran alivio para ti poder vivir con el estilo que tu marido puede darte, después de la modestia de los medios de tu familia.

Elizabeth, de pie cerca, no se perdió las palabras de la señorita Bingley, pero no había forma posible de responder a ellas sin crear una escena, lo que la señorita Bingley sabía perfectamente.

Era una atmósfera ligeramente tensa, pensó Elizabeth, pero la alegría de la ocasión superaba con creces la presencia de tres personas que realmente habrían preferido estar en cualquier otro lugar.

La señorita Bingley se demoraba cerca de Elizabeth y Jane, aunque ambas eran el centro de atención. De pie alta y con aspecto altivo, sacudió la cabeza, sus plumas moviéndose con el movimiento, y miró alrededor de la habitación, sus labios curvados en una sonrisa presumida.

—Bueno, Jane —dijo un momento después, y su voz se elevó por encima del murmullo general de conversación en la sala—. Debo decir que estoy sorprendida contigo.

Jane se volvió para mirarla—. Caroline, ¿qué quieres decir?

La señorita Bingley se irguió alta y orgullosa, mirando alrededor a los otros invitados—. Estoy sorprendida, Jane —dijo—, de que no me dijeras que tú y Charles habían fijado una fecha para vuestra boda. Por supuesto, habría deseado estar aquí toda la temporada navideña si lo hubiera sabido. Pero estamos comprometidos con nuestro regreso a Bath, como estoy segura que entiendes. —Hizo una pausa por un momento, luego añadió triunfalmente—: He encontrado un pretendiente en Bath, verás. Un pretendiente muy *elegible*.

Quieres decir que has encontrado a un caballero que te soportará, pensó Elizabeth, y tuvo que ocultar una sonrisa. Jane, por supuesto, era demasiado educada para decir algo así.

—Oh, me alegro por ti, Caroline —dijo, aunque parecía un poco sorprendida—. Te deseo mucha felicidad.

—Gracias, Jane —dijo la señorita Bingley, mirando alrededor de la sala a los invitados reunidos.

Elizabeth vio cómo un suspiro colectivo de alivio recorría la sala. ¡Miss Bingley por fin había renunciado a su persecución del señor Darcy! Bastantes personas intercambiaron miradas de alivio, y Elizabeth ocultó una pequeña sonrisa. Era una preocupación menos, que Miss Bingley siguiera persiguiendo al señor Darcy. Y Miss Bingley, evidentemente, estaba muy orgullosa de sí misma y de su nuevo pretendiente, pues mantenía la cabeza alta y miraba a los demás invitados como si esperara sus felicitaciones.

El señor Darcy no se había acercado a menos de cinco pies de Miss Bingley en todo el día, y Miss Bingley parecía querer acercarse a él, pero no se atrevía del todo.

La velada transcurrió tranquila en Darcy House. Miss Bingley finalmente alegó tener dolor de cabeza y pidió a los Hurst que la llevaran de vuelta a la casa de Bingley, y toda la reunión pareció respirar un suspiro colectivo de alivio una vez que se marcharon. Jane y Bingley también partieron; iban a alojarse en uno de los mejores hoteles de Londres por la noche antes de viajar a Brighton para una breve luna de miel.

Elizabeth estaba sentada en silencio, con un libro abierto en su regazo, pero sus pensamientos estaban muy lejos, con una leve sonrisa en sus labios mientras pensaba en la felicidad en el rostro de Jane, y también en el de Bingley. Estaba mirando por la ventana hacia el cielo oscurecido, las estrellas comenzando a brillar mientras el primer día del año llegaba a su fin, cuando la puerta del salón se abrió de golpe y uno de los lacayos, sin aliento, entró apresuradamente, con un mensaje urgente en la mano.

—Señorita Bennet —dijo—, perdóneme, pero esto acaba de llegar, y está marcado como urgente.

El corazón de Elizabeth se hundió al reconocer la letra de su querida amiga, Charlotte Lucas. La carta estaba escrita apresurada y desordenadamente, muy diferente a la habitual letra pulcra de Charlotte.

Mi querida Lizzy:

Tengo las más graves noticias que comunicarte. Lamento mucho tener que decirte esto, pero anoche hubo un terrible incendio en Longbourn. Trágicamente, el señor Collins falleció en el incendio, al igual que el teniente Wickham, que estaba de visita y pasó la noche allí. Lamento mucho compartir estas terribles noticias, Lizzy. La casa está muy dañada y me temo que no la reconocerás cuando regreses. Por favor, dale mis mejores deseos a Jane por su boda.

Tu amiga,

Charlotte Lucas

Elizabeth dejó caer la carta, con las manos temblorosas, su rostro blanco como el papel. —Oh, no —susurró, y luego—: ¡No! —Se inclinó para recoger la carta y la leyó de nuevo, esperando haberse equivocado la primera vez, pero las palabras seguían siendo las mismas.

—Elizabeth, ¿qué ocurre? —preguntó Georgiana, preocupada, y Elizabeth la miró con lágrimas en los ojos.

—¿Elizabeth? —El señor Darcy, de pie cerca de la chimenea, la miró con preocupación—. Parece usted sumamente angustiada, ¿qué puede haber sucedido?

—Es de Charlotte Lucas —dijo ella, con la voz temblorosa—, y me temo que son las noticias más terribles. —Volvió a mirar la carta—. Apenas puedo leer su letra, es evidente que estaba

muy apurada y afligida cuando la escribió. —Respiró hondo antes de leer la carta en voz alta.

La señora Bennet, que había sido un modelo de decoro todo el día, dio un chillido y levantó las manos antes de desmayarse. Mary, sentada junto a su madre, emitió un extraño sonido lastimero y se cubrió el rostro, e incluso Kitty y Lydia se quedaron en silencio, con el rostro pálido por la conmoción.

—Longbourn —dijo Elizabeth en medio del silencio conmocionado—, oh, ¡Longbourn!

Las manos de Elizabeth temblaban, con lágrimas acumulándose en sus ojos. Miró a su alrededor, a su familia, viendo a su madre desmayada, a Mary lamentándose, a Kitty y Lydia sentadas en estado de shock. Respirando profundamente, trató de calmarse a pesar de su propia angustia. ¡Oh, Longbourn! La casa era solo ladrillos y mortero, pero era su hogar, el único hogar que había conocido. Miles de recuerdos abrumaron su corazón, muchos de ellos con su padre.

No podía pensar en eso ahora. —¿Señora Annesley?

La acompañante de Georgiana se puso de pie. —Señorita Bennet, lo siento muchísimo. ¿Hay algo que pueda hacer?

—Por favor, señora Annesley, ¿podría traer sales para mi madre y pedir a las criadas que le preparen un baño caliente? Me temo que estará en un estado de gran nerviosismo durante un tiempo. Y por favor, ¿podría pedir que traigan té y algunas galletas para mis hermanas? Creo que debemos irnos todas a la cama lo antes posible, pero pienso que un té caliente nos vendría bien.

—Por supuesto, señorita Bennet.

—Mary —Elizabeth se acercó a su hermana, que seguía haciendo ese extraño sonido lastimero, y se arrodilló junto a ella—. Mary, querida, por favor, te vas a enfermar. Y tienes una voz tan hermosa, Mary. Sé que no querrás dañarla.

Mary, para sorpresa de Elizabeth, se volvió hacia sus brazos y sollozó, pero al menos el lamento cesó. Elizabeth la abrazó fuertemente por unos momentos, luego miró a Kitty y Lydia, silenciosas y pálidas. —Kitty, Lydia, todo estará bien. —Se acercó a sus hermanas, rodeando a cada una con un brazo—. Estaremos bien. Lo prometo, estaremos bien.

—¿Escribirás a Jane? —preguntó Kitty, y Elizabeth inmediatamente negó con la cabeza.

—Por nada del mundo arruinaría su día de bodas o su luna de miel. A su regreso de Brighton, seguramente será tiempo suficiente para darle la noticia.

—Permítame ser de utilidad —dijo el señor Darcy en voz baja, y Elizabeth se sintió indeciblemente agradecida por su constante buen juicio mientras continuaba—. Viajaré a Meryton mañana y haré los arreglos para el funeral del señor Collins... y del señor Wickham. —

Su boca se torció con disgusto al hablar del señor Wickham, y para sorpresa de Elizabeth, miró a Georgiana.

Georgiana esbozó una extraña sonrisita y luego asintió al señor Darcy. —Sí. Deberías asegurarte de que al menos reciba un entierro cristiano —dijo.

El coronel Fitzwilliam resopló. —Mejor de lo que merece —murmuró, lo suficientemente alto para que Elizabeth lo oyera, y se dio cuenta de que tal vez había más en la historia de la familia Darcy con el señor Wickham de lo que incluso el señor Darcy le había contado.

—Debo escribir a Charlotte —dijo Elizabeth, mientras la señora Annesley guiaba suavemente a la señora Bennet fuera de la habitación y Mary, Kitty y Lydia la seguían, con Georgiana detrás de ellas retorciéndose las manos ansiosamente—. Si me disculpan...

Elizabeth eligió una pequeña sala en la parte trasera de Darcy House, y agradeció la soledad que le proporcionaba mientras se tomaba unos momentos para dejar fluir sus lágrimas. Sus manos aún temblaban y su rostro estaba surcado de lágrimas cuando la puerta se abrió, sobresaltándola.

—Perdóneme, señorita Bennet —dijo el señor Darcy en voz baja—, pero yo... —Hizo una pausa, mirándola, y Elizabeth vio la genuina preocupación en sus ojos—. Me pregunto si podría hablar con usted en privado —dijo después de un momento, con voz suave.

Elizabeth sintió que se le cortaba la respiración. Sabía que sus ojos estaban muy abiertos, y levantó una mano para enjugarse las mejillas húmedas. No pudo emitir ningún sonido, solo asintió con la cabeza, y el señor Darcy entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí.

—Yo... yo... —Parecía, por un momento, completamente falto de palabras, y Elizabeth no pudo evitar sentir compasión por él.

—¿Me dirá la verdad sobre el señor Wickham? —soltó ella, rompiendo el incómodo silencio, y vio cómo la sorpresa inundaba su rostro.

—Sí —dijo entonces, y se apoyó contra la puerta, mirándola con sinceridad—. Se lo debo. Le dije que Wickham mintió sobre su herencia, que yo le compensé justamente cuando rechazó el curato que mi padre le había destinado, y todo eso era cierto, pero no le conté lo que le hizo a Georgiana el verano pasado.

La boca de Elizabeth se abrió de asombro mientras el señor Darcy continuaba, contándole sobre la visita de Georgiana a Ramsgate con su anterior dama de compañía, sobre el intento del señor Wickham de seducir y fugarse con la joven, siendo su objetivo la fortuna de veinte mil libras de ella.

—¿Cómo no lo estranguló con sus propias manos cuando lo vio en Meryton? —preguntó ella maravillada, y el señor Darcy soltó una risa breve y sin humor.

—Me he hecho esa pregunta varias veces, Elizabeth. Creo que, incluso entonces, usted me estaba convirtiendo en un mejor hombre. Lo vi por primera vez de nuevo en su presencia, si recuerda, y ya no quería hacer un espectáculo de mí mismo frente a usted, así que me contuve. Descubrir que había comenzado a verter su veneno en su oído fue horrible... por primera vez me alegré de que estuviera de luto, para que su exposición a él fuera limitada. Habría hecho cualquier cosa para protegerla de él. Cualquier cosa.

Elizabeth miró fijamente al señor Darcy, pensando que para un hombre de su riqueza e influencia, "cualquier cosa" abarcaba una asombrosa amplitud de posibilidades.

Y la amaba.

El pensamiento aún tenía el poder de dejarla sin aliento.

—Señorita Bennet —dijo al fin—, Elizabeth. —Dio dos largos pasos a través de la habitación, hasta donde ella estaba sentada, y se arrodilló frente a ella, tomando su mano entre las suyas—. Elizabeth —dijo suavemente—, la amo.

Oh, esas palabras. Era todo lo que podía hacer para no romper a llorar de nuevo.

—La amo —dijo de nuevo—. La amo. Y sé que no he sido la mejor versión de mí mismo estas últimas semanas. Sé que fui orgulloso y arrogante cuando nos conocimos, y que no actué con suficiente rapidez para protegerla del señor Collins, y sé que yo... —Cerró los ojos por un momento, y Elizabeth pudo ver la lucha en su rostro—. Mi querida y hermosa Elizabeth —dijo al fin, con la voz ligeramente quebrada—. La amo. Y sé que aún no piensa bien de mí, pero debo rogarle que me perdone por mi arrogancia, por mi orgullo, por mis... mis muchos defectos, y debo pedirle que sea mi esposa. Debo... Elizabeth, por favor. Por favor, la amo, la amo más de lo que puedo expresar.

Era lo más sincero que Elizabeth había escuchado jamás. Sus ojos se llenaron de lágrimas de nuevo, y se esforzó al máximo por evitar que cayeran.

—Lo sé —dijo suavemente—. Sé que me ama.

—Elizabeth —dijo él suavemente—, daría todo, todo lo que tengo, todo lo que soy, para mantenerla a usted y a su familia a salvo. Yo... ni siquiera puedo empezar a comprender cómo debe sentirse, sabiendo que ha perdido su hogar, pero yo... yo... —Tragó saliva con dificultad—. Desearía poder tomarla en mis brazos y consolarla —dijo suavemente, y ella lo miró, sorprendida—. Pero sé que no tengo derecho, no ahora. Pero por favor, Elizabeth. Por favor. La amo. La amo. Haría cualquier cosa, lo que fuera, para convertirla en mi esposa.

Las lágrimas llenaron sus ojos de nuevo. —Oh, señor Darcy —susurró—. Oh, yo... yo...

Él llevó su mano a sus labios, besando sus dedos suavemente. —Soy su sirviente, su más fiel sirviente, y haría cualquier cosa por usted.

—No sé qué decir —susurró ella, sintiéndose desesperadamente indigna. No tenía hogar. Ni dote. Nada que ofrecerle más que a sí misma, y no parecía ni de lejos suficiente, frente a tal devoción.

—Diga que sí —dijo él suavemente—. Por favor, diga que sí, Elizabeth. La amo. La amo. Diga que sí.

Ella miró sus ojos azules y no vio más que sinceridad en ellos. ¿Cómo pudo haber pensado alguna vez que era orgulloso y arrogante? ¿Cómo pudo haber pensado alguna vez que era frío e indiferente?

—Elizabeth —dijo suavemente, llevando sus manos a sus labios y besándolas con ternura—. Haría cualquier cosa por usted. Por favor, por favor, diga que sí.

¿Cómo podía rechazarlo? Ya había hecho tanto por ella, y estaba dispuesto a hacer mucho más. Y lo amaba. Lo sabía ahora, lo sabía con una certeza inquebrantable. Lo amaba.

—Sí —susurró, la palabra apenas audible—. Sí.

Sus ojos se iluminaron y su sonrisa fue deslumbrante. —Elizabeth —dijo suavemente—. Elizabeth, la amo. La amo tanto. Haré todo lo que pueda para hacerla feliz. Haré todo lo que pueda para protegerla, cuidarla, apoyarla. Haré todo lo que pueda para que su familia esté segura y a salvo. Yo... yo... —Tomó un profundo respiro—. La cuidaré —dijo suavemente—. La cuidaré a usted y a su familia. Me aseguraré de que ninguno de ustedes vuelva a pasar necesidades.

—Oh, señor Darcy —susurró ella, a través de un enorme nudo en la garganta—. Yo... yo...

Él llevó sus manos a sus labios una vez más, besándolas suavemente. —La amo —dijo en voz baja—. La amo. La amo.

—Lo amo —le respondió ella, y los ojos de él se abrieron de asombro. Elizabeth se encontró riendo entre lágrimas—. ¿Cómo podría no amarlo? —exclamó—. Ha hecho tanto por nosotros ya, sin esperar nada a cambio.

—No fue más de lo que cualquier hombre decente habría hecho —dijo Darcy con brusquedad, pero ella negó con la cabeza, aferrándose a sus manos.

—Fue usted, señor Darcy. Solo usted. Y lo amo por ello.

—No quiero solo su gratitud... —comenzó él, y ella suspiró con impaciencia e inclinándose hacia adelante cubrió sus labios con los suyos.

—¿Está convencido ahora de que lo que siento por usted es mucho más que simple gratitud? —preguntó Elizabeth con picardía, varios minutos después, y el señor Darcy rio alegremente, atrayéndola a sus brazos y estrechándola con fuerza.

—¡Mi querida y adorable Elizabeth!



Darcy sentía como si estuviera viviendo un sueño. Ella había dicho que sí. ¡Había dicho que sí! Y luego lo había besado como si lo sintiera de verdad, y había arqueado su ceja hacia él y lo había provocado de esa manera atrevida que él adoraba.

La tensión abandonó sus hombros por primera vez en semanas, y sintió que podía respirar con facilidad nuevamente. —Mi querida y adorable Elizabeth —dijo suavemente, y ella le sonrió, sus ojos oscuros brillando con un amor que él nunca había creído que pudiera sentir por él, no después de la forma en que habían empezado.

El fuego crepitaba cálidamente en la chimenea, y la pequeña sala de estar parecía de repente más acogedora e íntima de lo que él jamás la había encontrado antes. Esta habitación siempre sería especial para él ahora, la habitación donde Elizabeth lo había aceptado.

Había tanto por hacer. Tendría que encargarse de las reparaciones de Longbourn, por supuesto. Necesitaría asegurarse de que la familia Bennet estuviera financieramente segura. Tendría que hablar con Bingley y asegurarse de que la noticia de la muerte del señor Collins y la destrucción de Longbourn se le comunicara a la tierna Jane de la manera más suave posible.

Y necesitaría casarse con Elizabeth tan pronto como se pudiera arreglar. No la dejaría en ninguna incertidumbre sobre su futuro. Ella sería su esposa, y él la cuidaría y protegería para siempre.

No se había dado cuenta, hasta que se enamoró de Elizabeth, de cuán fría y solitaria había sido su vida. Ella había traído calidez y color a su existencia, y sabía que nunca volvería a ser el mismo. Ella lo había convertido en un hombre mejor, y siempre le estaría agradecido por eso.



Darcy había pensado que era mejor informar a Lord y Lady Matlock de su compromiso con Elizabeth antes de que la noticia se hiciera pública. Regresó a la casa de la ciudad bastante tarde, demasiado tarde para hablar con ellos esa noche, pero la mañana después de la boda y las dramáticas noticias de la ruina de Longbourn, se dirigió al comedor para encontrarlos.

La luz del sol entraba a raudales por las grandes ventanas, iluminando la habitación y la elegante pareja sentada junta disfrutando de su desayuno, la imagen de la felicidad conyugal mientras el conde leía en voz alta un artículo del periódico y la condesa le untaba mantequilla en la tostada.

Darcy hizo una reverencia a su tía y tío. —Buenos días.

—Darcy —dijo Lord Matlock alegremente—. Siéntate, muchacho. ¿Has desayunado?

—Todavía no, gracias, tío. —Darcy se sirvió de los platos cubiertos en el aparador, y Lady Matlock le sirvió una taza de té.

—Bueno, Darcy —dijo la condesa—, ¡qué día fue ayer! ¿Cómo estaba la señorita Bennet anoche? Qué noticias tan impactantes sobre su hogar.

Darcy respiró hondo. —Tengo algo que decirles, tía, tío. Anoche le pedí a Elizabeth que se casara conmigo, y ella aceptó.

Hubo un breve silencio atónito. Darcy bebió su té, esperando la reacción. No tardó mucho, una amplia sonrisa cruzó el rostro de su tío.

—Vaya, vaya —dijo Lord Matlock—. Vaya, vaya. Felicidades, Darcy. ¡Y ya era hora, debo decir!

—Sí, en efecto —dijo Lady Matlock—. ¡Oh, Darcy! Estoy tan feliz por ti, mi querido muchacho. Elizabeth será una excelente esposa.

—Gracias, tía —dijo Darcy—. Me alegro de que lo aprueben.

—¿Aprobar? ¿Cómo no podría? Elizabeth es una joven encantadora, y estoy segura de que será un crédito para nuestra familia, sin importar lo que piense Catherine.

Darcy sonrió levemente. —Estoy seguro de que Elizabeth será la perfecta señora de Pemberley —dijo—. Aunque me temo que es poco probable que nos sintamos capaces de invitar a Lady Catherine de visita, estoy seguro de que lo entenderán.

—¡No más de lo que se merece! —dijo su tío con un resoplido y un asentimiento de aprobación.

—Gracias por su apoyo, a ambos —dijo Darcy—. Tengo la intención de casarme con Elizabeth tan pronto como se pueda arreglar, y mientras tanto haré los arreglos para la reconstrucción de Longbourn.

—Eres un buen hombre, Darcy —dijo el conde—. Su propiedad está vinculada a la línea masculina, ¿no es así?

—Lo *estaba*. —Darcy ya había hablado con el señor Gardiner sobre ese hecho—. Pero el señor Collins no había renovado el vínculo, y no tenía herederos varones, además. Sus únicos herederos son sus primas... las hermanas Bennet. Ellas son ahora las propietarias de Longbourn, o de sus ruinas.

—¡Ya veo! —Lord Matlock asintió—. ¿Y estás decidido a reconstruirlo para ellas, verdad? Bueno, estoy seguro de que hay algo que podemos hacer.

—Gracias, tío —dijo Darcy, profundamente agradecido.

—Y yo llevaré a Elizabeth de compras —dijo Lady Matlock con firmeza—. Necesitará un nuevo guardarropa como señora de Pemberley, y estaré encantada de proporcionárselo.

—Gracias, tía —dijo Darcy de nuevo, y Lady Matlock le dio una palmadita en la mejilla.

—Has elegido bien, muchacho —dijo ella—. Estoy segura de que tú y Elizabeth serán muy felices juntos.

—Estoy seguro de que lo seremos —dijo Darcy, y lo estaba. Tenía la aprobación de su tía y su tío, y sintió que un gran peso se levantaba de sus hombros. El futuro era brillante.

Lo haría así, por Elizabeth.



Capítulo Veintitrés

ELIZABETH ESTABA JUNTO A la ventana del salón, con el corazón acelerado de anticipación al escuchar el sonido de un carruaje acercándose a Darcy House. Cuando el carruaje se detuvo, Elizabeth respiró profundamente, intentando calmar sus nervios.

Momentos después, la puerta se abrió y el señor Darcy entró en el salón, sus ojos buscando inmediatamente los de ella. Elizabeth notó un destello de alegría en su expresión habitualmente estoica, y su corazón se hinchó de esperanza. Él se acercó, con pasos decididos y seguros, y tomó sus manos entre las suyas.

—Elizabeth —comenzó, con voz cálida y tierna—, he hablado con mis tíos y me complace informarte que nos han dado su bendición.

El alivio y la felicidad la invadieron, y sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas de alegría.

—¿De verdad, señor Darcy? ¿Aprueban nuestra unión? —Aunque el conde y la condesa le habían dejado claro que pensaban que el señor Darcy probablemente ya debería haberle propuesto matrimonio, la evidente desaprobación de Lady Catherine la había hecho temer que pudieran reconsiderarlo.

Él asintió, una sonrisa poco común adornando sus apuestas facciones.

—En efecto, lo hacen. Estaban muy complacidos de escuchar sobre nuestro compromiso y expresaron su entusiasmo por darte la bienvenida a la familia.

La mente de Elizabeth corría con las implicaciones de esta noticia. La aprobación del conde y la condesa de Matlock era un obstáculo significativo que superar, y su apoyo sin duda ayudaría a allanar el camino para su matrimonio a los ojos de la sociedad. Sabía que Lady Catherine nunca lo aprobaría, pero el conocimiento de que los parientes más cercanos del señor Darcy estaban de su lado la llenaba de una sensación de consuelo y fortaleza.

—¿Compartimos la feliz noticia con Georgiana? —preguntó el señor Darcy, sus ojos brillando de anticipación.

Elizabeth asintió, su corazón rebosante de afecto por la dulce y tímida joven que pronto sería su hermana.

—Sí, digámosle de inmediato. Estoy ansiosa por ver su reacción.

Cogidos de la mano, se dirigieron a la sala de música donde Georgiana estaba practicando en el pianoforte, sus delicados dedos bailando sobre las teclas. Cuando entraron, ella levantó la vista, saludándolos con una sonrisa inquisitiva.

—Georgiana, querida —comenzó el señor Darcy, con voz cálida y afectuosa—, Elizabeth y yo tenemos una maravillosa noticia que compartir contigo.

Los ojos de Georgiana se agrandaron, alternando entre su hermano y Elizabeth.

—¿Qué es, hermano? —preguntó, con voz apenas audible.

Elizabeth dio un paso adelante, tomando las manos de Georgiana entre las suyas.

—Tu hermano y yo estamos comprometidos para casarnos, Georgiana. Voy a ser tu hermana.

Por un momento, Georgiana pareció aturdida. Luego, una sonrisa radiante iluminó su rostro, se puso de pie de un salto y rodeó a Elizabeth con sus brazos, abrazándola fuertemente.

—¡Oh, Elizabeth! —exclamó, con voz temblorosa por la emoción—. ¡Estoy tan feliz por ustedes dos! He anhelado tener una hermana, y no podría haber deseado una mejor que tú.

Elizabeth le devolvió el abrazo, sus propios ojos brillando con lágrimas de alegría. Había llegado a querer mucho a Georgiana, y la idea de ser su hermana la llenaba de una sensación de calidez y pertenencia.

En ese momento, la puerta se abrió y el coronel Fitzwilliam entró en la habitación, su apuesto rostro iluminado de curiosidad.

—¿A qué se debe todo este alboroto? —preguntó, sus ojos brillando de diversión.

El señor Darcy se volvió hacia su primo, su propia sonrisa ensanchándose.

—Richard, Elizabeth ha aceptado ser mi esposa. Vamos a casarnos.

Las cejas del coronel Fitzwilliam se alzaron, y luego soltó una carcajada.

—¡Bueno, ya era hora, Darcy! Empezaba a preguntarme si alguna vez entrarías en razón. —Avanzó, estrechando la mano del señor Darcy con firmeza antes de volverse hacia Elizabeth—. Mi querida señorita Bennet, le ofrezco mis más sinceras felicitaciones. Ha logrado capturar el corazón del hombre más terco de Inglaterra, y por eso tiene mi más profunda admiración.

Elizabeth rio, sus ojos brillando de diversión.

—Gracias, coronel Fitzwilliam. Le aseguro que no fue tarea fácil.

Georgiana, aún aferrada al brazo de Elizabeth, la miró con ojos adoradores.

—Oh, Elizabeth, estoy tan feliz por ustedes dos. Harás que mi hermano sea el más feliz de los hombres, estoy segura de ello.

Elizabeth sonrió a su futura hermana, su corazón rebosante de afecto.

—Y él me hará la más feliz de las mujeres, Georgiana. No tengo duda de ello.

El coronel Fitzwilliam, con los ojos aún bailando de alegría, se volvió hacia Georgiana.

—Bueno, pequeña, parece que tenemos mucho que celebrar. Tu hermano por fin ha encontrado una mujer digna de él, y tú has ganado una hermana en el proceso. ¡Me atrevo a decir que esto merece un brindis!

—¿Tan temprano? —exclamó el señor Darcy, riendo—. ¡No todos estamos en el ejército, primo! Mejor pidamos que nos traigan té.

—Bueno, si insistes —rio el coronel Fitzwilliam—. En realidad, olvidé lo temprano que es por la felicidad que siento por ustedes. Aunque te ruego que pidas café además de té.

Mientras esperaban que la criada trajera el té, Elizabeth se maravilló de la fácil camaradería entre los primos. Era evidente que el coronel Fitzwilliam tenía al señor Darcy en alta estima, y que el sentimiento era mutuo.

Georgiana también parecía florecer en presencia de su primo y su hermano. Ya no era la chica tímida y reservada que Elizabeth había conocido al principio. En su lugar había una joven mujer radiante de felicidad, con los ojos brillantes y las mejillas sonrosadas de emoción.

Mientras Georgiana servía el té, el señor Darcy buscó la mano de Elizabeth, entrelazando sus dedos con los de ella. Ella lo miró, su corazón saltando un latido ante la tierna expresión en su rostro.

—Por mi hermosa futura esposa —dijo él, con voz baja y llena de emoción—. Y por la familia que construiremos juntos.

—¡Por Elizabeth y Darcy! —repitió el coronel Fitzwilliam, levantando su taza de café.

—Por mi querido hermano y hermana —añadió Georgiana, su voz temblando ligeramente por la profundidad de sus sentimientos.

Mientras levantaban sus tazas juntos, Elizabeth sintió una oleada de calidez inundar todo su ser. Esta era ahora su familia, las personas que estarían a su lado en todas las alegrías y penas de la vida. Y en el centro de todo estaba el hombre al que amaba más de lo que jamás había creído posible.

Elizabeth sintió una ola de satisfacción invadirla mientras estaba sentada, rodeada por el calor y el afecto de su nueva familia. Georgiana, olvidada su timidez inicial, discutía con entusiasmo los

planes de la boda, sus ojos brillando de emoción.

—¡Oh, Elizabeth, debemos visitar juntas a la modista! Conozco una que crea los vestidos más hermosos. Y las flores... siempre me ha encantado el aroma de los lirios. ¿Quizás podríamos incorporarlos a tu ramo?

Elizabeth sonrió ante la emoción de su futura hermana.

—Estaré encantada, Georgiana. Estoy segura de que juntas crearemos una boda que sea tanto hermosa como significativa.

El coronel Fitzwilliam se reclinó en su silla, con una sonrisa traviesa jugando en las comisuras de su boca.

—¿Y qué hay del novio? Darcy, ¿has pensado en tu atuendo para el gran día?

El señor Darcy arqueó una ceja, con un atisbo de sonrisa tirando de sus labios.

—Te aseguro, Fitzwilliam, que soy perfectamente capaz de vestirme para mi propia boda.

El coronel se rió entre dientes.

—Por supuesto, por supuesto. Pero debes permitirnos alguna opinión, primo. Después de todo, no es todos los días que el ilustre señor Darcy toma una esposa.

Mientras la conversación fluía fácilmente a su alrededor, Elizabeth se encontró reflexionando sobre el extraordinario giro que había dado su vida. Hace solo unas semanas, ni siquiera tenía un hogar propio, expulsada de él por la crueldad del señor Collins. Y ahora, aquí estaba sentada, comprometida con uno de los solteros más codiciados de toda Inglaterra, rodeada de una familia que la había recibido con los brazos abiertos.

Era casi demasiado para asimilar, y sin embargo, mientras miraba los rostros sonrientes de sus seres queridos, Elizabeth sabía que no había ningún otro lugar donde prefiriera estar. Este era su futuro: un futuro lleno de amor, risas y la promesa de una vida de felicidad al lado del señor Darcy.

Mientras las alegres celebraciones continuaban, un repentino pensamiento golpeó a Elizabeth, haciendo que su sonrisa flaqueara ligeramente. Se volvió hacia el señor Darcy, sus ojos buscando los de él.

—Señor Darcy, ¿qué hay de Lady Catherine? Ella no aprueba nuestra unión.

El señor Darcy tomó su mano entre las suyas, su expresión tranquilizadora.

—Mi querida Elizabeth, no dudaba que mi tía expresaría su desagrado por nuestro compromiso. Sus esperanzas de una unión entre Anne y yo han sido durante mucho tiempo una fuente de conflicto entre nosotros, pero no debes preocuparte. La aprobación de mis tíos Matlock, de

Georgiana y del coronel significa mucho más para mí que las esperanzas frustradas de Lady Catherine. Sus opiniones no me desviarán de mi camino.

—Me alegra oírlo, señor Darcy. Tu apoyo y la aceptación de tu familia significan el mundo para mí. Solo desearía que Lady Catherine pudiera ver la profundidad de nuestro afecto y la felicidad que nos brindamos mutuamente.

El señor Darcy llevó su mano a sus labios, depositando un suave beso en sus nudillos.

—Con el tiempo, quizás llegue a entender. Pero por ahora, centrémonos en la alegría de nuestra unión y en el brillante futuro que nos espera.

Elizabeth asintió, su espíritu elevado por sus palabras.

—Yo... aún no se lo he dicho a mi madre, ni a mis hermanas.

El señor Darcy la miró con curiosidad.

—¿Pensaste que cambiaría de opinión y rompería el compromiso?

—Yo... no exactamente. Pero tuve un repentino temor de que Lord y Lady Matlock pudieran aconsejarte ser cauteloso...

—He sido un hombre cauteloso toda mi vida, Elizabeth; contigo quiero lanzar la precaución al viento. Permíteme asegurarte ahora que incluso si mis tíos hubieran desaprobado rotundamente, incluso si Fitzwilliam me hubiera pedido que reconsiderara, incluso, perdóname hermana, incluso si Georgiana hubiera llorado y me hubiera suplicado que te dejara... ni siquiera soñaría con dejarte ir.

El corazón de Elizabeth se hinchó de amor, aunque ella también lanzó una rápida mirada de disculpa a Georgiana, que en realidad se estaba riendo y sacudiendo la cabeza.

—¡Nunca haría tal cosa, hermano! ¿Y por qué deberías escucharme si lo hiciera? Casi soy adulta y algún día te dejaré para encontrar un marido y una familia propia. ¡Tú mereces tu propia felicidad!

—Te quedarás con nosotros todo el tiempo que desees —insistió Elizabeth.

Georgiana le apretó la mano.

—Más tiempo del que hubiera permanecido de otro modo, para disfrutar de tenerte como mi hermana aún más.

Las dos chicas se abrazaron, Darcy mirando con benevolencia, y luego Elizabeth se apartó.

—Realmente debería ir a ver a mi madre.

—Por supuesto —acordó Darcy—. ¿Quieres que te acompañe?

—Si lo deseas —dijo Elizabeth, un poco vacilante, esperando que su madre no volviera a sus antiguos modales tontos al recibir la noticia. Sin embargo, la señora Bennet había sido apenas

reconocible desde su ignominiosa partida de Longbourn, y Elizabeth tenía esperanzas de que los cambios para mejor pudieran ser permanentes.

Encontraron a la señora Bennet sentada tranquilamente en un pequeño salón, con un aire inusual de contemplación rodeándola mientras bordaba sus iniciales en uno de sus nuevos pañuelos. Levantando la vista cuando Elizabeth entró en la habitación con Darcy tras ella, la señora Bennet ofreció una cálida sonrisa.

—Mamá —comenzó Elizabeth, su voz suave pero llena de determinación—. El señor Darcy y yo tenemos noticias que compartir contigo. Nos hemos comprometido en matrimonio.

Los ojos de la señora Bennet se agrandaron, una mezcla de sorpresa y deleite bailando en sus facciones.

—¿Comprometidos? ¿Con el señor Darcy? Oh, mi querida Lizzy, ¡qué maravillosa noticia! Siempre supe que harías un buen matrimonio, pero pensar que has asegurado la mano de un caballero tan rico y respetable... ¡es más de lo que jamás me atreví a esperar!

Elizabeth sonrió felizmente en respuesta. La alegría de su madre parecía genuina y sincera, y expresada con decoro a pesar de su obvia emoción.

El señor Darcy dio un paso adelante, su tono amable y respetuoso mientras se dirigía a su futura suegra.

—Señora Bennet, le aseguro que soy yo quien se siente más afortunado en esta unión. El ingenio, la inteligencia y la bondad de Elizabeth han capturado mi corazón por completo, y prometo dedicar mi vida a su felicidad y bienestar.

La señora Bennet se secó los ojos con el pañuelo, sonriendo ante sus palabras.

—No tengo ninguna duda al respecto, señor Darcy. ¡Bendito sea el día en que el señor Bingley llegó a Netherfield y lo trajo a usted a nuestras vidas! Es un verdadero caballero y sé que hará muy feliz a mi Lizzy.

La expresión de Darcy se suavizó y habló con gentil consideración al plantear una pregunta reflexiva.

—Señora Bennet, mientras Elizabeth y yo comenzamos este nuevo capítulo de nuestras vidas, quiero asegurarme de que usted esté bien atendida y feliz. Por favor, dígame, ¿cuáles son sus deseos para su propio futuro?

La señora Bennet hizo una pausa, considerando la pregunta con una reflexión poco característica.

—Bueno, señor Darcy, debo admitir que no lo he pensado mucho. Con todo lo que ha sucedido y los cambios que han llegado a nuestra familia, he estado bastante preocupada.

Elizabeth observaba a su madre, sintiendo un nuevo respeto florecer dentro de ella al ser testigo de la introspección de la mujer mayor. Quizás, con la seguridad del futuro de sus hijas asegurado, la señora Bennet podría encontrar una medida de paz y satisfacción que durante mucho tiempo se le había escapado.

Los ojos de la señora Bennet se iluminaron mientras una sonrisa se extendía por su rostro.

—Creo que volveré a Meryton después de tu matrimonio con mi Lizzy. Será un gran consuelo estar cerca de mi hermana, la señora Philips, y sin el señor Collins allí para hacerme sentir incómoda... bueno. He echado de menos la compañía de mis viejas amigas.

Elizabeth extendió la mano para tomar la de su madre, apretándola con afecto.

—Creo que es una idea maravillosa, mamá. Mereces estar rodeada de quienes te aman y aprecian.

La señora Bennet devolvió el gesto, con la voz llena de emoción.

—¡Oh, sí! ¡Será como en los viejos tiempos! Pero, ¿qué hay de mis otras niñas... qué hay de Mary, Kitty y Lydia? —Una ligera sombra cruzó su rostro—. No habría espacio para todas nosotras en la casa de mi hermana Philips.

—No tiene que preocuparse por eso, señora Bennet —dijo Darcy tranquilizadoramente—. Consultaré con las señoritas Bennet más jóvenes, pero todas se han llevado muy bien con mi hermana Georgiana, y su acompañante, la señora Annesley, ha accedido a hacerse cargo de todas ellas. Tendrán todas las ventajas en nuestro hogar, se lo aseguro.

La señora Bennet aplaudió felizmente.

—Qué generoso de su parte, señor Darcy, ¡seguro que encontrarán excelentes maridos! Es un alivio no tener que preocuparme más por eso, aunque debo decir que mi historial de encontrar maridos para mis hijas es excelente hasta ahora... ¡quizás cuando regrese a Meryton, ayude a Lady Lucas a encontrar maridos para Charlotte y Maria!

Darcy y Elizabeth intercambiaron una cálida mirada, ambos complacidos de ver a la señora Bennet tan animada y contenta con sus planes para el futuro.



Más tarde esa tarde, Elizabeth se encontró en la sala de estar con sus hermanas y Georgiana, todas disfrutando tranquilamente de varias tareas pequeñas. Georgiana, sin embargo, parecía pensativa, con el ceño fruncido mientras miraba por la ventana, descuidando su labor de aguja.

—Georgiana, ¿algo te preocupa? —preguntó Elizabeth con suavidad, dejando a un lado su libro.
Georgiana se volvió hacia su futura hermana, con un brillo de determinación en sus ojos.
—Elizabeth, he estado pensando mucho en mi futuro y he tomado una decisión. Deseo continuar mi educación y ampliar mis conocimientos.
El corazón de Elizabeth se hinchó de orgullo ante la declaración de Georgiana.
—Ese es un objetivo muy admirable, Georgiana. Por favor, dime, ¿qué materias deseas estudiar?
El rostro de Georgiana se iluminó de entusiasmo.
—Me gustaría profundizar en historia y literatura, pues encuentro gran alegría en aprender sobre el pasado y las obras de grandes autores. También deseo mejorar mi dominio del francés y el italiano, ya que creo que ampliará mi comprensión del mundo.
Elizabeth asintió con aprobación, su propio amor por el aprendizaje resonando con las aspiraciones de Georgiana.
—Creo que es un plan maravilloso, Georgiana. Tu hermano y yo te apoyaremos en todo lo posible. Tienes una mente brillante y curiosa, y es un don que debe ser cultivado.
Los ojos de Georgiana brillaron de gratitud y determinación.
—Gracias, Elizabeth. Tu aliento significa mucho para mí. Soy tan afortunada de tenerte como hermana y amiga.
Elizabeth se maravilló del crecimiento y la confianza que había presenciado en Georgiana. La chica que una vez fue tímida y temerosa estaba floreciendo en una joven mujer de sustancia y propósito, lista para abrazar los desafíos y alegrías de la vida con un corazón abierto y una mente aguda.
Mary claramente había estado escuchando su conversación, porque dejó a un lado su libro y también habló.
—¿Puedo preguntarte algo también, Elizabeth?
Elizabeth sonrió cálidamente a su hermana, sintiendo la importancia del momento.
—Por supuesto, Mary. ¿Qué tienes en mente?
Mary tomó un profundo respiro, con las manos fuertemente entrelazadas frente a ella.
—He estado pensando mucho en mi futuro, y yo también deseo continuar aprendiendo, para expandir mis conocimientos y habilidades más allá de lo que ya he adquirido.
—Mary, ese es un esfuerzo muy admirable. Estoy tan orgullosa de ti por dar este paso. ¿En qué áreas de estudio deseas enfocarte? —Elizabeth estaba bastante segura de que el señor Darcy apoyaría cualquier cosa que Mary deseara hacer.
El rostro de Mary se iluminó, su entusiasmo era palpable.

—Me gustaría profundizar en filosofía y teología, pues encuentro gran consuelo e inspiración en las obras de grandes pensadores. También deseo mejorar mi dominio del latín y el griego, ya que creo que mejorará mi comprensión de los clásicos.

Elizabeth extendió la mano y tomó las de Mary entre las suyas.

—Creo que es un plan maravilloso, Mary. Tu dedicación al aprendizaje es verdaderamente inspiradora. Te apoyaré en todo lo posible, y no tengo duda de que sobresaldrás en tus actividades... y creo que papá estaría muy feliz con el camino que has elegido.

Los ojos de Mary brillaron con lágrimas contenidas.

—Gracias, Elizabeth. Tu apoyo significa todo para mí.

—¿Y qué hay de nosotras? —Kitty y Lydia abandonaron cualquier pretensión de arreglar sus sombreros y se apresuraron a preguntar a Elizabeth sobre su futuro—. ¿Volveremos a Meryton con mamá?

Ninguna parecía particularmente complacida con esa perspectiva, Elizabeth se alegró de ver, a pesar de la presencia de la milicia todavía en Meryton.

—Bueno, el señor Darcy ha sugerido que quizás te gustaría unirte a la casa de Georgiana, bajo la supervisión de la señora Annesley —Elizabeth miró a la sensata y amable acompañante, quien sonrió cálidamente y asintió con la cabeza—. También ha propuesto que contratemos tutores para ambas, o que compartan los de Georgiana o Mary, si desean participar en el mismo aprendizaje que ellas. Es mi firme creencia que la educación es la clave para el crecimiento y la realización personal, y tanto el señor Darcy como yo estamos comprometidos a brindarles las mejores oportunidades posibles.

—¿Tutores? —exclamó Lydia, con los ojos abiertos de sorpresa—. ¿Pero qué estudiaremos?

Elizabeth se encogió de hombros.

—Las materias se adaptarán a vuestros intereses y necesidades individuales. Quizás podríais estudiar lenguas modernas, como francés o italiano, o profundizar en las artes, como la música o el dibujo.

Lydia aplaudió de alegría.

—¡Oh, me encantaría aprender a tocar el pianoforte tan hermosamente como lo hace Georgiana!

—Y creo que a mí me gustaría estudiar pintura —declaró Kitty—. ¡Y tal vez aprender a hablar francés, eso suena emocionante!

—¡Y geografía! Quiero viajar algún día —añadió Lydia—. ¿Has visto el atlas en la biblioteca de aquí, Lizzy? El señor Darcy me pilló mirándolo, y pensé que podría estar terriblemente enfadado, pero en su lugar me señaló dónde están París y Bruselas cuando se lo pregunté...

Mientras la conversación continuaba, Elizabeth se maravillaba de los cambios positivos que estaban ocurriendo en su familia. La dedicación de Mary a sus estudios, la nueva determinación de Georgiana, y ahora la perspectiva de una educación adicional para Kitty y Lydia; todos estos acontecimientos llenaban su corazón de alegría y esperanza para el futuro. Y todo ello gracias a la generosidad y amabilidad del señor Darcy.



Lady Matlock realizó una visita esa tarde, coincidiendo felizmente con una llamada de la señora Gardiner. Las dos mujeres se habían tomado bastante afecto la una a la otra cuando se conocieron en la boda de Jane y Bingley, y mostraban señales de estar desarrollando una rápida amistad, a pesar de sus diferentes posiciones en la vida.

—Señora Gardiner, debo expresar mi admiración por sus sobrinas. Son realmente jóvenes extraordinarias —comentó Lady Matlock mientras tomaba su té y observaba a Elizabeth y Georgiana interpretando un encantador dueto en el pianoforte, ambas riendo alegremente.

La señora Gardiner le devolvió la sonrisa, con los ojos brillando de orgullo.

—Gracias, Lady Matlock. Estoy sumamente orgullosa de todas ellas.

—Entiendo que el señor Darcy ha dispuesto tutores para guiarlas en sus estudios y preparación para la sociedad —continuó Lady Matlock, con un tono lleno de aprobación—. Me parece una idea excelente.

—En efecto, lo es —coincidió la señora Gardiner—. Las chicas están ansiosas por aprender y ampliar sus conocimientos. Estoy agradecida por la generosidad del señor Darcy y su preocupación por su bienestar.

Lady Matlock asintió, con una expresión pensativa en su rostro.

—Señora Gardiner, aunque creo que la señora Annesley es una dama muy competente, pienso que manejar a cuatro jóvenes puede ser bastante para ella durante los momentos en que Darcy y Elizabeth deban estar ausentes en Pemberley. Si está de acuerdo, me gustaría proponer que usted y yo trabajemos juntas para guiar a estas jóvenes durante su tiempo en Londres. Siento una responsabilidad particular hacia Georgiana, por supuesto, pero me he encariñado bastante con todas las hermanas Bennet. Con su perspicacia y mi experiencia, creo que podríamos brindarles un valioso apoyo y consejo.

Los ojos de la señora Gardiner se abrieron de sorpresa, pero una cálida sonrisa se extendió por su rostro.

—Lady Matlock, me siento honrada por su sugerencia. Estaría encantada de trabajar junto a usted en este esfuerzo. Las chicas sin duda se beneficiarán de su sabiduría y orientación.

—¡Excelente! —declaró Lady Matlock, con los ojos brillando de entusiasmo—. Formaremos un equipo formidable, señora Gardiner. Junto con la señora Annesley, nos aseguraremos de que estas jóvenes estén bien preparadas para los desafíos y oportunidades que les esperan.

Mientras las dos mujeres continuaban su conversación, Elizabeth se encontró maravillada ante el inesperado giro de los acontecimientos. La idea de que Lady Matlock y su tía Gardiner unieran fuerzas para apoyar a sus hermanas la llenaba de una sensación de comodidad y gratitud. Captó la mirada de Darcy desde el otro lado de la habitación, y la tierna sonrisa que le dio hablaba por sí sola de su propia satisfacción con el arreglo.



Elizabeth se tomó un momento para observar la escena ante ella mientras la tarde continuaba. Georgiana y Mary estaban enfrascadas en una animada discusión sobre sus próximas lecciones, con los rostros iluminados de entusiasmo. Kitty y Lydia también parecían ansiosas por embarcarse en este nuevo capítulo de sus vidas, su charla llena de emoción y anticipación.

—No puedo agradecerle lo suficiente, señor Darcy —dijo Elizabeth suavemente, con los ojos brillando de emoción mientras se volvía hacia su prometido—. Su amabilidad y generosidad hacia mis hermanas han sido verdaderamente extraordinarias.

Darcy alcanzó su mano, su toque reconfortante.

—Elizabeth, tu felicidad y el bienestar de tu familia son de suma importancia para mí. Simplemente estoy haciendo lo que creo que es correcto y necesario.

Mientras Elizabeth miraba al hombre que amaba, sintió una ola de satisfacción que la invadía.

—Hay una cosa más que te pediría —dijo Elizabeth, esperanzada de que él estaría de acuerdo con su propuesta—. Deseo esperar hasta que Jane y Bingley regresen a Londres para que nuestra boda tenga lugar. Significaría el mundo para mí tener a mi querida hermana a mi lado en una ocasión tan trascendental.

Los ojos de Darcy se suavizaron, con una sonrisa tirando de las comisuras de sus labios.

—Por supuesto, Elizabeth. Lo entiendo completamente. La presencia de tu hermana sin duda añadirá alegría a nuestro día especial. Ya he pedido a mi hombre que se ocupe de obtener una licencia especial para que podamos casarnos cuando y donde deseemos... solo tienes que nombrar la fecha y el lugar.

El corazón de Elizabeth se hinchó de amor y gratitud, maravillándose ante la profundidad de la comprensión de Darcy y su disposición a acomodar sus deseos. Sin embargo, no pudo resistirse a provocarlo.

—¡Eres demasiado complaciente, señor Darcy! ¿No temes que exija la luna y las estrellas en una bandeja de plata?

—Si las deseas, me esforzaré por obtenerlas para ti —respondió el señor Darcy, completamente serio—. Sin embargo, no podrían eclipsar la belleza de tus ojos. Y Lady Matlock podría ofenderse bastante si las usaras el día de nuestra boda, en lugar de los diamantes de Matlock que planeaba prestarte.

—¡Los diamantes de Matlock! —Los ojos de Elizabeth se abrieron de par en par, y lo miró, asombrada.

—Te quedarán maravillosos —exclamó Lady Matlock desde el otro lado de la habitación—. Una preciosa tiara, un collar, pulseras y pendientes. Darcy, ¡tendrás que comprarle algunas joyas propias, por supuesto!

—Lo que la señora Darcy desee, lo tendrá —prometió Darcy, y desde el lado de Lady Matlock, la señora Bennet no pudo resistir dar un pequeño grito de felicidad.

—Eres demasiado generoso —dijo Elizabeth, antes de expresar su verdadera preocupación—. No aporto nada a este matrimonio, señor Darcy, nada más que dependientes y...

—Te aportas a ti misma. —Darcy levantó la mano de Elizabeth hasta sus labios y besó tiernamente sus dedos—. Y eso es todo lo que siempre he deseado.



Capítulo Veinticuatro

EL CARRUAJE SE DETUVO suavemente frente a la gran entrada de Pemberley, y el corazón de Elizabeth dio un vuelco al contemplar la imponente fachada de la casa. Era un edificio grande y hermoso de piedra, asentado sobre un terreno elevado y respaldado por una cadena de altas colinas boscosas; y en el frente, un arroyo de cierta importancia natural se había ensanchado sin perder su apariencia original. Nunca había visto un lugar donde la naturaleza hubiera hecho más, o donde la belleza natural hubiera sido tan poco contrarrestada por un gusto torpe.

Darcy descendió primero, volviéndose para ofrecer su mano a Elizabeth. Ella la tomó, bajando del carruaje con los ojos abiertos de asombro.

—Oh, Fitzwilliam —suspiró—, es aún más hermoso de lo que imaginaba.

Los ojos de Darcy se suavizaron al mirarla.

—Bienvenida a casa, señora Darcy —dijo, y el corazón de Elizabeth se hinchó de alegría al escuchar esas palabras.

La condujo por las escaleras hasta la puerta principal, donde la señora Reynolds y el personal reunido esperaban para recibirlos.

—Bienvenidos a casa, señor, señora —dijo la señora Reynolds una vez que Darcy se la hubo presentado a Elizabeth, y esta le sonrió.

—Gracias, señora Reynolds. Es bueno estar aquí.

Darcy tomó la mano de Elizabeth nuevamente, guiándola al interior. Los ojos de Elizabeth se abrieron de par en par al mirar alrededor del gran vestíbulo de entrada. El techo se elevaba muy alto sobre ellos, adornado con intrincadas obras de estuco, y las paredes estaban cubiertas de retratos de los antepasados de Darcy.

—Ese es mi bisabuelo, Sir Cedric Darcy —dijo Darcy, señalando uno de los retratos—. Fue el primero en construir la casa en su forma actual.

Elizabeth miró al hombre de rostro severo en el retrato.

—Parece muy... imponente —dijo, y Darcy rio.

—Lo era, según dicen. Pero creo que te habría aprobado, mi amor.

Elizabeth y Darcy recorrieron las diversas habitaciones de Pemberley, los ojos de Elizabeth llenos de asombro y admiración. El salón era una visión de elegancia, con sus delicados colores pastel y exquisitos muebles. La biblioteca era un paraíso del conocimiento, con estanterías y más estanterías de libros, y Elizabeth no podía esperar para explorar sus tesoros. Darcy le mostró la sala de música, con su gran piano y arpa, y Elizabeth pudo imaginar a Georgiana tocando allí.

—Esta es la sala azul —dijo Darcy, conduciéndola a una habitación con paredes tapizadas de rica seda azul—. Era la habitación favorita de mi madre.

—Es hermosa —dijo Elizabeth, mirando alrededor—. Tu madre debía tener un excelente gusto.

—Lo tenía —asintió Darcy—. Pero creo que tú dejarás tu propia huella en Pemberley, mi amor.

Elizabeth le sonrió, conmovida por sus palabras.

—Espero poder hacer justicia a tu hogar, Fitzwilliam.

—Es nuestro hogar ahora —dijo él suavemente, y el corazón de Elizabeth se hinchó de felicidad.

Cenaron esa noche en uno de los comedores más pequeños e íntimos, una acogedora habitación con un fuego crepitante en la chimenea y una mesa puesta para dos. La comida estaba deliciosa, y Elizabeth se encontró relajándose en la cálida y acogedora atmósfera.

—Tus antepasados parecían muy severos —bromeó con Darcy mientras comían—. Espero que no estén demasiado decepcionados por tu elección de esposa.

—Creo que estarían muy complacidos —dijo Darcy, sus ojos cálidos mientras la miraba—. Especialmente mi madre. Te habría adorado, Elizabeth.

Elizabeth sintió un nudo en la garganta ante sus palabras.

—Gracias —dijo suavemente.

Después de la cena, dieron un paseo por los jardines, el aire de la noche fresco y agradable. Elizabeth se maravilló ante la belleza de los terrenos, los pulcros parterres de flores y los árboles cuidadosamente podados.

—Es tan hermoso aquí —dijo, mirando alrededor—. Siento como si estuviera en un sueño.

—No es un sueño, mi amor —dijo Darcy, tomando su mano—. Es nuestro hogar.

Elizabeth le sonrió, su corazón lleno de amor y felicidad.

—Nuestro hogar —repitió suavemente.

Unas semanas después, mientras disfrutaban del desayuno juntos en la soleada sala de desayuno, Darcy sugirió casualmente:

—Pensé, mi amor, que podríamos visitar Hertfordshire pronto.

Elizabeth levantó la cabeza de golpe, con los ojos muy abiertos.

—¿Hertfordshire?

—Sí —dijo Darcy, sonriéndole—. Pensé que te gustaría ver a tu hermana.

—¡Jane! —El rostro de Elizabeth se iluminó—. ¡Oh, Fitzwilliam, me encantaría ver a Jane! ¡La he echado tanto de menos! —Sus ojos brillaban de emoción, y los de Darcy se suavizaron al mirarla.

—Entonces está decidido —dijo—. Iremos en unas semanas, y quizás Jane y Bingley sean tan amables de invitar a Georgiana y a tus otras hermanas a una visita a Netherfield, para que podamos tener una reunión completa.

Elizabeth no creía que pudiera amar a su marido más de lo que ya lo hacía, pero cada día parecía que Darcy pensaba en alguna nueva y maravillosa forma de sorprenderla.

El viaje fue largo, pero el carruaje era cómodo y el clima agradable. Elizabeth observaba los exuberantes paisajes ondulados pasar. Estuvo callada durante gran parte del viaje, perdida en sus pensamientos, pero Darcy podía sentir su ansiosa anticipación en la forma en que ocasionalmente se volvía hacia él y decía: —He echado tanto de menos a Jane —o— Me pregunto cómo les irá a Jane y al señor Bingley en Netherfield.

Él le sonreía, extendiendo la mano para tomar la suya, y ella le devolvía la sonrisa, sus ojos brillantes de emoción a pesar de la tediosa duración del viaje.

El sonido rítmico de los cascos de los caballos y el balanceo del carruaje eran relajantes, y Elizabeth se encontró recostándose contra los cómodos cojines, sus pensamientos vagando. Pensó en Jane, su dulce y gentil hermana, y en lo feliz que debía estar ahora con el señor Bingley.

Miró a Darcy, que estaba leyendo un libro, y sintió una oleada de amor por él. Había sido tan amable con ella, tan considerado, y sabía que había sugerido esta visita porque sabía cuánto echaba de menos a su hermana. Extendió la mano y tocó la de él, y él levantó la vista, sonriéndole.

—Estoy ansiosa por ver a Jane —dijo suavemente, y él le apretó la mano.

—Yo también —respondió—. Creo que se alegrará mucho de verte, mi amor.

El corazón de Elizabeth latía con emoción a medida que se acercaban a su destino. Apenas podía quedarse quieta en su asiento, y Darcy le sonreía con indulgencia. —Llegaremos pronto —dijo, y ella asintió, con los ojos brillantes de alegría.

Por fin, el carruaje se detuvo frente a Netherfield, y los ojos de Elizabeth ya buscaban a su hermana. Vio a Jane de pie en los escalones de la entrada, su hermoso rostro iluminado de alegría.

—¡Lizzy! —Jane bajó corriendo los escalones, y Elizabeth salió del carruaje casi antes de que se detuviera por completo.

—¡Jane! —Corrió a encontrarse con su hermana, y se abrazaron fuertemente, balanceándose de un lado a otro.

—¡Oh, Lizzy, te he echado tanto de menos! —La voz de Jane estaba ahogada por la emoción.

—Y yo a ti, querida Jane. —Elizabeth abrazó a su hermana aún más fuerte.

Las dos hermanas permanecieron envueltas en los brazos de la otra durante largos momentos, ajenas al mundo que las rodeaba. Jane fue la primera en apartarse, aunque mantuvo un firme agarre de las manos de Elizabeth. —¡Te ves tan bien, y tan feliz!

—Lo estoy —dijo Elizabeth, sonriendo—. Soy muy feliz, Jane. Lo amo tanto, y es tan bueno conmigo.

—Me alegro mucho —dijo Jane—. Siempre pensé que serían felices juntos. ¡Y estás tan hermosa, Lizzy! Ese vestido es exquisito.

—Gracias —dijo Elizabeth, sonrojándose un poco—. Fue un regalo de mi esposo. Es muy generoso. —Miró a Jane—. Y tú, Jane, ¡estás radiante! Parece que el señor Bingley te está cuidando bien.

Jane se sonrojó graciosamente. —Oh, sí, Lizzy. Es tan amable y tan atento. Soy muy feliz.

—Me alegro —dijo Elizabeth sinceramente—. Te mereces toda la felicidad, Jane.

—Oh... —Jane se sonrojó de repente—. ¡Me he olvidado por completo de saludar a tu esposo!

Darcy se había ocupado consideradamente de hablar con los lacayos sobre dónde enviar los diversos baúles que se estaban descargando del coche mientras las hermanas compartían su reencuentro, pero se giró cuando Jane lo llamó, y le hizo una profunda reverencia.

—Señora Bingley. Es maravilloso verla de nuevo.

—Bienvenido de nuevo a Netherfield, señor Darcy —dijo Jane con una amplia sonrisa—. Charles ha salido a cabalgar... oh, ¡aquí viene ahora!

Bingley efectivamente se acercaba cabalgando, todo sonrisas, y Darcy se dirigió a saludar a su amigo alegremente.

Una vez completadas las bienvenidas, después de que Bingley besara la mejilla de Elizabeth y la saludara con gran entusiasmo, Jane llevó a Elizabeth al interior y a un salón muy bonito.

Elizabeth reconoció la mano de Jane en los nuevos muebles y decoraciones de buen gusto, perfectamente adecuados para la casa.

Las dos hermanas se sentaron en cómodas sillas, y Jane llamó para pedir té. —Ahora, Lizzy, cuéntame todo sobre Pemberley.

Elizabeth se complació en hacerlo, describiendo la grandeza de la casa y la belleza de los terrenos, y Jane escuchó con los ojos muy abiertos. —¡Oh, Lizzy, suena maravilloso!

—Lo es —dijo Elizabeth—, pero no es tan maravilloso como estar aquí contigo, Jane. —Extendió la mano y apretó la de su hermana—. Y tú, Jane, ¿cómo has estado?

—Oh, Lizzy, soy tan feliz —dijo Jane, con los ojos brillantes—. Charles es tan bueno conmigo, y somos muy felices juntos. Siempre es tan atento y amable, y es tan bueno con nuestra familia. Siempre pregunta por mamá y las chicas, y está tan contento de que tú y el señor Darcy sean felices juntos.

Elizabeth sonrió. —Me alegra oírlo, Jane. Y me alegro de que tú y el señor Bingley sean felices juntos. Te mereces toda la felicidad del mundo.

Hablaron durante mucho tiempo, poniéndose al día sobre todo lo que había sucedido en los meses desde que se habían visto por última vez. Elizabeth le contó a Jane sus experiencias en Pemberley, y Jane compartió historias de su vida en Netherfield con el señor Bingley. Rieron y lloraron juntas, y fue como si nunca hubieran estado separadas.

Finalmente, Jane miró el reloj y jadeó. —¡Oh, Lizzy, no tenía idea de que fuera tan tarde! ¡Debemos ir a vestirnos para la cena, o llegaremos tarde!

Elizabeth se rió. —Oh, Jane, ¡eres una anfitriona tan buena! Estoy segura de que al señor Bingley no le importará si llegamos un poco tarde.

Jane sonrió. —No, pero no quisiera dar un mal ejemplo a los sirvientes. Ven, Lizzy, vamos a vestirnos.

Subieron juntas, del brazo, y Elizabeth se sorprendió de lo feliz que se veía Jane. Siempre había sido hermosa, pero ahora parecía irradiar felicidad. Elizabeth estaba encantada de que su hermana hubiera encontrado tanta satisfacción con su querido señor Bingley.



A la mañana siguiente, después del desayuno, Elizabeth pensó que deberían hacer una visita a su madre, pero fue Darcy quien sugirió amablemente que quizás primero deberían ir al cementerio y

visitar la tumba del señor Bennet. Elizabeth estuvo de acuerdo de inmediato, conmovida de que él hubiera pensado en sugerirlo.

Era un buen día, el cielo azul y el sol cálido. El cementerio estaba tranquilo, el único sonido era el susurro de la brisa entre los árboles. Darcy, con su habitual cortesía, esperó en la puerta, con las manos cruzadas detrás de la espalda y la cabeza inclinada. Elizabeth miró hacia atrás mientras caminaba por el sendero, y él levantó la vista y la miró a los ojos, dedicándole una pequeña sonrisa. Ella le devolvió la sonrisa, agradecida por su comprensión.

Llevaba un ramo de flores en la mano, recogidas de los jardines de Netherfield. No había tenido la oportunidad de visitar la tumba de su padre desde que los Bennet habían dejado Longbourn, y quería que se viera bonita. Se arrodilló y colocó las flores sobre la tumba, luego se sentó sobre sus talones y miró la lápida.

Thomas Bennet, decía. *Amado esposo y padre.*

Elizabeth respiró profundamente. —Oh, papá —dijo suavemente—. Te extraño tanto. —Extendió la mano y tocó la lápida—. Pero soy feliz, papá. Estarías muy orgulloso de mí, creo. Ahora soy la señora Darcy, la señora de Pemberley. —Sonrió un poco—. Creo que te agradaría mucho el señor Darcy, papá. Es un buen hombre y me ama muchísimo. Y yo también lo amo. Soy muy feliz. Solo desearía que pudieras estar aquí para verlo.

Permaneció sentada allí unos momentos más, luego respiró hondo y se puso de pie. Se sacudió las faldas y se giró para caminar de vuelta por el sendero donde Darcy la estaba esperando.

Al salir del cementerio, Elizabeth se sorprendió al ver que el carruaje tomaba una ruta familiar, pero no la que esperaba hacia la casa de su tía Philips. Miró por la ventana, reconociendo los puntos de referencia, y entonces sus ojos se abrieron con comprensión. Se dirigían a Longbourn. No sabía si estaba preparada para ver las ruinas quemadas de su hogar de la infancia. Charlotte le había contado en su primera carta que la casa era una pérdida total, y no tenía ningún deseo de ver el caparazón ennegrecido de la casa, el techo que se había derrumbado, las habitaciones donde había crecido reducidas a cenizas.

—Darcy, mi amor, no creo que... —comenzó, pero él le apretó suavemente la mano.

—Confía en mí, Elizabeth. Hay algo que necesitas ver.

Ella miró por la ventana, tratando de distraerse observando el paisaje familiar, los campos y bosques donde ella y sus hermanas habían jugado. Ahora podía ver la casa, o al menos las chimeneas, por encima de los árboles. Pero a medida que se acercaban, con el carruaje girando por la avenida, vio que Longbourn no era la ruina que esperaba. Podía ver ladrillos nuevos, andamios, hombres trabajando. La casa estaba siendo reconstruida.

La boca de Elizabeth se abrió de la impresión. Miraba fijamente la casa, tratando de dar sentido a lo que veía mientras se acercaban. El carruaje se aproximó más, y pudo ver las paredes, los ladrillos nuevos que contrastaban fuertemente con los viejos. El techo aún no estaba completo, pero era evidente que la casa estaba casi terminada. Las ventanas carecían de cristales, pero los marcos estaban en su lugar. La puerta principal estaba abierta, y podía ver hombres entrando y saliendo, cargando herramientas y materiales.

Miró a Darcy, que estaba sentado frente a ella en el carruaje, y él le devolvió la mirada con una expresión tranquila y firme. —Fitzwilliam —dijo ella, con la voz un poco temblorosa—. ¿Qué...?

—Todo se explicará, Elizabeth —dijo él en voz baja—. Te lo prometo.

Elizabeth volvió a mirar por la ventana, observando fijamente la casa mientras subían por el camino. Longbourn. Su hogar. Y estaba casi reconstruido. No podía entenderlo.

Darcy bajó primero del carruaje y se volvió para ayudar a Elizabeth a descender. Tomó su mano y la guió por los escalones hasta la puerta principal. Elizabeth miró a su alrededor, tratando de dar sentido a lo que veía. Era evidente que la casa aún no era habitable, pero estaba lejos de ser la ruina que había esperado.

—Mi tío Lord Matlock recomendó al arquitecto, y Bingley ha estado supervisando el trabajo —dijo Darcy—. Ha estado aquí todos los días, asegurándose de que todo se haga correctamente. Ha sido muy diligente.

Elizabeth solo podía mirar fijamente. —Pero ¿por qué? —preguntó finalmente—. ¿Por qué harías esto?

Darcy la miró, con expresión seria. —Porque es tu hogar, Elizabeth. El hogar de tu familia. —Tomó su mano y la condujo al interior de la casa y hacia la sala de estar, donde señaló un par de sillas que habían sido colocadas—. Por favor, siéntate. Hay mucho que necesito explicarte.

Elizabeth se sentó, aún aturdida, y Darcy tomó la otra silla. —Elizabeth, sabes que la propiedad de Longbourn estaba vinculada a Mr. Collins, pero quizás no sabías que él era el último heredero varón, y por lo tanto no podía renovar el vínculo. Tu tío, Mr. Philips, se encargó de los arreglos, y aunque Mr. Collins no dejó testamento, tú y tus hermanas son sus únicas parientes vivas... y por lo tanto, sus herederas. Longbourn les pertenece a las cinco ahora. Espero que esto les proporcione a todas una medida de seguridad. La propiedad se mantendrá en fideicomiso para ustedes y sus descendientes, y espero que siempre sea un hogar para cualquiera de ustedes que lo necesite.

Elizabeth lo miró fijamente, con la boca abierta. —Pero... pero ¿cómo puede ser esto? La casa fue destruida...

—Sí —asintió Darcy—. Pero la tierra sigue siendo valiosa, y la propiedad tiene otros activos. Me he tomado la libertad de adelantar los fondos para reconstruir la casa, y Bingley ha estado supervisando el trabajo. Espero que no te importe.

—¿*Importarme*? —Elizabeth solo pudo negar con la cabeza—. Fitzwilliam, no sé qué decir. Gracias parece tan inadecuado.

Darcy se inclinó y tomó su mano. —Te amo, Elizabeth. Haría cualquier cosa dentro de mi poder para hacerte feliz. Y espero que esto te haga feliz. Sé que tu madre se ha estado quedando con tu tía y tu tío, pero espero que cuando la casa esté terminada, se mude de vuelta aquí con la señora Hill. Tu madre tendrá un hogar cómodo por el resto de su vida, y espero que saber que Longbourn siempre será un hogar para ti y tus hermanas sea un consuelo para ti.

Elizabeth solo pudo asentir, con lágrimas comenzando a derramarse por sus mejillas. —Gracias —susurró—. Oh, Fitzwilliam, muchas gracias.

Darcy se puso de pie y la levantó, envolviéndola en sus brazos. —De nada, mi amor —dijo suavemente—. De nada.

Se abrazaron por un largo momento, y luego Darcy tiró suavemente de su mano, con una sonrisa contagiosa. —Ven, echemos un vistazo. Bingley me ha enviado cartas, ¡pero simplemente debo verlo todo por mí mismo!

Caminaron juntos por la casa, y una oleada de nostalgia invadió a Elizabeth mientras miraba el familiar vestíbulo de entrada. Las baldosas del suelo eran nuevas, pero tenían exactamente el mismo diseño que recordaba, y las paredes habían sido recién pintadas. Caminó lentamente por la casa, viendo los nuevos ladrillos que se habían utilizado para reconstruirla, pero la distribución era la misma, y casi podía imaginarse de nuevo como una niña pequeña, corriendo por la casa en busca de Jane o de su padre.

La casa era un hervidero de actividad, y Elizabeth veía trabajadores por todas partes. El techo estaba casi terminado, observó, y las paredes habían sido enlucidas y pintadas. Era evidente que la casa pronto estaría lista para ser habitada.

Y qué consuelo sería para su madre, pensó Elizabeth, poder regresar a su antiguo hogar. Ahora, gracias a la generosidad de Darcy, su madre podría vivir cómodamente en Longbourn por el resto de su vida.

Y era una gran seguridad para sus hermanas, pensó Elizabeth. Kitty y Lydia siempre tendrían un hogar si lo necesitaran, y Mary, quien Elizabeth temía que podría ser la que quedara soltera,

podría vivir en Longbourn con comodidad.

El corazón de Elizabeth se llenó de gratitud hacia Darcy. Él había hecho esto por ella, por su familia. Había gastado todo este dinero, y Bingley había invertido todo este tiempo, para asegurarse de que ella y sus hermanas siempre tuvieran un hogar.

Se volvió y miró a Darcy, su corazón rebosante de amor y admiración por él. Había hecho esto por ella, porque la amaba. Le había dado el regalo más grande que podía haberle dado, la seguridad de saber que su familia siempre estaría a salvo y cómoda.

—Fitzwilliam —dijo suavemente—, no sé cómo agradecerte por lo que has hecho por mí, por mi familia. Es un regalo de valor incalculable.

Darcy negó con la cabeza. —Elizabeth, no tienes que agradecerme. Lo hice por ti, porque te amo. Quiero que seas feliz y quiero que tu familia esté segura y protegida. Es mi placer, mi privilegio, poder hacer esto por ti.

Elizabeth le apretó la mano. —Eres un buen hombre, señor Darcy —dijo suavemente—. Estoy muy orgullosa de ser tu esposa.

Darcy le sonrió. —Y yo estoy feliz de que seas mi esposa, señora Darcy. —Tomó ambas manos de ella entre las suyas—. Espero con ansias el día en que tengamos nuestros propios hijos corriendo por los pasillos de Pemberley, cuando podamos visitar Longbourn y ver a tus hermanas y sus hijos.

Elizabeth sonrió. —Espero que ese día llegue pronto —dijo suavemente—. Anhelo darte hijos, Fitzwilliam.

Los ojos de Darcy se oscurecieron de deseo. —Mi amor —dijo suavemente—. Yo también lo anhelo. Pero por ahora, estoy contento de tenerte solo para mí.

Elizabeth se sonrojó y bajó la mirada, y Darcy rió entre dientes. —Eres adorable cuando te sonrojas, Elizabeth —dijo, levantando su barbilla con un dedo para que lo mirara—. Te amo y te prometo que siempre haré todo lo que esté en mi poder para hacerte feliz.

—Lo sé —dijo Elizabeth suavemente, inclinándose hacia su caricia—. Y yo haré todo lo posible para hacerte feliz, mi amor.

—Ya lo haces —dijo Darcy, y bajó la cabeza para besarla de nuevo, un beso suave y tierno que hablaba de todo el amor y la esperanza que tenían para su futuro juntos.

Se demoraron en el dulce abrazo, una promesa de una vida llena de amor y felicidad compartida entre ellos. Al separarse, el corazón de Elizabeth se sintió pleno, sabiendo que Darcy no solo había reparado Longbourn, sino que también había asegurado un futuro para todos los Bennet restantes.

—Papá te habría dado su bendición, si realmente se la hubieras pedido —susurró, bromeando con el señor Darcy sobre la mentira que había dicho hace tanto tiempo.

—Me gusta pensar que sí —dijo Darcy con una risa tranquila, rodeando a Elizabeth con su brazo y guiándola hacia la habitación que una vez había sido el estudio de su padre. Abriendo la puerta, le mostró las estanterías que los trabajadores estaban ocupados instalando, estantes que él pretendía llenar con tantos libros como el propio señor Bennet podría haber deseado—. En cualquier caso, espero que estaría contento con lo que he hecho aquí.

—¿Cómo no podría estarlo? —Elizabeth se apoyó en su esposo, mirándolo a los ojos—. Has asegurado el legado de Longbourn para sus hijas, para siempre. —Casi podía ver a su padre, dejando su libro y volviéndose desde su asiento favorito junto a la ventana para mirarla con ese brillo familiar en sus ojos.

—Lizzy, querida —imaginó que él decía—, no podría haberte entregado a nadie menos digno.

—Oh, él es digno, papá —susurró, sonriendo a través de sus lágrimas—. Realmente lo es.



Otros libros de la autora Catherine Bilson

LA SERIES Las Novias Ruborizadas
Un Conde para Ellen
Un Marqués para Marianne
Un Duque para Diana
Un Capitán para Clarissa

La series **Variaciones de Orgullo y Prejuicio**
Las Mejores Relaciones
Relaciones Infames
Un Milagro de Navidad en Longbourn
Penas y Agravios
La Segunda Señora Bennet
Un Luto en Longbourn
Los Entrometidos Matlock

Otros libros
Su Querida Duquesa
La Novia Dijo No

¡Estate atento a mi nueva serie *Las Novias de Belle Haven*, que llegará pronto!